

REFORMA ACADÉMICA DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Secretaría Académica

M5

Texto
y
Guía del alumno

ESPAÑOL, PRIMERA EDICION 1994

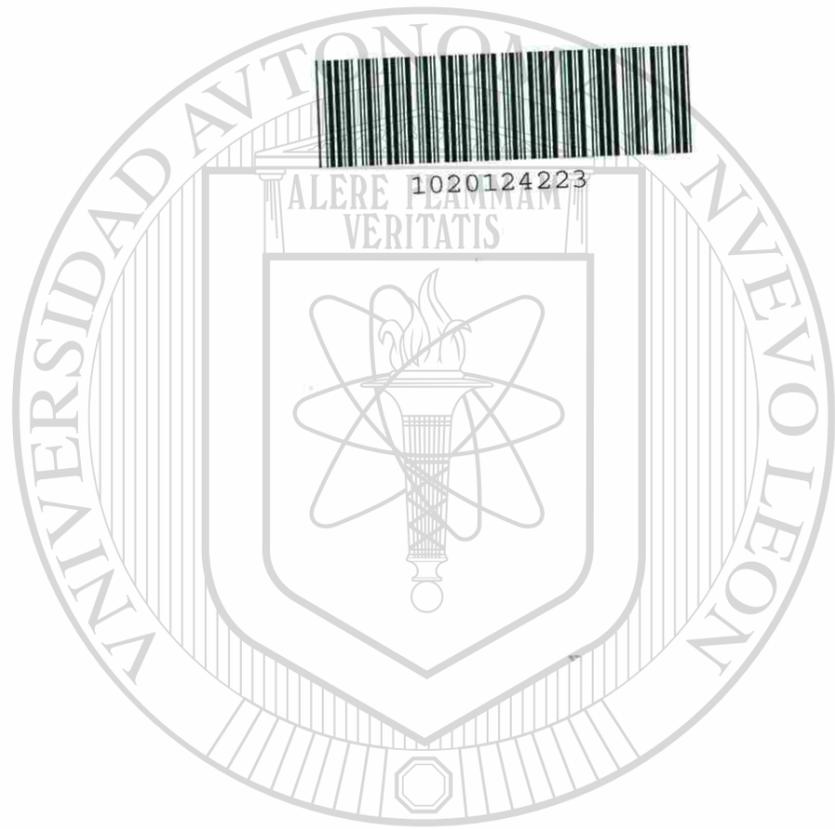
Español
PRIMERA PARTE

e

PC441
U530
1994a
v.5
pte.1

PC4410
U530
1994a
v.5
pte.1

0120-32260



1020124223

JUANNE

ESPAÑOL

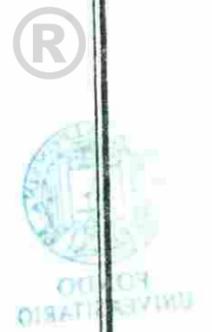
MODULO V

APROXIMACION AL TEXTO LITERARIO

Primera parte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

Presentación	4
Objetivo generales de aprendizaje	5
Unidad I	
La obra literaria y el sistema de valores	6
Objetivos	7
Marco teórico	8
Cartilla moral	20
Actividades generales	33
Actividad introductoria I: "La cartilla moral" (Alfonso Reyes A.)	34
Actividad introductoria II: "El loco" (Gibrán Jalil Gibrán)	35
Actividad introductoria III: "La decadencia del arte de la mentira" (Mark Twain)	36
Actividad básica: "El principito" (Antoine de Saint Exupéry)	41
Actividades específicas:	
* "Adriana" (Edmundo Valadés)	86
* "La familia pequeña vive mejor" (Zacarías Jiménez)	89
* "Pequeño ejercicio en absurdo" (Brianda Domecq)	92
* "La televisión enterrada" (Tomás Espinosa)	94
* "Hombres en tempestad" (Jorge Ferretis)	103
* "Triunfó el valor de mostrar el propio pánico" (Carlos Monsiváis)	109
* "La ruptura" (Helena Poniatowska)	111
* "El rinoceronte" (Juan José Arreola)	115
* "La parábola del trueque" (Juan José Arreola)	116
* "La perfecta casada" (Leopoldo Alas "Clarín")	119
Lecturas complementarias:	
* "El entierro del Templo Mayor" (Rosaura Barahona)	122
* "Quince años de literatura mexicana contemporánea" (María Luisa Puga)	125
* "Miliciano muerto" (Pedro Garfias)	128
* "Avión en domingo" (Pedro Garfias)	129
* "Capitán Ximeno" (Pedro Garfias)	130
* "Estuvo en la guerra" (Edmundo Valadés)	131
* "Campo de minas" (Italo Calvino)	132
* "La cabra en dos patas" (Francisco Rojas González)	135
* "Cristales" (Leopoldo Alas "Clarín")	140
* "Solo" (Horacio Salazar Ortíz)	143
* "Tiempo" (Horacio Salazar Ortíz)	143
* "Toda la soledad" (Arturo Cantú)	144
* "Romance de la soledad" (Pedro Garfias)	145



Unidad II

La realidad representada en la obra literaria	146
Objetivos	147
Marco teórico	148
Actividades generales	155
Actividad introductoria I: "Pasatiempo" (Mario Benedetti.)	156
Actividad introductoria II: "Malpaís" (José Emilio Pacheco)	157
Actividades y lecturas:	
* "Las vacas de Quiviqinta" (Francisco Rojas González)	158
* "¿Y de quién fue la idea?" (Romulado Gallegos)	163
* "Cerro de la Silla" (Francisco de Paula Morales)	168
* "Cerro de la Silla" (Alfonso Reyes)	170
* "La dedicatoria" (Irma Sabina Sepúlveda)	171
* "El cholo que se vengó" (Demetrio Aguilera M.)	177
* "Semáforo en rojo" (Guillermo Berrones)	178
* "Para las damas voluntarias" (Guillermo Berrones)	180
* "Dos obreros ante el naufragio" (Cristina Pacheco)	182
* "El niño" (Rafael F. Muñoz)	188
* "La más bonita" (Magolo Cárdenas)	192
* "Lucrecia" (Silvia Molina)	194
Lecturas complementarias:	
* "Los rostros verdaderos" (Hermann Bellinghausen)	198
* "Huarapo" (Francisco Rojas González)	209
* "A Nuevo León" (Jesús Garza Flores)	213
* "La mujer" (Juan Bosch)	214
* "La fuerza del hombre" (Oscar Liera)	216
* "Largo y sinuoso camino" (Cristina Pacheco)	221
* "Conversación" (Eduardo Mallea)	227
* "Una mosca zumbando al sol" (Alicia Trueba)	232
* "Los jóvenes" (Raúl Rangel Frías)	237
* "Claro amor" (Andrés Huerta)	239
* "Los libros" (Andrés Huerta)	239
Bibliografía	240

Presentación

El tercer curso de Español (Módulo V), que ahora inicias, pretende aproximarte al mundo de la literatura, cautivar tu interés y motivar el gusto por la lectura.

A través de esa lectura, el análisis y la discusión de los textos seleccionados, seguirás avanzando en el desarrollo de las habilidades básicas de la lengua: leer, escribir, hablar (expresión oral), al realizar las actividades que requieren resumir, parafrasear, interpretar, debatir, argumentar, entre otras.

Pero, lo que resulta más significativo es que tendrás la posibilidad de aventurarte en el extraordinario universo literario y apreciar las más diversas obras, donde hombres y mujeres han expresado su palabra y con ella, su visión del mundo. En este curso, se ha tratado de brindar un espacio importante a los escritores de Nuevo León; cuyas obras se presentan al lado de reconocidos autores de la literatura universal.

Dividida en cuatro unidades de estudio, se presenta una selección de obras de muy variada índole: poemas, cuentos, obras dramáticas, novelas, crónica periodística; con estos textos esperamos despertar tu interés y al mismo tiempo, serán el punto de partida para reflexionar en los conceptos que se destacan en cada unidad: Los valores y la obra literaria, La realidad en la obra literaria, El discurso de la ficción, El valor de la palabra.

Esperamos que este curso se constituya en el primer primer paso de un largo y fructífero camino que realizarás como lector, pues estamos seguras que la literatura puede convertirse en tu mejor amiga.

COMITÉ DE ESPAÑOL

Lic. Della Cristina Hinojosa Vielmeg
 Lic. María del Carmen Roque Segovia
 Lic. Socorro Imelda Balderas Puente
 Lic. Hermelinda Nava Ramírez

Asesor:

Lic. Fidel Chávez Pérez

Correctora:

Lic. Celia Nora Salazar Garza

OBJETIVOS GENERALES DE APRENDIZAJE

a) Objetivo Informativo:

Que el alumno disfrute la lectura de textos literarios, identifique los valores, los elementos de ficción y no ficción presentes en ellos y produzca otros textos a partir de estas lecturas.

b) Objetivos formativos:

- Intelectual:

El alumno comprenderá lo que lee y realizará las actividades señaladas en el texto, las cuales consisten en resumir, sintetizar, exponer ideas personales, argumentar, debatir, investigar, etc.

- Humanos:

El alumno demostrará responsabilidad y honestidad; desarrollará estos y otros valores no sólo en el aula sino en su vida cotidiana.

- Sociales:

Desarrollará el sentido de colaboración: algunas actividades están diseñadas para resolverse en equipos (discusión, debate). Se dará énfasis al respeto a las personas con criterio divergente.

- Profesionales:

Buscar la calidad y excelencia como metas en su desempeño actual y futuro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





La obra literaria y el sistema de valores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA OBRA LITERARIA Y EL SISTEMA DE VALORES

Objetivos:

Que el alumno:

1. A través de la lectura y el análisis del texto literario comprenda el sistema de valores que subyace en cada uno de ellos.
2. Analice la problemática del ser humano y su postura ante los valores.
3. Examine el sistema axiológico propuesto y lo relacione en los aspectos diarios de su vida.
4. Desarrolle su pensamiento crítico a través de la lectura.
5. Elabore juicios de valor respecto a la lectura y los manifieste en sesiones de debate y discusión.
6. Investigue la repercusión que tiene el tema de los valores en otras manifestaciones artísticas.

LA OBRA LITERARIA Y EL SISTEMA DE VALORES

La lectura disipada e irreflexiva es como un paseo por un paisaje hermoso con los ojos vendados. Tampoco hay que leer para olvidarnos de nosotros mismos y de la vida cotidiana, sino todo lo contrario: para volver a asir, tanto más conscientes y maduros, con mano firme, las riendas de la vida.

Hermann Hesse

MARCO TEORICO

Al llegar a este nivel de estudios en el que te encuentras posiblemente te preguntes como muchos otros estudiantes, ¿para qué leer literatura? Por lo general, la literatura es un objeto de estudio al que no se le da mucha importancia porque podría parecer que no sirve para nada. Esta apreciación se origina tal vez por el momento histórico que nos ha tocado vivir: celebramos el 25º aniversario del primer paso del hombre en la luna y por otra parte el experimentado genetista es capaz de congelar embriones humanos y hacer que nazcan cuando sea más conveniente. Con el avance de la ciencia y de la técnica parecería que el estudio de la literatura es cada vez menos importante, sin embargo, como verás a continuación, esto no es así.

Te has preguntado alguna vez ¿qué es la literatura? Hay muchas respuestas para esa pregunta, nosotros te daremos la siguiente:

LA LITERATURA ES UNA FORMA DE VER E INTERPRETAR EL MUNDO.

Te has preguntado: ¿Desde cuándo se escribe literatura? Desde hace varios milenios y para muestra están los siguientes ejemplos de la literatura china e hindú.

La zorra y el conejo

Un maestro Chan salió al bosque en compañía de uno de sus discípulos, y al ver que un conejo era perseguido por una zorra señaló enfático:

- De acuerdo con una fábula antigua el conejo se escapará de la zorra.

-No lo creo -dijo el discípulo-. La zorra es mucho más veloz.

-Pero el conejo sabrá eludirla -insistió el maestro.

-¿Por qué habla usted con tanta seguridad? -inquirió el discípulo.

-Porque la zorra va corriendo por su alimento y el conejo por su vida -contestó el maestro.

Budismo Chan

El texto anterior pertenece a la literatura china, que es una de las más antiguas en el mundo, se remonta hasta 5,000 años antes de nuestra era (AC), desafortunadamente muchos libros fueron destruidos, pero de los que llegaron a nosotros podemos ver que hay una relación entre la filosofía, la religión (budismo) y la literatura.

Otro ejemplo de literatura muy antigua lo constituye la hindú que se remonta hasta el siglo IV antes de nuestra era (AC) con los libros de los Vedas del cual se ha seleccionado el fragmento que sigue:

Manú cierta mañana se lavaba las manos. Un pececillo que había en el agua le dijo:

“-Manú, sálvame y yo te salvaré del diluvio.

-¿Qué debo hacer?

-Llévame al mar”.

El pez creció y un día dijo a Manú.

“-Construye una nave y métete en ella. Cuando el diluvio comience yo iré a salvarte”.

Manú así lo hizo y cuando las olas lo arrastraban, vio venir al pez; lo ató a su nave y éste, nadando vigorosamente lo condujo a una montaña, allí le dijo:

“-Amarra tu nave al tronco de ese árbol corpulento”. Después se alejó.

Manú salió de su nave y se halló solo en la tierra, porque las aguas habían acabado con todas las criaturas; entonces hizo numerosas ofrendas al mar pidiéndole una compañera; al cabo de un año una mujer emergió del mar y le dijo:

“-Soy tu hija, porque las ofrendas que has dedicado me dieron la vida. Hazme tu esposa y todos nuestros deseos se cumplirán”.

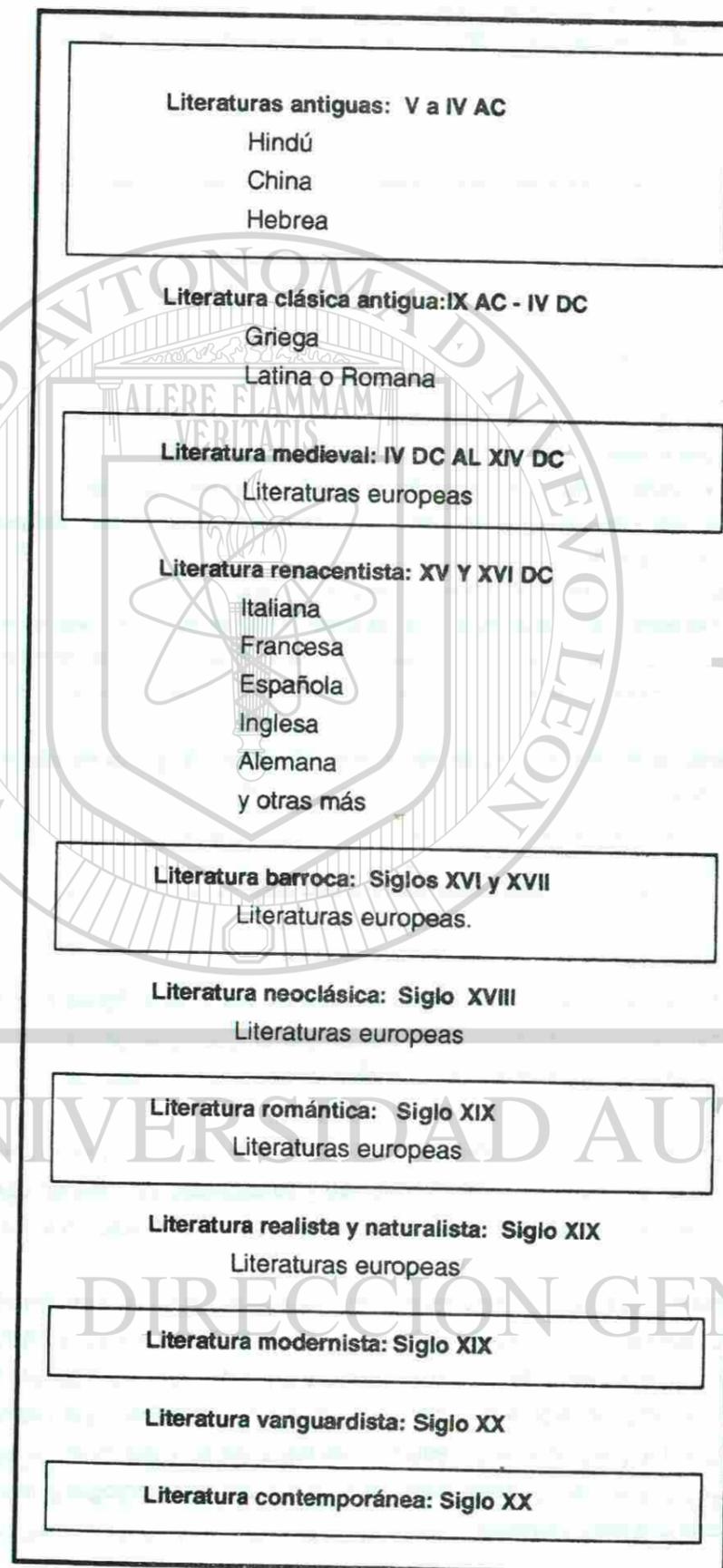
Manú celebró entonces un sacrificio y se unió a aquella mujer; vivieron largos y prósperos años y fueron los padres de la llamada raza de Manú.

Yayur Veda

Coincide su temática con el de otras manifestaciones literarias antiguas como el “Popol Vuh” de las primeras manifestaciones literarias americanas que al igual que los Vedas se refieren a los dioses, al origen de la vida, a la primera pareja, al diluvio, entre otros aspectos.

En cada literatura nacional u obra literaria individual siempre encontrarás un universo plasmado en ellas por su autor, ese ser humano cuya inteligencia y sensibilidad culmina en obras que pueden ser cuentos, novelas, ensayos, obras de teatro o cualquiera otra manifestación literaria imponente.

Es sumamente valioso descubrir el universo que hay detrás de una obra literaria, porque cada una de ellas refleja directa o indirectamente un sistema de valores que subyace en su texto. En ese mundo que se reconstruye a través de la lectura siempre encontraremos personas de las cuales se hable y a las que les acontecen problemas peculiares que siempre tienen una relación y reflejan la problemática de la época a que pertenecen; estas obras literarias son una muestra además del estilo y/o del período al que representan o pertenecen. De acuerdo con la cronología la literatura se puede dividir en los siguientes grandes períodos:



A partir del descubrimiento de América durante el Renacimiento, las influencias artísticas europeas tuvieron eco en los países americanos, uno de ellos es México.

Hay diferentes enfoques para abordar la obra literaria: por géneros y subgéneros, por períodos literarios, por desarrollo temático, como obra estética, como producto social, por su contenido psicológico y de muchas otras maneras más.

La metodología que se propone para este Módulo 5 de Español se divide en cuatro apartados o unidades que sirven como base y fundamento para la realización de diferentes niveles de lectura: primero se estudiará a la obra literaria y el sistema de valores que subyace en ella; en un segundo nivel se observará la realidad representada en el texto; en el tercer nivel se analizará el aspecto de la realidad y su ficcionalización; en el cuarto nivel se estudiará el valor de la palabra en la obra literaria.

Aunque se proponen cuatro niveles de lectura estamos seguros que el alumno alcanzará muchas más posibilidades de lectura. Una de las características fundamentales de esta metodología es aproximarse al texto literario sin las implicaciones que llevaría el estudiar todos los períodos de la historia; aunque no se excluye totalmente la cronología, ya que en algunos aspectos se relaciona la lectura con la época o el estilo.

Otro de los objetivos complementarios es que además de acercarse al texto bajo otro sistema se motiva al estudiante a la lectura de indagación que lo llevará a la búsqueda de respuestas sobre las interrogantes que la obra plantea.

En este enfoque se trata de que la lectura sea interdisciplinaria, por ejemplo si se lee sobre la Revolución Mexicana, no sólo es importante leer la novela sino también sobre historia y economía. Al leer por ejemplo el texto: "Ultimo asalto del boxeo en crisis", tomado de la Alquimia del Verbo, memoria del Primer Encuentro Estatal de Escritores (Guadalupe, N.L.), habría que realizar lecturas complementarias sobre fisiología y anatomía infantil, el aspecto legal y la reglamentación del deporte infantil, la educación física en los niños, el desarrollo de la masa muscular en los infantes, entre otros aspectos.

Ultimo asalto del boxeo en crisis: niños al cuadrilátero

MARIO NUÑEZ

Sin investigación previa, solicitudes o trámites burocráticos, cualquiera puede llegar en este momento a un gimnasio y emprender la carrera boxística. El ritmo y responsabilidades las acuerda el boxeador consigo mismo. Esquizá esta libertad absoluta la razón de que muchos jóvenes "cuelgan los guantes", aún cuando tienen compromisos pactados sobre el ring.

En el caso de los "Guantes de Oro" y otras funciones donde hay que pagar por ver, el público ha decrecido y crecido en espectáculos más caros, como la Lucha Libre. "El Biombo" recuerda con nostalgia sus peleas en la Arena Monterrey, en Juárez y Arteaga y los llenos que provocaban los boxeadores regiomontanos en Villa Acuña, Piedras Negras y Monclova, Coahuila.

Claudicar al ring es la constante de hoy: "tú estás como maestro, enseñe y enseñe, y luego resulta que querían aprender para tranquearse a alguien en el barrio", lamenta "El Biombo". "Ahorita los chamacos no tienen seriedad", dice

Estrella. "Es por los vicios y los amigos", agrega Hernández.

Aunado al esfuerzo que próximamente iniciarán los manejadores al vender boletos en las calles, también es centrada la atención a los niños boxeadores y sus peleas "de botana": Carlos Manuel Delgado, 10 años, una pelea, tercer año de primaria, muestra ya en su ceja izquierda la primera cicatriz de su carrera. "Esta cortada me la hice aquí en la Arena, andaba vendiendo fritos y me caí. Me invitó a boxear Marcelo, el de la Coliseo y yo dije sí. Llevo dos meses entrenando y cuando vengo, corro en el campo de Apodaca, allá por la casa, y aguanto las cien vueltas. Mi primer pelea la perdí no me acuerdo con quién, ahora estoy bien preparado, no tengo miedo y si pierdo no hay problema!".

Francisco Javier Ortiz, 11 años, nueve peleas ganadas y dos perdidas (récord impresionante), sexto año de primaria hijo del manager Polo. "Fueron ganas mías y de mi papá para que yo boxeara. Papá me aconseja mejor. Nomás quiero llegar a ser profesional. Cuando estoy arriba del ring no me duelen los golpes, a veces si me pongo nervioso, pero tirando yo y que me tiren entonces me caliento".

Adrián Ariseto Torres, 12 años, ninguna pelea, sexto año de primaria. "No sé cuando voy a pelear, pero estoy así porque el box es emocionante. Si gano estaré satisfecho y si pierdo no hay pedo; qué tiene, ni modo que ya me retire".

Emilio Alcántara Márquez, 9 años, espera pelear pronto, tercer grado de primaria, en sus ratos libres ayuda a su papá cargando las víboras en un stand que recorre las ferias de Nuevo León. "Papá me enseñó desde chiquito y luego me trajo aquí. Ya he peleado con amigos y me va bien, confío en mí", dice mientras hace chocar sus guantes, como retando al entrevistado. "Cuando no vengo es porque ando en las ferias, agarrando las víboras con la mano pelona, mientras mi papá les explica que tienen veneno, pero no me hacen nada. Cuando estaba chiquito me mordió una culebra en el pie".

-¿Eres un niño valiente?

- Sí no temo a una víbora, menos a un peleador -responde.

Otra noche de lunes, "Guantes de Oro" en la Coliseo. En los camerinos, los contendientes desfilan en calzoncillo rumbo a la báscula. Carlos Manuel descubre que en una semana bajó un kilo y medio. El comité Organizador declaró suspendida la función, porque solamente se completaron tres combates de los diez anunciados en el programa. dicen que los pesos Welter y Pesados están faltando mucho. Los contados espectadores ven de vuelta los 20 mil pesos de su boleto, otros lo guardan para el próximo lunes porque sigue valiendo. Afuera de la Arena, los chiquillos del ring son amigos y amigos abrazados por la Avenida Colón rumbo a Bernardo Reyes...

En la primera unidad del módulo 5 se estudiará a la obra literaria y el sistema de valores porque estamos seguros que con este enfoque de estudios se ayudará a tu formación integral como estudiante y como persona. Al estudiar los diferentes universos y temas en los que se desarrollan los textos propuestos observarás problemáticas y situaciones humanas que, quizá si no pertenecen a tu entorno particular, suceden y han sucedido en alguna parte del mundo y en los diversos momentos de la historia.

Esta propuesta que se enfoca hacia el estudio de los valores en la obra literaria te servirá para comprender mejor la problemática de las personas y en cierto modo te permitirá conocerte mejor y entender las causas que originan los conflictos humanos. Nuestro objetivo fundamental es que desarrolles las habilidades para analizar y reflexionar con el fin de que no sólo comprendas al ser humano a través de la historia, sino para entender otras formas de comprender el mundo.

Para estudiar la obra literaria a través de su sistema de valores tendremos que comprender que éstos aparecen expresados con un lenguaje particular del escritor; en ocasiones es directo y objetivo, y otras veces es indirecto y subjetivo, es decir es un lenguaje figurado y en ciertos casos complicado aún más por la forma de la obra literaria como son los poemas y las obras teatrales por ejemplo.

Un ejemplo de lenguaje directo es el siguiente:

El Wama

ENRIQUE AGUILAR

"-Es para tener más argumentos.

-¿Argumentos para qué?

-¿Cómo que para qué? Pos para eso y seguía leyendo.

A veces, sin más ni más se soltaba: "Pues no mi hermano, cuando me fui a otro lado, estuvo duro, primero la pasada, en un lugar así chiquitito, a cada brinco del camión era una arremangada de las llantas en el expinazo, y luego, aviéntate una semana sin comer, y casi sin agua todo fuera por conocer y ganarse unos centavos, mismos que finalmente nunca vi porque el patrón después de que le había trabajado como burro medio año, me denunció a la migra, y me deportaron con lo que traía puesto. Pero también hubo buenos cotorreos, allá había harta raza..."

"No creía en los consejos de nadie, y menos si eran para que abandonara "el mal camino", a todos los que llegaban a quererlo componer los mandaba rápido al cuerno. Una vez a un señor que era evangelista o de una de esas sectas raras de gente sin quehacer le dijo:

Usted está convencido de todo eso que me dice ¿no?, creerlo lo hace feliz ¿no? Bueno, a mí no me importa. No quiero convencerlo ni mostrarle lo bueno de mi bisne, ¿estamos?, así que quedamos como el que dijo: "en el pueblo de no sé dónde, existe no sé qué santo, si le rezas no se qué cosas, te ganas no sé cuanto", o lo que es casi lo mismo, al haber gatos no hay ratones. En cuanto el otro se fue con cara de asombro, él comentó casi para sí, entre risas, aparentemente muy feliz: estos no saben, je jé, no saben, no saben, o si bien se hacen, je jé. Luego, poniéndose serio añadió: "mira mi buen, así son la mayoría ignorantes o tarados, pero en este mundo ser lo primero por limitación tiene compostura o de perdida perdón; pero ser lo segundo, así sí no, sea por lo que sea, de todos modos es pecado, y con otra, que los primeros van a irse a aburrir al cielo, los segundos están condenados a chamuscarse en el purgatorio para majes, y los demás nos vamos a ir al infierno a danzar con las chamucas, ¡Wama- purula-purulam-bem bem! ja ja ja ¡Salud por ese detalle!

El Wama de repente, el día que cumplió 25 años se quedó dormido recargado en la cortina de una tiapalería que está enfrente del mercado, y ya no despertó."

Un ejemplo de lenguaje más complicado lo es el siguiente texto de Sor Juana Inés de la Cruz, poetisa mexicana.

Procura desmentir los elogios que
a un retrato de la poetisa inscribió la verdad,
que llama pasión.

Este que ves, engaño colorido
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;

éste en que la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido;

es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento delicada;
es un resguardo inútil para el hado;

es una necia diligencia errada;
es un afán caduco, y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

La complicación del lenguaje reside en que la autora escogió como forma un soneto que es una composición que debe estar expresada con versos endecasílabos (de once sílabas) organizados en cuatro estrofas que son dos cuartetos (los dos primeros) y dos tercetos (los dos últimos), con rima (igualdad de sonidos al final del verso, señalada con letras ABBA, ABBA, CDC, DCD), y con versos en los que a veces se hacen sinalefas como en el cuarto verso del primer cuarteto (se unen dos sílabas en una porque las sílabas terminan y empiezan con vocal).

SONETO:

cuarteto: Este que ves engaño colorido A
que, del arte ostentando los primores B
con falsos silogismos de colores B
es cau te lo so en ga ño del sen ti do. A
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

cuarteto: éste en que la lisonja ha pretendido A
excusar de los años los horrores B
y venciendo del tiempo los rigores B
triunfar de la vejez y del olvido; A

terceto: es un vano artificio del cuidado; C
es una flor al viento delicada; D
es un resguardo inútil para el hado; C

terceto: es una necia diligencia errada; D
es un afán caduco, y, bien mirado, C
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada. D

El poema dice que el retrato de la poetisa es un engaño hecho con colores, engaño porque es un halago que la presenten sin las huellas que el tiempo ha dejado en su persona.

El lenguaje literario complicado como el ejemplo o figurado como la metáfora y la imagen los estudiarás en la unidad cuatro.

Al observar el mundo que nos circunda vemos que la mayoría de los problemas existentes se presentan porque el ser humano no respeta y no le da importancia a los valores más elementales: el derecho a la vida, los derechos humanos, la libertad de elección, el respeto a la naturaleza mineral, vegetal y animal que a veces parece no importar al ser humano ya que destruye plantas, animales, sierras y mares.

Es conveniente que antes de estudiar los textos literarios que se sugieren y el sistema axiológico que hay en ellas, examines algunos aspectos de la teoría de los valores también conocida como AXIOLOGIA.

Esta palabra proviene de los términos griegos "axios" valor y "logos" tratado, por lo que se podría definir la axiología como la disciplina filosófica que estudia los valores.

Hay que tomar en cuenta que los valores pueden ser reconocidos de diversas maneras, dos muy importantes son la subjetivista y la objetivista, que son presentadas en textos de Ética, como el de G. Escobar o el de A. Sánchez Vázquez.

La corriente subjetivista de los valores afirma que son el resultado de las reacciones individuales y colectivas. Según esta corriente no puede pensarse en algo que tenga valor sin referirse a algún sujeto que realice la valoración, es decir la utilidad de un objeto, no reside en él sino en la persona que hace uso de él y le otorga un valor determinado, en este caso, el valor de la utilidad.

Los subjetivistas, defienden su posición argumentando que por eso jamás se podrá llegar a acuerdos unánimes cuando se trate de valores éticos, estéticos, políticos o religiosos. Por ejemplo: Al hablar de la belleza de una película o de una mujer por lo general surgen discrepancias. Algunas de estas discrepancias tratándose de problemas más serios llegan a provocar conflictos graves.

Por su parte, la corriente objetivista de los valores se opone al subjetivismo y postula que los valores dependen del objeto y no del sujeto: lo único que realiza el sujeto es captar el valor.

Los objetivistas señalan que no se debe confundir el valor con su captación: Reconocen que la valoración hecha por un sujeto es subjetiva, pero eso no implica que el valor lo sea.

Son dos las tesis en las que se fundamenta el objetivismo:

- a) **La independencia de los valores respecto de los bienes en los cuales se depositan.**
- b) **Los valores son absolutos, existen en sí y no para mí.**

De los que se concluye que para los subjetivistas los valores son extraterritoriales y extrahistóricos, además son supratemporales: valen en el pasado, en el presente y siempre, aquí y allá. Como ejemplos citaremos:

- a) **el derecho a la vida.**
- b) **los derechos humanos.**

Existe una posición intermedia entre objetivismo y subjetivismo.

Risieri Frondizi en su libro "Qué son los valores" propone que no hay que ser unilaterales: ni subjetivista u objetivista, y dice: "Es posible, por ejemplo que los estados psicológicos de agrado, deseo o interés, sean una condición necesaria pero no suficiente y que tales estados no excluyan elementos objetivos, sino que los supongan. Esto es, que el valor sea el resultado de una tensión entre el sujeto y el objeto, y ofrezca, por tal razón, una cara subjetiva y otra objetiva, engañando a quienes se atienen a una sola faz".

Una definición de valor en sentido muy general es la siguiente: es una propiedad que tienen las cosas por la cual las estimamos.

A continuación se te presenta la definición de Valores del diccionario de Filosofía de I. Blauberg.

VALORES. Fenómenos tanto de carácter material como espiritual que tienen un significado positivo, es decir, que son capaces de satisfacer cualquier necesidad de un hombre, de una clase o de la sociedad y servir a sus intereses y finalidades. Los hombres no únicamente conocen las propiedades de los fenómenos, sino que valoran a éstos desde el punto de vista de su utilidad o naturaleza dañina para su vida. Los valores tienen a fin de cuentas carácter social, aparecen en el transcurso de la actividad práctica de los hombres. Allí donde el hombre no existe es absurdo hablar del valor de algo, del valor por sí mismo. Por ejemplo, la atmósfera, que contiene oxígeno, existía en la tierra mucho antes de que apareciera el hombre; sin embargo, sólo a partir de la aparición de la vida humana se puede hablar del inmenso valor que tiene la atmósfera para la vida de los hombres, de la inadmisibilidad de su contaminación, digamos, con sedimentos radiactivos. Los valores pueden ser divididos en naturales, es decir, las condiciones naturales indispensables para la existencia del hombre (el calor solar, el aire, la humedad, etc); **económicos**, o sea los objetos de trabajo, los instrumentos de producción, los bienes materiales productivos; **socio-políticos**, que comprenden tanto las relaciones materiales como las

ideológicas (libertad, igualdad, justicia, etc.); **éticos** (el bien, el honor, la fidelidad al bien, etc.); **estéticos** (la belleza); **científicos** (la verdad). En la sociedad de clases los valores político-sociales y espirituales tienen de modo inevitable carácter clasista. Las clases antagónicas tienen una comprensión distinta, y a veces directamente contrapuesta, del bien, la justicia, la libertad, etc.; son distintos sus ideales, fines y normas de conducta, su actitud estética hacia la realidad. Al mismo tiempo el marxismo no niega la existencia de valores humanos que tienen carácter general (las normas elementales de moral, las obras de los grandes maestros del arte, la literatura, y otros). Un valor humano general es en la actualidad la paz mundial y la eliminación de la amenaza de guerra termonuclear. Los comunistas defienden los valores humanos generales de los ataques de los ideólogos del imperialismo, a fin de que estos valores se conviertan en patrimonio de las amplias masas populares. El hombre, que es portador y creador de todos los bienes materiales, político-sociales y espirituales, es el valor supremo, absoluto en el mundo. Por ello el marxismo considera al hombre no de modo abstracto, sino de modo histórico-concreto. El valor social más elevado lo representan las masas trabajadoras, es decir, los luchadores por la paz y la democracia, por la reorganización socialista y comunista de la sociedad. La teoría marxista de los valores es opuesta a la axiología idealista burguesa (del griego axios: valioso, y logos: concepto, teoría), que, o considera los valores como esencias abstractas inmutables y alejadas del hombre, o niega en general la fuente objetiva de los valores y los hace depender de los gustos o estados de ánimo subjetivos de los hombres. En la teoría burguesa de los valores es típica la negación de su contenido de clase.

De acuerdo con una tipología de valores se puede hablar de VALORES universales, sociales, religiosos, estéticos, políticos, nacionales, morales.

Hay diversas maneras de mostrar la clasificación de los valores y su jerarquización, a continuación se presentan dos maneras de jerarquizarlos: la objetivista de Max Scheler y la subjetivista de Alejandro Korn para que las estudies, las compares y la contrastes.

MAX SCHELER (objetivista)

1. Valores de lo agradable y de lo desagradable. Los estados afectivos correspondientes son los de placer y de dolor.

2. Valores vitales. De lo noble y de lo común, sano y malsano. Como valores consecutivos se dan los del bienestar y de la prosperidad. Emotivamente, a la intención de dichos valores corresponden sentimientos de expansión vital y de regresión, salud y enfermedad, juventud y vejez, etcétera.

3. Valores espirituales. Estos valores comprenden los siguientes: a) estéticos; b) jurídicos, y c) del saber puro, que se realizan en la Filosofía. Los valores consecutivos correspondientes son los valores de cultura. La alegría y tristeza espirituales, los sentimientos de aprobación o de reprobación, etc., son los estados afectivos que su intuición suscita.

4. Valores religiosos. Comprenden lo divino y lo sagrado y constituyen el ramo supremo. Los valores que les son consecutivos son los del culto y de los sacramentos. Los sentimientos que les corresponden son la beatitud y la desesperación, la fe y la incredulidad, la piedad y la impiedad..

ALEXANDRO KORN (subjetivista y relativista)

	Valoraciones	Conceptos Básicos	Realización Histórica	Finalidad Ideal
Biológicas	I. Económicas II. Instintivas III. Eróticas	Util-nocivo Agradable-desagradable Amable-odioso	Técnica Placer Familia	Bienestar Dicha Amor
Sociales	IV. Vitales V. Sociales	Selecto-vulgar Lícito-vedado	Disciplina Derecho	Poder Justicia
Culturales	VI. Religiosas VII. Éticas VIII. Lógicas IX. Estéticas	Santo-profano Bueno-malo Cierto-falso Bello-feo	Culto Moral Saber Arte	Santidad Bien Verdad Belleza

De acuerdo con el marco teórico que sustente al sistema de clasificación y jerarquización de valores dependerá esta última organización; el ejemplo de Max Scheler pone como conceptos mayores los religiosos.

Otras concepciones ponen como conceptos mayores a los valores morales porque de una u otra manera se superponen a las otras clases de valores, ejemplo: un hombre de empresa o patrón de hacienda puede estar en lo legal respecto a las relaciones laborales con sus trabajadores pero no en lo moral.

Hay diversas maneras de clasificar a los valores, te presentamos dos que agrupan por un lado a los valores universales y por otro a los valores situacionales. Los primeros son los que existen y persisten en todas las épocas y sociedades; los segundos son los particulares a cada ciencia, realización histórica o agente moralizador de que se trate.

VALORES UNIVERSALES

Derecho a la vida
Derecho a la salud
Derecho a la educación
Derecho a la justicia
Derecho a los derechos humanos

VALORES SITUACIONALES

DEL:	CONSEGUIR EL BIEN QUE ES:
Derecho	la justicia
Ciencia	la verdad
Técnica	la precisión
Religión	la trascendencia
Economía	la utilidad
Política	el bien común
Medicina	la salud general
Literatura	el estilo

Otro ejemplo de valor situacional se da en el agente o realización histórica conocida como nacionalidad, en el caso de los mexicanos es la conciencia del origen propio, de nuestras raíces.

A la religión, la política, el Estado, y la familia se les ha denominado de diferentes maneras, algunos autores los llaman realizaciones históricas, otros los conocen como agentes moralizadores. De cualquier manera en el seno de sus interrelaciones se propicia el conocimiento y la aplicación de cada uno de los valores que aportan respectivamente..

A continuación se presenta una propiedad que es característica de los valores.

Bipolaridad de los valores

Todo valor tiene la propiedad de la polaridad, por cada valor positivo existe un valor negativo.

A los valores negativos algunos autores les llaman disvalores o contravalores. A continuación se presentan algunas bipolaridades:

MORALES: bueno - malo
justo - injusto
honesto - deshonesto
responsable - irresponsable

INTELLECTUALES: cierto - falso
verdad - error
evidente - probable

ESTÉTICOS: bello - feo
gracioso - grotesco
elegante - no elegante

En seguida se presenta La Cartilla Moral de Alfonso Reyes que propone varios tipos de respeto para conseguir el valor del bien en varios aspectos: personal, familiar, social, político y ecológico. Se considera conveniente que lo entiendas antes de estudiar las obras literarias y los valores que éstas encierran, para no confundir el bien con el concepto de los bienes materiales o lo que nos agrada, sino el bien como valor en sus distintas acepciones de acuerdo con la realización histórica o el agente moralizador que se dé.

La cartilla moral

ALFONSO REYES

PREFACIO

Estas lecciones fueron preparadas al iniciarse la "campana alfabética" y no pudieron aprovecharse entonces. Es destinada al educando adulto, pero también son accesibles al niño. En uno y otro caso suponen la colaboración del preceptor, sobre todo para la multiplicación de ejemplos que las hubieran alargado inútilmente. Dentro del cuadro de la moral, abarcan nociones de sociología, antropología, política o educación cívica, higiene y urbanidad.

Se ha insistido en lo explicativo, dejando de lado el enojoso tono exhortatorio, que hace tan aburridas las lecturas morales. No tenía objeto dictar los preceptos como en el catecismo, pues son conocidos de todos. Se procura un poco de amenidad, pero con medida para no desvirtuar el carácter de estas páginas.

Se deslizan de paso algunas citas y alusiones que vayan despertando el gusto por la cultura y ayuden a perder el miedo a los temas clásicos, base indispensable de nuestra educación y en los que hoy importa insistir cada vez más.

Se ha establecido un armazón o sistema que dé coherencia al conjunto; pero se ha disimulado esta trabazón para no torturar con esfuerzos excesivos la mente de los lectores.

Bajo la expresión más simple que fue dable encontrar, se han tocado, sin embargo, los problemas de mayor tradición en la filosofía ética, dando siempre por supuesto que nos dirigimos a hombres normales y no a deficientes. El constante del intermediario consiste en suponer al consumidor más candoroso de lo que es.

Se ha usado el criterio más liberal, que a la vez es laico y respetuoso para las creencias.

La brevedad de cada lección responde a las indicaciones que se nos dieron. Dentro de esta brevedad se procuró, por el encanto visual y formal -parte de la educación-, cierta simetría de proporciones.

Las frases son sencillas; pero se procura que se relacionen ya unas con otras, para ir avezando al lector en el verdadero discurso y en el tejido de los conceptos. Pues a estos ejercicios llega el analfabeto cuando ya ha dejado de serlo. La poesía que se cita al final de la Primera Parte es útil en este sentido (amén de su valor moral y poético), por estar fraseada en trochos paralelos, cuya consecuencia sólo se desata en los dos versos últimos. Es un buen ejercicio de suspensión del argumento, ser por eso nada difícil. Conviene que el preceptor la lea en voz alta antes de darla a leer al discípulo.

México,

LECCION I

El hombre debe educarse para el bien. Esta educación, y las doctrinas en que ella se inspira constituyen la moral o ética. (La palabra "moral" procede del latín; la palabra "ética" procede del griego.) Todas las religiones contienen también un cuerpo de preceptos morales, que coinciden en lo esencial. La moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el Cristianismo. El creyente hereda, pues, con su religión, una moral ya hecha. Pero el bien no sólo es obligatorio para el creyente, sino para todos los hombres en general. El bien no sólo se funda en una recompensa que el religioso espera recibir en el cielo. Se funda también en razones que pertenecen a este mundo. Por eso la moral debe estudiarse y aprenderse como una disciplina aparte.

Podemos figurarnos la moral como una Constitución no escrita, cuyos preceptos son de validez universal para todos los pueblos y para todos los hombres. Tales preceptos tienen por objeto asegurar el cumplimiento del bien, encaminando a este fin nuestra conducta.

El bien no debe confundirse con nuestro interés particular en este o en el otro momento de nuestra vida. No debe confundirse con nuestro provecho, nuestro gusto o nuestro deseo. El bien es un ideal de justicia y de virtud que puede imponernos el sacrificio de nuestros anhelos, y aun de nuestra felicidad o de nuestra vida. Pues es algo como una felicidad más amplia y que abarcase a toda la especie humana, ante la cual valen menos las felicidades personales de cada uno de nosotros.

Algunos han pensado que el bien se conoce sólo a través de la razón, y que, en consecuencia, no se puede ser bueno si, al mismo tiempo, no se es sabio. Según ellos, el malo lo es por ignorancia. Necesita educación.

Otros consideran que el bien se conoce por el camino del sentimiento y, como la caridad, es un impulso del buen corazón, compatible aún con la ignorancia. Según ellos, el malo lo es por mala inclinación. Necesita redención.

La verdad es que ambos puntos de vista son verdaderos en parte, y uno a otro se completan. Todo depende del acto bueno de que se trate. Para dar de beber al sediento basta tener buen corazón, ¡y agua! Para ser un buen ciudadano o para sacar adelante una familia hay que tener, además, algunos conocimientos.

Aquí, como en todo, la naturaleza y la educación se completan. Donde falta la materia prima, no puede hacerse la obra. Pero tampoco puede hacerse donde hay materia y falta el arte. Los antiguos solían decir: "Lo que natura no da, Salamanca no lo presta." Se referían a la Universidad de Salamanca, famosa en la España de los siglos XVI y XVII, y querían decir que, si se es estúpido, poco se aprende con el estudio. Casi lo mismo hay que decir con respecto al bien. Pero, por fortuna, el malo por naturaleza es educable en muchos casos y, por decirlo así, aprende a ser bueno. Por eso el filósofo griego Aristóteles aconsejaba la "ejercitación en la virtud para hacer virtuosos" (*ethismos*).

LECCION II

El hombre tiene algo de común con los animales y algo de exclusivamente humano. Estamos acostumbrados a designar lo uno y lo otros, de cierta manera fácil, con los nombres de cuerpo y alma, respectivamente. Al cuerpo pertenece cuanto en el hombre es naturaleza; y al alma, cuanto en el hombre es espíritu.

Esto nos aparece a todos como evidente, aun cuando se reconozca que hay dificultad en establecer las fronteras entre los dos campos.

Algunos dicen que todo es materia; otros, que todo es espíritu. Algunos insisten en que cuerpo y alma son dos manifestaciones de alguna cosa única y anterior. Aquí nos basta reconocer que ambas manifestaciones son diferentes.

Luego se ve que la obra de la moral consiste en llevarnos desde lo animal hasta lo puramente humano. Pero hay que

entenderlo bien. No se trata de negar lo que hay de material y de natural en nosotros, para sacrificarlo de modo completo, aras de lo que tenemos de espíritu y de inteligencia. Esto sería una horrible mutilación que aniquilaría a la especie humana. Si todos ayunáramos hasta la tortura, como los ascetas y los fakires, acabaríamos por suicidarnos.

Lo que debe procurarse es una prudente armonía entre cuerpo y alma. La tarea de la moral consiste en dar a la naturaleza lo suyo sin exceso, y sin perder de vista los ideales dictados por la conciencia. Si el hombre no cumple debidamente sus necesidades materiales se encuentra en estado de ineptitud para las tareas del espíritu y para realizar los mandamientos del bien.

Advertimos, pues, que hay siempre algo de tacto, de buen sentido en el manejo de nuestra conducta; algo de equilibrio y de proporción. Ni hay que dejar que nos domine la parte animal en nosotros, ni tampoco debemos destruir la base material del ser humano, porque todo el edificio se vendría abajo.

Hay momentos en que necesitamos echar mano de nuestras fuerzas corporales, aun para los actos más espirituales o más orientados por el ideal. Así en ciertos instantes de bravura, arrojo y heroicidad.

Hay otros momentos en que necesitamos de toda nuestra inteligencia para poder atender a las necesidades materiales. Así cuando, por ejemplo, nos encontramos sin recursos, en medio de una población extranjera que no entendiese nuestro lenguaje, y a la que no supiésemos qué servicio ofrecer a cambio del alimento que pedimos.

De modo que estos dos gemelos que llevamos con nosotros, cuerpo y alma, deben aprender a entenderse bien. Mejor que mejor si se realiza el adagio clásico: "Alma sana en cuerpo sano."

Añádase que todo acto de nuestra conducta se nos presenta como "disyuntiva", es decir: hacer esto o hacer lo otro. Y ahora entenderemos lo que quiso decir Platón, el filósofo griego, cuando comparaba al hombre con un cochero obligado a poner de acuerdo el trote de dos caballos.

LECCION III

La voluntad moral trabaja por humanizar más y más al hombre, levantándolo sobre la bestia, como un escultor tallando el bloque de piedra, va poco a poco sacando de él una estatua. No todos tenemos fuerzas para corregirnos a nosotros mismos y procurar mejorarnos incesantemente a lo largo de nuestra existencia; pero esto sería lo deseable. Si ello fuera siempre posible, el progreso humano no sufriría estos estancamientos y retrocesos que hallamos en la historia, esos olivares o destrozos de las conquistas ya obtenidas.

En la realidad, el progreso humano no siempre se logra, o sólo se consigue de modo aproximado. Pero ese progreso humano es el ideal a que todos debemos aspirar, como individuos y como pueblos.

Las palabras "civilización" y "cultura" se usan de muchos modos. Algunos entienden por "civilización" el conjunto de conquistas materiales, descubrimientos prácticos y adelantos técnicos de la humanidad. Y entienden por "cultura" las conquistas semejantes de carácter teórico o en el puro campo del saber y del conocimiento. Otros lo entienden al revés. La verdad es que ambas van siempre mezcladas. No hubiera sido posible, por ejemplo, descubrir las útiles aplicaciones de la electricidad o la radiodifusión sin un caudal de conocimientos previos; y, a su vez, esas aplicaciones han permitido adquirir otras nociones teóricas.

En todo caso, civilización y cultura, conocimientos teóricos y aplicaciones prácticas nacen del desarrollo de la ciencia; pero las inspira la voluntad moral o de perfeccionamiento humano. Cuando pierden de vista la moral, civilización y cultura degeneran y se destruyen a sí mismas. Las muchas maravillas mecánicas y químicas que aplica la guerra, por ejemplo, en vez de mejorar a la especie, la destruyen. Nobel, sabio sueco inventor de la dinamita, hubiera deseado que

sólo se usara para la ingeniería y las industrias productivas, en vez de usarse para matar hombres. Por eso, como en prenda de sus intenciones, instituyó un importante premio anual, que se adjudica al gobernante o estadista que haya hecho más por la paz del mundo.

Se puede haber adelantado en muchas cosas y, sin embargo, no haber alcanzado la verdadera cultura. Así sucede siempre que se olvida la moral. En los individuos y en los pueblos, el no perder de vista la moral significa el dar a todas las cosas su verdadero valor, dentro del conjunto de los fines humanos. Y el fin de los fines es el bien, el blanco definitivo a que todas nuestras acciones apuntan.

De este modo se explica la observación hecha por un filósofo que viajaba por China a fines del siglo XIX. "El chino -decía- es más atrasado que el europeo; pero es más culto, dentro del nivel y el cuadro de su vida." La educación moral, base de la cultura, consiste en saber dar sitio a todas las nociones: en saber qué es lo principal, en lo que se debe exigir el extremo rigor; qué es lo secundario, en lo que se puede ser tolerante; y qué es lo inútil, en lo que se puede ser indiferente. Poseer este saber es haber adquirido el sentimiento de las categorías.

LECCION IV

La apreciación del bien, objeto de la moral, supone el acatamiento a una serie de respetos, que vamos a estudiar en las siguientes lecciones. Estos respetos equivalen a los "mandamientos" de la religión. Son inapelables; no se les puede desoír sin que nos lo reproche la voz de la conciencia, instinto moral que llevamos en nuestro ser mismo. Tampoco se los cumple para obtener esta o la otra ventaja práctica, o para ganar este o el otro premio. Su cumplimiento trae consigo una satisfacción moral, que es la verdadera comprensión en el caso.

Ahora bien, la humanidad no podría subsistir sin obediencia a los respetos morales. En la inmensa mayoría de los casos, el solo hecho de obrar bien nos permite ser más felices dentro de la sociedad en que vivimos. Esto bien puede considerarse como una ventaja práctica, comparable a esos premios que las asociaciones benéficas o los periódicos conceden a quienes han hecho algún acto eminente de virtud: el que devuelve la cartera perdida, llena de billetes de banco; el que salva a un naufrago, etcétera.

Sin embargo, la moral está muy por encima de estas satisfacciones exteriores. A veces, su acción va directamente en contra de nuestra conveniencia. Si un conductor de auto atropella a un peatón en un camino desierto, y lo deja privado de conocimiento, lo más conveniente y ventajoso para él, desde un punto de vista inmediato, es escapar cuanto antes y no contar a nadie lo sucedido. Pero el instinto moral o la educación moral le ordenan asistir a su víctima, dar cuenta a la policía y someterse a las sanciones de la ley, aunque esto sea para él lo menos cómodo. Esta vigilancia interior de la conciencia aun nos obliga, estando a solas y sin testigos, a someternos a esa Constitución no escrita y de valor universal que llamamos la moral.

Reconocemos así un bien superior a nuestro bien particular e inmediato. En este reconocimiento se fundan la subsistencia de la especie, la perduración de la sociedad, la existencia de los pueblos y de los hombres. Sin este sentimiento de nuestros deberes, nos destruiríamos unos a otros, o sólo viviríamos como los animales gregarios. Estos aunque sin conciencia humana, se ven protegidos en su asociación por ciertos impulsos naturales de simpatía, por lo que se llama "conciencia de la especie". Pero siempre siguen siendo animales, porque, a diferencia del hombre, carecen de la voluntad moral de superación.

LECCION V

Los respetos que hemos considerado como mandamientos de la moral pueden enumerarse de muchos modos. Los agruparemos de la manera que nos parece más adecuada para recordarlos de memoria, desde el más individual hasta el más general, desde el más personal hasta el más impersonal. Podemos imaginarlos como una serie de círculos concéntricos. Comenzamos por el interior y cada vez vamos tocando otro círculo más amplio.

Lo primero es el respeto que cada ser humano se debe a sí mismo, en cuanto es cuerpo y en cuanto es alma. A eso se refiere el sentimiento de la dignidad de la persona. Todos los hombres son igualmente dignos, en cuanto a su condición de hombres, así como todos deben ser iguales ante la ley. El hombre debe sentirse depositario de un tesoro, en naturaleza y en espíritu, que tiene el deber de conservar y aumentar en lo posible. Cada uno de nosotros, aunque sea a solas y sin testigos, debe sentirse vigilado por el respeto moral y debe sentir vergüenza de violar este respeto. El uso que hagamos de nuestro cuerpo y de nuestra alma debe corresponder a tales sentimientos.

Esto no significa que nos avergoncemos de las necesidades corporales impuestas por la naturaleza, sino que las cumplamos con decoro, aseo y prudencia. Esto no significa que nos consideremos a nosotros mismos con demasiada solemnidad, porque ello esteriliza el espíritu, comienza por hacernos vanidosos y acaba por volvernos locos. También es muy peligroso el entregarse a miedos inútiles, error más frecuente de lo que parece y signo de fatiga nerviosa. Una de sus formas más dañinas es el miedo a la libertad y a las hermosas responsabilidades que ella acarrea. El descanso, el esparcimiento y el juego, el buen humor, el sentimiento de lo cómico y aun la ironía, que nos enseñan a burlarnos un poco de nosotros mismos, son recursos que aseguran la buena economía del alma, el buen funcionamiento de nuestro espíritu. La capacidad de alegrarse es una fuente del bien moral. Lo único que debemos vedarnos es el desperdicio, la bajeza y la suciedad.

De este respeto a nosotros mismos brotan todos los preceptos sobre la limpieza de nuestro cuerpo, así como todos los preceptos sobre la limpieza de nuestras intenciones y el culto a la verdad. La manifestación de la verdad aparece siempre como una declaración ante el prójimo, pero es un acto de lealtad para con nosotros mismos.

Se ha dicho que la buena presencia es ya de por sí la mejor recomendación. Lo mismo puede decirse de la buena fe. Pero la limpieza de cuerpo y alma de que ahora tratamos no ha de procurarse por cálculo y para quedar bien con los demás, sino desinteresadamente, y para nuestra solitaria satisfacción moral.

Los antiguos griegos, creadores del mundo cultural y moral en que todavía vivimos, llamaban *aidós* a ese sentimiento de la propia dignidad; y le llamaban *némesis* al sentimiento de justa indignación ante las indignidades ajenas, no a la "venganza", como suele decirse. Estos dos principios del *aidós* y la *némesis* son el fundamento exterior de las sociedades. Si esto conduce a la necesidad de la ley y sus sanciones, aquello conduce al sentimiento de la vergüenza. Si la ley tiene un valor general, la vergüenza opera como una energía individual. Pero todavía la vergüenza parece sernos impuesta desde afuera. El Cristianismo insistió en añadir a ese sentimiento de la vergüenza, característico del mundo pagano, un sentimiento mucho más íntimo de la culpa, el coraje de reconocer y rectificar los propios errores morales, aun cuando no tengan testigos.

LECCION VI

Después del respeto a la propia persona, corresponde examinar el respeto a la familia: mundo humano que nos rodea de modo inmediato.

La familia es un hecho natural y puede decirse que, como grupo perdurable, es característico de la especie humana. Los animales, entregados a sí mismos y no obligados por la domesticidad, crean familias transitorias y sólo se juntan durante el celo o la cría de la prole. Por excepción, se habla de cierta extraña superioridad de los coyotes, que tienden a juntarse en parejas toda la vida.

La familia estable humana rebasa los límites mínimos del apetito amoroso y la cría de los hijos. Ello tiene consecuencias morales en el carácter del hombre, y reconoce una razón natural: entre todas las criaturas vivas comparables al hombre, llamadas animales superiores, el hombre es el que tarda más en desarrollarse y en valerse solo, para disponer de sus manos, andar, comer, hablar, etcétera. Por eso necesita más tiempo el auxilio de sus progenitores. Y éstos acaban por acostumbrarse a esta existencia en común que se llama hogar.

La mayor tardanza en el desarrollo del niño comparado con el animal no es una inferioridad humana. Es la garantía de una maduración más profunda y delicada, de una "evolución" más completa. Sin ella, el organismo humano no alcanzaría ese extraordinario afinamiento nervioso que lo pone por encima de todos los animales. La naturaleza, como un artista, necesita más tiempo para producir un artículo más cabado.

El hombre, al nacer, es ya parte de una familia. Las familias se agruparon en tribus. Estas, en naciones más o menos organizadas, y tal es el origen de los pueblos actuales. De modo que la sociedad o compañía de los semejantes tiene para el hombre el mismo carácter necesario que su existencia personal. No hay persona sin sociedad. No hay sociedad sin personas. Esta compañía entre los seres de la especie es para el hombre un hecho natural o espontáneo. Pero ya la forma en que el grupo se organiza, lo que se llama el Estado, es una invención del hombre. Por eso cambia y se transforma a lo largo de la historia: autocracia, aristocracia, democracia; monarquía absoluta, monarquía constitucional, república, unión soviética, etcétera.

Con la vida en común de la familia comienzan a aparecer las obligaciones recíprocas entre las personas, las relaciones sociales; los derechos por un lado y, por el otro, los deberes correspondientes. Pues en la vida civilizada, por cada derecho o cosa que podemos exigir, existe un deber o cosa que debemos dar. Y este cambio o transacción es lo que hace posible la asociación de los hombres.

Sobre el amor que une a los miembros de la familia no vale la pena de extenderse, porque es sentimiento espontáneo, sólo perturbado por caso excepcional. En cuanto al respeto, aunque es de especie diferente, lo mismo debe haberlo de los hijos para con los padres y de los padres para con los hijos, así como entre los hermanos. El hogar es la primera escuela. Si los padres, que son nuestros primeros y nuestros constantes maestros, se portan indignamente a nuestros ojos, faltan a su deber; pues nos dan malos ejemplos, lejos de educarnos como les corresponde. De modo que el respeto del hijo al padre no cumple su fin educador cuando no se completa con el respeto del padre al hijo. Lo mismo pasa entre hermanos mayores y menores. La familia es una escuela de mutuo perfeccionamiento. Y el acatamiento que el menor debe al mayor, y sobre todo el que el hijo debe a sus padres, no es mero asunto sentimental o místico; sino una necesidad natural de apoyarse en quien nos ayuda, y una necesidad racional de inspirarse en quien ya nos lleva la delantera.

LECCION VII

Nuestra existencia no sólo se desenvuelve dentro del hogar. Pronto empezamos a tratar con amigos de la casa, vecinos, maestros, compañeros de escuela. Y cuando pasamos de niños a hombres, con jefes, compañeros de trabajo, subordinados, etcétera. De modo que nuestra existencia transcurre en compañía de un grupo de hombres, entre la gente.

Esta gente puede estar repartida en muchos lugares, y hasta puede ser que unos grupos no conozcan a los otros. Pero todos ellos se juntan en nuestra persona, por el hecho de que nosotros tratamos con unos y otros. Así, las personas con quienes trabajamos durante la semana no conocen a las personas que encuentro en una pensión campestre donde paso los domingos. Pero unos y otros son mi compañía humana. Hay también personas a quienes sólo encuentro de paso, en la calle, una vez en la vida. También les debo respeto social.

Esta compañía humana es mi sociedad. Mi sociedad no es más que una parte de la sociedad humana total. Esta sociedad total es el conjunto de todos los hombres. Y aunque todos los hombres nunca se juntan en un sitio, todos se parecen lo bastante para que pueda hablarse de ellos como de un conjunto de miembros semejantes entre sí y diferentes de los demás grupos de seres vivos que habitan la tierra.

Pues bien: en torno al círculo del respeto familiar se extiende el círculo del respeto a mi sociedad. Y lo que se dice de mi sociedad puede decirse del círculo más vasto de la sociedad humana en general. Mi respeto a la sociedad, y el de cada uno de los miembros para los demás, es lo que hace posible la convivencia de los seres humanos.

El problema de la política es lograr que esta convivencia sea lo más justa y feliz, tanto dentro de cada nación como

entre unas y otras naciones. Las naciones, en su conducta de unas para con las otras, pueden imaginarse como unas personas más amplias que las humanas, pero que debieran gobernarse conforme a iguales principios de bien y de justicia.

La subsistencia de la sociedad es indispensable a la subsistencia de cada ser humano y de la especie humana en general. Los respetos sociales son de varias categorías, según sean más o menos indispensables a la subsistencia de la sociedad. Se procura, pues, impedir las violaciones contra esos respetos; y si las violaciones ya han acontecido se las castiga para que no se repitan. Esto establece, frente al sistema de respetos, un sistema de sanciones para en caso de violación. Y sólo así se logra la confianza en los respetos, sin la cual la sociedad sería imposible.

El primer grado o categoría del respeto social nos obliga a la urbanidad y a la cortesía. Nos aconseja el buen trato en las maneras agradables; el sujetar dentro de nosotros los impulsos hacia la grosería; el no usar del tono violento y amenazador sino en último extremo; el recordar que hay igual o mayor bravura en dominarse a sí mismo que en asustar o agraviar al prójimo; el desconfiar siempre de nuestros movimientos de cólera, dando tiempo a que remansen las aguas.

La sanción contra la violación de este respeto se entrega a la opinión pública. Se manifiesta en la desestimación que rodea a la gente grosera. Pero el cortés y urbano recibe una compensación inmediata y de carácter doble; dentro de sí mismo cumple la voluntad moral de superación, encaminándose de la bestia al hombre; fuera de sí mismo, acaba por hacerse abrir todas las puertas.

La buena disposición para con el prójimo es un sentimiento relacionado con los anteriores. Un mexicano educado en las buenas tradiciones de nuestra cortesía solía decir siempre:

-Cuando una mano se alarga para pedirme algo, pienso que esa mano puede ser, mañana, la que me ofrezca un vaso de agua en mitad del desierto.

LECCION VIII

El primer grado del respeto social se refería a la sociedad en general, a la convivencia de ser dueño de sí mismo en lo posible, agradable y solícito al prójimo. El segundo grado del respeto social se refiere ya a la sociedad organizada en el Estado, en gobierno con sus leyes propias.

Este grado es el respeto a la ley. Asume, a su vez, varias categorías. Las sanciones contra las violaciones respecto ya no se dejan a la mera opinión pública. Son verdaderos castigos: indemnización, multa, destitución, destierro, trabajos forzados, pena de muerte, etcétera, según las leyes de cada país y la gravedad del acto violatorio. Y es que, en este grado, las contravenciones o violaciones del respeto son más peligrosas para la sociedad.

Este es el campo del derecho, o de la vida jurídica. El Derecho procura establecer la justicia en todos los tratados y compromisos entre los hombres.

La igualdad ante el derecho es una de las más nobles conquistas del hombre. El que comete una falta o un delito debe sufrir igual pena, sea débil o poderoso, pobre o rico. Pero, a mayor altura de la persona, toca mayor responsabilidad por concepto de agravante. Por ejemplo, la traición de un soldado y la de un general sufren igual pena. Pero, ante nuestro juicio moral, la del general es todavía peor que la del soldado.

El campo de la ley puede imaginarse como un grado más solemne del campo de la conducta. Un descuido en las buenas formas nada más causa disgusto. La falta de amor y respeto entre los miembros de una familia es, para éstos, una desgracia, y para los extraños, un motivo de repugnancia; nada más. Pero una agresión física, un robo, un asesinato, son objeto de castigos y penas. En este sentido, toda violación de la ley es también de la moral; pero hay violaciones morales que no llegan a ser violaciones jurídicas. Claro es que hay también algunas prescripciones jurídicas, de carácter más administrativo, que son moralmente indiferentes. No registrar un invento es un descuido, pero no una inmoralidad.

Así, se establecen los distintos niveles del derecho, o sea los distintos caracteres de los respetos que la ley asegura mediante sanciones. Depositar en el buzón una carta sin franqueo causa una multa mínima, que bien puede negarse a pagar el interesado, aunque renunciando a su carta. Violar un contrato ya supone indemnizaciones. Disponer de la propiedad ajena, agredir o matar al prójimo, penas mayores, que van de la multa a la prisión perpetua o a la muerte.

La forma misma del Estado, la Constitución, que es la ley de todas las demás leyes, se considera como emanación de la voluntad del pueblo en la doctrina democrática. Está previsto en este código fundamental el medio para modificarlo de acuerdo con el deseo del pueblo, expresado a través de sus representantes.

Cuando el gobierno (que no es lo mismo que la ley) comienza a contravenir las leyes, o a desoír los anhelos de reforma que el pueblo expresa, sobrevienen las revoluciones. Estos hechos históricos no son delitos en sí mismos, aun cuando en la práctica se los trate como tales cuando las revoluciones son vencidas. Lo que pasa es que puede haber revoluciones justas e injustas. Y también es evidente que los actos de violencia con que se hacen las guerras civiles son, en sí mismos, indeseables en estricta moral, francamente censurables en unos casos y netamente delictuosos en otros, ora provengan de la revolución o del gobierno.

LECCION IX

La Nación, la patria, no se confunde del todo con el Estado. El Estado mexicano, desde la independencia, ha cambiado varias veces de forma o de Constitución. Y siempre ha sido la misma patria. El respeto a la patria va acompañado de ese sentimiento que todos llevamos en nuestros corazones y se llama patriotismo: amor a nuestro país, deseo de mejorarlo, confianza en sus futuros destinos.

Este sentimiento debe impulsarnos a hacer por nuestra nación todo lo que podamos, aun en casos en que no nos lo permitan las leyes. Al procurar nuestras legítimas ventajas personales no hemos de perder de vista lo que debemos al país, ni a la sociedad humana en conjunto. Y en caso de conflicto, el bien más amplio debe triunfar sobre el bien más particular y limitado.

En esta división del trabajo que es toda la existencia humana, nuestro primer paso, y a veces el único que podemos dar, en bien de la humanidad en general, es servir a la patria. De modo que este deber no se opone a la solidaridad humana, antes la hace posible y la refuerza.

Cuando hay lucha entre las naciones, lo que no pasa de ser una desgracia causada por las imperfecciones humanas, nuestro deber está al lado de la propia patria, por la que tendremos que luchar y aun morir. Cuando hay armonía y entendimiento debemos sentirnos, en todos los demás países, como unos embajadores no oficiales del nuestro. Debemos conducirnos teniendo en cuenta que los extranjeros juzgarán de todo nuestro pueblo según como a nosotros nos vean portarnos.

El progreso moral de la humanidad será mayor cuanto mayor sea la armonía entre todos los pueblos. La paz es el sumo ideal moral. Pero la paz, como la democracia, sólo puede dar todos sus frutos donde todos la respetan y la aman.

Mientras haya un solo país que tenga ambiciones sobre los demás y se arme con miras a la conquista, el verdadero pacifismo consiste en crear alianzas y armarse para evitar semejantes delitos internacionales.

De modo parecido, cuando, en el seno de un país libre, los enemigos de la libertad atacan esta libertad valiéndose de las mismas leyes que les permiten expresar sus ideas aviesas, el espíritu de la libertad exige que se les castigue.

El bien moral y todas las conquistas humanas serían efímeras si la maldad tuviera el derecho de oponerse a ellas y de predicar contra ellos todos los días.

La patria es el campo natural donde ejercitamos todos nuestros actos morales en bien de la sociedad y de la especie. Se ha dicho que quien ignora la historia patria es extranjero en su tierra. Puede añadirse que quien ignora el deber patrio es extranjero en la humanidad.

LECCION X

Todos los respetos de que hemos hablado, mandamientos de la moral, significan un vaivén de influencias que se resume en aquel eterno principio: "No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan."

Así, el respeto de la propia persona obliga al respeto para el prójimo. El respeto a la propia familia obliga al respeto de los lazos familiares entre los demás. El respeto al propio país lleva al respeto para los demás países. Y todo ello se suma en el respeto general de la sociedad humana.

Estos respetos conducen de la mano a lo que podemos llamar el respeto a la especie humana: amor a sus adelantos ya conquistados, amor a sus tradiciones y esperanzas de mejoramiento.

Las tradiciones no deben confundirse con las meras cosas ya sucedidas, pues también suceden cosas malas. La moral enseña a distinguir las buenas: sólo éstas constituyen tradición respetable.

Las esperanzas de mejora humana no deben confundirse con las quimeras. Y aquí no es el criterio moral, sino la inteligencia y la cultura las que nos ayudan a distinguir. Esperar que al hombre le nazcan alas es absurdo. Pero ayudar al descubrimiento de la aviación o tener confianza en la ciencia que lo procuraba fue perfectamente legítimo.

Ahora bien: si consideramos a la especie humana en conjunto, vemos que ella se caracteriza por el trabajo encaminado hacia la superación. El animal sólo trabaja para conservarse. El hombre, para conservarse y superarse. Nunca se conforma el hombre con la que ya encuentra. Siempre añade algo, fruto de su esfuerzo.

Pues bien: el respeto a nuestra especie se confunde casi con el respeto al trabajo humano. Las buenas obras del hombre deben ser objeto de respeto para todos los hombres. Romper un vidrio por el gusto de hacerlo, destrozar un jardín, pintarrajar las paredes, quitarle un tornillo a una máquina, todos estos actos son verdaderamente inmorales. Descubren, en quien lo hace, un fondo de animalidad, de inconciencia que lo hace retrogradar hasta el mono. Descubren en él una falta de imaginación que le impide recordar todo el esfuerzo acumulado detrás de cada obra humana.

Hay ciudades en las que la autoridad se preocupa de recoger todo esos desperdicios de la vida doméstica que confundimos con la basura: cajas, frascos, tapones, tuercas, recortes de papel, etcétera. Esto debiera hacerse siempre en todas partes. No sólo como medida de ahorro en tiempo de guerra, sino por deber moral, por respeto al trabajo humano que representa cada uno de esos modestos artículos. De paso, ganaría con ello la economía. Pues no hay idea de todo lo que desperdiciamos y dejamos abandonado a lo largo de veinticuatro horas, y que puede servir otra vez cuanque sea como materia prima. Y el desperdicio es también una inmoralidad.

LECCION XI

El más impersonal de los respetos morales, el círculo más exterior de los círculos concéntricos que acabamos de recorrer es el respeto a la naturaleza. No se trata ya de la naturaleza humana, de nuestro cuerpo, etcétera; sino de la naturaleza exterior al hombre. A algunos hasta parecerá extraño que se haga entrar en la moral el respeto a los reinos mineral, vegetal y animal. Pero debe recordarse que estos reinos constituyen la morada humana, el escenario de nuestra vida.

El gran poeta mexicano Enrique González Martínez dice:

... Y quitarás, piadoso, tu sandalia,
para no herir las piedras del camino.

No hay que tomarlo, naturalmente, al pie de la letra. Sólo ha querido decir que procuremos pensar en serio y con intención amorosa, animados siempre del deseo de no hacer daño, en cuantas cosas nos rodean y acompañan en la existencia, así sean tan humildes como las piedras.

Dante, uno de los mayores poetas de la humanidad, supone que, al romper la rama de un árbol, el tronco le reclama y le grita: "¿Por qué me rompes?" Este símbolo nos ayuda a entender cómo el hombre de conciencia moral plenamente cultivada siente horror por las mutilaciones y destrozos.

En verdad, el espíritu de maldad asoma ya cuando, por gusto, enturbiamos un depósito de agua clara que hay en el campo; o cuando arrancamos ramas de los árboles por sólo ejercitar las fuerzas; o cuando matamos animales sin necesidad y fuera de los casos en que nos sirven de alimento; o cuando torturamos por crueldad a los animales domésticos, o bien nos negamos a adoptar prácticas que los alivien un poco en su trabajo.

Este respeto al mundo natural que habitamos, a las cosas de la tierra, va creando en nuestro espíritu un hábito de contemplación amorosa que contribuye mucho a nuestra felicidad y que, de paso, desarrolla nuestro espíritu de observación y nuestra inteligencia. Pero no debemos quedarnos con los ojos fijos en la tierra. También debemos levantarnos a los espacios celestes. Debemos interesarnos por el cielo que nos cubre, su régimen de nubes, lluvias y vientos, sus estrellas nocturnas.

Cuando un hombre que vive en un jardín ignora los nombres de sus plantas y sus árboles, sentimos que hay en él algo de salvaje; que no se ha preocupado de labrar la estatua moral que tiene el deber de sacar de sí mismo. Igual diremos del que ignora las estrellas de su cielo y el nombre de sus constelaciones.

El amor a la morada humana es una garantía moral, es una prenda de que la persona ha alcanzado un apreciable nivel del bien: aquel en que se confunden el bien y la belleza, la obediencia al mandamiento moral y el deleite en la contemplación estética. Este punto es el más alto que puede alcanzar, en el mundo, el ser humano.

LECCION XII

Hay un sentimiento que acompaña la existencia humana y del cual ningún espíritu claro puede desprenderse. Hay cosas que dependen de nosotros y hay cosas que no dependen de nosotros. No se trata ya de los actos propios y ajenos, de lo que yo puedo hacer y de los que tú puedes hacer. Se trata de lo que escapa al poder de los hombres todos, de cualquier hombre. Ello puede ser de orden material, como un rayo o un terremoto; o de orden sentimental, como la amargura o el sufrimiento inevitables en toda existencia humana, por mucho que acumulemos elementos de felicidad; o de orden intelectual, como la verdad, que no es posible deshacer con mentiras, y que a veces hasta puede contrariar nuestros intereses o nuestros deseos. El respeto a la verdad es, al mismo tiempo, la más alta cualidad moral y la más alta cualidad intelectual.

En esta dependencia de algo ajeno y superior a nosotros, el creyente funda su religión; el filósofo, según la doctrina que profese, ve la mano del destino o la ley del universo; sólo el escéptico ve en ello la obra del azar. En la conversación diaria, solemos llamar a esto, simplemente, el arrastre de las circunstancias.

Sin una dosis de respeto para lo que escapa a la voluntad humana, nuestra vida sería imposible. Nos destruiríamos en rebeldías estériles, en cóleras sin objeto.

Tal resignación es una parte de la virtud. El compenetrarse de tal respeto es conquistar el valor moral y la serenidad entre las desgracias y los contratiempos. Los antiguos elogiaban al "varón fuerte", capaz -como decía el poeta Horacio- de pisar impávido sobre las ruinas del mundo. El poeta mexicano Amado Nervo, resumiendo en una línea la filosofía de los

estóicos, ha escrito:

Mi voluntad es una con la ley divina.

El poeta británico Rudyard Kipling nos muestra así el retrato del hombre de temple, que sabe aceptar las desgracias sin por eso considerarse perdido:

Si...

*Si no pierdes la calma cuando ya en derredor
La están perdiendo todos y contigo se escudan;
Si tienes fe en ti mismo cuando los otros dudan,
Sin negarles derecho a seguir en su error;
Si no te harta la espera y sabes esperar;
Si, calumniado, nunca incurres en mentira;
Si aguantas que te odien sin cegarte la ira
Ni dardas de muy sabio o de muy singular;

Si sueñas, mas tus sueños no te ofuscan del todo;
Si tu razón no duerme ni en razonar se agota;
Si sabes afrontar el triunfo y la derrota,
Y a entrambos impostores tratarlos de igual modo;
Si arrostras que adulteren tu credo los malvados
Para mal de la gente necia y desprevenida
O, arruinada la obra a que diste la vida,
Constante la levantas con útiles mellados;*

*Si no te atemoriza, cuando es menester,
A cara o cruz jugarte y perder tus riquezas,
Y con resignación segunda vez empiezas
A rehacerlas todas sin hablar del ayer;
Si dominas tu ánimo, tu temple y corazón
Para que aún te sirvan en plena adversidad,
Y sigues adelante, porque tu voluntad
Grita: "¡Adelante!"!, en medio de tu desolación;*

*Si no logra embriagarte la turba tornadiza,
Y aunque trates con príncipes, guardas tu sencillez;
Si amigos ni enemigos nublan tu lucidez;
Si, aunque a todos ayudes, ninguno te esclaviza;
Si en el fugaz minuto no dejas un vacío
Y marcas los sesenta segundos con tu huella,
La tierra es toda tuya y cuanto hay en ella,
Y serás -más que eso- todo un hombre, hijo mío! **

* Esta traducción parte de la hecha anteriormente por do
Eduardo Iturbide y la modifica en numerosos lugares.

LECCION XIII

Resumen: primera parte

El hombre es superior al animal porque tiene conciencia del bien. El bien no debe confundirse con nuestro gusto o nuestro provecho. Al bien debemos sacrificarlo todo.

Si los hombres no fuéramos capaces del bien no habría persona humana, ni familia, ni patria, ni sociedad.

El bien es el conjunto de nuestros deberes morales. Estos deberes obligan a todos los hombres de todos los pueblos. La desobediencia a estos deberes es el mal.

El mal lleva su castigo en la propia vergüenza y en la desestimación de nuestros semejantes. Cuando el mal es grave, además, lo castigan las leyes con penas que van desde la indemnización hasta la muerte, pasando por multa y cárcel.

La satisfacción de obrar bien es la felicidad más firme y verdadera. Por eso se habla del "sueño del justo". El que tiene la conciencia tranquila duerme bien. Además, vive contento de sí mismo y pide poco de los demás.

La sociedad se funda en el bien. Es más fácil vivir de acuerdo con sus leyes que fuera de sus leyes. Es mejor negocio ser bueno que ser malo.

Pero cuando obrar bien nos cuesta un sacrificio, tampoco debemos retroceder. Pues la felicidad personal vale ante esa felicidad común de la especie humana que es el bien.

El bien nos obliga a obrar con rectitud, a decir verdad, a conducirnos con buena intención. Pero también nos obliga a ser aseados y decorosos, corteses y benévolo, laboriosos y cumplidos en el trabajo, respetuosos con el prójimo, solícitos en la ayuda que podemos dar. El bien nos obliga asimismo a ser discretos, cultos y educados en lo posible.

La mejor guía para el bien es la bondad natural. Todos tenemos el instinto de la bondad. Pero este instinto debe completarse con la educación moral y con la cultura y adquisición de conocimientos. Pues no en todo basta la buena intención.

LECCION XIV

Resumen: segunda parte.

La moral humana es el código del bien. La moral nos obliga a una serie de respetos. Estos respetos están unos contenidos dentro de otros. Van desde el más próximo hasta el más lejano.

Primero, el respeto a nuestra persona, en cuerpo y alma. El respeto a nuestro cuerpo nos enseña a ser limpios y moderados en los apetitos naturales. El respeto a nuestra alma resume todas las virtudes de orden espiritual.

Segundo, el respeto a la familia. Este respeto va del hijo al padre y del menor al mayor. El hijo y el menor necesitan ayuda y consejo del padre y del mayor. Pero también el padre debe respetar al hijo, dándole sólo ejemplos dignos. Y lo mismo ha de hacer el mayor con el menor.

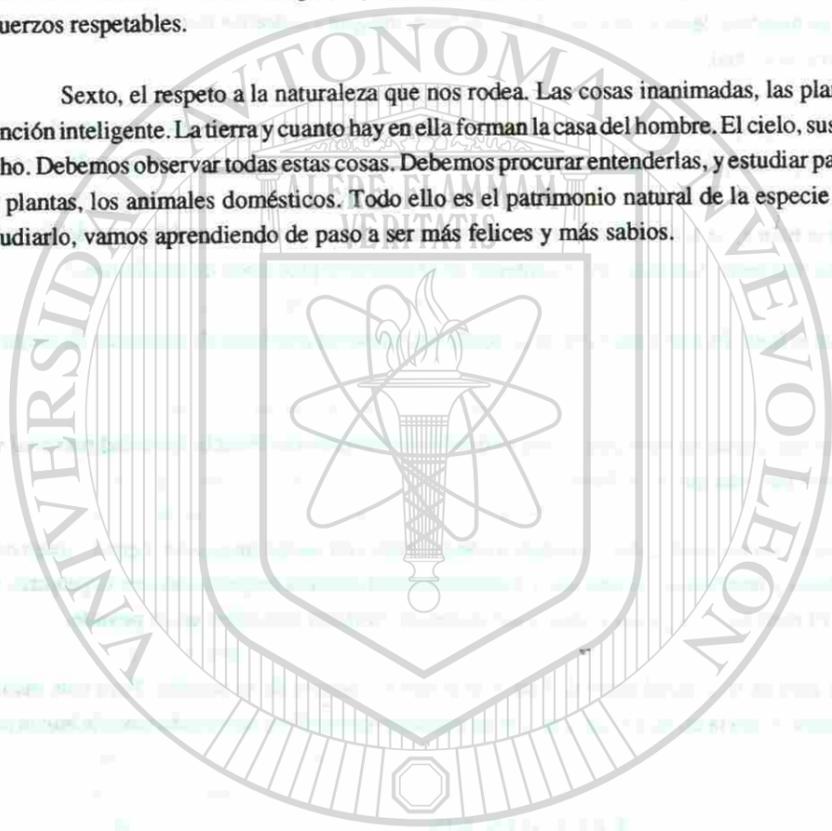
Tercero, el respeto a la sociedad humana en general, y a la sociedad particular en que nos toca vivir. Esto supone desde luego la obediencia a las costumbres consideradas como más necesarias. No hay que ser extravagante. No hay que hacer todo al revés de los demás sólo por el afán de molestarlos.

Cuarto, el respeto a la patria. Este punto no necesita explicaciones. El amor patrio no es contrario al sentimiento solidario entre todos los pueblos. Es el campo de acción en que obra nuestro amor a toda la humanidad. El ideal es llegar a

la paz y armonía entre todos los pueblos. Para esto, hay que luchar contra los pueblos imperialistas y conquistadores hasta vencerlos para siempre.

Quinto, el respeto a la especie humana. Cada persona es como nosotros. No hagamos a los demás lo que no queremos que nos hagan. La más alta manifestación del hombre es su trabajo. Debemos respetar los productos del trabajo. Romper vidrios, ensuciar paredes, destrozarse jardines, tirar a la basura cosas todavía aprovechables son actos de salvajismo o de maldad. Estos actos también indican estupidez y falta de imaginación. Cada objeto producido por el hombre supone una serie de esfuerzos respetables.

Sexto, el respeto a la naturaleza que nos rodea. Las cosas inanimadas, las plantas y los animales merecen nuestra atención inteligente. La tierra y cuanto hay en ella forman la casa del hombre. El cielo, sus nubes y sus estrellas forman nuestro techo. Debemos observar todas estas cosas. Debemos procurar entenderlas, y estudiar para ese fin. Debemos cuidar las cosas, las plantas, los animales domésticos. Todo ello es el patrimonio natural de la especie humana. Aprendiendo a amarlos, estudiarlos, vamos aprendiendo de paso a ser más felices y más sabios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTIVIDADES GENERALES

1. Lee el texto asignado por el maestro.
2. Identifica el sistema de valores manifiestos en el texto.
3. Realiza una escala de valores a partir de la lectura.
4. Jerarquízalos de mayor a menor.
5. Determina cuál es el valor que predomina en el texto.
6. Relaciona el contenido del texto con algo sucedido en la vida real y exprésalo por escrito.
7. Empatiza: ¿qué harías tú en una circunstancia similar?
8. Formula un juicio de valor:
¿Consideras que el problema expuesto en la lectura y el valor que representa sigue vigente? o ¿ha evolucionado?
Justifica tu respuesta.



ACTIVIDAD INTRODUCTORIA I

La Cartilla Moral de Alfonso Reyes es una alternativa para conformar una teoría de valores o axiología. A partir de su lectura desarrolla una jerarquización de valores de acuerdo con tu propio punto de vista.

1. Lee la Cartilla Moral de Alfonso Reyes.
2. Determina cuáles son los valores que subyacen en cada lección.
3. Elabora una lista general con los valores que identificaste en el texto y discútelos con tus compañeros.
4. Jerarquiza los valores de acuerdo con el criterio de Alfonso Reyes.
5. Realiza una jerarquización de valores de acuerdo con tu propio criterio.
6. Elabora una tabla donde presentes la jerarquización de valores.
7. Explica por qué los ordenaste de esa manera.

Alfonso Reyes (Monterrey, N.L., 17 de mayo de 1889-México, D. F., 27 de diciembre de 1959).

El más universal de nuestros escritores. Sus creaciones se integraron en XXV tomos de sus obras completas que contienen textos escritos entre 1911 y 1991.

En sus obras completas Alfonso Reyes presenta sus creaciones como poeta, ensayista, cuentista, articulista, periodista, historiador, dramaturgo, crítico literario, crítico de cine y traductor.

Reyes obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1945 y 10 años después fue candidato al Premio Nóbel.

Sus libros de poesía más conocidos son: Huellas (1922), Romances y afines (1945), Homero Cuernavaca (1949) y Constancia Poética (1959).

Reyes es también nuestro escritor más celebrado, ya que innumerables libros se han escrito sobre él entre otros: *Alfonso Reyes: datos biográficos y bibliográficos* (1955), *Francia en Alfonso Reyes* (1985) Paulette Patout, *Alfonso Reyes en Madrid* (1991) de Alfonso Rangel Guerra.

ACTIVIDAD INTRODUCTORIA II

¿Cuál crees que sea el motivo que lleva a los escritores a expresar sus ideas a través de sus obras?

1. Lee el texto "El loco" de Gibrán Jalil Gibrán y formula tu respuesta después de tu lectura.
2. a) Enumera los párrafos.
b) Expresa que significan connotativamente los párrafos 3 y 4.
c) Explica el párrafo 5 "...este lugar es más sano... por lo menos puedo ser **yo mismo**".
d) Comenta el último párrafo "¡Ah! Eres de los que viven en el manicomio del otro lado de esa tapia".
3. Elabora un comentario sobre el mensaje que el autor trata de comunicar con este texto.
4. Infiere el valor al que se refiere el contenido del texto (punto dos).
5. ¿Qué tipo de valor es? Explícalo en un texto.

El loco

GIBRÁN JALIL GIBRÁN

EN EL JARDÍN de un establecimiento para alienados conocí a un joven de rostro pálido, muy agradable, y lleno de asombro.

Y me senté a su lado, en una banca, y le pregunté: "¿Por qué estás aquí?"

Y aquel joven me miró, asombrado, y me dijo: "Es una pregunta indiscreta, pero te contestaré. Resulta que mi padre quería que fuera yo su imagen viva, y también mi tío quería que fuera yo como él. Mi madre quería que saliera yo a la imagen de su ilustre padre. Mi hermana me ponía de ejemplo a su esposo, que es marino, para que siguiera sus pasos. Mi hermano desea que me parezca a él, que es un consumado atleta.

"Y mis maestros también querían que fuera yo como ellos: el doctor de filosofía, el maestro de música, el de lógica...; todos estaban empeñados en que fuera yo un reflejo fiel, como el de un espejo, del rostro de cada uno de estos señores.

"Por tanto, vine a este sitio. Considero que este lugar es más sano... Por lo menos, puedo ser yo mismo".

De pronto, aquel joven se volvió hacia mí, y me preguntó: "Pero, dime, ¿también tú llegaste a este lugar, obligado por la educación y los buenos consejos?"

Le contesté: "No; sólo estoy de visita".

Y el joven comentó: "¡Ah! Eres de los que viven en el manicomio, del otro lado de esa tapia".

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* Gibrán Jalil Gibrán

Los libros de Gibrán Jalil están hechos para hacer reflexionar al hombre; la mayoría de ellos están bajo forma de la parábola. Sus textos sugieren, connotan y por lo general, son breves pero fundamentales lecciones de vida y para la vida expresados en forma poética.

Gibrán Jalil no es un preceptista, expresa su verdad y no trata de imponerla, sino que la muestra para que sea observada, entendida, interpretada, sus textos se glorian de decir más en lo que se ha callado, es decir, que está entre líneas.

Algunos títulos son: *El loco, El profeta, El vagabundo.*

ACTIVIDAD INTRODUCTORIA III

Una de las actividades fundamentales del ser humano es ir en busca de la verdad, ya sea desde el punto de vista científico, legal o espiritual, entre muchos otros aspectos, y también es practicar la expresión de la verdad en todo momento.

1. Lee el texto "La decadencia del arte de la mentira" de Mark Twain.
2. Comenta las siguientes ideas del texto y relaciónalas con algún hecho de la vida real:
 - a) ¿Desapareció el "arte" de mentir?
 - b) ¿Qué clase de mentiras son las mejores?
 - c) ¿Predomina la brutal verdad?
 - d) ¿La mentira es la más alta perfección de la cortesía?
3. Identifica cuál es la postura del autor en este texto.
4. Emite un juicio de valor sobre esa postura de Mark Twain en "La decadencia del arte de la mentira".
5. Menciona alguna anécdota real de tu vida que se relacione con la lectura.
6. Busca una lectura y establece una relación de semejanza.

La decadencia del arte de la mentira

MARK TWAIN

ENSAYO PARA UN FIN POLEMICO, LEIDO EN UNA SESION DEL CLUB DE HISTORIADORES Y ANTICUARIOS DE HARTFOR Y PROPUESTO PARA EL PREMIO DE 30 DOLARES. PUBLICADO POR PRIMERA VEZ¹

Obsérvese que no pretendo insinuar que la *costumbre* de mentir haya sufrido decadencia ni interrupción alguna; de ningún modo. Porque la Mentira, como Virtud, como Principio, es eterna. La Mentira, como solaz, como recreo, como refugio del alma en su momento de congoja, como cuarta Gracia y décima Musa, es inmortal y ni podrá perecer sobre la Tierra mientras perdure este club. Mi queja concierne simplemente, a la decadencia del *arte* de mentir. Ningún hombre magnánimo, ningún hombre de austeros sentimientos puede contemplar el soñoliento y desaliñado mentir del presente, sin sentir pena al ver prostituido tan noble arte. Ante esta veterana presencia, abordo naturalmente el tema con recelo; se diría una solterona que trata de darles lecciones de puericultura a las madres de Israel. No sería decoroso que yo les criticara a ustedes, caballeros, que son casi mis mayores -y mis superiores, en esto-, y, por tanto, si *pareciera* ser así de tanto en tanto, confío en que ello sucederá en la mayoría de los casos por admiración, más bien que con ánimo de encontrar defectos; a decir verdad, si la más bella de las bellas artes hubiese recibido en alguna parte la atención, el estímulo y la práctica y desarrollo conscientes que este club le ha dedicado, yo no necesitaría proferir este lamento ni derramar una sola lágrima. No digo esto para lisonjearles; lo digo con ánimo de justo y comprensivo reconocimiento. (A esta altura, yo había tenido la intención de mencionar nombres y de dar ejemplos ilustrativos, pero los síntomas observables en torno mío me advierten la conveniencia de evitar los detalles y de limitarme a las generalidades.)

Ningún hecho hay establecido con más firmeza que el de que la mentira es una necesidad de nuestro medio; la deducción de que es una Virtud, se infiere, pues, por sí misma. Ninguna virtud puede alcanzar su máxima utilidad sin un cultivo cuidadoso y diligente; por eso, de más está decir que ésta debiera ser enseñada en las escuelas públicas, junto a la lumbre del hogar, hasta en los periódicos. ¿Qué probabilidad tiene el mentiroso ignorante e inculto contra el perito culto? La misma que tengo yo contra el señor Per..., contra un abogado. Lo que el mundo necesita es la *mentira razonable*. "En ocasiones pienso que hasta sería mejor y más seguro no mentir en absoluto que mentir en forma irrazonable. Una *mentira torpe* y anticientífica es, a menudo, tan ineficaz como la verdad.

Ahora, veamos qué dicen los filósofos. Adviértase este venerable proverbio; los niños y los tontos dicen *siempre* la verdad. La deducción es evidente; los adultos y las personas *inteligentes nunca la dicen*. *Parkman, el historiador*, manifiesta: <El principio de la verdad puede en sí mismo, ser convertido en un absurdo.> En otro pasaje del mismo capítulo, dice: <Es viejo el dicho de que la verdad no debe decirse en todas las ocasiones, y aquellos a quienes una conciencia enferma hostiga y fuerza a una violación habitual de esta máxima, son imbéciles y engorrosos.> Este lenguaje es *enérgico, pero exacto*. Ninguno de nosotros podría *vivir* con un hombre que dijera siempre la verdad, pero por suerte, *nadie tiene que hacerlo*. Un hombre que diga siempre la verdad es, simplemente, un ser imposible; no existe y nunca ha existido. Desde luego, hay gente que *crea* no mentir jamás, pero no es así, y esta ignorancia, precisamente, es una de las cosas que constituyen la ignominia de lo que se llama nuestra civilización. Todos mienten a diario, a cada hora, despiertos, dormidos, en sueños, en su alegría, en su dolor; aunque el hombre mantenga en silencio su lengua, aun así, sus manos, sus pies, sus ojos, su actitud seguirán *engañando...* y deliberadamente. Hasta en los sermones..., pero esto es una perogrullada.

En un lejano país donde viví antaño, las damas acostumbraban a hacer series de visitas en sus recorridos, con el humanitario y bondadoso pretexto de querer verse las unas a las otras, y cuando volvían a sus casas, *exclamaban con alegre voz*: <Hicimos dieciséis visitas y catorce de ellas no estaban en casa>² lo cual no significaba que tuviesen algo contra dichas

* No obtuvo el premio.

amigas, sino que era una manera de decir que no estaban en casa... y su manera de decirlo expresaba su viva satisfacción ante el hecho. Pues bien: su simulación de querer ver a las catorce -y a las otras dos con quienes tuvieran menos suerte- era una manera más común y más suave de mentir, que se describe suficientemente calificándola de desviación de la verdad. ¿Esto justificable? Probablemente, sí. Es hermoso, es noble; porque su objetivo *no* es obtener un provecho, sino proporcionar placer a las dieciséis. El hombre encallecido en la afirmación de la verdad, hablaría claramente o aun revelaría el hecho que no quiere ver a esa gente... y sería un asno y causaría un dolor innecesario. Y además, las damas de ese lejano país, pero no importa, tenían mil gratas maneras de mentir, que brotaban de generosos impulsos y honraban su inteligencia y sus corazones. No entremos en detalles.

Los hombres de ese lejano país eran mentirosos, todos, desde el primero hasta el último. Incluso su corriente <cómo está usted> constituía una mentira, ya que no les importaba la salud del otro, salvo que fuesen empresarios de pompas fúnebras. Al preguntón común, se le mentía como réplica; porque no se hacía un diagnóstico consciente de la propia situación, sino que se contestaba al azar y, por lo general se erraba considerablemente la puntería. Se le mentía al empresario de pompas fúnebras diciéndole que el corazón de uno funcionaba mal; mentira absolutamente recomendable, ya que nada costaba a quien había dicho y complacía al otro. Si un extraño hacía una visita en mal momento, uno decía con lengua cordial: <Me alegro de verlo>, mientras pensaba, con su más cordial corazón: <Ojalá estuvieses con los caníbales y fuese la hora del almuerzo>. Al marcharse aquél el dueño de casa decía, con tono pesadoso: <¿Es forzoso que se vaya?> agregando un <Vuelva a hacer una visita>, pero esto no causaba daño, ya que a nadie se engañaba ni se causaba herida alguna, mientras que la verdad había hecho desdichados a ambos.

Creo que todo este cortés mentir es un arte dulce y gentil y debe ser cultivado. La más alta perfección de la corte no pasa de ser un hermoso edificio construido desde los cimientos hasta la cúpula, con graciosas y doradas formas de caridad y altruista mentira.

Lo que deploro es el creciente predominio de la brutal verdad. Hagamos todo lo posible por desarraigarla. Una verdad agravante no tiene más mérito que una mentira agravante. No debiera decirse la una ni la otra. El hombre que dice una verdad agravante por temor a que su alma no se se salve si obra de otro modo, debiera meditar que esta clase de alma en rigor, no vale la pena de ser salvada. El hombre que dice una mentira para ayudarle a un pobre diablo a salir de apuro es un hombre de quien los ángeles dirán sin duda: <Mirad, he aquí a un alma heroica que arriesga su propio bienestar para ayudarle a su vecino: exaltemos a este generoso embustero.>

Una mentira agravante es algo no recomendable, y también lo es, en el mismo grado, una verdad agravante, he sido reconocido por la ley de difamación.

Entre otras mentiras corrientes, tenemos la mentira *silenciosa*, el engaño que se ejecuta con el simple silencio u ocultación de la verdad. Muchos obstinados veraces a toda costa caen en este libertinaje, presumiendo que si no dicen una mentira, no mienten en absoluto. En el lejano país donde viví antaño, había un bello espíritu, una dama cuyos impulsos eran siempre elevados y puros y cuyo carácter respondía a ellos. Cierta día, yo asistía allí a un almuerzo y observé, en términos generales, que todos mentíamos. Aquella dama se mostró sorprendida y dijo:

-¿No querrá usted decir realmente <todos>?

Esto ocurría antes de los tiempos de Pinafore^(*), de modo que no respondí como lo habría hecho naturalmente sino que dije con franqueza:

-Sí *todos*. Todos mentimos. No hay excepciones.

La dama pareció casi ofendida y dijo:

-¡Cómo! ¿Me incluye usted a mí?

* Personaje de la ópera cómica de Gilbert y Sullivan "H. M. Pinafore" (Su majestad Pinafore).

-Ciertamente -dije-. Hasta creo poder clasificarla como experta en la materia.

Ella replicó:

-¡Ssst! ¡Ssst! ¡Los niños!

De modo que se cambió de tema en homenaje a la presencia de los niños y seguimos hablando de otras cosas. Pero apenas se hubo alejado la gente joven, la dama volvió apasionadamente al asunto y dijo:

- Me he impuesto como norma de vida el no decir jamás una mentira y nunca me he apartado de ella ni en un solo caso.

- No he tenido la más leve intención ofensiva ni irrespetuosa -repliqué-. Pero, a decir verdad, usted ha estado mintiendo sin cesar desde el momento en que me senté aquí. Ello me causó bastante pena, ya que no estoy habituado a ello.

La dama exigió que yo le diese un ejemplo, nada más que un ejemplo. De modo que dije:

-Pues bien... He aquí el duplicado en blanco del formulario que le envié a usted el hospital de Oakland por medio de la enfermera, cuando ésta vino aquí a cuidar a su sobrino durante su peligrosa dolencia. Este formulario hace todo género de preguntas sobre la conducta de esa enfermera: <¿Se duerme alguna vez cuando está en guardia? ¿Olvidó en alguna oportunidad dar el medicamento?>, y así sucesivamente. Se le advirtió a usted que fuese muy cuidadosa y explícita en sus respuestas, ya que el interés del servicio exige que las enfermeras sean multadas o sufran sin tardanza algún otro castigo cuando dejan de cumplir con su deber. Usted me manifestó que estaba encantada con aquella enfermera, que la joven poseía mil virtudes y un solo defecto: nunca se podía confiar en que envolvería lo suficiente a Johnny mientras éste esperaba en una silla fría que ella le arreglara el tibio lecho. Usted llenó el duplicado de este formulario y lo devolvió al hospital por intermedio de la enfermera. ¿Cómo contestó a la pregunta?... <¿Fue culpable la enfermera en algún momento de una negligencia capaz de hacerle tomar frío al paciente?> Bueno, aquí en California, todo se decide con apuestas: aposté diez dólares contra diez centavos a que usted mintió al responder a esa pregunta.

-No menté -dijo la dama-. ¡Dejé en blanco la respuesta!

-¡Precisamente! Dijo una mentira silenciosa; ha dejado deducir que no habría encontrado defecto alguno en ese sentido.

Mi interlocutora me respondió:

-¡Oh! ¿Fue esa una mentira? ¿Cómo podía yo haber mencionado su único defecto siendo ella tan buena? Habría sido cruel.

-Siempre debiéramos mentir cuando podemos hacer un bien con ello -repliqué-. Su impulso era bueno, pero su modo de razonar tóxico. Esto proviene de una falta de práctica inteligente. Observe, ahora, el resultado de esta *inexperta* desviación de la verdad en que ha incurrido. Usted sabe que Willie, el hijito del señor Jones, está muy grave con escarlatina. Pues bien: su recomendación fue tan entusiasta, que esa muchacha está allí atendiendo y la extenuada familia ha estado profundamente dormida durante las últimas catorce horas, dejando a su criatura con plena confianza en esas manos fatales, porque usted, como el joven Jorge Washington, tiene reputación de... De todos modos, si usted no está ocupada, pasará a buscarla mañana e iremos juntos a los funerales, porque desde luego usted debe sentir un interés especial por el caso de Willie, tan personal, de hecho, como el del empresario de pompas fúnebras.

Pero todas estas palabras se perdieron por completo. Antes de promediar mi discurso, la dama estaba ya en un coche y volaba a treinta kilómetros por hora hacia la mansión de los Jones, para salvar lo que hubiese quedado de Willie y para decir todo lo que sabía sobre la mortífera enfermera, todo lo cual era innecesario, ya que Willie no estaba enfermo; yo también había mentido. Pero ese mismo día, de todos modos, la dama envió una línea al hospital llenando la pregunta descuidada del formulario y expuso asimismo los hechos en la forma más honrada posible.

Como ustedes comprenderán, el defecto de esta dama *no* era el mentir, sino el mentir irrazonablemente. La dama en cuestión debía haber dicho la verdad allí y habérsela compensado a la enfermera con un engañoso cumplido en otro pasaje

EL PRINCEPITO

ANTOINE DE SAINT EXUPÉRY

A LEON WERTH

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una excusa seria: esta persona mayor es el mejor amigo que he tenido en el mundo. Tengo otra excusa; esta persona mayor puede comprenderlo todo, inclusive los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor habita en Francia, donde padece hambre y frío. Tiene mucha necesidad de ser consolada. Si todas estas excusas no son bastantes, me propongo dedicar este libro al niño que fue en otra época esta persona mayor. Todas las personas mayores han sido antes niños. (Pero muy pocas entre ellas lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

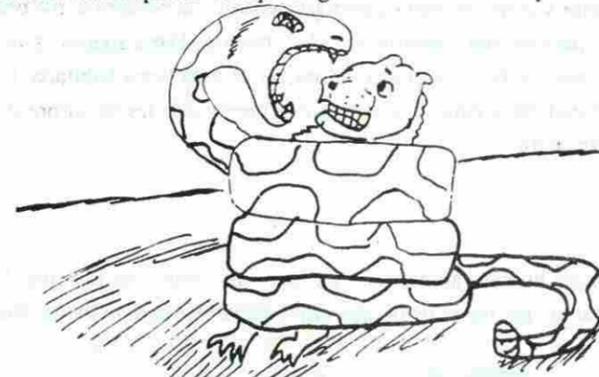
A LEON WERTH
Cuando era una muchachito



Creo que aprovechó, para evadirse, una migración de pájaros silvestres.

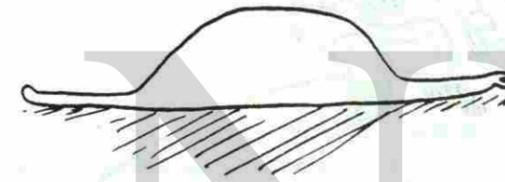
I

Cuando tenía seis años vi, una vez, cierta magnífica imagen en un libro acerca de la Selva Virgen, que se llamaba "Historias Vividas". Representaba una serpiente boa que engullía una fiera. He aquí la copia del dibujo.



Se decía en el libro: "Las serpientes boa tragan su presa toda entera, sin masticarla. A continuación no pueden moverse y duermen durante los seis meses de su digestión".

Reflexioné entonces mucho sobre las aventuras de la selva y, a mi vez, conseguí, con un lápiz de color, trazar mi primer dibujo. Mi dibujo número 1 era como se ve:



Ensené mi obra maestra a las personas mayores y les pregunté si mi dibujo les daba miedo. Y me contestaron:

-¿Por qué nos iba a dar miedo un sombrero?

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digería un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente boa a fin de que las personas mayores pudiesen comprender. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número 2 era el que sigue:



Las personas mayores me aconsejaron que dejase de lado los dibujos de serpientes boa, abiertas o cerradas, y que me interesase más bien en la geografía, el cálculo y la gramática. Así fue cómo abandoné, a la edad de seis años, una magnífica carrera de pintor. Me desanimó el poco éxito de mi dibujo número 1 y de mi dibujo número 2. Las personas mayores no comprenden nunca nada por sí solas. Es fatigoso, para los niños de hoy y de siempre, tenerles que estar dando explicaciones.

Debí, pues, escoger otro oficio y aprendí a pilotear aviones. He volado un poco por todo el mundo. Y la geografía, es cierto, me ha servido de mucho. Supe distinguir, al primer golpe de vista, la China de Arizona. Eso es muy útil si uno se ha extraviado durante la noche.

De esta manera he tenido, en el curso de mi vida, multitud de contactos con multitud de personas formales. He vivido mucho entre las personas mayores. Las he visto de muy cerca. Ello no ha mejorado mucho mi opinión.

Cuando encontraba alguna que me parecía un poco lúcida, hacía mi experiencia con ella de mi dibujo número 1, que he conservado siempre. Quería saber si era de verdad comprensiva. Pero siempre me contestaba: "Es un sombrero". Entonces no le hablaba ni de serpientes boa, ni de selvas vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su alcance y le hablaba de bridge, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor se alegraba mucho de conocer un hombre tan razonable.

II

He vivido así, solo, sin nadie con quien hablar de veras, hasta que tuve una avería en el desierto de Sahara, hará como seis años. Algo se había roto en mi motor y como no tenía conmigo mecánico ni pasajeros, me preparé a salir adelante, por mí solo, de una reparación difícil. Era para mí una cuestión de vida o muerte. Tenía apenas agua potable para ocho días.

La primera noche me dormí, pues, sobre la arena, a mil millas de toda tierra habitada. Estaba mucho más aislado que un naufrago sobre su almadía en mitad del océano. Entonces, imagínense ustedes mi sorpresa cuando, al apuntar el día, una singular vocecilla me despertó. Me decía:

- Por favor... dibújame un cordero.

- ¡Eh!...

- Dibújame un cordero...

Salté sobre mis pies como si me hubiera amenazado un rayo. Me froté bien los ojos. Miré bien. Y pude ver un hombrecito, extraordinario en grado sumo, que me consideraba gravemente. He aquí el mejor retrato que con el tiempo he conseguido hacer de él.



He aquí el mejor retrato que con el tiempo he conseguido hacer de él.

Pero mi dibujo, a buen seguro, es mucho menos encantador que el modelo. La culpa no es mía. Me desalentaron los mayores en mi carrera de pintor, a los seis años y no aprendí nunca a dibujar nada, salvo las boas cerradas y las abiertas.

Contemplaba, pues, esta aparición con ojos muy abiertos de pura estupefacción. No deben ustedes olvidar que me hallaba a mil millas de toda región habitada. Cuando por fin conseguí hablar, le dije:

- Pero... ¿qué estás haciendo aquí?

Y me repitió entonces, muy poquito a poco, como si se tratase de algo muy serio:

- Por favor... dibújame un cordero...

Cuando el misterio es demasiado impresionante, uno no se atreve a desobedecer. Por muy absurdo que aquello me pareciese a mil millas de todos los lugares habitados y en peligro de muerte, saqué de mi bolsillo una hoja de papel y una pluma fuente. Pero me acordé entonces de que había estudiado, sobre todo, la geografía, la historia, el cálculo y la gramática y le dije al hombrecito, con un asomo de mal humor, que yo no sabía dibujar. Me respondió:

- Eso no importa. Dibújame un cordero.

Como nunca había yo dibujado un cordero, tracé para él uno de los dos únicos dibujos de que me creía capaz. El de la boa cerrada. Y me quedé estupefacto al oír que el hombrecito me decía:

- ¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una serpiente boa. Esta es muy peligrosa, y un elefante muy embarazoso.

En mi país todo es pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.

Entonces me puse a dibujar. Él miró atentamente y luego dijo:



- ¡No! Este se ve ya muy enfermo. Hazme otro.

Yo dibujé. Mi amigo sonrió gentilmente, con indulgencia:

- Ves muy bien que esto no es un cordero... Es un carnero. Tiene cuernos.



Hice una vez más mi dibujo. Pero fue rechazado como los precedentes.

- Este es muy viejo. Quiero un cordero que viva muchos años.



Entonces, perdida la paciencia, puesto que me urgía comenzar el desmontaje de mi motor, borroneé este dibujo.

Y expliqué:

- Esta es una caja. El cordero que tú quieres va dentro.



Pero me sorprendió mucho ver cómo se iluminaba el rostro de mi joven juez.

- Eso es precisamente lo que yo quería -dijo-. ¿Crees que va a necesitar mucha hierba este cordero?

- ¿Por qué?

- Porque en mi país todo es pequeño.

- Habrá bastante, seguro. Te he dibujado un corderito muy chico.

Inclinó la cabeza sobre el dibujo:

- No tan chico... ¡Mira! Se ha dormido...

De este modo fue cómo trabé conocimiento con el principito.

III

Necesité mucho tiempo para comprender de dónde venía. El principito, que me hacía muchas preguntas, no parecía nunca oír las mías. Son palabras pronunciadas por casualidad las que poco a poco, me lo han revelado todo. Así, cuando descubrió por vez primera mi avión -no dibujaré mi avión porque es un dibujo demasiado complicado para mí-, me preguntó:

- ¿Qué viene a ser esa cosa que está allí?

- No es una cosa. Esto vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y me sentía ufano de enseñarle que yo volaba. Entonces gritó:

- ¡Cómo! ¡Tú has caído del cielo!

- Sí, repase yo modestamente.

- ¡Ah! Eso sí que es curioso...

Y el pequeño príncipe tuvo un acceso de risa que me irritó mucho. Me gusta que mis clamidades sean tomadas en serio. Luego añadió:

- Entonces, tú también vienes del cielo. ¿De qué planeta eres?

Entreví en seguida una claridad en el misterio de su presencia, y lo interrogué bruscamente:

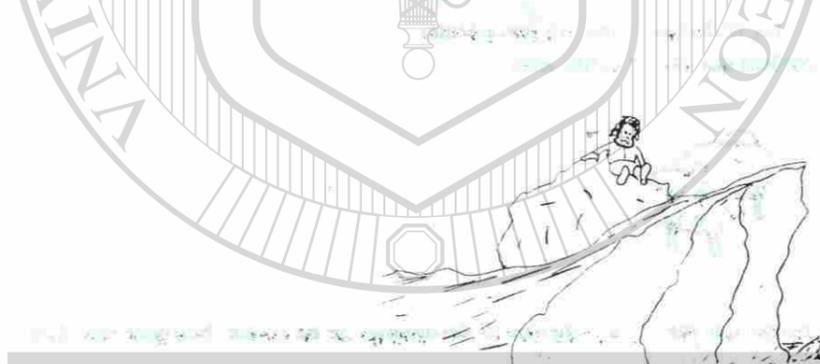
- ¿Así que tú procedes de otro planeta?

Pero no me respondió. Movía la cabeza muy despacio, viendo mi avión y musitando:

- La verdad es que, encima de esto, no puedes venir de muy lejos.

Se sumió en un ensueño que duró mucho rato. Luego, sacando mi cordero de su bolsillo, se dedicó a contemplar su tesoro.

Imagínense ustedes hasta qué punto me debía sentir intrigado por aquella semi-confidencia sobre "los otros planetas". Me esforcé, pues, en saber más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

- ¿De dónde vienes tú, mi hombrecillo? ¿Dónde se halla ese "tu país"? ¿A dónde te propones llevar mi cordero? Me respondió tras un silencio meditativo:

- Lo que está muy bien, con esa caja que me has dado, es que, de noche, le servirá de casa.

- A buen seguro. Y si eres amable, te daré una cuerda para que lo ates durante el día. Y un poste.

La proposición pareció molestar al principito.

- ¿Atarle? ¡Vaya ocurrencia!...

- Pero es que si no lo atas, se irá quien sabe dónde y se perderá...

Y mi amiguito tuvo un nuevo ataque de risa.

- Pero -farfulló- ¿dónde quieres que vaya?

- No importa dónde. Seguirá derecho...

Entonces el principito observó gravemente:

- No importa. ¡Es todo tan pequeño en mi país!

Y con un dejo de amargura, tal vez, añadió:

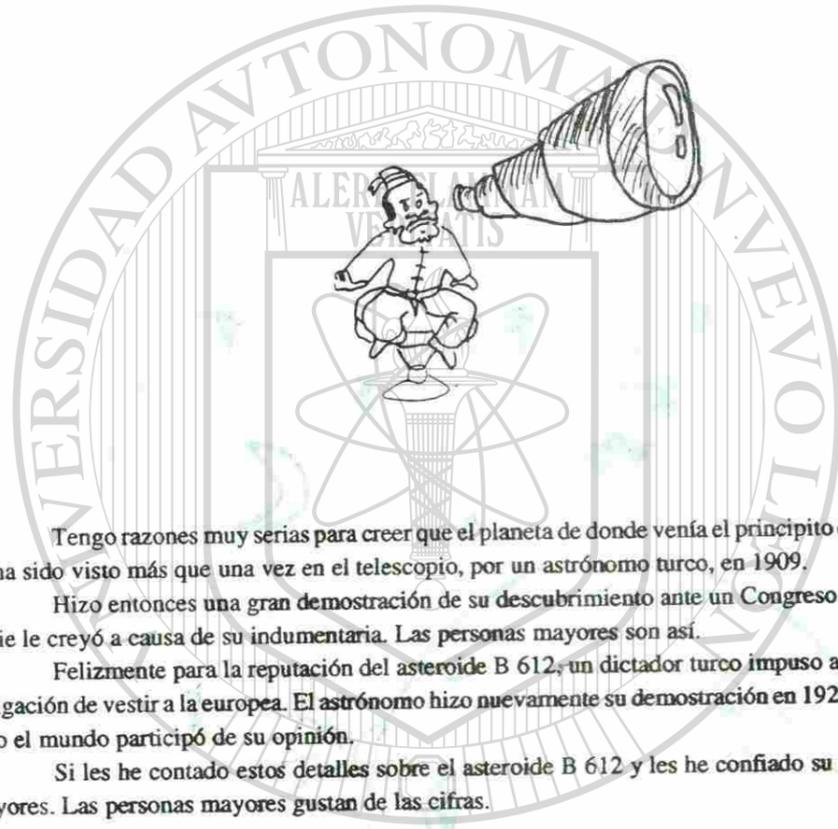
- Derecho, derecho... no se puede ir muy lejos.



El pequeño príncipe en el asteroide B 612.

IV

Me había enterado de un segundo extremo muy importante: su planeta de origen era apenas más grande que una casa. Esto no me podía asombrar mucho. Sé muy bien que, aparte de los grandes planetas como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, los cuales han recibido nombres, hay centenares de otros que son a veces tan pequeños que da mucho trabajo descubrir su presencia con la ayuda del telescopio. Cuando un astrónomo descubre uno de ellos, le da por nombre un número. Lo llamo, por ejemplo, "el asteroide número 3,251".



Tengo razones muy serias para creer que el planeta de donde venía el principito es el asteroide B 612. Este asteroide no ha sido visto más que una vez en el telescopio, por un astrónomo turco, en 1909.

Hizo entonces una gran demostración de su descubrimiento ante un Congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su indumentaria. Las personas mayores son así.

Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, la obligación de vestir a la europea. El astrónomo hizo nuevamente su demostración en 1920, elegantemente vestido, y esta vez todo el mundo participó de su opinión.

Si les he contado estos detalles sobre el asteroide B 612 y les he confiado su número, es a causa de las personas mayores. Las personas mayores gustan de las cifras.



Cuando ustedes les hablan de un nuevo amigo, nunca preguntan sobre lo esencial. Jamás dicen: "¿Cuál es el sonido de su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Acaso colecciona mariposas?" ¡No! Preguntarán: "¿Cuál es su edad? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Qué peso es el suyo? ¿Cuánto gana su padre?" Solamente entonces creerán conocerle. Si les dicen a las personas mayores: "He visto una linda casa de ladrillos rosa, con geranios en las ventanas y palomas sobre el techo...", no lograrán imaginarse tal casa. Hace falta decirles: "He visto una casa de cien mil francos". Entonces se ponen a gritar: "¡Qué bonita!"

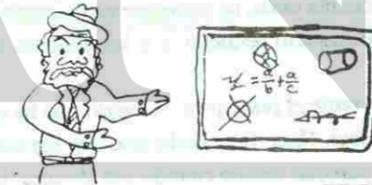
De este modo, si se les dice: "La prueba de que existe el principito es que era encantador, que se reía y que quería un cordero. Cuando uno quiere un cordero es prueba de que uno existe", se encogerán de hombros y dirán que eso es pueril. Pero si ustedes les dicen: "E

l planeta de donde venía era el asteroide B 612", entonces se sentirán convencidos y ya no harán más preguntas. Ellos son así. No hay que tenerles rencor por eso. Los niños deben ser indulgentes para con las personas mayores.

¡Pues, seguro, nosotros, que comprendemos la vida, nos burlamos mucho de los números! Me hubiera gustado comenzar esta historia a la manera de los cuentos de hadas. Hubiera preferido decir:

"Erase una vez un principito que habitaba un planeta poco mayor que él, y que tenía necesidad de un amigo..." Para los que comprenden la vida, esto tendría un aire mucho más veraz.

Porque no me seduce que se lea mi libro a la ligera. Siento gran pena al contar estos recuerdos. Hace seis años que mi amigo se fue con su cordero. Si trato de describirlo aquí, es para no olvidarlo. Es triste olvidar un amigo. No todo el mundo tiene un amigo. Y puedo volverme como las personas mayores que no se interesan más que por los números. Es, pues, por eso, además, que he comprado una caja de colores y lápices. Es duro ponerse a dibujar a mi edad, cuando uno no ha hecho otras tentativas que la de una boa cerrada y la de una boa abierta, ¡a la edad de seis años! Probaré, desde luego, de hacer retratos lo más parecidos posible. Pero no estoy seguro de salirme con la mía. Un dibujo puede pasar, pero el otro no se parece. Me equivoco también un poco en cuanto al tamaño. Aquí, el principito se ve un poco grande. Allí, es demasiado pequeño. Dudo, asimismo, sobre el color de su traje. Entonces ando a tientas, así, así, bien que mal. Me equivocaré sobre ciertos detalles más importantes. Pero eso, habrá que perdonármelo. Mi amigo no daba nunca explicaciones. Me creía, al parecer, semejante a él. Pero yo, desgraciadamente, no acierto a ver los corderos a través de las cajas. Soy, tal vez, un poco como las personas mayores. He debido envejecer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cada día me enteraba de algo en relación con el planeta, la partida, el viaje. La cosa venía despacito, al azar de las reflexiones. De esta manera fue cómo, el tercer día, conocí el drama de los baobabs.

Inclusive esta vez fue gracias al cordero, porque bruscamente el principito me interrogó, como acometido por una duda grave:

- ¿Es cierto, de veras, que los corderos comen arbustos?
- Sí. Es cierto.

- ¡Ah! Estoy contento.

No comprendí por qué era tan importante que los corderos comiesen arbustos. Pero el principito añadió:

- Y, por consiguiente, ¿comen también baobabs?

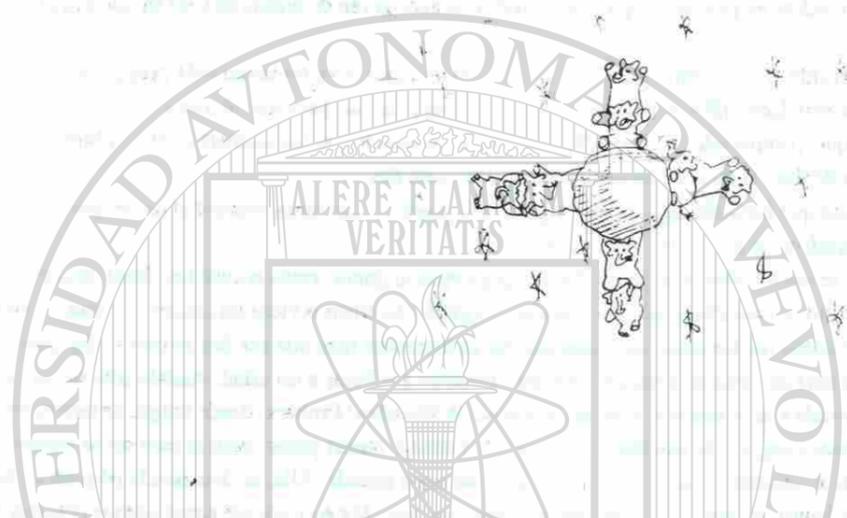
Hice notar al principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como iglesias y que, aun cuando llevase consigo todo un rebaño de elefantes, ese rebaño no devoraría un solo baobab.

La idea del rebaño de elefantes hizo reír al principito.

- Haría falta ponerlos unos sobre otros... -Pero hizo observar muy cuerdamente: Los baobabs, antes de crecer, empiezan por ser pequeños.

- Exacto. Pero, ¿por qué quieres que tus corderos se coman los pequeños baobabs?

Y me respondió: "¡Vamos! ¡Hay que ver!", como si se tratara de una evidencia. Necesité de un gran esfuerzo de inteligencia para comprender por mí mismo este problema.



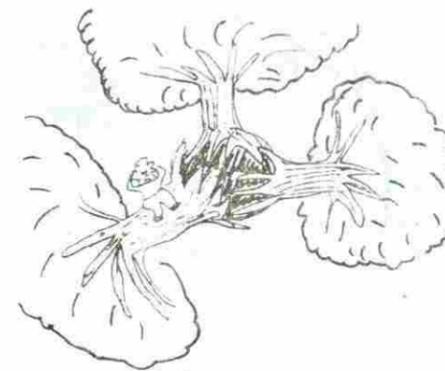
En efecto: sobre el planeta del principito había, como sobre todos los planetas, buenas hierbas y malas hierbas. Por consiguiente, buenas semillas de las hierbas buenas y malas semillas de las hierbas malas. Pero las semillas son invisibles. Duermen en el secreto de la tierra hasta que una de ellas siente la fantasía de despertarse. Entonces se estira, y brota en principio tímidamente hacia el sol una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, puede dejársela crecer como ella quiera. Pero si se trata de una planta mala, hace falta arrancarla en seguida, tan luego como uno la ha sabido identificar. Y había semillas terribles en el planeta del principito... Eran las semillas de los baobabs. El suelo del planeta estaba infestado de ellas. Y de un baobab, si uno se da cuenta tarde, no consigue nadie jamás desembarazarse. Obstruye todo el planeta, lo perfora con sus raíces. Si el planeta es demasiado pequeño, y si los baobabs son numerosos, lo harán estallar sin remedio.

- Es una cuestión de disciplina -me decía más tarde el principito-. Cuando uno ha terminado su aseo de la mañana, hace falta cuidar minuciosamente la limpieza del planeta. Hace falta dedicarse con regularidad a extirpar los baobabs en cuanto uno los distingue de los rosales, a los cuales se parecen mucho cuando son jóvenes. Es un trabajo molesto, pero muy fácil.



Y un día me aconsejó que me esforzara por obtener un buen dibujo para hacer entrar aquello en la cabeza de los niños de mi casa.

- Si algún día viajan -me dijo-, esto podrá servirles. Algunas veces no hay inconveniente en posponer el trabajo para más tarde. Pero cuando se trata de baobabs, es siempre una catástrofe. He conocido un planeta habitado por un perezoso. Había descuidado tres arbustos...



Los baobabs

Y, siguiendo las indicaciones del principito, he dibujado aquel planeta. No me gusta mucho asumir el tono de un moralista. Pero el peligro de los baobabs es tan poco conocido, y los riesgos corridos por quien se extravía en un asteroide son tan considerables, que, por una vez, hago caso omiso de mi reserva. Yo digo: "¡Niños! ¡Mucho cuidado con los baobabs!" Es para advertir a mis amigos de un peligro que les amenaza desde hace mucho tiempo, como a mí mismo, sin conocerlo, por lo que he trabajado tanto este dibujo. La lección que daba valía la pena. Ustedes se preguntarán, acaso, ¿por qué no se hallan en este libro otros dibujos tan grandiosos como éste de los baobabs? La respuesta es muy sencilla. Lo he intentado, pero no lo he conseguido. Cuando dibujé los baobabs, me sentí animado por una sensación de urgencia.

VI

¡Ah!, principito, yo he comprendido, poco a poco, de esta manera, tu pequeña vida melancólica. No habías tenido en mucho tiempo como distracción más que la dulzura de las puestas de sol. He sabido este detalle nuevo el cuarto día por la mañana, cuando me has dicho:

- Me agradan mucho las puestas de sol. Vamos a ver una...

- Pero, es preciso esperar.

- ¿Esperar qué?

- Esperar a que el sol se ponga.

En principio te has mostrado muy sorprendido, y luego te has reído de ti mismo. Y me has dicho:

- ¡Siempre creo hallarme en mi país!

En efecto. Cuando es de noche en los Estados Unidos, el sol, como sabe todo el mundo, se acostaba sobre la Francia. Bastaría poder ir a Francia en un minuto para asistir a la puesta del sol. Desgraciadamente, la Francia está muy lejos. Pero sobre tu planeta tan pequeño era suficiente mover tu silla algunos pasos. Y mirabas el crepúsculo cada vez que lo deseabas.

- ¡Un día, he visto el sol acostarse cuarenta y tres veces!

- Y un poco más tarde añadías:

- ¿Sabes?... Cuando uno está triste, muy triste, le gusta admirar las puestas de sol...

- El día de las cuarenta y tres puestas, ¿así estabas de triste?

1020124223

Pero el principito no respondió.



El quinto día, siempre gracias al cordero, me fue revelado este secreto de la vida del principito. Me pregunté bruscamente, sin preámbulos, como el fruto de un problema largamente meditado en silencio:

- Si un cordero se come los arbustos, ¿se come también las flores?

- Un cordero se come todo lo que encuentra.

- Inclusive las flores que tienen espinas?

- Sí. Inclusive esas flores.

- Entonces, ¿para qué sirven las espinas?

Yo no lo sabía. Me hallaba muy atareado tratando de destornillar un perno del motor apretado con exceso. Me sentía muy preocupado porque mi *panne* empezaba a parecerme muy grave, y el agua de beber que se agotaba me hacía temer lo peor.

- ¿Para qué sirven las espinas?

El principito no renunciaba jamás a una pregunta, una vez que le había formulado. Yo estaba irritado contra mi perno y respondí de mala manera:

- ¡Las espinas no sirven para nada, es maldad pura por parte de las flores!

- ¡Oh!

Pero después de un silencio, me dijo con una especie de rencor:

- ¡No te creo! las flores son débiles. Son inocentes. Se guardan como pueden. Se figuran ser terribles con sus espinas...



No contesté nada. En aquel instante yo me decía:

"Si ese perno resiste, lo voy a hacer saltar de un martillazo".

El principito estorbó de nuevo mis reflexiones:

- Y tú crees que las flores...

- ¡Pues no! ¡Pues no! ¡Yo no creo nada!

Te he respondido cualquier cosa. Yo me ocupo, nada más, de cosas serias.

Me contempló estupefacto.

- ¡De cosas serias!

Me dio un poco de vergüenza. El, despiadado, añadió:

- ¡Tú lo confundes todo! ¡Tú lo mezclas todo!

Estaba verdaderamente irritado. Sacudía al viento sus cabellos tan dorados.

- Yo conozco un planeta donde vive un señor colorado. Nunca ha aspirado una flor. Nunca ha mirado una estrella.

Nunca ha amado a nadie. Nunca ha hecho otra cosa que sumas. Y toda la jornada repite, como tú: "¡Yo soy un hombre serio! ¡Yo soy un hombre serio!", lo cual lo hace hincharse de orgullo. Pero no es un hombre. Es un hongo..

- ¿Un qué?

- ¡Un hongo!

El principito estaba ahora pálido de cólera.

- Hace millones de años que las flores fabrican espinas. Hace millones de años que los corderos se comen las flores a pesar de todo. ¿Y no es serio tratar de comprender por qué se mortifican tanto en fabricar espinas que nunca sirven para nada? ¿Y no es importante la guerra de los corderos y de las flores? ¿Y no es más serio eso que las sumas de un señor colorado? Y si yo conozco una flor, única en el mundo, que no existe en ninguna parte, salvo en mi planeta, y que un corderillo puede aniquilar de un solo golpe, así, cualquier mañana, sin darse cuenta de lo que hace, ¿no es importante esto?

Enrojeció y siguió diciendo:

- Si alguien ama a una flor de la cual no existe más que un ejemplar en los millones y millones de estrellas, con esto tiene bastante para ser feliz si las contempla. Y se dice: "Mi flor está allí... en alguna parte..." Pero si el cordero se come la flor, es para él como si, bruscamente, todas las estrellas se extinguieran. ¡Y eso no es importante!

No pudo decir más. Estalló repentinamente en sollozos. La noche había cerrado. Yo acababa de dejar mis útiles. Me burlaba de mi martillo, de mi perno, de la sed y de la muerte. ¡Había en una estrella, un planeta, el mío, la Tierra, un principito a quien consolar! Lo tomé en mis brazos, lo mecí, Le dije:

- La flor que tú quieres no peligrará... Le dibujaré un bozal a tu cordero. Le dibujaré una armadura a tu flor... Yo...

No sabía muy bien lo que me decía. Me sentía muy torpe. No sabía cómo alcanzarlo, dónde reunirme con él... Es hasta tal punto misterioso el país de las lágrimas...

VIII

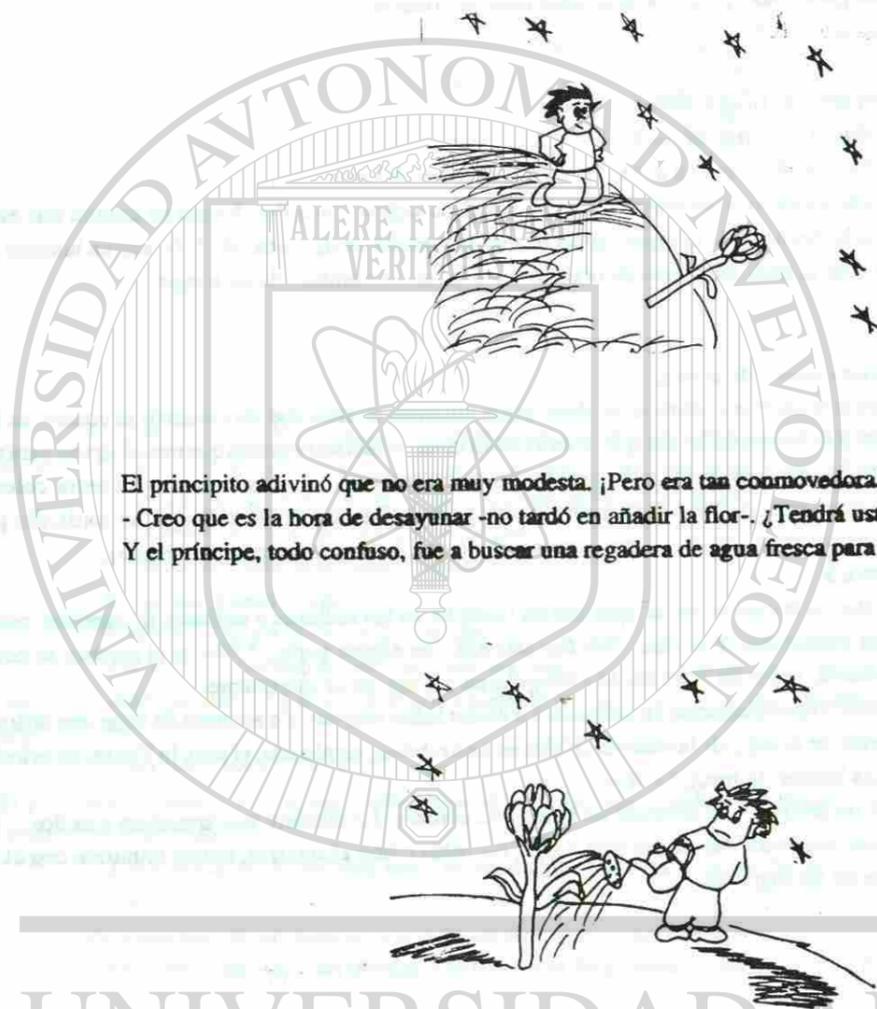
Aprendí muy pronto a conocer esta flor. Había existido siempre, sobre el planeta del principito, flores muy sencillas adornadas de una sola hilera de pétalos, y que no ocupaban lugar alguno ni molestaban a nadie. Aparecían por la mañana sobre la hierba y se extinguían por la noche. Pero ésta había germinado un día, de un germen traído quien sabe de dónde, y el principito había vigilado desde muy cerca esta ramita que no se parecía a las otras. Podía ser un nuevo género de baobab. Pero el arbusto cesó muy pronto de crecer y se dispuso a preparar una flor. El principito, que asistía a la instalación de un capullo enorme, presentía que saldría de él una aparición milagrosa, mas la flor no acababa nunca de prepararse a ser bella, al abrigo de su cámara verde. Escogía con cuidado los colores. Se vestía lentamente, ajustándose sus pétalos uno a uno. No quería salir toda arrugada como las amapolas. Quería aparecer envuelta en todo el resplandor de su belleza. ¡Y bien, sí! ¡Era muy coqueta! Su misteriosa *toilette* venía durando días y más días. Y he aquí que una mañana, precisamente a la hora de salir el sol, se dejó ver.

Y la que tanto había trabajado, con tal precisión, dijo bostezando:

- ¡Ah! Me despierto apenas... Le pido a usted perdón... Estoy todavía despeinada...

El pequeño príncipe, entonces, no pudo contener su admiración:

- ¡Qué bella es usted!
- ¿Verdad? -repuso dulcemente la flor-. Y yo nací al mismo tiempo que el sol...



El principito adivinó que no era muy modesta. ¡Pero era tan conmovedora!

- Creo que es la hora de desayunar -no tardó en añadir la flor-. ¿Tendrá usted la bondad de acordarse de mí. Y el príncipe, todo confuso, fue a buscar una regadera de agua fresca para servir a la flor.

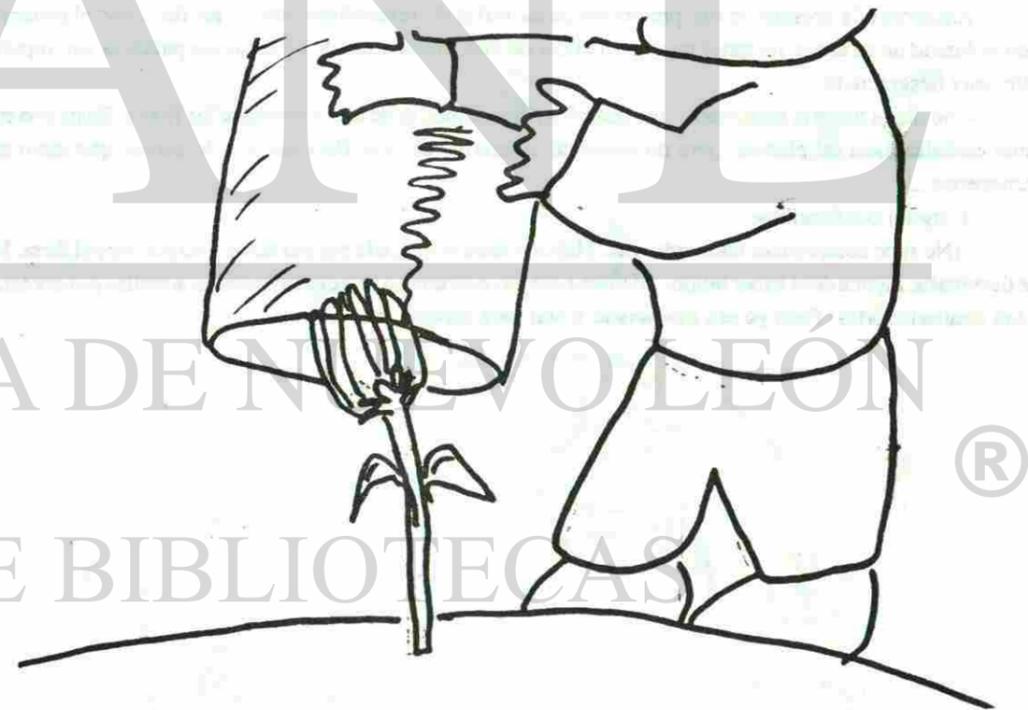


De esta manera lo atormentó ella muy pronto con su vanidad un poco desconfiada. Un día, por ejemplo, hablando de sus cuatro espinas, dijo al principito:

- ¡Ya pueden venir los tigres con sus garras!



- No hay tigres en mi planeta- objetó el principito-, y, por otra parte, los tigres no comen hierba.
- Yo no soy ninguna hierba- replicó lentamente la flor.
- Usted perdone...
- No tengo ningún temor a los tigres, pero siento horror por las corrientes de aire. ¿No tendría usted un biombo? "Horror a las corrientes de aire... Esa no es suerte para una planta", reflexionó el principito. "Esta flor es muy complicada".
- Por la noche me colocará usted bajo una esfera de cristal. Hace mucho frío en la tierra de ustedes. Esto está mal instalado. El lugar de donde vengo...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se interrumpió. Había venido bajo la forma de simiente. Nada pudo haber conocido de los otros mundos. Humillado de haberse dejado sorprender en la preparación de una mentira tan inocente, tosió dos o tres veces con objeto de incomodar al principito:

- ¿Y el biombo?
- Iba a buscarlo, pero me hablaba usted.



Entonces ella acentuó su tos, pretendiendo así infligirle remordimientos. Y así fue cómo el principito, a pesar de buena voluntad de su amor, no tardó mucho en dudar de ella. Había tomado en serio sus palabras sin importancia y se había vuelto muy desgraciado.

- No debía haberla escuchado - me confió un día-, nunca debe uno escuchar a las flores. Basta con miradas y oler. La mía embalsamaba mi planeta, pero no conseguí alegrarme de ello. Esta historia de garras, que tanto me irritara, debió enternecerme...

Y siguió confiándome:

- ¡No supe comprender nada entonces! Hubiera debido juzgarla por sus actos y no por sus palabras. Me embalsamaba y me iluminaba. Nunca debí haber huido... Hubiera debido adivinar su ternura envuelta en aquellas pobres astucias. ¡Las flores son tan contradictorias! Pero yo era demasiado joven para saberla amar.

IX

Creo que aprovechó, para evadirse, una migración de pájaros silvestres. En la mañana de la partida puso su planeta en orden perfecto. Deshollinó cuidadosamente sus volcanes en actividad. Poseía dos volcanes en actividad. Y le eran muy cómodos para calentar el desayuno de la mañana. Poseía otro volcán extinguido. Pero, como él decía: "¡uno nunca sabe!" Deshollinó también el volcán apagado. Si se les deshollina bien, los volcanes arden suavemente, regularmente, sin erupciones para dehollinar los volcanes. Es por eso que nos ocasionan tantos trastornos.

El principito arrancó también, con un dejo de melancolía, los últimos brotes de baobabs. No creía volver jamás. Pero todos estos trabajos familiares le parecieron, aquella mañana, extremadamente dulces. Y cuando regó por última vez la flor y se preparó a colocarla bajo el abrigo de su esfera de cristal, se dio cuenta de que tenía ganas de llorar.

- Adiós -dijo a la flor, pero ella no contestó nada-. Adiós -repitió.

La flor tosió. Pero no fue causa de su resfriado.

- He sido una idiota -musitó finalmente-. Te pido perdón. Procura ser feliz.

Le sorprendió la ausencia de reproches. Permanecía allí, con la esfera en la mano, desconcertado. No comprendía aquella dulzura calmosa.

- Pues sí, te amo -dijo la flor. Tú no lo has sabido por culpa mía. Esto no tiene ninguna importancia. Pero tú has sido tan idiota como yo. Trata de ser feliz... Deja esta esfera quieto. Ya no la quiero.

- Pero el viento...

- No estoy tan resfriada como para eso... El aire fresco de la noche me hará bien. Soy una flor.

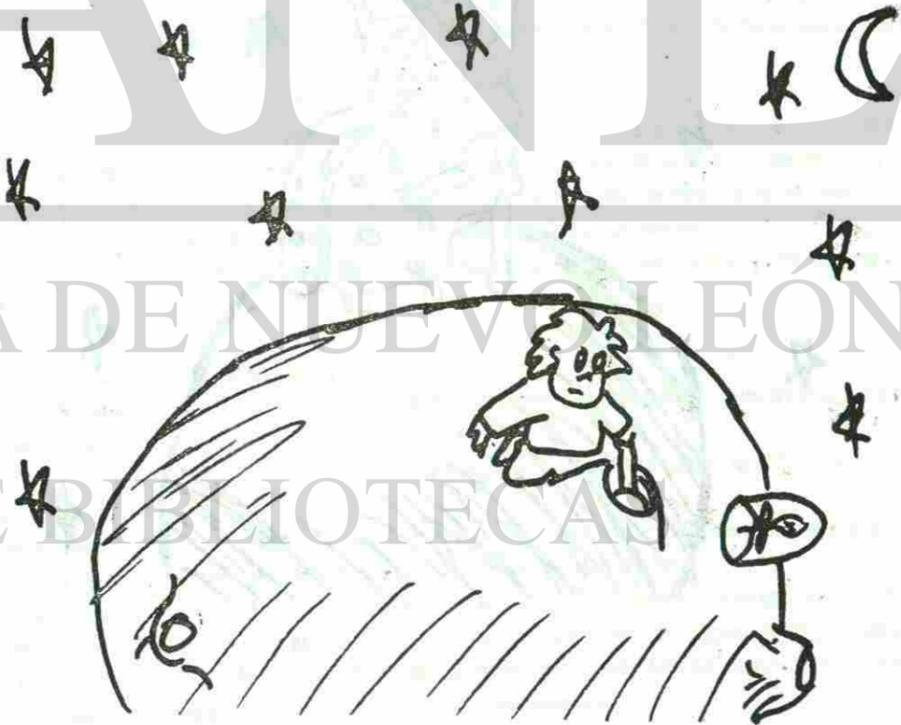
- Pero las bestias...

- Bien hará falta que resista dos o tres orugas si quiero conocer las mariposas. Parece ser algo muy bello. De no ser así, ¿quién vendrá a visitarme? Tú estarás lejos. En cuanto a las grandes bestias, no les tengo miedo, con mis garras.

Mostraba cándidamente sus cuatro espinas. Después añadió:

- No te entretengas tanto, es algo irritante. Has decidido irte. Pues, vete.

Porque no quería que la viese llorar. Era una flor tan orgullosa...



Deshollinó cuidadosamente sus volcanes en actividad.

X

Se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330. Empezó por visitarlos para buscarlos ocupación y, a la vez, instruirse.

El primero lo habitaba un rey. Se sentaba, vestido de púrpura y armiño, sobre un trono muy sencillo y, no obstante, majestuoso.

- ¡Ah! he aquí un vasallo -gritó el rey cuando advirtió al principito. y éste se preguntó:

"¿Cómo puede reconocermé, si nunca me ha visto?"

No sabía que, para los reyes, el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son vasallos.

- Acércate para que te vea mejor -ordenó el rey, que se sentía ufano de ser rey para alguien.

El principito buscó con los ojos dónde sentarse, pero el planeta estaba todo él obstruido por el magnífico manto de armiño. Estúvose, pues, de pie, y como se sentía fatigado, bostezó.

- Es contrario a la etiqueta bostezar en presencia de un rey -dijo el monarca-. Te lo prohíbo.

- No puedo evitarlo -repuso el principito, confundido-. He hecho un viaje muy largo y no he dormido.

- Entonces, te ordeno que bosteces -concedió el rey-. No he visto a nadie bostezar desde hace años. los bostezos

para mí curiosidades. ¡Ea!, bosteza más. Es una orden.

- Eso me intimida... ya no puedo -susurró el principito, ruborizándose.

- ¡Hum! ¡Hum! -respondió el rey-. Entonces te... te ordeno que bosteces y que dejes de bostezar, en forma alternativa...

Tartamudeaba un poco y parecía vejado. Porque, como rey, se inclinaba a que su autoridad fuese respetada y toleraba la desobediencia. Era un monarca absoluto. Pero, como era muy bueno, daba órdenes razonables.

- Si yo ordenase -decía a menudo-, si yo ordenase a un general que se transformase en ave marina, y si el gen



no obedeciese, no sería culpa del general. Sería culpa mía.

- ¿Puedo sentarme? -inquirió tímidamente el principito.

- Te ordeno que te sientes -respondió el rey, quien recogió majestuosamente un faldón de su manto de armiño.

Pero el principito se admiraba: El planeta era minúsculo. ¿Sobre qué podía reinar el rey?

- Sire -dijole-, os pido perdón si os interrogo.

- Te ordeno que me interrogues -se apresuró a decir el rey.

- Sire... ¿Sobre qué cosa reináis?

- Sobre todo -repuso el rey con gran sencillez.

- ¿Sobre todo?

El rey, con un gesto discreto, designó su planeta, los otros planetas y las estrellas.

- ¿Sobre todo eso? -dijo el principito.

- Sobre todo eso... -replicó el rey.

porque no solamente era un monarca absoluto, sino que también era un monarca universal.

- ¿Y las estrellas os obedecen?

- Claro está -le dijo el rey-. Obedecen en seguida: no tolero la indisciplina.

Un poder semejante maravilló al principito. Si lo hubiese poseído él mismo, podría asistir, no diremos a cuarenta y cuatro, sino a setenta y dos, inclusive a cien, o acaso a doscientas puestas de sol en la misma jornada, sin tener nunca que mover su silla. y como se sentía un poco triste a causa del recuerdo de su pequeño planeta abandonado, se enardeció lo suficiente para solicitar una gracia al rey:

- Me gustaría ver una puesta de sol...

Concededme ese placer... Ordenad al sol que se ponga...

- Si yo ordenase a un general volar de una flor a otra a la manera de una mariposa, o escribir una tragedia, o convertirse en ave marina, y si el general no ejecutase la orden recibida, ¿quién, él o yo, estaríamos equivocados?

- Seríais vos -dijo con firmeza el principito.

- Exacto. Es preciso exigir a cada uno lo que pueda dar de sí -replicó el rey-. La Autoridad reposa, ante todo, sobre la razón. Si tú ordenas a tu pueblo que vaya a arrojar al mar, hará la revolución. Tengo el derecho de exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

- ¿Entonces, mi puesta de sol? -recordó el principito, que jamás olvidaba una cosa que antes hubiera planteado.

- Tu puesta de sol, la tendrás. Yo lo exigiré así. Pero voy a esperar, dentro de mi ciencia de gobernante, a que las condiciones sean favorables.

- ¿Cuándo va a ser eso? -se informó el principito.

- ¡Hem! ¡Hem! -le respondió el rey, quien consultó primeramente un gran calendario-. ¡Hem! ¡Hem! La cosa será

hacia... hacia... Esta tarde, como a las siete horas cuarenta minutos. y verás cómo me obedecen.

El principito bostezó. Echaba de menos su puesta de sol y, además, se aburría ya un poco.

- No tengo nada más que hacer aquí -dijo al rey-. me voy. Parto de nuevo.

- No te vayas -respondió el rey, que estaba muy satisfecho de tener un vasallo-. ¡No te vayas! ¡Te hago ministro!

- ¿Ministro de qué?

- De Justicia.

- ¡Pero si no hay nadie a quien juzgar!

- No se sabe -dijo el rey-. yo no he dado todavía la vuelta a mi renio. Soy muy viejo, no tengo espacio para una carroza y el caminar me fatiga mucho.

- ¡Oh! Pero si ya lo he visto todo -dijo el principito, que se asomó para lanzar la última ojeada sobre la otra cara del planeta. Tampoco allí había nadie...

- Te juzgarás entonces a ti mismo -le respondió el rey-. Es lo más difícil. Es bastante más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás. Si consigues juzgarte bien, es que eres un verdadero sabio.

- Yo -dijo el principito- puedo juzgarme a mí mismo en cualquier parte. No tengo necesidad de habitar aquí.

- ¡Hem! ¡Hem! -dijo el rey-. Tengo entendido que en mi planeta hay, en alguna parte, una rata vieja. Yo la oigo de noche. Podrás juzgar a esa vieja rata, la condenarás a muerte de vez en cuando. De este modo, su vida dependerá de tu justicia.

Pero la indultarás cada vez, para economizarla. No tenemos más que una.

- A mí -replicó el principito- no me gusta condenar a muerte, y creo que es mejor que me vaya.

- No -dijo el rey.

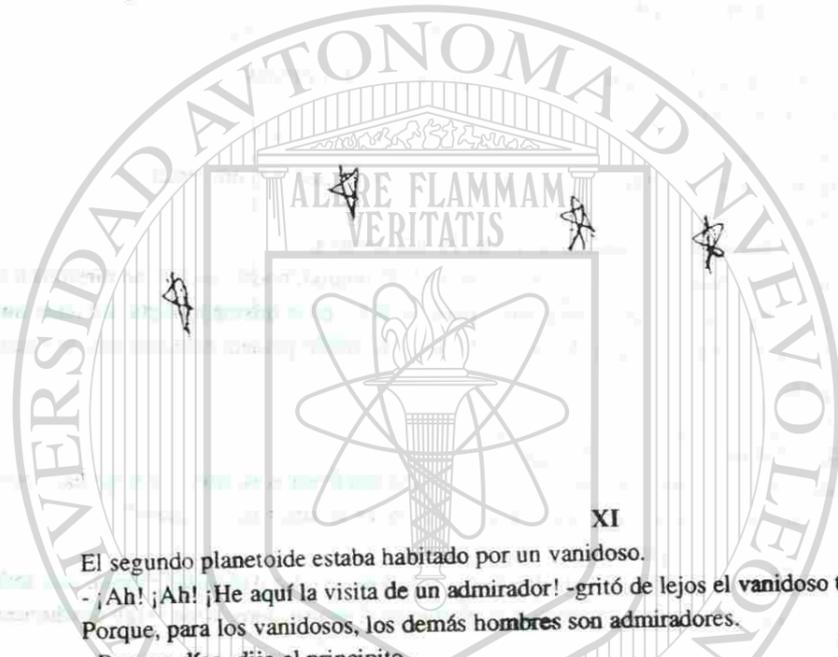
Pero el principito, habiendo terminado sus preparativos, no quiso apenar al viejo monarca...

- Si Vuestra Majestad desea ser obedecido puntualmente, podría darme una orden razonable. Podría ordenarme, por ejemplo, que me vaya antes de un minuto. Me parece que las condiciones son favorables...

El rey no respondió nada, por lo cual el principito titubeó en principio, para luego, con un suspiro, emprender la marcha.

- Te nombro mi embajador -se dio prisa a gritar entonces el rey, con aire de gran autoridad.

"Las personas mayores son muy extrañas", se decía el principito para sus adentros durante el viaje.



XI

El segundo planeta estaba habitado por un vanidoso.

- ¡Ah! ¡Ah! ¡He aquí la visita de un admirador! -gritó de lejos el vanidoso tan luego como advirtió al principito.

Porque, para los vanidosos, los demás hombres son admiradores.

- Buenos días -dijo el principito-

Usa usted un sombrero muy original.

-Es para saludar -repuso el vanidoso-. Es para saludar cuando me aclaman.

Desgraciadamente, nunca pasa nadie por aquí.

-¡Ah! ¿no? -exclamó el principito, que no comprendió.

-Golpea tus manos una contra otra -aconsejó el vanidoso.

El principito golpeó sus manos una contra la otra. El vanidoso saludó modestamente, quitándose el sombrero.

"Esto no es más divertido que la visita al rey", se dijo el principito. Y reanudó su gesto de golpear las manos una contra otra. El vanidoso empezó de nuevo a saludar quitándose el sombrero.

Al cabo de cinco minutos de ejercicio, el principito se fatigó de la monotonía del juego:



-Y para que el sombrero se caiga, ¿qué es lo que hay que hacer? -preguntó. Pero el vanidoso no le oyó. Los vanidosos no oyen nada más que las alabanzas.

- ¿Es que tú me admiras, verdaderamente, mucho? -preguntó el principito.

- ¿Qué significa admirar?

-Admirar significa reconocer que soy el hombre más hermoso, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

- ¡Pero si tú estás solo en tu planeta!

- ¡Dame ese gusto! ¡Admírame, por lo menos!

-Yo te admiro -dijo el principito, alzando un poco los hombros-. Pero, ¿en qué te puede interesar esto?

Y el principito se fue.

"Las personas mayores son, decididamente, muy raras", se dijo, simplemente para sí, durante su viaje.

XII

El planeta siguiente lo habitaba un bebedor. Esta visita fue muy corta, pero dejó al principito sumergido en una gran melancolía.

-¿Qué haces tú allí? -dijo el bebedor, al cual encontró instalado en silencio delante de una colección de botellas vacías y otra colección de botellas llenas.

-Bebo -respondió el bebedor con aspecto lúgubre.

-¿Por qué bebes? -le preguntó el principito.

-Para olvidar -respondió el bebedor.

-¿Para olvidar qué? -inquirió el principito, que ya lo compadecía.

-Para olvidar que tengo vergüenza -confesó el bebedor bajando la cabeza.

-¿Vergüenza de qué? -se informó el principito, que deseaba socorrerle.

-¡Vergüenza de beber! -acabó el bebedor, encerrándose definitivamente en el silencio.

Y el principito se marchó, perplejo.

"Las personas mayores son, decididamente, muy raras", se dijo para sí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII

El cuarto planeta era el de hombre de negocios. Este hombre estaba tan ocupado, que ni siquiera levantó la cabeza a la llegada del principito.

-Buenos días -le dijo éste-. Su cigarro está apagado.

-Tres y dos son cinco; cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo de volverlo a encender. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! Esto hace, pues, quinientos millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

-¿Quinientos un millones de qué?

-¿eh? ¿Estás allí todavía? Quinientos un millones de... Yo no sé de qué... ¡Tengo tanto trabajo! Soy muy serio, me divierten las bagatelas... Dos y cinco, siete.

-¿Quinientos un millones de qué? -repitió el principito, que nunca en su vida había dejado en el aire una pregunta que hubiese formulado.

El hombre de negocios levantó la cabeza:

-Desde hace cincuenta y cuatro años habito este planeta y no me han molestado más que tres veces. La primera vez hace veintidós años. Fue un abejorro que cayó Dios sabe de dónde. Esparcía un ruido espantoso, por lo cual cometí algunos errores en una suma. La segunda vez fue hace once años y se debió a una crisis de reumatismo. Me faltaba ejercicio. No tengo tiempo de haraganear. Soy muy serio. La tercera vez... ¡hela aquí! Decíamos, pues, quinientos un millones...

-¿Millones de qué?

El hombre de negocios comprendió que no había esperanzas de paz.

-Millones de esas cositas que vemos algunas veces en el cielo.

-¿Moscas?

-No, hombre, cositas que brillan.

-¿Abejas?

-No. Pequeñas cosas doradas que hacen soñar a los desocupados. Pero yo soy muy serio. No tengo tiempo de soñar.

-¡Ah! ¿Las estrellas?

-Eso está bien. Las estrellas.

-¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

-Quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y una. Yo soy serio y me gusta ser preciso.

-¿Y qué haces tú con esas estrellas?

-¿Qué hago?

-Sí.



-Nada, las poseo.

-¿Tu posees las estrellas?

-Sí.

-Pero yo he visto un rey que...

-Los reyes no poseen nada. "Reinan" sobre las cosas, lo cual es muy diferente.

-¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?

-Me sirve para ser rico.

-¿Y de qué te sirve ser rico?

-Para comprar otras estrellas, si alguien encuentra alguna.

"Este razona un poco como el borracho de antes", se dijo para sí el principito. Sin embargo, hizo nuevas preguntas:

-¿Cómo se pueden poseer las estrellas?

-¿De quién son? -repuso, gruñón, el hombre de negocios.

-No lo sé. De nadie.

-Entonces, son mías, porque yo he pensado primero en ellas.

-¿Eso basta?

-Claro que sí. Cuando encuentras un diamante que no es de nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla sin dueño, te pertenece. Cuando tienes una idea primero, la haces patentar y es para ti. Yo poseo las estrellas, puesto que nunca nadie antes de mí ha pensado poseerlas.

-Eso es verdad -dijo el principito-.

¿Y qué haces con ellas? -Soy su gerente. Las cuento y las vuelvo a contar -dijo el hombre de negocios-. Es difícil. Pero yo soy un hombre serio.

El principito no estaba satisfecho todavía.

-Yo, si poseo una bufanda, puedo enrollarla alrededor de mi cuello y llevármela. Si poseo una flor, puedo recogerla y llevármela también. Pero tú no puedes recoger las estrellas.

-No; pero puedo situarlas en el banco.

-¿Qué quiere decir eso?

-Eso quiere decir que yo escribo sobre un papelito el número de mis estrellas. Y luego cierro con llave ese papel en un cajón.

-¿Y es todo?

-Con esto basta.

"Es divertido", pensó el principito. "Es bastante poético. Pero no me parece muy serio".

El principito tenía sobre las cosas serias ideas muy diferentes de las ideas de las personas mayores.

-Yo -siguió diciendo- poseo una flor que riego todos los días. Poseo tres volcanes, que deshollino todas las semanas.

Porque yo deshollino inclusive el que está extinguido. Uno no sabe nunca. Es útil a mis volcanes y es también útil a mi flor que yo los posea; pero tú no eres útil a las estrellas...

El hombre de negocios abrió la boca, pero no encontró nada que decir, y el principito se alejó.

"Las personas mayores son decididamente extraordinarias", se dijo para sí.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

El quinto planeta era muy curioso. Se trataba del más pequeño de todos. Había allí el espacio justo para **contener** un farol y un farolero. El principito no acertaba a explicarse para qué podían servir, en un lugar cualquiera del cielo, sobre un planeta sin casas ni población, un farol y un farolero. sin embargo, se dijo a sí mismo:

"Puede ser que este hombre sea absurdo. No obstante, lo es menos que el rey, el vanidoso, el negociante y el bebedor. Por lo menos, su trabajo tiene sentido. Cuando enciende su farol, es como si hiciese nacer una estrella más, o una flor. Cuando apaga su farol, con ello adormece la flor o la estrella. Es una ocupación muy linda. Es verdaderamente útil, puesto que es linda".

Tan pronto como abordó el planeta, saludó respetuosamente al farolero:

-Buenos días. ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

-Es la consigna -repuso el farolero-. Buenos días.

-¿Qué es eso de la consigna?

-Apagar mi farol. Buenas noches.

Y lo encendió de nuevo.

-Pero, ¿por qué acabas de volverlo a encender?

-Es la consigna -repuso el farolero-.

-No entiendo eso -dijo el principito-.

-No hay nada que entender -alegó el farolero-. La consigna es la consigna. Buenos días.

Y apagó el farol. A continuación lo restregó con un pañuelo de cuadros rojos.

-Yo desempeño aquí un oficio terrible. Era razonable en otro tiempo. Apagaba por la mañana y encendía por la noche. Disponía del resto del día para descansar y del resto de la noche para dormir...

-Y, después de aquella época, ¿la consigna ha cambiado?

-La consigna no ha cambiado -dijo el farolero-. ¡Allí está el drama! ¡El planeta, de año en año, ha girado cada vez más de prisa, y la consigna no ha cambiado!

-¿Entonces? -inquirió el principito-.

-Entonces, como ahora da una vuelta por minuto, no tengo ni un segundo de reposo. ¡Enciendo y apago una vez por minuto!

-¡Es divertido eso! Los días, en tu país, duran un minuto...

-No es tan divertido -refutó el farolero-. Hace ya un mes que hablamos juntos.

-¿Un mes?

-Sí. Treinta minutos. ¡Treinta días!

Buenas noches.

Y volvió a encender su reverbero.

El principito lo miró y le gustó aquel farolero que se mantenía tan fiel a la consigna. Se acordó de las puestas de sol que en otro tiempo iba él mismo a buscar, moviendo su silla. Quiso ayudar a su amigo:

-Tú sabes... conozco un medio para que reposes siempre que lo quieras...

-Yo siempre quiero reposar -dijo el farolero-. Porque uno puede ser, a la vez, fiel y perezoso.

El principito prosiguió:

-Tu planeta es tan pequeño, que puedes darle la vuelta en tres zancadas. No tienes sino caminar lentamente para permanecer siempre al sol. Cuando quieras reposar, echas a andar... el día durará tanto como quieras.

-Con eso no adelanto gran cosa -dijo el farolero-. Lo que yo deseo en la vida, es dormir.

-No estás de suerte -dijo el principito-.

-No estoy de suerte -admitió el farolero-.

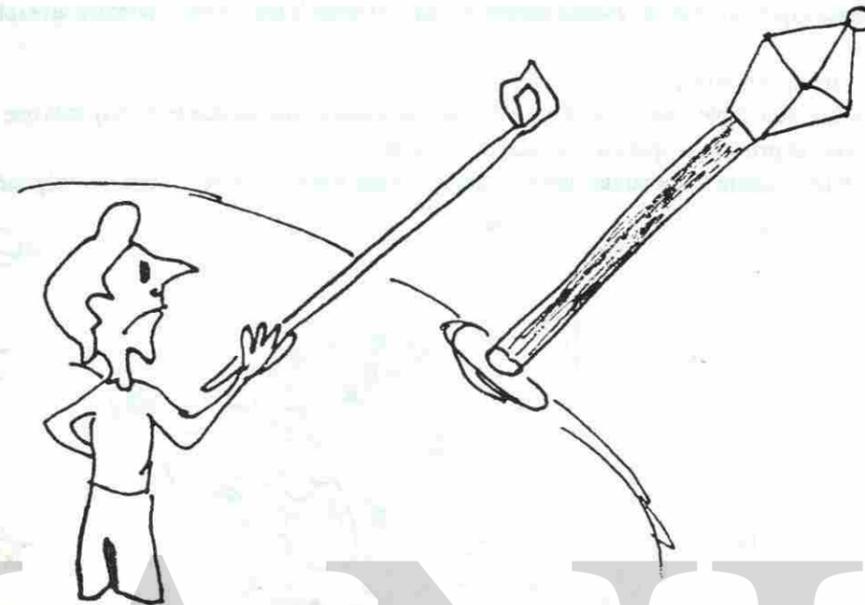
Y apagó su farol.

"Este", se dijo el principito, en tanto que proseguía más lejos su viaje, "éste se verá menospreciado por todos los demás: por el rey, por el vanidoso, por el bebedor, por el hombre de negocios. Sin embargo, es el único que no me parece ridículo. Acaso es así porque se ocupa de otra cosa que de sí mismo".

Exhaló un suspiro de pena y siguió diciéndose:

"Este es el único del que pude haberme hecho amigo. Pero su planeta es verdaderamente pequeño. No hay lugar para dos".

Lo que el principito no osaba confesarse es que iba a echar de menos a aquel bendito planeta, a causa, sobre todo, de las mil cuatrocientas puestas de sol cada veinticuatro horas.



Yo desempeño aquí un oficio terrible.

XV

El sexto planeta era diez veces más vasto. Lo habitaba un señor viejo que escribía enormes libros.

-¡Toma! ¡He aquí un explorador! -gritó al descubrir al principito.

Este se sentó sobre la mesa y resopló un poco. ¡Había viajado tanto!

-¿De dónde vienes? -le preguntó el anciano.

-¿Qué libro tan grande es éste? -dijo el principito-. ¿Qué hace usted aquí?

-Soy geógrafo, -explicó el viejo.

-¿Qué cosa es un geógrafo?

-Es un sabio que sabe dónde se hallan los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos. ®

-Eso es muy interesante -dijo el principito-. Ese sí que es, por fin, un verdadero oficio.

Y lanzó un vistazo alrededor de él, sobre el planeta del geógrafo. No había visto todavía un planeta tan majestuoso.

-Es muy bello su planeta, señor. ¿Hay océanos en él?

-No puedo saberlo -dijo el geógrafo.

-¡Ah! -El principito pareció decepcionado-. ¿Y montañas?

-No puedo saberlo -volvió a decir el geógrafo.

-¿Y ciudades, y ríos y desiertos?

-Tampoco puedo saberlo -fue la respuesta del geógrafo.

-¡Pero usted es geógrafo!

-¡Exacto! -respondió el aludido-, pero no soy explorador. Me faltan exploradores. No es el geógrafo quien va a hacer el recuento de las ciudades, los ríos, las montañas y los mares, los océanos y los desiertos. El geógrafo es demasiado importante

para vagabundear. No abandona su oficina. Pero recibe en ella a los exploradores, los interroga y toma nota de sus recuerdos. Y si los recuerdos de uno de ellos le parecen interesantes, el geógrafo manda practicar una investigación sobre la moralidad del explorador.

-¿Y eso por qué?

-Porque un explorador que mintiese provocaría catástrofes en los libros de geografía. Y también un explorador bebiese mucho.

-¿Y eso por qué? -repitió el principito.

-Porque los borrachos ven doble. Entonces, el geógrafo anotaría dos montañas donde no hay más que una.

-Conozco a uno -dijo el principito- que sería un mal explorador.

-Es posible. Así, pues, cuando la moralidad del explorador parece buena, se practica una investigación sobre el descubrimiento.



-¿Va uno a ver?

-No. Es demasiado complicado. Pero se exige al explorador que aporte pruebas. Si se trata, por ejemplo, del descubrimiento de una gran montaña, se le exige que traiga de ella grandes piedras. -De pronto, el geógrafo se como-
-Pero tú vienes de lejos! ¡Tú eres explorador! ¡Vas a describirme tu planeta!

Y el geógrafo, habiendo abierto su registro, sacó punta al lápiz. Primero, uno anota a lápiz los relatos de los exploradores. Se espera, para ponerlos en tinta, que el explorador haya suministrado las pruebas.

-¿Entonces? -interrogó el geógrafo.

-¡Oh! Mi país -dijo el principito- no es muy interesante, todo es pequeño. Tengo tres volcanes, dos en actividad y uno apagado. Pero nunca sabe uno.

-Nunca sabe uno -repitió el geógrafo.

-También tengo una flor.

-Nosotros no anotamos las flores -hizo saber el geógrafo.

-¿Y eso por qué? ¡Es lo más lindo!

-Porque las flores son efímeras.

-¿Qué significa "efímeras"?

-Las geografías son los más preciosos de todos los libros. No pasan nunca de moda. Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano vacíe sus aguas. Nosotros escribimos cosas eternas.

-Pero los volcanes apagados pueden despertar -interrumpió el principito, el cual nunca en su vida había respondido a una pregunta una vez formulada-. ¿Qué significa "efímera"?

-Significa: "que está amenazada de destrucción próxima".

-¿Mi flor está amenazada de destrucción próxima?

-Seguro que sí.

"Mi flor es efímera", se dijo el principito, "¡y no tiene más que cuatro espinas para defenderse contra el mundo! ¡Y la he dejado sola en mi país!".

Este fue su primer movimiento de disgusto. Pero recuperó el valor.

-¿Qué me aconseja usted que vaya a visitar? -preguntó.

-El planeta Tierra -repuso el geógrafo-. Tiene buena reputación.

Y el principito partió, pensando en su flor.



XVI

El séptimo planeta fue la Tierra.

¡La Tierra no es un planeta cualquiera! Se cuentan en ella ciento once reyes (sin olvidar, claro está, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos y trescientos once millones de vanidosos; es decir, cerca de dos mil millones de personas mayores.

Para dar a ustedes una idea de las dimensiones de la Tierra, diré que antes de la invención de la electricidad, debía mantener, sobre el conjunto de los seis continentes, un verdadero ejército de cuatrocientos sesenta y dos mil quinientos once faroleros.

Visto de lejos, esto produciría un efecto espléndido. Los movimientos de este ejército estaban reglamentados como los de un ballet de la ópera. Primero tocaba el turno a los enciende-faroles de Nueva Zelandia y Australia. Después, éstos, habiendo encendido sus lámparas, se iban a dormir. Entonces entraban a su vez en la danza los faroleros de China y de Siberia. Luego éstos se escabullían entre bastidores. Seguían los de África y Europa y a continuación los de la América del Sur. Finalmente, los de la América del Norte. Y nunca se equivocaban en el orden de entrada en escena. Era grandioso.

Tan sólo el farolero del Polo Norte, y su coelga del farol único del Polo Sur, llevaban sus vidas con ociosidad y desgano. Trabajaban dos veces al año.

XVII

Cuando uno quiere mostrarse agudo, ocurre que a veces miente un poco. No he sido muy honrado al hablar de los faroleros. Me expongo a dar una idea falsa de nuestro planeta a aquellos que no lo conocen. Los hombres ocupan poco espacio sobre la Tierra. Si los dos mil millones de habitantes que la pueblan se mantuvieran de pie y un tanto apretujados, como quienes escuchan un mitin, cabrían fácilmente en una plaza pública de veinte millas de largo por veinte de ancho. La humanidad entera podría amontonarse sobre el más pequeño de los islotes del Pacífico.

Las personas mayores, a buen seguro, no lo creerán. Se imaginan tener mucho sitio. Se creen importantes, como los baobabs. Ustedes les aconsejarán que hagan el cálculo. Adoran las cifras; eso les dará gusto. Pero no pierdan el tiempo con este castigo. Es inútil. Tengan confianza en mí.

El principito, una vez en el suelo, se sorprendió mucho al no ver a nadie. Empezaba a temer haberse equivocado de planeta, cuando un anillo color de luna se removió sobre la arena.

-Buenas noches -dijo el principito a la ventura.

-Buenas noches -correspondió la serpiente.

-¿Sobre qué planeta he caído? -preguntó el principito.

-Sobre la Tierra, en Africa -informóle la serpiente.

-¡Ah!... ¿Y no hay nadie sobre la Tierra?

-Aquí es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es grande -precisó la serpiente.

El principito se sentó sobre una piedra y levantó los ojos al cielo:

-Me pregunto -dijo- si las estrellas están iluminadas a fin de que cada uno pueda un día encontrar la suya. Mi planeta. Se halla precisamente encima de nosotros... ¡Pero qué lejos está!...

-Es bello -dijo la serpiente-. ¿Qué vienes a hacer aquí?

-Tuve dificultades con una flor -explicó el principito.

-¡Ah! -silbó la serpiente. Y ambos se callaron.

-¿Dónde están los hombres? -prosiguió por fin el principito-. Uno está un poco solo en el desierto...

-También está uno solo entre los hombres -opinó la serpiente.

El principito la miró mucho rato.

-Eres un animal muy curioso -le dijo por fin-. Delgado como un dedo...

-Pero soy más poderoso que el dedo de un rey -repuso la serpiente.

El principito sonrió.

-No eres muy poderoso... Ni siquiera tienes patas... no puedes viajar.

-Puedo llevarte más lejos que un navío -afirmó la serpiente. Esto diciendo, se enroscó alrededor del tobillo del principito, como un brazaletes de oro. Y añadió: Aquél a quien yo toco, lo devuelvo a la tierra de donde ha salido. Pero eres puro y vienes de una estrella...

El principito no respondió nada.

-Te compadezco, tan débil, sobre esta Tierra de granito, puedo ayudarte si echas de menos tu planeta, demá...

Puedo...

-¡Oh! Te comprendo muy bien -dijo el principito-, pero, ¿por qué hablas siempre por enigmas?

-Yo los resuelvo todos -replicó la serpiente.

Y ambos se callaron.



-Eres un animal muy curioso -le dijo por fin-. Delgado como un dedo...

XX XVIII

El principito atravesó el desierto y no encontró sino una sola flor con tres pétalos, una flor de nada...

-Buenos días -saludó el principito.

-Buenos días -correspondió la flor.

-¿Dónde están los hombres? -interrogó cortésmente el principito.

La flor, cierto día, vio pasar una caravana.

-¿Los hombres? -opinó-. Existen, a lo que creo, seis o siete. Los divisé hace años. Pero uno nunca sabe dónde dar con ellos. El viento los pasea. Les faltan raíces y eso les perjudica mucho.

-Adiós -dijo el príncipe.

-Adiós -repúsole la flor.



XIX

El principito subió a una alta montaña. Las únicas montañas que conociera eran los tres volcanes que le llegaban a la rodilla. Y se servía del volcán extinguido como de taburete. "Desde una montaña tan alta como ésta", se dijo, "yo distinguiría de una vez todo el planeta y todos los hombres"... Pero no distinguió otra cosa que agujas de roca muy bien afiladas.

-Buenos días -dijo a la buena de Dios.

-Buenos días... buenos días... buenos días... -repuso el eco.

-¿Quién es usted? -inquirió el principito.

-Quién es usted... quién es usted... quién es usted... -repuso el eco montañero.

-Sean mis amigos, estoy solo -añadió el principito.

-Estoy solo... estoy solo... estoy solo... -remedó el eco.

"Vaya planeta", pensó entonces. "Está todo seco, es puntiagudo y todo salado. Y los hombres carecen de imaginación. Repiten lo que uno les dice... En mi país yo tenía una flor. Y me sabía contestar..."

XX

Pero aconteció que el principito, habiendo caminado largamente a través de la arena, las rocas y las nieves, descubrió por fin, un camino. Y los caminos, todos, conducen a los hombres.

-Buenos días -dijo.

Era un jardín florido de rosas.

-Buenos días -dijeron las rosas.

El principito las miró. Todas ellas se parecían a su flor.

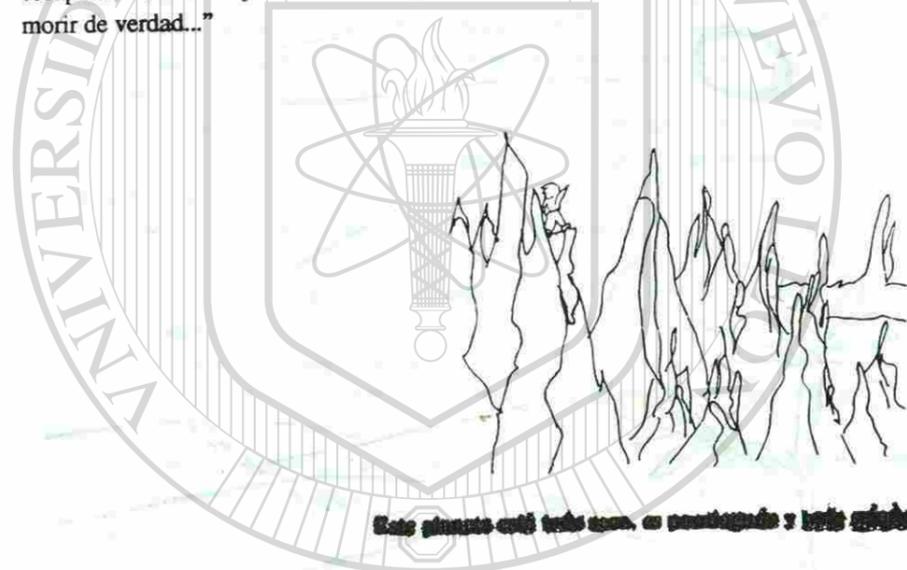
-¿Qué son ustedes? -les preguntó estupefacto.

-Somos rosas -explicaron las flores.

-¡Ah! -suspiró el principito.

Se sintió muy desgraciado. Su flor le había contado que era la única de su especie en todo el universo. Y he aquí que había cinco mil de ellas, todas semejantes, ¡en un solo jardín!

"Se sentiría muy vejada", se dijo, "si viera esto... Tosería enormemente y daría la impresión de ir a morirse por escapar al ridículo. Y yo me vería obligado a fingir que la cuidaba, por que, si no, para humillarme también a mí, se dejaría morir de verdad..."



Este planeta está todo vacío, es desierto y tiene volcanes.



Luego se siguió diciendo: "Me creía rico con una flor única, y no poseo sino una rosa común y corriente. Eso y tres volcanes que me llegan a la rodilla, y uno de los cuales, quizás, se apagó para siempre. Todo junto no hace de mí un príncipe..." Y acostado sobre la hierba, lloró.

XXI

Fue entonces cuando apareció la zorra.

-Buenos días -dijo la bestia.

-Buenos días -respondió finalmente el principito, quien se volvió; pero no vio nada.

-Estoy aquí, debajo del manzano...

-¿Quién eres? -quiso saber el principito-. Eres lindo...

-Soy una zorra -informóle ésta.

-Ven a jugar conmigo -propuso el principito-. Estoy tan triste...

-No puedo jugar contigo -indicó la zorra-. No estoy domesticada.

-Bueno excúsame -se disculpó el principito. Pero, después de reflexionar, añadió:- ¿Qué significa eso de "domesticada"?

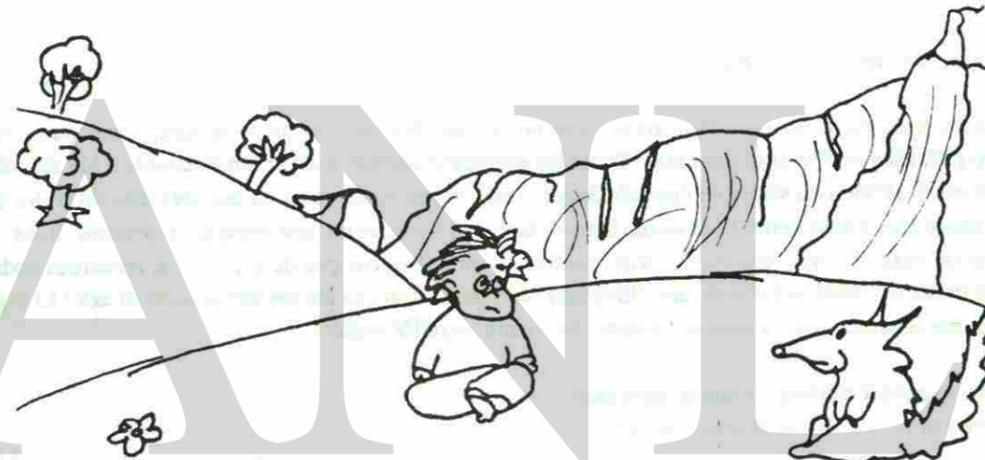
-Tú no eres de aquí -arguyó la zorra-. ¿Qué andas buscando?

-Busco a los hombres -dijo el principito-. ¿Qué quiere decir "domesticar"?

-Los hombres tienen escopetas y cazan. ¡Es muy enojoso! También crían gallinas. Es lo único que los hace interesantes.

¿Andas buscando gallinas?

-No -declaró el principito-. Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"?



-Es algo harto olvidado -dijo la zorra-. Eso significa "estrechar lazos".

-¿Estrechar lazos?

-Seguro -insistió la zorra-. Tú no eres todavía, para mí, sino un muchachito muy parecido a cien mil muchachitos más. Y yo no te necesito. Y tú tampoco me necesitas a mí. No soy para ti sino una zorra semejante a otras cien mil. Pero si tú me domesticas, tendremos necesidad uno del otro. Tú serás para mí el único en el mundo... Yo seré para ti la única en el mundo...

-Empiezo a comprender -confesó el principito-. Hay una flor... Creo que me ha domesticado...

-Es posible. Uno ve en la Tierra tantas cosas...

-¡Oh! No se trata de la Tierra -denegó el principito.

La zorra pareció muy intrigada.

-¿En otro planeta?

-Sí.

-¿Hay cazadores en ese planeta?



-No.

-¡Eso es interesante! ¿Y gallinas?

-No.

-No existe nada perfecto -suspiró la zorra. Pero no por eso dejó de insistir en su idea, añadiendo-: Mi vida es monótona. Cazo gallinas y los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen a los hombres también. Me aburro un poco. Pero si tú me domesticas, mi vida será como bañada de sol. Conoceré un ruido de pasos que será distinto de los otros. Los otros pasos me hacen meter bajo tierra. El suyo me llamará fuera del suelo, como una música. ¡Y después, fíjate! ¿Ves allá abajo los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo para mí es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Y eso es triste! Pero tú tienes los cabellos color de oro. ¡Entonces, será magnífico cuando me hayas domesticado! El trigo, que es dorado, hará que me acuerde de ti. Y adoraré el ruido de viento entre los trigales...

La zorra se calló y miró largo rato al principito.

-¡Hazme ese favor... domesticame! -susurró.

-Bien quisiera hacerlo -respondió el principito-, pero no dispongo de mucho tiempo. Tengo amigos a quienes descubrir y muchas cosas por conocer.

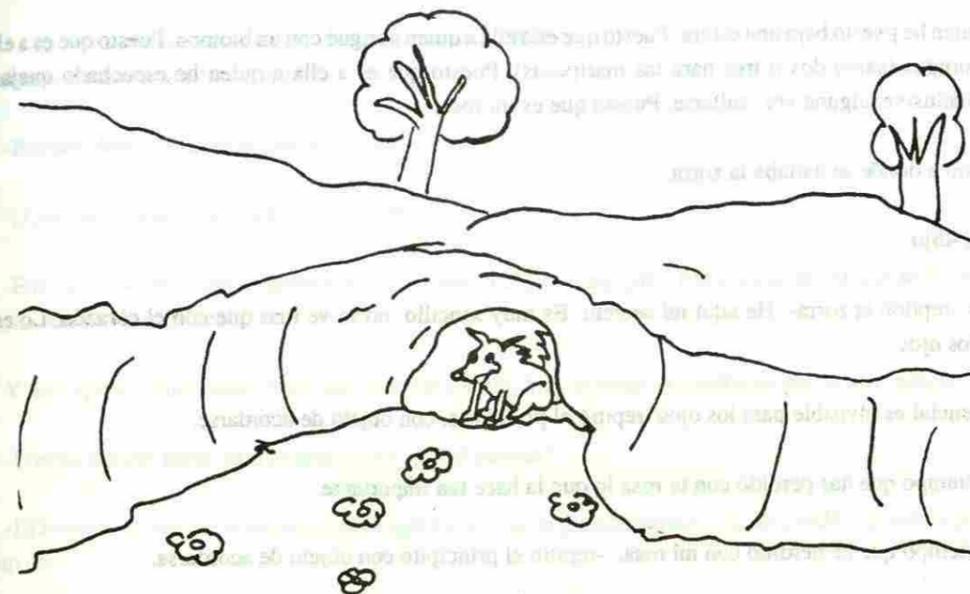
-Uno no conoce más que a las que domestica -opinó la zorra-. Los hombres no tienen tiempo de conocer nada. Compran las cosas hechas a los comerciantes. Pero como no existen comerciantes que vendan amigos, los hombres ya no tienen amigos. ¡Si tu quieres un amigo, domesticame!

-¿Qué es lo que hay que hacer? -inquirió el principito.

-Hace falta ser muy paciente -repuso la zorra-. Te sentarás primero un poco apartado de mí, así, sobre la hierba. Yo te miraré por el rabillo del ojo y no dirás nada. El lenguaje es la fuente de los malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca...

Al día siguiente regresó el principito.

-Hubiese sido mejor que vinieses a la misma hora -observó la zorra-. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres yo habré empezado a sentirme feliz. Cuanto más adelantes la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro, ya me agitaré y me inquietaré, ¡presentiré la dicha! Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré el momento de vestir de gala mi corazón... Los ritos son necesarios.



-¿Qué es un rito? -preguntó el principito.

-También es otra cosa demasiado olvidada -explicó la zorra-. Es aquello que hace que un día sea diferente de los otros días, una hora de las otras horas. Hay un rito, por ejemplo, entre los cazadores. Bailan los jueves con las muchachas de la aldea.

¡Entonces, el jueves es maravilloso! Me voy a pasear hasta la viña. Si los cazadores bailasen en cualquier momento, los días serían todos iguales y yo no tendría vacaciones.

De esta manera el principito domesticó a la zorra. Y cuando se acercó la hora de partir, dijo aquella:

-¡Ah!... Voy a echarme a llorar.

-La culpa es tuya -dijo el principito-. Yo no te quería ningún mal, pero tú quisiste que te domesticara...

-Muy cierto -asintió la zorra.

-¡Entonces, no sales ganando nada!

-Sí gano -objetó la zorra-, a causa del color del trigo. -Luego añadió-: Ve a ver las rosas de nuevo. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás a decirme adiós y yo te regalaré un secreto.

El príncipe se fue a ver de nuevo las rosas.

-Ustedes no se parecen en nada a mi rosa -les dijo-. Ustedes no son nada todavía. Nadie las ha domesticado y ustedes no han domesticado a nadie. Ustedes son lo que era mi zorra. Una zorra semejante a otras cien mil zorras. Pero yo he hecho de ella mi amiga, y ahora es única en el mundo.

Y las rosas parecieron muy molestas. El siguió diciendo:

-Ustedes son hermosas, pero vacías. No se puede morir por ustedes. A decir verdad, un transeúnte vulgar creería que la rosa mía se les parece. Pero por sí sola es más importante que todas ustedes, puesto que es a ella a quien he regado. Puesto

que es a ella a quien he puesto bajo una esfera. Puesto que es a ella a quien abrigué con un biombo. Puesto que es a ella a quien he matado las orugas (salvo dos o tres para las mariposas). Puesto que es a ella a quien he escuchado quejarse, darle importancia, e inclusive, alguna vez, callarse. Puesto que es mi rosa.

Y volvió a donde se hallaba la zorra.

-Adiós -dijo.

-Adiós -replicó la zorra-. He aquí mi secreto. Es muy sencillo: no se ve más que con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos.

-Lo esencial es invisible para los ojos -repitió el principito, con objeto de acordarse.

-Es el tiempo que has perdido con tu rosa lo que la hace tan importante.

-Es el tiempo que he perdido con mi rosa... -repitió el principito con objeto de acordarse.

-Los hombres han olvidado esta verdad -dijo la zorra-. pero tú no debes olvidarla. Tú te haces responsable siempre de aquello que has domesticado. Eres responsable de tu rosa.

-Yo soy el responsable de mi rosa... -repitió el principito, con objeto de acordarse.



XXII

Buenos días -dijo el principito.

-Buenos días -contestó el guardaagujas.

-¿Qué haces aquí? -preguntó el principito.

-Escojo los viajeros por paquetes de mil -informó el guardaagujas-. Expido los trenes que se los llevan, tan pronto a la derecha como a la izquierda.

Y un expreso, iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la cabina de entrada en agujas.

-Llevan mucha prisa -dijo el principito-. ¿Qué buscan?

-El hombre mismo de la locomotora lo ignora -repuso el guardaagujas. Y un segundo expreso rugió, iluminando en sentido inverso.

-¿Regresan ya? -comentó el principito.

-No son los mismos. Es un intercambio.

-¿No estaban contentos donde estaban?

-Uno no está nunca contento donde está -sentenció el guardaagujas.

Y rugió el trueno de un tercer expreso iluminado.

-¿Es que persiguen a los primeros viajeros? -preguntó el principito.

-No persiguen nada en absoluto -explicó el guardaagujas-. Duermen allí adentro, o bien bostezan. Tan sólo los niños aplastan su nariz contra las ventanillas.

-Tan sólo los niños saben lo que buscan -suspiró el principito-. Pierden su tiempo por una muñeca de trapo, y llega a ser tan importante que si se las quitan, lloran...

-Suerte que tienen -opinó el guardaagujas.



XXIII

Buenos días -dijo el principito.

-Buenos días -repuso el comerciante.

Era un vendedor de píldoras perfeccionadas que apaciguan la sed. Uno se traga una cada semana y nunca más a sentir deseos de beber.

-¿Por qué vendes eso? -preguntó el principito.

-Es una gran economía de tiempo -dijo el vendedor-. Los expertos han hecho cálculos. Uno ahorra cincuenta minutos por semana.

-¿Y qué hace uno con esos cincuenta minutos?

-Uno hace lo que quiere...

"Yo", se dijo el principito, "si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, me iría poquito a poco hacia una fuente".



XXIV

Nos hallábamos al octavo día de mi avería en el desierto, y había escuchado la historia del vendedor a tiempo para ingerir la última gota de mi provisión de agua.

-¡Ah! -dijo al principito-. Son muy lindos tus recuerdos, pero aún no he reparado mi avión, no tengo nada que comer, y sería muy feliz si pudiera ir, yo también, poquito a poco, hacia una fuente!.

-Mi amiga la zorra me dijo...

-Pero, pequeño, ¡no se trata ya de la zorra!

-¿Por qué?

-Porque vamos a morir de sed...

No comprendió mi razonamiento y respondió:

-Es bueno tener un amigo, inclusive si uno va a morir. Estoy muy contento de haber tenido una amiga zorra...

"No mide el peligro", me dije. "Nunca tiene hambre ni sed. Un poco de sol le basta..."

Pero leyó mi pensamiento y objetó:

-Yo también tengo sed... Busquemos un pozo...

Tuve un gesto de cansancio: es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos en marcha.

Cuando hubimos caminado en silencio horas y horas, cayó la noche y empezaron a encenderse las estrellas. Yo las distinguía como en sueños, pues tenía un poco de fiebre a causa de la sed. Las palabras del principito danzaban en mi memoria.

-¿Tú también tienes sed? -le pregunté.

El no contestó a mi pregunta. Simplemente me dijo:

-El agua puede ser buena también para el corazón...

No comprendí su respuesta, pero me callé... Yo sabía bien que no hacía falta interrogarle. Estaba fatigado y se sentó. Me senté junto a él. Y después de un silencio, prosiguió:

-Las estrellas son bellas a causa de una flor que uno no ve...

"De seguro", respondí, y miré sin hablar los pliegues de la arena bajo la luna.

-El desierto es hermoso -añadió.

Y era verdad. Siempre me ha gustado el desierto. Uno se sienta sobre una duna de arena. No ve nada. No oye nada. Y, sin embargo, alguna cosa irradia en silencio...

-Lo que embellece el desierto -dijo el principito- es que oculta un pozo en alguna parte...



Me sorprendió comprender de súbito esta misteriosa irradiación de la arena.

Cuando yo era un muchachito, habitaba una vieja casona, y la leyenda contaba que allí había un tesoro enterrado. En verdad, nadie ha sabido descubrirlo, y posiblemente ni siquiera se ha buscado. Pero encantaba toda la casa. Mi casa era un secreto en el fondo de su corazón.

-Sí -dije al principito-; trátese de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que constituye su belleza es invisible.

-Estoy contento -repuso- de que estés de acuerdo con mi zorra.

Como el principito se dormía, lo tomé en mis brazos y reanudé la marcha. Estaba conmovido. Me parecía llevar un tesoro frágil. Me parecía, inclusive, que no debía haber nada más frágil sobre la Tierra. Yo miraba, a la luz de la luna, frente pálida, estos ojos cerrados, estos mechones de pelo que ondulaba el viento, y me decía: Lo que yo estoy viendo no es más que una corteza. Lo más importante es invisible...

Como sus labios entreabiertos dejaban escapar una sonrisilla según diciéndome: "Lo que me conmueve tanto es un pequeño príncipe dormido es su fidelidad por una flor, es la imagen de una rosa que irradia en él cual la llama de una lámpara aun cuando duerme..." Y le adivinaba más frágil todavía. Hace mucha falta proteger bien las lámparas: una racha de viento puede extinguiirlas...

Y andando así, descubrí el pozo al hacerse de día.

XXV

Los hombres -dijo el principito- se amontonan en los trenes expresos, pero no saben lo que buscan. Entonces agitan y dan vuelta en redondo. -Y añadió-: No vale la pena...

El pozo que habíamos alcanzado no se parecía a los pozos saharianos. Los pozos saharianos son simples agujeros perforados en la arena. Este parecía un pozo de aldea, pero allí no había ninguna aldea, y yo creía soñar.

-Es extraño -dijo el principito-, todo está a punto: la polea, el cubo y la cuerda...

Se rió, tocó la cuerda e hizo jugar la polea. Y la polea gimió como gime una vieja veleta cuando el viento ha sopado mucho tiempo.

-Estás oyendo -dijo el principito-: despertamos este pozo y canta...

No quise que hiciera un esfuerzo y le dije:

-Déjame hacer, es demasiado pesado para ti.

Lentamente icé el cubo hasta el brocal. Lo instalé bien aplomado. En mis oídos duraba el canto de la polea, y el agua que temblaba todavía, yo veía temblar el sol.

-Tengo sed de esta agua -dijo el principito-, dame de beber...

¡Y comprendí lo que había buscado!

Levanté el cubo hasta sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Era dulce como una fiesta. Esta agua era cosa

diferente de un alimento. Había nacido de la marcha bajo las estrellas, del canto de la polea, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón como un regalo. Cuando yo era niño, la luz del árbol de Navidad, la música de la misa de medianoche y la dulzura de las sonrisas formaban así todo el resplandor del regalo de Navidad que yo recibía.

-Los hombres de tu país -observó el principito- cultivan cinco mil rosas en un mismo jardín... Y no encuentran la que buscan...

-No la encuentran -repuse yo.

-Y, sin embargo, lo que buscan se podría encontrar en una sola rosa o en un poco de agua...

-Seguramente -repliqué.

El principito añadió:

-Pero los ojos son ciegos. Hace falta buscar el corazón.

Yo había bebido. Respiraba bien. La arena, al despuntar el día, es de color de miel. Yo era feliz también con este color de miel. Porque hacía falta que yo sufriese penas...

-Hace falta que mantengas tu promesa -me dijo dulcemente el principito, el cual, de nuevo, se había sentado junto a mí.

-¿Qué promesa?

-Ya lo sabes... un bozal para mi cordero... Soy el responsable de esa flor...

Saqué del bolsillo mis artefactos de dibujo. El principito los echó de ver viendo y dijo:

-Tus baobabs se parecen un poco a las coles...

-¡Oh!... Tan orgulloso como estaba con mis baobabs.

-Tu zorra... sus orejas, parecen más bien cuernos... y son demasiado largas.-

Volvió a refr.

-Eres injusto, hombrecillo; yo no sabía dibujar más que boas abiertas o cerradas.

-¡Oh! Todo se andará -murmuró-.

Los niños saben.

Dibujé, pues, un bozal. Y sentí mi corazón oprimido al dárselo.

-Tú abrigas propósitos que yo ignoro...

Pero no contestó nada. Y me dijo:

-Ya sabes, mi caída sobre la Tierra...

Mañana será el aniversario... -Luego, después de un silencio, agregó-: Debí caer muy cerca de aquí. -Y se puso colorado.

De nuevo, sin comprender por qué, experimenté un extraño fastidio. No obstante, se me ocurrió una pregunta:

-Entonces no es por casualidad que la mañana en que te conocí, hace ocho días, te pasearas de ese modo, solo, y a mil millas de todas las regiones habitadas. ¿Regresabas al lugar donde caíste?

El principito enrojeció otra vez, y yo añadí dudando:

-¿A causa, tal vez, del aniversario?

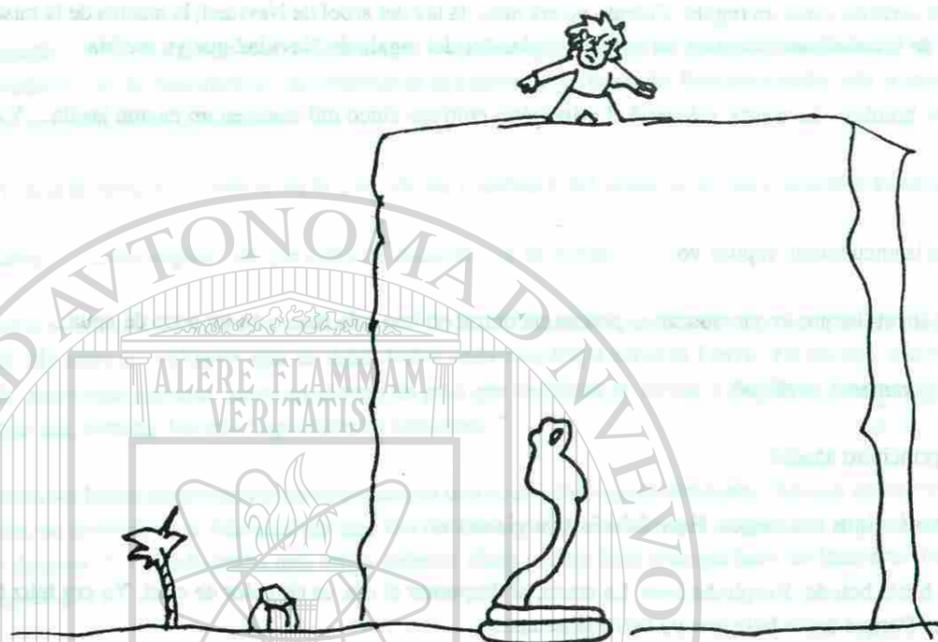
El principito volvió a enrojecer. No contestaba nunca a las preguntas, pero, cuando uno enrojece, significa "sí", ¿No es como digo?

-¡Ah! -le dije-. Tengo miedo...

Pero él me respondió:

-Tú ahora debes trabajar. Debes regresar a tu máquina. Te espero aquí. Vuelve mañana por la noche...

Pero yo me sentía seguro. Me acordaba de la zorra. Uno corre el riesgo de llorar un poco si se ha dejado domesticar...



XXVI

Había, junto al pozo, la ruina de un viejo muro de piedra. Cuando regresé de mi trabajo, al día siguiente, descubrí desde lejos a mi principito sentado encima del muro, con las piernas colgantes. Y lo oí que decía:

-¿No te acuerdas? ¡No es precisamente aquí!

Otra voz debió estarle respondiendo, por cuanto él replicó:

-¡Sí! ¡Sí! Hoy es el día exacto, pero no el lugar...

Seguí mi avance hacia el muro. No veía ni oía persona alguna. No obstante, el principito volvió a replicar:

-De seguro. Tú verás dónde comienza mi rastro en la arena. No tendrás más que esperarme. Esta noche estaré allí.

Me hallaba a veinte metros del muro y seguía sin ver nada. El principito prosiguió, después de un silencio:

-¿Tu veneno es bueno? ¿Estás segura de no hacerme sufrir mucho tiempo?

Hice alto con el corazón oprimido; pero no comprendía nada en absoluto.

-¡Ahora, vete! -dijo el pequeño-

Quiero descender otra vez.

Entonces bajé yo mismo la vista hacia el pie del muro y di un salto. Allí estaba erguida, en dirección al príncipe, una de esas serpientes amarillas que lo matan a uno en treinta segundos. Revolviendo mi bolsillo para sacar el revólver, eché a correr; pero al ruido que hice, la serpiente se dejó hundir en la arena, como un chorro de agua que se extingue, y, sin apresurarse demasiado, se coló entre las peidras con un amplio ruido de metal.

Alcancé el muro al tiempo justo de recibir en mis brazos a mi pequeño bonachón de príncipe, pálido como la nieve.

-¿Qué historia es ésta! ¡Hablas ahora con las serpientes!

Lo liberé de su eterna bufanda de oro. Le humedecí las sienes y le di de beber. Y después no me atreví a preguntarle nada. Me miró gravemente y me rodeó el cuello con sus brazos. Sentía latir su corazón como el de un pajarito que muere, cuando se le ha disparado con perdigones. Me dijo:

-Estoy contento de que hayas encontrado cuál era el defecto de tu máquina.

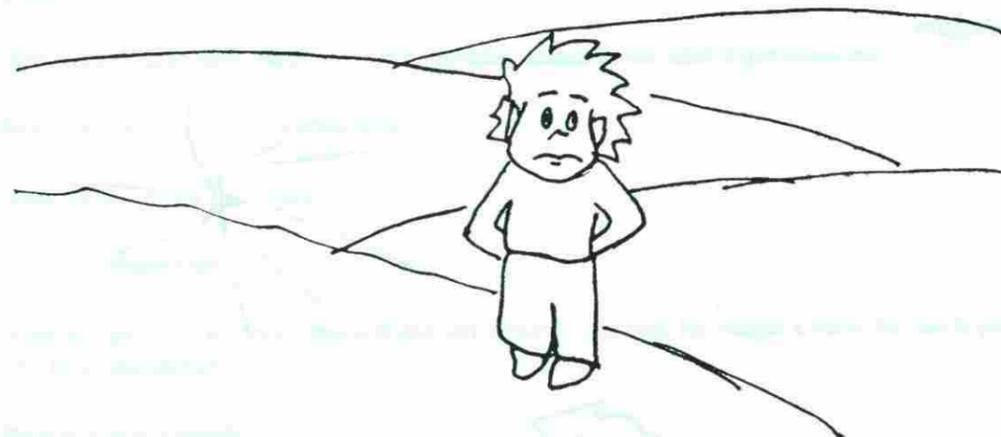
Podrás regresar a tu país...

-¿Cómo lo sabes?

Venía precisamente a anunciarle que, contra toda esperanza, había tenido éxito en mi trabajo. No contestó nada a mi pregunta, pero añadió:

-Yo también regreso hoy, a mi planeta...

Y, melancólico, añadió:



-Es mucho más lejos... Se hace mucho más difícil.

Yo me daba perfecta cuenta de que algo extraordinario sucedía. Lo estreché en mis brazos como a un niño pequeño, y, sin embargo, me pareció que se estaba hundiendo verticalmente en un abismo sin fondo, sin que yo pudiese hacer nada por retenerlo...

Tenía la mirada seria, perdida a lo lejos:

-Tengo tu cordero. Y tengo la caja para el cordero. Tengo el bozal...

Y sonrió con melancolía. Esperé largo tiempo. Sentí que se recalentaba poco a poco:

-Muchacho, tú tienes miedo...

Lo tenía, a buen seguro. Pero se rió dulcemente.

-Mucho más miedo tendré esta noche...

De nuevo me sentí helado por el sentimiento de lo irreparable, y comprendí que no soportaría yo la idea de no volver a escuchar esta risa. Era para mí como una fuente en el desierto...

-Muchachito, quiero seguirte oyendo reír...

Pero me dijo:

-Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará precisamente encima del lugar donde caí el año pasado...

-Mi hombrecito, ¿no es verdad que se trata de un mal sueño toda esta historia de la serpiente y de la cita y de la estrella...?

-Pero no contestó a mi pregunta y me dijo:

-Lo que es importante, eso no se ve...

-De seguro...

-Es como la flor. Si a ti te gusta una flor que se encuentra en una estrella, es dulce, por la noche, mirar al cielo. Todas las estrellas están floridas.

-De seguro...

-Es como el agua. La que me diste de beber era como una música, a causa de la polea y la cuerda... ¿te acuerdas...?

Era buena.

-De seguro...



Mirarás, de noche, las estrellas. Es demasiado pequeño mi país para que te muestre dónde se encuentra la mía. Es mejor así. Mi estrella será para ti una de las estrellas. Entonces te gustará mirar... todas las estrellas. Serán todas ellas tus amigas. Y, además, voy a hacerte un regalo...

Se rió una vez más.

-¡Ah, mi pequeño hombrecito! ¡Me encanta escuchar esa risa!

-Precisamente ese será mi regalo... será como el agua...

-¿Qué quieres decir?

-La gente tiene estrellas que no son las mismas. Para los unos, que viajan, las estrellas son gúfas. Para otros no son más que lucecitas. Para otros, que son sabios, constituyen problemas. Para mi hombre de negocios eran oro. Pero todas esas estrellas se callan. Tú tendrás estrellas como nadie ha visto ninguna...

-¿Qué quieres decir?

-Cuando mires al cielo, por la noche, puesto que yo habitaré en una de ellas, puesto que reiré en una de ellas, entonces será para ti como si se rieran todas las estrellas. ¡Tendrás, tú, estrellas que saben reír!

Y otra vez se rió.

-Y cuando te hayas consolado (uno se consuela siempre), estarás contento de haberme conocido. Serás siempre mi amigo. Tendrás deseos de reír conmigo. Y abrirás algunas veces tu ventana, por eso, por ese placer. Y tus amigos se asombrarán de verte mirar el cielo. Entonces tú les dirás: "Sí, las estrellas, ¡siempre me dan risa!". Y te creerán loco. Te habré jugado una muy mala pasada.

Y nuevamente rió.

-Será como si te hubiese dado, en lugar de estrellas, hileras de cascabeles que saben reír...

Se rió una vez más. Luego se puso serio.

-Esta noche... sabes... no vengas...

-Yo no te abandonaré.

-Parecerá que estoy enfermo... parecerá que voy a morir... Así será. No vengas a verlo, no vale la pena...

-Yo no te abandonaré.

Pero se le veía tranquilo.

-Te lo digo a causa de la serpiente. Es preciso que no te muerda. Las serpientes son mala cosa. Puede morderte por gusto...

-Yo no te abandonaré.

Pero hubo algo que lo tranquilizó:

-Es cierto que no les queda veneno para la segunda mordedura...

Aquella noche no le vi ponerse en camino. Se había evadido sin ruido. Cuando conseguí alcanzarle, andaba decidido, con paso rápido. Me dijo solamente:

-¡Ah!... Estás allí...

Y me tomó de la mano. Pero de nuevo volvió a atormentarse.

-No debiste hacerlo -suspiró-. Vas a tener mucha pena. Parecerá que estoy muerto y no será verdad... Yo me callé. Me comprendes. Es demasiado lejos. No me puedo llevar este cuerpo. Es muy pesado.

Yo me callé.

-Pero será como una vieja corteza abandonada. Son algo triste las viejas cortezas...

Yo me callé.

Se desanimó un poco. Pero hizo todavía un esfuerzo:

-Será muy agradable, ¿sabes? Yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas serán pozos con una polea herrumbrosa. Todas las estrellas me servirán de beber...

Yo me callé.

- ¡Será tan divertido! Vas a tener quinientos millones de cascabeles. Yo tendré quinientos millones de fuentes...

El se calló también porque lloraba...

-Eso es. Déjame dar un paso yo solo. Y se sentó, porque tenía miedo. Y siguió diciendo:

-Sabes... mi flor... ¡Yo soy responsable! ¡Y es tan débil! Y es tan inocente... Tiene cuatro espinas que no valen para protegerla contra el mundo...

Yo me senté, porque no podía ya permanecer de pie. Dijo:

-Hela aquí... Eso es todo.

Titubeó un poco todavía, luego se levantó. Dio un paso. Yo no me podía mover.

No hubo más que un relámpago amarillo cerca de su tobillo. Permaneció inmóvil un instante. No gritó suavemente, como cae un árbol. Con ello no hizo casi ruido, a causa de la arena.



XXVII

Y ahora, es cierto, de esto hace seis años ya... No he contado nunca esta historia. Los camaradas que me han a ver estuvieron muy contentos de hallarme vivo. Yo estaba triste y les decía: "Es la fatiga..."

Ahora me he consolado un poco. Es decir, no del todo. Pero sé muy bien que ha vuelto a su planeta, porque el sol, no encontré su cuerpo. No era un cuerpo tan pesado, después de todo... Y me gusta por la noche escuchar las cascabeles. Es como si escuchara quinientos millones de cascabeles...

Pero he aquí que acontece algo extraordinario. El bozal que dibujé por encargo del principito... ¡olvidé la correa de cuero! Nunca podrá sujetárselo al cordero. Entonces, me pregunto: "¿Qué ha pasado sobre su planeta? ¿que el cordero haya devorado la flor..."

Acto seguido, me tranquilizo: "Seguramente no. El principito encierra su flor todas las noches bajo su cristal y vigila bien su cordero..." Entonces soy feliz. Y todas las estrellas ríen dulcemente.

Acto seguido, me digo: "Uno se distrae una que otra vez, ¡y con eso basta! Ha olvidado, una noche, el globo o bien el cordero ha salido sin hacer ruido durante la noche..." Entonces los cascabeles se convierten en lágrimas.

Este sí que es un gran misterio. Para ustedes, que quieren también al principito, como para mí, nada en el universo se modificará si en alguna parte, quién sabe dónde, un cordero desconocido ha devorado o no una rosa...

Mirad el cielo. Preguntad: ¿el cordero ha devorado o no la flor? Y veréis cómo todo cambia...

¡Y ninguna persona mayor comprenderá nunca que eso tenga tanta importancia!

Este es, para mí, el más hermoso y el más triste paisaje del mundo. Es el mismo paisaje que el de la página precedente, pero lo he dibujado una vez más para enseñároslo bien. Aquí es donde el principito apareció sobre la tierra, y después desapareció.

Mirad atentamente este paisaje a fin de estar seguros de reconocerlo si viajáis un día en Africa, por el desierto. Y si os ocurre pasar por allí, esperad un momento bajo la estrella. Si entonces viene un niño a vosotros, si ríe, si tiene cabellos de oro, si no responde cuando se le pregunta, adivinaréis fácilmente quién es. ¡Entonces, sed amables! No me dejéis tan triste: escribidme de prisa diciendo que ha regresado...



ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

Fue un hombre polifacético: aviador, filósofo, humorista, dibujante, geógrafo y escritor. Su fama literaria iguala a sus hazañas como aviador, ya que fue el primero en atravesar el Atlántico por la ruta de África a la Argentina y además fue aviador militar durante la Segunda Guerra Mundial. Sus vivencias fueron el trasfondo de su producción literaria: "Vuelo de noche", "Tierra de hombres", "Piloto de Guerra", "La ciudadela", y, sobre todos ellos, "El Principito", que apareció en Francia en 1943 y ha sido traducido a 90 idiomas, ejerciendo una atracción y un misterioso poder hacia niños y adultos. Su interpretación dependerá del lector, ya que es un texto que puede leerse en diversos niveles de lectura: un niño probablemente quede en el nivel denotativo, un adulto debe interpretar también lo connotativo. En el final, El Principito muere o desaparece; Saint-Exupéry también desapareció en su avión Lightning, matrícula 223, que despegó del aeropuerto de Bastia (Córcega) en agosto de 1944 y no llegó a su destino, la ciudad de Grenoble (Francia). En esa fecha tenía 44 años.

ACTIVIDADES ESPECÍFICAS

Los textos que leerás a continuación tienen un tema común relacionado con la protección, por lo general cuando nace el ser humano, es cuidado desde pequeño por sus padres, los textos que leerás presentan situaciones que motivarán tu reflexión.

I. Realiza lo siguiente:

- A. 1 Lee el texto "Adriana" de Edmundo Valadés.
- 2 Resume con tus palabras de qué trata el texto.
- 3 Comenta lo que más te agradó o desagradó del texto.

Adriana

EDMUNDO VALADÉS
en "La Muerte tiene permiso"

La Tierra Aparición
Sintió un irrefrenable deseo de saltar, un irrefrenable deseo de reír, un irrefrenable deseo de llorar, un irrefrenable deseo de gritar.

A pasos rápidos, nerviosos, buscó adónde ir. Casi sin darse cuenta de que la madre de ella lo abrazaba, salió al corredor.

Al pasar por la puerta -esa puerta detrás de la cual había oído los gemidos de la madre y el lloro de la recién nacida-, otra enfermera asomó.

-Se parece a usted.

Hubiera querido tener alas.

Y allí, en la soledad del corredor, se desbordó.

Como si fuera un fuego de pirotecnia ascendiendo y dibujando con multicolores luces todo el volumen de la noche.

Como si su interior creciera y ríos de ternura y alegría lo bañaran.

Como si estuviera saboreando la bondad de la vida.

Como si todo hubiera cambiado y fuera otro, mil veces mejor.

Como si fuera un hombre extraordinario.

Como si hubiera aprendido a decir, con una palabra, millones de palabras.

Como si tuviera la noción de que ya no moriría nunca.

Y era tan vertiginoso, tan lúcido, tan profundo, tan sorprendente, tan inesperado y tan bello todo lo que le bullía por el cuerpo y el corazón y tan diáfana la sensación de que por primera vez en su vida podría ir adonde quisiera, que lloraba con ganas de reír, y reía con ganas de llorar, sin saber si reía o lloraba.

-¿Se siente mal?

La madre de ella se lo dijo, acercándose a ayudarlo, asustada.

-Me desahogo. Gracias. No es nada. ¿Están bien?

Llegó la enfermera, alba, buena.

-Venga. Ya puede ver a su hija.

Allí, tras un cristal, envuelta en las ropas que la esposa había preparado con ilusiones y ternuras anticipadas, dejando sólo ver la cabeza, estaba ella.

La miró, profundamente, con asombro, con curiosidad, con duda, con certidumbre, con una ternura extraña y nueva, con tímido, soberbio y ancho orgullo. Y más tarde, al salir a la calle, empujó la puerta entre queriendo quedarse o correr en busca de los seres humanos a decírselos. Con un impulso de ir a algún lado. Se metió la manos en las bolsas, las sacó, frotándolas como saludándose a sí mismo porque era simple y totalmente feliz.

Caminó aprisa, buscando la gente, queriendo repartir su alegría. Y en una esquina, ante un desconocido que esperaba un vehículo, con ganas de abrazarle le dijo:

-Fúme un cigarro. Se lo ofrezco con mucho gusto.

El Feliz Hallazgo

Adriana conoce las flores. Le gustan. Sobre mis brazos, descubriendo al mundo, las observa curiosamente y extiende hacia ellas sus manecitas para acariciarlas con graciosa y delicada precaución.

Las primeras ideas precisas para ella, además de los seres que la rodeamos, son las lámparas, el gua-gua, el mian, la calle, la papa (la leche), la cuna, la meme (a dormirse), ¡no toques eso!, la patita (el pie), ¡jupa! (que se prenda a mis hombros para cargarla), ¡mira! (que vea algo que aún no conoce).

Cuando llego a casa y me descubre, sonrío alegremente y me tiende su prodigiosa ternura, como si yo fuera todos los días un feliz hallazgo para ella, cuando ella lo es siempre para mí. Comprendo su gusto por estar trepada hasta mis brazos, rodeándome el cuello, arañándose una oreja, despeinándose. Creo que se siente más apta para ir comprendiendo y conociendo todo eso desconocido, inesperado, que va brotando ante sus ojillos escudriñadores: imágenes y objetos que sus miradas inteligentes van identificando y que poco a poco transforma en ideas exactas, con una lógica poética, en semillas de palabras que su memoria inicial hace un idioma que crece.

Si le digo: "vamos a ver al mian", sabe de inmediato que saldremos a la azotehuela, que yo haré "¡phsss!" y que al dirigir ella su mirada hacia el tejado, aparecerá un gato al que podrá observar larga y atentamente.

Le propongo: "¿vamos a la calle?"

Alborozada, da su entusiasta consentimiento y vuelve los ojos hacia donde está la puerta. La paseo por la acera y ella lo contempla todo desde su atalaya, especialmente a los niños que juegan y a quienes sigue, con miradas concentradas, probablemente con deseos de correr y saltar como ellos, atraída por afinidades que debe ir adivinando.

Le llamo la atención sobre que atrás, a sus espaldas, pasa un perro y prestamente vuelve la cabeza. Si va seria, sonríe de pronto ante cualquier persona -yo no me atrevería a decir que se ríe de ella- porque algo en esa persona le estimuló el sentimiento de alegre sorpresa. O da alborozados gritos ante niños tan pequeños como su propia edad, atisbándolo todo, secreta meditación, los carros, los tranvías, los papeles tirados en el suelo, una ventana, las gentes que pasan o algo que está ahí, inmemorial, a la vista de todos y que nadie sabe ver ya.

Luego asombrada ante ese mundo estático y móvil que bulle fuera de su cuarto, se inclina sobre mi hombro y yo me arrullo, hasta que se queda dormida. Y yo quisiera poder expresarle entonces que nada de todo eso, de la calle, de las gentes del día, de los colores, de las formas, es tan maravilloso para mí, como ella misma, entre mis brazos, haciéndome sentir aprieto dulcemente a la más dulce de todas las vidas.

El Prodigioso Solito

Corretea por la casa, a "gatas". Sólo si se siente asegurada, se atreve a caminar, a menudos pasitos, dando la vuelta alrededor de la cama. Queremos hacerla andar y ella se niega. Prefiere la seguridad del piso, apoyada en pies y manos. Y viene, incansable. Ha crecido de pronto, como de un día a otro, en sonriente milagro, asombrándonos de que ella sea la misma miniatura que mecíamos casi en las manos, cuando era pequeñita, tan pequeñita que creíamos que pasarían muchos muchísimos años para alcanzar un palmo más. Y ha pasado menos de un año y ella está regordeta, moviéndose, viéndolo todo queriéndolo tocar todo con curiosidad inagotable que le fluye de sus manecitas. Ya la casa, que era tan grande para ella, reduciéndose y no tengo mucho nuevo que enseñarle, porque todo lo conoce. Hoy, su madre me ha revelado una noticia sorprendente, de inusitada trascendencia: "Adriana ya sabe hacer solitos". Me parece una hazaña extraordinaria. Ella, tan pequeñita, por primera vez en su vida ha aprendido a sostenerse en pie, a quedarse plantadita, sin ayuda de nadie. Se lo probé amorosamente, dispuesto a ver el más feliz espectáculo: "Adriana, haz un solito para tu papá." Ella medita brevemente, acepta gentilmente complacer mi solicitud, aunque sabe guardar su emoción mejor que nosotros. La alzo, la coloco sobre el suelo y ella me complace. Se queda de pie, con las piernecillas abiertas, sin doblarse, para asentarse mejor. Yo en cuclilla la veo con la más expectante admiración. Ella no se mueve. No se atreve, por temor a caerse. Y de pronto, porque ha pasado un rato de inmovilidad y ha creído que se quedará allí en suspenso, me grita, angustiada, a punto de asustarse. Y antes de que se suelte a llorar, le extiendo los brazos, la levanto, la hago sentirse a salvo de perder el equilibrio. Y los dos nos reímos, felices llenos de orgullo mutuo. Ella, porque yo estoy ahí, para tenderle a tiempo los brazos; yo, porque ella se ha transformado aprendiendo a pararse, en un prodigio formidable de vida.

EDMUNDO VALADÉS

La profesión de periodista ha enriquecido su obra literaria. Valadés escribe con estilo directo y su obra reúne temáticas tomadas de la realidad, expresadas en forma de cuentos muy bien logrados. Con su colección de cuentos "La muerte tiene permiso" se coloca en el panorama literario como cuentista de primera fila.

- B. 1 Lee el texto "La familia pequeña vive mejor" de Zacarías Jiménez.
2 Sintetiza lo que acontece en el texto.
3 Expresa que llamó tu atención del texto leído.

La familia pequeña vive mejor

ZACARIAS JIMENEZ

Cruzó la calle presurosa ignorando la orden de su madre.

-No corras, Maruca, o te irá peor. La pequeña llegó ante la puerta e intentó abrirla, pero sus fuerzas no le ayudaron. La mujerona la alcanzó jadeante, la cogió de los cabellos, la azotó contra el pavimento y la arrastró al interior de la casa con rabia inaudita e insuperable.

-Maldita la hora en que te parí. Nunca haces caso a lo que se te dice cabrona, no sirves para nada. Y no llores. Ahorra el llanto para cuando llegue tu padre.

Maruca lloró en silencio. Total, no era necesario romperle los oídos a la suerte. La madre sacó su delantal del ropero, entró a la cocina y puso la olla de los frijoles en la estufa. El fuego de su cólera renació al observar que su hija abría el refrigerador.

-¿Qué buscas, se te perdió algo?

-Tengo hambre. Me comeré una papa cocida.

-Esas papas no son para ti. Son para tu padre que trabaja todo el día mientras tú te haces bruta en la escuela. El tono de su voz se suavizó pero estuvo presente la amenaza: "-No comerás, no beberás ni harás de la chi si no aprendes las tablas de multiplicar. Apúrate tamalona."

Maruca tomó su cuaderno y se puso a estudiar. Sentada en el suelo masticó su amargura. Una hora más tarde llegó su padrastro, era un hombre mal encarado y sin edad.

-Ya vine, Dulce, -gritó estentóreamente. Ella vino y le besó la mejilla.

-Siéntate Benigno, descansa cariño.

-¿Qué hiciste de comer, prieta?

-Frijoles, habas, ensalada y caldo de tlacuache.

-Mejor hazme unos huevos rancheros, ando crudo.

-Prueba de perdido las habas, me quedaron super.

-No. Hazme unos huevos y dame la caguama que traje ayer.

Comió con frenesí, bebió cerveza y bostezó como un oso. Dulce midió el terreno y le comunicó la noticia.

-Maruca sigue mal en la escuela, no sabe ni las tablas de multiplicar, llámale la atención, a ver si a ti te hace caso.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigno eructó, sus ojillos despedían odio y deseo de cometer infamias. Fanfarrón y prepotente gritó:

-Mara, ven acá.

-¿Me hablaba, señor? -La chiquilla se acercó temerosa.

-¿Cuántos son dos por tres?

-Seis -dijo ella con una seguridad que se le perdió en la sombra roja del cerebro cuando el tipo le hundió el puño en el estómago. Cayó de rodillas, se puso pálida y jaló aire por la boca, convulsivamente. El padrastro la levantó de una patada y dispuesto a proseguir la tortura.

-¿Cuántos son seis por seis? -preguntó en buen tono o te desmadro.

-¿No son treinta y seis? Ahora temblaba, toda la inseguridad del mundo apenas cabía en su voz. Entonces alguien tocó la puerta y Maruca deseó que fuese su padre; luego recordó que no vendría porque estaba internado en el hospital. De pronto abrió y entraron el Topo y la Cachucha, amigos de la pareja.

- Pasen compadritos -masculó la mujerona -llegan a la hora de la clase. Benigno se quitó el cinturón a tiempo y interrogaba a el Topo.

-¿Cuántos son dos por tres? Enséñale a esta mugre.

-Bah, eso hasta el chavo más menso lo sabe: Son cinco y a veces siete. Benigno sonrió satisfecho ante la falta de respeto y se preparó para golpear a la criatura.

De pronto la niña le dio un puntapié en el tobillo y gritó lo que nunca debió gritar: -Usted no es mi padre, viejo huevón. Intentó huir pero los compadritos del... (esa que gritó la niña) decidieron vengar la ofensa. Y el diluvio de golpes paralelo a las injurias cayó sobre su diminuto cuerpo.

-¡A la gente mayor no se le contesta! ¡Oír, ver y llorar es de sabios!

-¿Cuántos son tres por tres? ¡Que no llores babosa!

Sin saber ni cómo logró zafarseles, pero la mujer le salió al paso con su destino en la mano.

-¿A dónde vas, idiota, no sabes que es falta de educación dejar a las personas con la palabra en la boca?

La plancha se le hundió en la cabeza y tuvo la sensación de estar escapando de una pesadilla. No le hubieran contado los golpes. El último le rompió la nariz. Ya no pudo contar. Dulce gemía como perra en éxtasis mientras se desahogaba en el ya cadáver. Y más por aburrimiento que por piedad Benigno intervino:

-Descansa mi Dulce. Mira, echaste a perder la plancha nueva. La tuvo que sujetar con fuerza, ella es superindignadísima.

-Jamás permitiré que se me falte al respeto. Esta basura se quiso pasar de lista, pero le salió cola. Herviré agua para curarte tu piececito.

-La cosa le pegó duro a mi compadre, por buena suerte estábamos aquí -dijo la Cachucha y guardó su mano. El Topo permanecía callado y oscuro.

-Viejita -murmuró Benigno -invítalos a comer, atiéndelos como si fueran tus hijos. Bueno...mejor.

Nadie se preocupó más por el cadáver. Días después El Heraldó informó en primera plana: "Una madre y su amante asesinan a niña de siete años. No hay delito que perseguir. Depositaron el millón y medio de pesos correspondiente. El padre de la chiquilla jura matar como a perros rabiosos a la pareja de tórtolos homicidas; es aprehendido y sentenciado a tres años de prisión por amenaza comprobada y por faltas a la moral."

La noticia causó indignación al público, ira, catarsis y más tarde...

o-l-v-i-d-o.

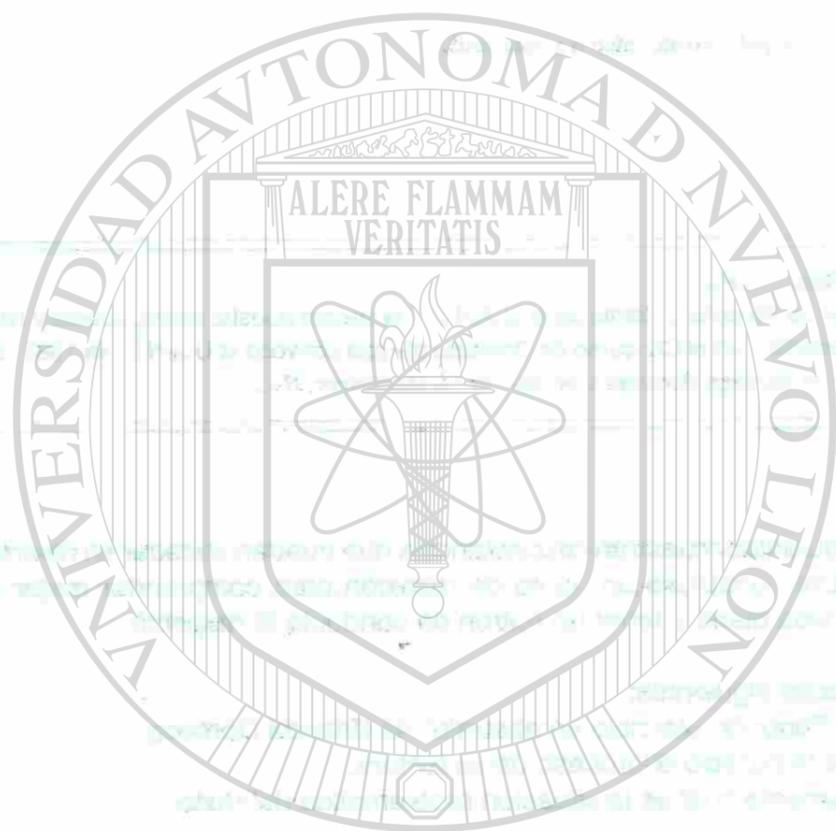
ZACARIAS JIMENEZ (Lagunillas, S.L.P.)

Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L.. Ha escrito poesía, teatro, cuento y hasta novela. Obtuvo una mención honorífica en el Concurso de Dramaturgia que convocó la U.A.N.L. en 1987. Sus textos aparecen con frecuencia en revistas literarias y en diarios de Monterrey, N.L.

Los textos literarios siguientes muestran circunstancias que pueden suceder en diversas partes del mundo, su lectura constituirá un punto de reflexión para comprender mejor las relaciones humanas en tu vida diaria y tener un patrón de conducta al respecto.

II. Desarrolla las actividades siguientes:

- A. 1 Lee el texto "Pequeño ejercicio en absurdo" de Brianda Domecq.
- 2 Comenta qué te pareció el proceso de su lectura.
- 3 Señala brevemente cuál es la situación problemática del texto.



Hecha una ménade atacé las escaleras de dos en dos. Él estaba echado en la cama, arrellanado en unos pijamas manidos y, por la obsesividad circular de sus ojos, embotado en pensamientos e imágenes ajenos a mi placer. Reventé en alaridos absurdos de desesperación y reclamo, lagrimeando amargamente mi soledad y tristeza. Le azoté uno por uno sus juramentos y promesas, rasgando toda la superficie de aquella fantasía a dúo con un santo dramón. Y, por fin, hice lo irremisible: le rayé mi *ultimatum*.

-¡O esa... o yo!

-Amalia ¡por Dios! No actuemos como niños. Hemos tenido muchos años buenos. No nos perdamos ahora el respeto -y volví a sus cavilaciones y entretenimiento.

Por eso me encuentro empacando una ropa rociada con redobladas lágrimas, anidando en los rincones de la maleta los pequeños recuerdos anudados de veinte años y pensando que, quizá, habría sido mejor seguir un tiempo más los consejos de mi madre y esperar con paciencia que él se cansara de la maldita televisión.

BRIANDA DOMEQ

Nació en 1942. Es licenciada en lengua y literaturas hispánicas de la UNAM y en la actualidad está dedicada exclusivamente a escribir. Además, de *Once días y algo más*, editado por primera vez en 1979, en la Universidad Veracruzana, ha publicado un libro de cuentos, *Bestiario doméstico*, 1982; una antología, *Acechando al unicornio: la virginidad en la literatura mexicana*, 1989; un ensayo, acerca de nuestra frontera con Estados Unidos de América, titulado *Voces y rostros del Bravo*, 1987; y una novela reciente, *La insólita historia de la Santa de Cabora*, 1990; en el presente, se encuentra preparando un libro de cuentos, uno de ensayos y una nueva novela.

- B. 1 Lee el texto "La televisión enterrada" de Tomás Espinosa.
- 2 Subraya en el texto lo que te asombre o llame la atención.
- 3 Explica por qué subrayaste lo anterior.
- 4 Describe de qué trata.
- 5 Determina cuáles fueron las causas para la situación anterior.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La televisión enterrada

TOMÁS ESPINOSA

I

José, niño de diez años, camina por la calle. Carga una televisión. Transeúntes se cruzan con él. Algunos lo miran y comentan en voz baja. Para otros pasa inadvertido. Son las ocho de la mañana. Sol.

SEÑOR: Oye, niño, te compro tu televisión.

JOSÉ: No la vendo.

SEÑOR: Ha de estar descompuesta. Mira, por allí le salen algunos alambres y creo que le faltan bulbos. Suena como sonaja. Nadie te la va a querer comprar. Yo creo que ni regalada. Oye, te doy cincuenta pesos. ¿Qué dices?

JOSÉ: Sí sirve. Y no la vendo.

SEÑOR: No seas terco. Ya vienes sudando de tanto cargarla. Si quieres yo la arreglo: garantía por un año, imagen nítida, buen sonido. Sé mucho de electrónica: cinescopio, transistores, antenas, bulbos, ondas hertzianas. Estudié por correspondencia. Mira, aquí traigo mis herramientas. Nos sentamos en el parque y en un dos por tres ¡como nuevecita!

JOSÉ: ¿Y de dónde la va a conectar?

SEÑOR: No había pensado en eso... eres listo, tienes razón. Pero, vamos a mi taller, es un accesorio chiquita allí la componemos. No te cobro caro. ¿Sí o no? Pero di algo. No ves que tengo prisa. Voy a arreglar una sinfonía aquí cerca.

JOSÉ: No entendió que no está descompuesta.

SEÑOR: Tengo una idea: te la cambio por una vitrola.

JOSÉ: No.

SEÑOR: A dónde la llevas...

JOSÉ: A enterrar.

SEÑOR: (Ríe.) ¡Estás loco! "A enterrar", ni que fuera gente. Dirás: la voy a tirar a la basura, eso sí.

JOSÉ: Voy a hacer un hoyo profundo, la voy a cubrir con tierra: eso se llama enterrar.

SEÑOR: Mejor regálamela. Si está casi nuevecita... no me mires así, ni que te hubiera insultado...

JOSÉ: Ya me voy, déjeme pasar.

SEÑOR: Y en qué lugar la piensas enterrar. (José no contesta.) Y por qué no la enterraste en el jardín de tu casa como se hace con los gatos, canarios, perros, esto era más fácil ¿no?

JOSÉ (Molesto...) Porque no tengo jardín y si lo tuviera ni mi mamá ni mi papá me hubieran dejado.

SEÑOR: Yo sólo te quería ayudar, disculpa. Pero vas a tirar más de cinco mil pesos, vas a dejar que se los trague la humedad y el calor de la tierra y ...

JOSÉ: Sí, eso voy a hacer.

SEÑOR: ¿Por qué?

JOSÉ: Porque todo se acaba.

SEÑOR: Seguramente estás enojado porque ya se acabó 'El Llanero Solitario'. (Ríe.)

JOSÉ: No se ría.

SEÑOR: Ten cuidado, te la pueden robar o alguien puede decir que es suya y que eres un ladrón. Ten mucho cuidado, niño.

(El señor emite sonidos, voces mezcladas de varias estaciones de radio, música de todo tipo. Hace juego de fonomímica. José sale. El señor da la hora: "Son las ocho y cuarto. Son las ocho y cuarto", etc. En ese galimatías grita: policía, policía. Y sale.)

II

(José deja la televisión sobre el pasto de un jardín. Flores, fuentes. Un fotógrafo madrugador se dispone a amar sus cosas.

Trae cuadros, objetos, columnas, balastradas y otros adornos. José saca una palita y comienza a escarbar. Arroja hortensia y acantos a diestro y siniestro. Furor y cansancio. Se enjuga la frente. El fotógrafo lo mira. Trinos de pájaros. El fotógrafo le grita a José:)

FOTÓGRAFO: Buenos días...

JOSÉ: (Busca y responde) ¡Hola!

FOTÓGRAFO: ¿Qué haces tan temprano?

JOSÉ: Entierro mi televisión.

FOTÓGRAFO: Muy bien.

JOSÉ: ¿Y usted?

FOTÓGRAFO: Fotografo el mundo.

JOSÉ: Muy bien, a ver quién termina primero. (Ambos hacen una señal de despedida. Una señora que parece ir a misa, se detiene frente a José.)

SEÑORA: Niñito, psss, niñito...

JOSÉ: (Se sobresalta.) Dí-ga-me, señora...

SEÑORA: Señorita. ¿Qué haces?

JOSÉ: Se me perdió una canica y la busco.

SEÑORA: ¡Uy con ese agujero vas a llegar al centro de la tierra! Dime la verdad. No seas mentiroso. Te puedes salir pelos en la lengua...

JOSÉ: ¿Qué quieres que le diga?

SEÑORA: Pues, que te gusta hacer pastelitos de lodo...

JOSÉ: No soy niña.

SEÑORA: También hay pasteleros, panaderos, cocineros, ¿no sabías?

JOSÉ: (sigue escarbando con molestia.)

SEÑORA: Dime, por qué cavas esa fosa...

JOSÉ: Voy a enterrar mi televisión.

SEÑORA: Eres tonto, si está muy bonita.

JOSÉ: Tiene adentro un nido de ratones. Escuche, chillan.

SEÑORA: ¿Y son chiquitos?

JOSÉ: Sí

SEÑORA: Pero, de todas maneras una televisión no hace daño. Acaso te ha dado toques, te ha herido alguna de esas balas de las películas de guerra...

JOSÉ: Yo sé mi cuento y no me va a convencer.

SEÑORA: No, si yo sólo tenía curiosidad... (A cada movimiento de José, la señora grita asombrada:) ¡Mira! ¡Lombriz rojísima como una amapola, cochinillas que se hacen bolita, una raíz semejante a una cabellera blanca! ¡Eso es un tubo del drenaje, cuidado y lo rompas! ¡Idolos y utensilios prehispánicos...!

JOSÉ: Cállese, no me deja trabajar.

SEÑORA: (A gran velocidad enumera:) El Tesoro de Cuauhtémoc. Un gran hueso que un perro escondió. Hormigas. Petróleo. Lava de un volcán. Un zapato viejo. Una carta de amor. Un pedazo de plato. En español. ¡Qué horror, una calavera! ¡Un esqueleto! Una olla con oro. ¡Un antípoda! ¡Miles de ciempiés!

JOSÉ: ¡Qué no tiene que hacer! ¡Me aturde!

SEÑORA: (Saca de su chal un gatito barcino.) Voy a tirar este gatito, mi marido no lo quiere en casa...

JOSÉ: No que era señorita...

SEÑORA: Digo, mi tía que es que es una ogra me ordenó que se lo echara a los coyotes, pero yo no tengo corazón para hacerlo, se lo tuve que arrancar de las manos pues ya le iba a dar veneno. Debo tirarlo lejos para que no regrese, tal vez bajo las ruedas del tranvía, no sé...

JOSÉ: no sea mala.

SEÑORA: Si tú quisieras, con cuidado, lo puedes sepultar... Te lo cambio por tu televisión... mi tía se pondría feliz con las telenovelas.

JOSÉ: (Indignado.) A la que voy a enterrar con cuidado es a usted. (Le jala el vestido.) Junto a la televisión para que no se aburra...

SEÑORA: No, no por favor, toma al gato y haz con él lo que quieras... agárralo, no se vaya a escapar.

JOSÉ: (Trata de agarrarlo y el animal salta a una velocidad asombrosa y se pierde en el jardín.) ¡Se fue! Usted tiene la culpa. Lo espantó. Bruja. Lo traía ahogado en su cochino chal.

SEÑORA: Te di liebre por gato. (José continúa escarbando. El Fotógrafo hace un gran ademán. José interrumpe su labor y lo mira. El Fotógrafo le grita:)

FOTÓGRAFO: El mundo vuela.

JOSÉ: Qué...

FOTÓGRAFO: No, nada (José sigue escarbando. La señora dice con celeridad:)

SEÑORA: De la Tierra salen las voces de los muertos. Las semillas, los pies de la gente, la peineta y el lavamanos que perdí hace años, mi escoba... (Aparece la escoba y la señora monta en ella.) A barrer, a barrer la basura de los aires, la basura del humo, la basura de los camiones, coches, fábricas, a la gruñona de mi tía... (Grita) ¡Nada ganarás. Niño, con enterrar tu televisión, por las noches te va a jalar los pies y vas a tener pesadillas! (Improvisa un breve bailecito antes de alzar el vuelo y soltar sonoras carcajadas.)

FOTÓGRAFO: Niño, escóndete, hay moros en la costa.

JOSÉ: No le escuché bien, hable más fuerte.

FOTÓGRAFO: Ya es demasiado tarde.

(José sigue cavando. Aparecen el policía y el radiotécnico. Pantomima de buscar a un peligrosísimo ladrón. Reculan. Amenazan. Husmean.)

POLICÍA (En voz baja.) ¿No mataría a alguien?

RADIOTÉCNICO: No, sólo se robó una televisión.

POLICÍA: ¿Está seguro de que es un escuincle?

RADIOTÉCNICO: Sí, como de nueve o diez años...

POLICÍA: Pues se le llegó su hora. *(Hace como que va a disparar a diestra y siniestra).*

RADIOTÉCNICO: No, no dispare, puede darle a la tele...

POLICÍA: ¡Niño, estás rodeado! ¡Más vale que te entregues!

FOTÓGRAFO: Ahí no hay ningún niño.

RADIOTÉCNICO: ¿Y usted cómo lo sabe?

FOTÓGRAFO: Porque yo veo todo lo que pasa y lo retrato. ¡Miren, no será ese el niño que buscan! *(Señala un lugar donde no hay nadie.)*

RADIOTÉCNICO: Gracias, mano. Niño, detente, devuelve lo que te robaste...

POLICÍA: Córrale, carajo, que se nos escapa. *(Salen.)*

NIÑO: Gracias.

FOTÓGRAFO: Apúrate, pueden regresar.

(Entran el papá y la mamá en bata y pantuflas.)

MAMÁ: Por culpa de tu hijo no pude hacer mi gimnasia.

PAPÁ: Por culpa de tu hijito no voy a ver el partido.

MAMÁ: Es tu hijo, en todo se parece a ti, tus mismas mañas. ¡Ay pero cuando regrese a al casa va a ver!

PAPÁ: ¿Qué ganas con gritar, mujer? Mejor pregúntale a ese señor si no ha visto a nuestro hijo por aquí.

MAMÁ: Dice la portera que lo vio salir cargando la televisión y que después un tipo feo se puso a platicar con él. ¡Ay, Dios mío, ilumíname, muéstrame el camino para encontrarlo! Me muero si no veo la tele. Dice la portera que le dijo: Qué vas a hacer, Pepe, y él le contestó: voy a enterrarla bien hondo. Desde cuándo tuvimos un hijo sepulturero! *(Llora.)* ¡La sal llueve sobre nuestra casa! Y qué irá a pasar con Juana Armanda ¿la irán a meter a la cárcel? y ¿confesará Romualda que ella es la culpable...?

PAPÁ: Ya cállate... Oiga señor... usted... qué no oye, con un demonio.

FOTÓGRAFO: Si quiere usted algo, acérquese.

PAPÁ: Está sordo...

FOTÓGRAFO: Yo no respondo a los gritos.

PAPÁ: Majadero, indio pulgoso. me tiene que oír. *(Se acerca al fotógrafo.)* Oiga, no vio a un niño. Responda, le pregunté: no vio a un niño que cargaba una televisión.

FOTÓGRAFO: *(Sin decir nada, señala el punto donde vienen el policía, la señora de la escoba y el radiotécnico en una danza de tortura física.)*

POLICÍA: Confiesa escuincle ¿dónde enterraste la televisión?

SEÑORA: Ya le dije que soy una mujer, una dama...

RADIOTÉCNICO: A quién tratas de engañar, te conozco y si no desembuchas te hacemos manita de puerco.

POLICÍA: Si no confieas te voy a quemar con un cerillo.

RADIOTÉCNICO: Más te vale, qué te cuesta, dinos dónde enterraste la televisión...

SEÑORA: Yo no sé...

MAMÁ: José, hijo del diablo, porque nos quitaste la vida ¿dónde escondiste la tele...? *(Le da de coscorrones a la pobre señora.)*

SEÑORA: Yo no soy José ¿qué no me ven las enaguas?

MAMÁ: A mí no me engañas con tus disfraces, toma, por desobediente. Por tu culpa no pude seguir mi clase de gimnasia. Toma, confiesa en qué panteón la fuiste a enterrar...

PAPÁ: Voy a darle de cintarazos para que aprenda a andar derechito, toma...

MAMÁ: Toma, por tu culpa ya no sé qué le va a pasar a Juana Armanda...

POLICÍA: ¡Momento! ¿Este niño es hijo suyo?

MAMÁ: Sí, por eso le pego.

PAPÁ: Y yo soy su papá, por eso le doy de cintarazos.

POLICÍA: ¿La televisión de quién es?

MAMÁ: Hasta la pregunta ofende... mía, señor policía.

PAPÁ: Yo la compré.

MAMÁ: Pero es mía.

POLICÍA: Niño, ya viste la angustia de tus padres, confiesa...

MUJER: *(Casi agónica.)* Está en la fosa común.

POLICÍA: No mientas porque te encerramos en un cuarto oscuro lleno de ratas...

NIÑO: *(Sale de su escondite).* ¡No, crueles! ¡Déjenla, brutos, aquí está su cochinado! *(Nadie lo ve ni lo escucha.)*

SEÑORA: En la tumba de Ama-do Ner-vo...

POLICÍA: ¿Quién es ese?, ¿tu cómplice, dónde vive...?

RADIOTÉCNICO: Se está burlando de nosotros, mi poli.

POLICÍA: ¡Ah, sí! Toma para que aprendas a respetar a la autoridad. *(Le jala las orejas.)*

SEÑORA: Ay, ay, no recuerdo... en el deshuesadero... ay.

POLICÍA: Muy hombrecito, no. *(Le da de cocos.)*

MAMÁ: ¡No le pegue en la cabeza, me lo va a dejar tarado, para eso tiene a su madre para que le pegue! *(Se lanza contra el policía. Todos se pegan, menos la pobre señora de la escoba que está casi muerta. Pero durante el pleito saca fuerzas de su flaqueza y sale.)*

MAMÁ: No le pegue a mi hijo, canalla, si ya casi lo mató.

POLICÍA: Vieja histérica, le está faltando a la autoridad.

PAPÁ: Muy valiente con las viejas, a ver una sopita conmigo.

RADIOTÉCNICO: Ay, quién me manda meterme en lo que no me importa, ay...

NIÑO: Aquí estoy, ya no se peguen. *(Nadie lo ve ni oye. Amasijo de golpes, gritos y danzas de furor en un tono de cine mudo, del Gordo y el Flaco, digamos. Carreras en cámara lenta y rápida. Salen.)*

NIÑO: No entiendo.

FOTÓGRAFO: Ya la enterraste...

NIÑO: Sí.

FOTÓGRAFO: Pero quedan miles y miles. Mira cuántas antenas en las azoteas.

NIÑO: Viste lo que pasó por mi culpa...

FOTÓGRAFO: Nada pasó, fue pura imaginación tuya.

NIÑO: Y la mujer que golpearon confundíendola conmigo.

FOTÓGRAFO: Por allí la tengo en una bella foto: la quemaron viva.

NIÑO: ¿Por qué?

FOTÓGRAFO: Por bruja.

NIÑO: Y mis papás...

FOTÓGRAFO: Son malos, te pegaron.

NIÑO: A mí no, a la mujer...

FOTÓGRAFO: Pero te dolieron los golpes.

NIÑO: Sí, mucho.

FOTÓGRAFO: Allí vienen.

NIÑO: ¡Papá! ¡mamá!

(Entran el papá y la mamá, cargan una televisión cada uno. Felices. Bailan. No oyen ni ven al niño. Salen.)

FOTÓGRAFO: ¿Quieres trabajar conmigo?

NIÑO: Sí, a ver si aprendo.

FOTÓGRAFO: Es fácil. Vamos a ver todo como es, lo vamos a fotografiar y será la memoria el tiempo. Mira, el policía golpea a una vendedora de manzanas.

NIÑO: ¿No puedes retocarlos y que parezca que le compra manzanas?

FOTÓGRAFO: Eso sería mentir.

NIÑO: Mira, las palomas picotean los granos de trigo.

FOTÓGRAFO: ¿No quieres que tomemos una foto donde las palomas les sacan los ojos al policía y al radiotécnico?

NIÑO: Eso sería mentir.

FOTÓGRAFO: Mira a ese que toca el acordeón, 'La varsoviana'...

NIÑO: ¿Ya viste a los danzantes?, vienen hacia nosotros.

FOTÓGRAFO: Y esos novios...

NIÑO: Y el globero...

FOTÓGRAFO: ... con sus nubes de colores amaestradas. Y el vendedor de algodones de azúcar...

NIÑO: Vienen tantos: mira el payaso con sus perritas que saltan el aro y el tragafuegos, pobre, con la garganta quemada y el merolico...

FOTÓGRAFO: No van a caber en el jardín...

NIÑO: ¿Y a mí no me vas a retratar?

FOTÓGRAFO: Después. Primero a ese señor que lee el periódico y a esa sirvienta sentada en el borde de la fuente y el sol entre las nubes.

NIÑO: ¿Sabes?

FOTÓGRAFO: ¿Qué?

NIÑO: Yo me voy.

FOTÓGRAFO: ¿Por qué?

NIÑO: No sé: allí hay un camino.

FOTÓGRAFO: Es una foto viejísima, se llama la vida, hace mucho tiempo que la tomé.

NIÑO: No importa. Yo lo veo nuevecito. Adiós. Sabes, te quiero mucho.

FOTÓGRAFO: *(Llora mientras ve a José alejarse. En una pantalla aparece el cadáver de un niño lleno de flores.)*

TELON

- C. 1 Compara las situaciones de ambos textos y encuentra las semejanzas.
2 Lo acontecido en ambos textos:
· ¿pudo haber sucedido en México?
· ¿Te ha sucedido algo similar?
· ¿Qué harías tú para remediar situaciones como las presentadas en los textos?
Coméntalo.

En ocasiones, ocurren sucesos inesperados que ponen en estado de alerta a los seres humanos, los cuales se enfrentan a la eterna disyuntiva "hacer esto, o hacer lo otro", hacer el bien, dejar de hacerlo o hacer el mal. Los siguientes textos te presentan situaciones que ocurrieron en la realidad para que los examines y opines al respecto.

- III. A. 1.- Lee el texto "Hombres en tempestad" de Jorge Ferretis.
2.- Expresa brevemente cuál es el problema en el texto.
3.- Explica de qué manera se presentan los valores en el texto.
4.- Describe alguna situación actual parecida a la que se narra en el texto.

Hombres en tempestad

JORGE FERRETIS

Pocos árboles, grandes, quietos. Troncos oscuros como de roca estriada.

Comienza el mundo a desteñirse con el albor.

Muge una vaca que no se ve. como si el mugido se diluyera en la penumbra.

Al pie de uno de aquellos árboles tan solos, hay un bulto, como protuberancia del tronco, más oscuro que el color de la corteza. Pero aquel bulto es suave, tibio. Es tata José, envuelto en su cobija de lana, y encucillado junto al tronco. Viejo madrugador, de esos que se levantan antes que las gallinas dormilonas.

Antes de sentarse allí, junto al tronco, ya había ido a echar rastrojos a un buey.

En una choza de enfrente, se comienza a ver lumbre entre los carrizos. Advínanse adentro a una mujer, sentada sobre sus talones, en el suelo. Sopla y sopla sobre los rescoldos, hasta hacer que ardan unas ramas secas que rompía con las manos.

Del mismo jacal se ve salir luego una sombra friolenta. Es el hijo de tata José.

Sale embozado en su cobija, hasta los ojos, como su padre.

Llega junto al viejo, y se para, mudo, como pedazo de árbol. ¡Se entienden tan bien los hombres cuanto más poco se hablan!

Sin embargo, mucho después, el recién llegado dice:

-Anoche oí al tío Jesús.

-Sí -contesta el bulto empotrado junto al tronco.

-Oí que dende ajuera le pidía un güey.

-Sí -repite la voz reseca del viejo.

Tras una pausa, se oye al muchacho insistir:

-¿Y se lo emprestó?

-Pos sí, pa' que acomplete su yunta.

-¿Y' hora con qué barbechamos nosotros?

El viejo, en tono más seco aún, responde casi en son de reproche:

-Jesús' ta mucho más atrasao que nosotros. Nu ha preparao tierras. Y yo nu iba a negarle mi güey josco.

Vuelven a quedar callados, como dos bloques de sombra. Y en aquellos bloques, el amanecer comienza a cincelar con luz rostros humanos, duros, quietos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Se escucha entonces una voz de mujer. Y se dijera que tiene la virtud de animar esculturas. Una vieja fornida asomando por el hueco de la choza, grita su conjuro: los llama a almorzar.

¡Almorzar! Los dos hombres acuden a sentarse junto a la lumbre. ¡Oh, aquellas tortillas que se inflan, una a una, sobre el comal! Blancura que se adelgaza entre las manos renegridas de la mujer, para dorarse luego sobre aquel barro quemante. Y unas tiras de carne seca, que por unos instantes se retuercen entre lo rojo de las brasas. Y unos tragos de café, de ése que antes de servirle, se oye burbujar en la olla. De ese que cobija a los prójimos por dentro. ¡Aaah! Tan calentito, que cuando lo sirven hace salir del jarro una neblina olorosa, calentita y cobijadora también.

Ya más claro el día, salieron los dos de aquel jacal. Ciertamente, no habían almorzado como para hartarse; pero llevaban los estómagos a medio llenar de aquella agua de café endulzada; de maíz cocido, y hebras de carne con chile. Lo suficiente para engañar a las tripas. Y hacerlas aguantar (aunque gruñeran) hasta ya caído el sol. ¡Sus tripas! Ellas bien que se daban cuenta del precio del maíz. Bien que se daban cuenta, por la parquedad o la abundancia con que la mujer les echaba tortillas.

Tata José y su muchacho no tenían premuras, y menos aquel día. ¡Claro que no hubiera sido posible negarle el *josco* al tío Jesús!

Se echaron, cada uno, un azadón al hombro, y tomaron su vereda, monte arriba.

De las lomas levantábanse vaporcitos de niebla que dejaban los cerros limpiecitos, remendados de milpas.

Sol. Mediodía. El cielo estaba caliente. Pero allá, sobre la sierra del norte, se amontonaba negrura. Tata José, con unos ojillos que le relumbraban entre arrugas, quedó un momento contemplando lejos, aquel amontonamiento de nubes.

El hijo, mirando también, advirtió:

-¡Qué recio' ta lloviendo allá pa' rriba!

Y siguieron azadonando terrones.

Pero sobre sus espaldas, un trueno hizo temblar los ámbitos, desdoblándose por el espacio estremecido. Si el cielo fuera de cristal azul, aquel enorme trueno lo habría estrellado. Y habría caído sobre la gente hecho trizas.

-Vámonos -dijo el tata, echándose al hombro su azadón-. Esa tempestá nos coge.

Pero el muchacho, atrás, se detuvo con un grito señalando por una ladera, abajo, donde se contorsionaba el río:

-¡Mire, tata!

Los dos sintieron como agarrotados por la misma sospecha. Todavía no llegaba la tempestad, sin embargo, la creciente ya los había sorprendido. Los que trabajaban al otro lado, ya no podrían vadearla. ¡Y las tierras del tío Jesús estaban allá!

El viejo y su hijo bajaron al trote por las lomas. Sobre las márgenes del río, la creciente comenzaba a arrancar plataneros enteros. A los árboles grandes, les escarbaba entre las raíces, hasta ladearlos entre un estrépito de quebrazón de ramas.

Lejos, al otro lado, se deducía que algunos hombres gritaban desde una lomita. Agitaban los brazos y se desgañitaban, pero los bramidos de la corriente ya no permitían oír sus voces..

El agua subía y subía. Ya hasta dos o tres jacales habían sido arrancados de las vegas.

Mujeres y gallinas, cerdos y niños, chillaban por todas partes.

Tata José y su hijo, corriendo hacia donde el río bajaba, llegaron jadeantes hasta el paralelo de las tierras del tío Jesús. Allí, las vegas estaban convertidas en inmensa y alborotada laguna.

Como a un kilómetro, distinguieron al tío. Los bueyes de la yunta estaban desuncidos junto a él y miraban la inundación, medrosos. El viejo estaba inmóvil, erguido, con su larga garrocha en la mano clavada junto a sus pies. El montículo donde estaban se iba empujando más y más, cual si se derritiera. Inútil hasta gritar.

Enormes gotas empezaron a caer, oblicuas, desde el cielo emborronado. ¡Allí apenas empezaba a llover! ¡Y al *josco* se lo iba a llevar la corriente! ¡Su *josco*!

El tata y su muchacho emprendieron otra vez carrera. ¡El aguacero arreciaba! A todo correr, ellos casi sentían como si las nubes los apedrearán. Eran unos gotazos tan grandes y tan fuertes, que se antojaban apuntados a reventarles los ojos. De repente, parecía como si en lo alto, entre chorros de agua tibia, mezclaran cubetazos de alcohol o de gasolina que se incendiasen entre la tormenta. Porque en el cielo empapado se abrían con fragor agujeros de lumbre. Carcajadas de un cielo borracho de tiniebla.

Hasta después de una hora, el chubasco amainó.

El tata y su hijo, como dos duendes desesperados, andaban todavía por el lodo de las laderas, espiando sobre las aguas. De seguro la creciente había arrastrado a su *josco*.

Cuando el cielo se apaciguó del todo, era casi de noche. Y los dos duendes angustiados abrían más grandes los ojos entre la penumbra.

- Nu hay nada, tata.

-Nu hay nada -contestó el viejo desolado, con la camisa y los calzones pegados al cuerpo, empapados en lluvia y sudor.

Pero de pronto, entre basuras y palos que flotaban, distinguieron una forma que braceaba débilmente sobre las aguas.

-¿Será el tío?

- ¡Jesúúús! -gritó el tata desde la orilla.

-¡Tífo! -aseguró el muchacho.

Braceando apenas, para no sumergirse, el tío sacudió entre las aguas la cabeza.

-¡Eeh! -contestó con un grito apagado.

¿'On ta'l *josco*, tío? -preguntó a grito abierto el muchacho.

-Por ahí viene -respondió sacando fuerzas para gritar ahogadamente, señalando con el brazo hacia atrás.

Y agregó muy a penas:

-Aguárdenlo en el recodo.

Padre e hijo, efectivamente, distinguieron más lejos un bulto mayor. Y con el corazón a tumbos, adivinaron que era su res.

Movidos por igual impulso, antes que pensar en tirarse al agua para ayudar al tío Jesús a ganar tierra, echaron a correr hacia el recodo.

El cielo se había limpiado. Pero la luz tardaba en encender las crestas de los montes.

Y a la muy escasa luz de unas estrellas, el muchacho se tiró a la corriente, que se ensanchaba en un remedo del río.

Braceó entre la penumbra hasta alcanzar la sombra de la res. Y nadando junto a ella, empujábala, empujábala. Hasta que orillarla, antes de que a ambos los sorbiese una garganta rocosa donde, a lo lejos, seguía bramando el aluvión.

Tata José, metido hasta las corvas en el agua, enronquecía entre la oscuridad, gritando a su hijo y a su jorco.

Hacia la medianoche, salió la luna. Hacia la medianoche también, el muchacho, casi desfallecido, logró empujar al buey hasta la orilla. Pero aquel lugar era rocoso, y el animal, entumido por tantas horas en el agua, no podía salir.

Entre la sombra, lejos, oíanse de vez en vez confusos gritos humanos.

Desde la orilla, el viejo se aventó como una gran rama junto al buey, que ya de entumido ni mugía. Tras del chaparrón se vio al viejo manoteando hasta asirse de las ramas de un árbol que aún estaba bien cogido con sus raíces al paredón. Y el cuerpo negro se apudó a las ramas, para servir de retén al animal. Aquel gran volumen negro que flotaba, se habría deslizado lentamente hacia la desembocadura, si tata José no hubiera estado allí, hecho nudo, atrancándolo con los pies.

El hijo salió empapado y maltrecho, y comenzó a subir lomas. Quizá en el caserío encontrase gente que quisiera ayudarle en su ayuda.

Era de madrugada cuando el agua comenzó a descender. El muchacho regresó, seguido al trote por su madre y otro hombrerito de once años al que sobaban deseos de servir, pero le faltaban fuerzas. Y entre jadeos de los cuatro, el jorco, por fin, estuvo a salvo, aunque sin poderse tener sobre sus patas.

Allí amaneció, echado entre el lodazal, empanzonado de agua, con los ojos más tristes que el común de los bueyes y el hocico en el suelo. Ni siquiera ganas de pastura tenía. Inútil que el muchacho subiera a cortarle zacatón fresco.

Estuvo sin moverse toda la mañana, y tata José quedó cuidándole, encucillado cerca, dolorido y quieto.

Después del mediodía, el animal, con las patas temblonas, intentó levantarse. Y el viejo suspiró con alivio.

Al tío Jesús lo encontraron hasta el atardecer, exánime, mucho más abajo. El agua lo había dejado en tierra, al bajar la corriente. De seguro peleó, braceando, hasta lo último.

Lo encontraron antes que se hiciera duro, con el vientre crecido. Y lo empezaron a sacudir.

-Es que ha de 'ber tragado mucha agua -dijo alguien. Y con una piedra redonda y pesada, le comenzaron a magullar aquel abultamiento. Otros le movían los brazos, cual si trabajasen con una bomba. Otros le gritaban al oído, larga, muy largamente. Le torcían la cabeza después. Y así, a estrujones y a gritos, fue volviendo a la vida. Cuando empezó a resollar y entreabrió un ojo, se alzó de todos los circunstantes un alarido sagrado. Como si cada uno hubiese realizado, en parte, aquel milagro de resurrección.

Pasaron unos días.

Entre el caserío no acababan aún los comentarios sobre las pérdidas de cada quien: uno, su chilar; otro, tres puercos y una muchachita. El de más abajo, sus plataneros llenos de racimos. Otro, su jacal y su mujer encinta. Aquél su chivo negro. El de más allá, un jarro sin oreja, donde guardaba dineritos.

Pasaron unos días.

Una tarde, vieron salir de su jacal al tío Jesús. Eran sus primeros pasos desde la noche aciaga.

Y aquellos pasos los encaminó hacia el jacal de José.

El tata salió a recibirlo.

Como si hiciera mucho tiempo que no se veían, en aquellos rostros ajados fulgía un gozo fraterno, fuerte. Sus cuatro manos se asieron en un gran saludo.

Luego, ambos fueron a sentarse frente a la choza, junto al árbol.

El tío Jesús había ido a darle las gracias. Se las debía, por haberle prestado su buey.

Tata José, un poco avergonzado, hubiera preferido no hablar de ello.

-Yo pensaba que 'tarías nojao -le dijo sin verle la cara.

-¿Nojao? -preguntó con extrañeza Jesús.

-Pos sí, porque yo y mi muchacho nos juimos a salvar a mi jorco antes que a ti...

-¡Pero hombre! -exclamó Jesús- ¡Yo 'biera hecho lo mismo! Como qui un cristiano no cuesta lo que un güey. ¡Yo 'biera hecho lo mismo!

Y en su rostro no había, en verdad, sombra alguna de reproche ni de rencor. En verdad, sólo agradecimiento llevaba para quien había sido capaz de prestarle lo que tanto apreciaba.

Sentados en la tierra, el tata y el tío enmudecieron durante mucho rato.

Las nubes, empapadas en ocaso, se quemaban. El horizonte aparatosamente ardía, pero no impresionaba a los viejos, por más que les llenara con su lumbre los ojos. Ellos pensaban en la gloria de tener dos bueyes. Como el tata. Ya podía morir tranquilo un viejo que no había malgastado su existencia. Que podía legar a su muchacho aquella fortuna con cuernos y rabo.

En aquellas tierras los hombres se mataban por cualquier cosa, a machetazos. O los fusilaban las patrullas por cualquier chisme. Por el hurto más insignificante, los ahorcaban. A una res, en cambio, no se la sacrificaba así como así. Había que pensarlo. A una res, así se pasara una noche dañando en milpa ajena, se la capturaba con miramientos. ¿Quién se ocupaba de pelear por adueñarse de un hombre? De una vaca en cambio...

El tío Jesús, indiferente al cielo, sobre la tierra floja se volvía sociólogo.

Y decía:

-¿Sabes cómo haría yo pa' que las gentes valiéramos más?

-¿Cómo?

-Pos si yo fuera'l dueño de México, mandaría qu'en los abastos se mataran gentes, y que vendieran sus carnes ¡mucho caras!, como a cinco pesos la libra, hasta que nos gustara comerlos.

-¿Y eso pa' qué? -preguntó el tata, mirándolo fijamente.

-Pos ansina ¿no se te afigura que ya no se desperdiciarían gentes? ¿A que en ninguna parte has mirao que desperdicie un chivo?

-Hombre, pos no...

Y los dos viejos quedaron nuevamente silenciosos. Parecían dos figurillas de barro seco, alumbradas por quemazón de aquellos nubarrones, que el ocaso incineraba como andrajos de cielo.

JORGE FERRETIS (1902-1962)

Nació en San Luis Potosí y es autor de diversas novelas, como: *Tierra caliente* (1935), *Cuando engañaron al Quijote* (1937), *San automóvil* (1938), Colección de novelas cortas, *El sur quema* (1937). También tiene cuentos que pertenecen a la novela de la Revolución Mexicana, como: *Hombres en tempestad* (1941), *El coronel que asesinó a un palomo* (1952) y *Libertad obligatoria* (1967).

- B. 1 Lee el texto "Triunfó el valor de mostrar el propio pánico" de Carlos Monsiváis.
- 2 Resume con tus palabras de qué se habla en el texto.
- 3 Expresa tu opinión relacionada con la valoración que hace el autor sobre el pueblo mexicano.

Triunfó el valor de mostrar el propio pánico

CARLOS MONSIVÁIS

-La solidaridad de la población se transformó en toma de poder.

(Collage de voces, impresiones, sensaciones de un largo día)

Día 19. Hora 7:19. El miedo. La realidad cotidiana en oscilaciones, ruidos categóricos o minúsculos, estallido de cristales, desplome de objetos o de revestimientos, gritos, llantos, el intenso crujido que anuncia la siguiente impredecible metamorfosis, de la habitación, del departamento, de la casa, del edificio... El miedo, la fascinación inevitable del abismo contenida y nulificada por la preocupación de la familia, por el vigor del instinto de sobrevivencia. Los segundos premiosos plenos de una energía que azora, corroe, intimida, se convierte en la debilidad de quien la sufre. "El fin del mundo es el fin de mi vida". Versos. "No pasa nada, no hay que asustarse. Guardemos la calma"... Y los consejos no llegan a pronunciarse, el pánico es segunda o primera piel, a ganar la salida, a urdir la fuga de esta cárcel que es mi habitación a distanciarse de esta trampa mortífera que fue el hogar o la residencia provisional. El crujido se agudiza, en el bamboleo la catástrofe se estabiliza, la gente se viste como puede o se viste sólo con su pánico, el miedo es una mística tan poderosa que resucita o actualiza otras místicas, las aprendidas en la infancia, las que van de la superstición a la convicción, las frases primigenias, las fórmulas de salvamento en la hora postrera.

El 19 de septiembre, en la capital, muchos carecieron de la oportunidad de profundizar en su medio.

-Me dí cuenta de todo a fondo, como que el pavor lo hace a uno consciente de cada movimiento, y al mismo tiempo, como que el pavor es una inercia autónoma. Advertí que sólo pensaba en mí mismo, y que trataba como podía pensar en los demás, en los míos. Me afligía y me serenaba, pero sin dejar de hacer las cosas, de gritar, de apresurar, de tranquilizar, de planear la salida, todo tan acelerado que no oía, sólo veía espectáculos. Estaba aterrado, pero el llanto de mi hija retumbaba dentro de mí, era interminable... lo seguí oyendo mucho rato después.

El sonido de los desplomes, las imágenes de los derrumbes, las poses fantásticas de los edificios al reducirse abruptamente a escombros. Paulatinamente, en un lapso de dos o tres horas, los habitantes de la ciudad se asomaron a la dimensión de lo ocurrido, los hoteles y condominios en tierra, las escuelas y los hospitales desvencijados, la precipitación del gran edificio de Tlatelolco, las miles y miles de víctimas, la respuesta masiva ante el desastre. Se implementaron, con reiteración orgánica, los términos que en los casos extremos cubre a las dos funciones: descripción y síntesis, evaluación y pena. Tragedia, bombardeo, catástrofe que, en primera instancia, son declaraciones de impotencia ante las fuerzas naturales, pesadumbre que al magnificarse se precisa, relatos que ya no necesitan extenderse.

El primer panorama lo proporcionó el radio, entre otras razones por estar sin luz gran parte de la ciudad y por hallarse Televisa cinco horas fuera del aire. La coordinación informativa de la radio, hizo posible integrar una visión de conjunto, que la experiencia personal complementó: tráfico congestionado, la colonia Roma cruelmente devastada, el Primer Cuadro zona de desastre, en un radio de 30 kilómetros cerca de cien derrumbes totales o parciales, explosiones, alarmas insistentes sobre fugas de gas, incendios, cuerpos mutilados, noticias sobre la desaparición de grupos enteros de estudiantes, turistas aislados en su desamparo, hospitales evacuados, cuadrillas de socorristas y voluntarios, familiares desesperados, crisis de angustia en las calles, gritos de auxilio provenientes de los escombros, demanda de ropa, víveres y medicinas, solicitud prodigada de calma. Poco a poco el miedo cedió, pasó o coexistió junto al dolor, la incertidumbre, el deseo de ayudar, el azoro. "La peor catástrofe de la Ciudad de México".

El olor es penetrante, distinto, en cierta manera, inaugural. Es un olor atribuible a la muerte, a las fugas de gas, a la percepción trastornada, al susto que se esparce en frases: "No fumen, no prendan cerillos, pasen con cuidado, aléjense, hay peligro". En el centro, en la colonia Roma, cerca de los ostentosos fiambres arquitectónicos, el olfato actúa a la caza de datos de alarma, de informaciones que ratifiquen la condición agónica de los lugares. En la exacerbación olfativa, hay pánico, sospecha de hedores inminentes, certeza de que, entre otras cosas, la ciudad no es ya la misma, porque uno está conscientemente ávidamente consciente de la terrible variedad de sus olores.

De todas partes llegan a sumarse a los bomberos, a los granaderos, a los trabajadores del Departamento Central de las delegaciones, a los policías del DF y del Estado de México. Convocada por su propio impulso, la ciudadanía decide existir a través de la solidaridad, del ir y venir frenético, del agolpamiento presuroso y valeroso, de la preocupación de otras vidas que, en la prueba límite, es ajena al riesgo y al cansancio. Sin previo aviso, espontáneamente, sobre la marcha, se organizan brigadas de 25 o 100 personas, pequeños ejércitos de voluntarios listos al esfuerzo y al transformismo: donde hay tabloncillos y sábanas surgen camillas; donde cunden los curiosos, se fundarán hileras disciplinadas que trasladan de mano a mano objetos, tiran de sogas, anhelan salvar siquiera una vida.

Los oficios se revalúan. Taxistas y peseros transportan gratis a damnificados y a familiares afligidos; plomeros, carpinteros aportan seguetas, picos y palas; los médicos ofrecen por doquier sus servicios; las familias entregan víveres, cobijas, ropa; los donadores de sangre se multiplican; los buscadores de sobrevivientes desafían las montañas de concreto y cascajo en espera de gritos o huecos que alimenten esperanza. Al lado del valor y la constancia de los bomberos, socorristas, soldados, choferes de la ruta 100, médicos, enfermeras, policías, abundó un heroísmo nunca antes tan masivo, tan genuino, el de quienes, ante la escasez y la falta de recursos, y por decisión propia, inventaron como pudieron métodos funcionales de salvamento, el primero de ellos, una indiferencia ante el peligro, si ésta se traducía en vidas hurtadas a la tragedia. Recuerdan las cadenas humanas que rescatan a un niño, entregan un gato hidráulico o un tanque de oxígeno, alejan piedras, abren boquetes, sostienen escaleras, tiran cuerdas, trepan por los desfiladeros que el temblor estrenó, instalan los "campamentos de refugiados", cuidan de las pertenencias de los vecinos, remueven escombros, aguardan durante horas la maquinaria pesada, izan cuerpos de víctimas, se enfrentan consoladoramente a histerias y duelos.

Por más que abunden noticias de pillaje, abusos y voracidad, tal esfuerzo colectivo es un hecho de proporciones épicas. No ha sido únicamente, aunque por el momento todo se condense en esta palabra, un acto de solidaridad. La ciudadanía es absolutamente consciente y decidida de un sector importante de la población que con su impulso desea restaurar armónicos y sentidos vitales, es, moralmente, un hecho más vasto y significativo. La sociedad civil existe como una gran necesidad latente en quienes desconocen incluso el término, y su primera y más insistente demanda es la redistribución de poderes. El 19 de septiembre, los voluntarios (jóvenes en su inmensa mayoría) que se distribuyeron por la ciudad organizando el tráfico creando "cordones" populares en torno a hospitales o derrumbes, y participando activamente -y con las manos sangrantes- en las tareas de salvamento, mostraron la más profunda comprensión humana y reivindicaron poderes cívicos y políticos ajenos a ellos hasta entonces. Fueron al mismo tiempo policías, agentes de tránsito, socorristas, funcionarios de ayuntamientos, médicos, enfermeros, diputados, líderes vecinales, regentes. Por eso, no se examinará seriamente el sentido de la acción del día del jueves 19, mientras se le confíne exclusivamente en el concepto solidaridad. La hubo y de muy hermosa manera, como punto de partida de una actitud que, así sea ahora y por fuerza efímera, pretende apropiarse de la parte de gobierno que a los ciudadanos legítimamente les corresponde. El 19, y en respuesta ante las víctimas, la ciudad de México conoció una transformación de poderes, de las más nobles de su historia, que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad, la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil. Democracia puede ser, también, la impotencia súbita de una persona.

C. 1 Elabora un juicio de valor:

¿Ha evolucionado el hombre respecto a los valores manejados en ambos textos? ¿sigue igual? ¿o peor?

Justifica tu respuesta.

2 Empatiza y ponte en el lugar de alguna de las personas que aparecen en alguno de los textos: ¿tú que hubieras hecho en esas circunstancias? Coméntalo.

La vida humana forzosamente tiene que pasar por varias etapas: nacer, crecer, procrear, trascender, morir. Una de las etapas que se encuentran intermedias entre crecer y procrear es la de formar una pareja tradicionalmente en matrimonio. Las relaciones que se dan entre la pareja forman parte de los textos que en seguida leerás y que encierran valores importantes.

IV. A. 1 Lee el texto "La ruptura" de Elena Poniatowska.

2 Explica cómo se presenta la relación de las personas que aparecen en el texto.

3 Señala qué tipo de valores se muestran en el texto.

4 Interpreta connotativamente el final del texto.

La ruptura

ELENA PONIATOWSKA

Ella sintió que las palabras aleteaban en el cuarto antes de que él las dijera. Con una mano se alisó el cabello. De todos modos, había que preparar la cena, hacer las cuentas. Pero las palabras iban de un lado a otro como mariposas negras, rozándole los oídos. Sacó el cuaderno de cocina y un lápiz; la punta era tan afilada que al escribir rompió la hoja y esto le dolió. Las paredes del cuarto se estrechaban en torno a ella y hasta el ojo gris de la ventana parecía observarla con su mirada irónica. Y el saco de Juan colgado de la percha tenía el aspecto de un fantasma amenazante. ¿Dónde habría otro lápiz? En su bolsa esta uno, suave y cálido. Apuntó: gas, \$18.00; leche, \$2.50; pan, \$1.25; calabacitas, \$0.80. El lápiz ahora se derretía sobre los renglones escolares, casi como un bálsamo. ¿Qué darle de cenar? Si por lo menos hubiera pollo... ¡Le gustaba tanto! Pero no, abriría una lata de jamón endiablado. Por amor de Dios que el cuarto no fuera a oler a gas.

Juan seguía fumando boca arriba sobre la cama. El humo de su cigarro subía perdiéndose entre sus cabellos negros y azules.

-¿Sabes Manuela?

Manuela sabía. Sabía que aún era tiempo.

-Lo sé, lo sé. Te divertiste mucho en las vacaciones. Pero ¿qué son las vacaciones, Juan? No son más que un largo domingo y los domingos envilecen al hombre. Sí, sí no me interrumpas. El hombre librado de su trabajo es el hombre a secas, sin la dignidad que le confieren sus dos manos y sus costumbres cotidianas... ¿No te has fijado en los torpes que se ven los hombres en la playa, con sus camisetas estampadas, sus bocas abiertas, sus quemaduras de sol y el lento pero seguro empuje de su barriga? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que digo? ¡Estoy equivocándome de camino!.

-¡Ay, Manuela! ¡Ay, mi institutriz inglesa! ¿Habrá playas en el cielo, Manuela? ¿Grandes campos de trigo que se mezclan entre las nubes?

Juan se estiró, bostezó de nuevo, encogió las piernas y se volvió hacia la pared. Manuela cerró el cuaderno. Allí en la esquina estaba la repisa cubierta de objetos que ella había comprado con muchos trabajos. Como tantas mujeres solteras y nerviosas, Manuela había poblado su deseo de "objetos maravillosos", absolutamente indispensables a su estabilidad. Primero una costosa reproducción de Fra Diamante, de opalina azul con estrellitas de oro. "¡El Fra Diamante! ¡cielito santo! si no lo tengo me muero!" El precio era mucho más alto de lo que ella creía. Significó horas extras en la oficina, originales y tres copias, dos nuevas monografías, prólogos para libros estudiantiles y privarse del teatro, de la mantequilla, de la copa de coñac con la cual conciliaba el sueño. Pero finalmente lo adquirió. Después de cinco días jubilosos en que el Fra Diamante iluminó todo el cuarto, Manuela sintió que su deseo no se había cumplido. Siguieron la caja de música con las primeras notas de la "Pastoral" de Beethoven, el supuesto paisaje de Velasco pintado en una postal con todo y sus estampillas, el reloj antiguo en forma de medallón que debió pertenecer a una joven acameliada y tuberculosa, el samovar de San Petersburgo, como de "la Dama del perrito", de Cjejev... Manuela paseaba su virginidad por todos estos objetos como una hoja seca.

Hasta que un día vino Juan con las manos suaves como hojas tersas llenas de savia.

Primero no vio en él más que un estudiante de esos que oyen eternamente el mismo disco de jazz, con un cigarrillo en la boca y la camisa abierta. De esos que turban a las maestras porque son pantanosos y puros como el unicornio, tan fijos en su protección de la doncella.

Después, Juan se acercó como un tigre insinuante y malévolo, de esos que acaban por dar rasguños tan profundos que tardan años en desaparecer. Se deslizaba a su alrededor. A cada rato estaba en peligro de caerse, porque cruzaba delante de ella, sin mirarla pero rugiendo cosas tan incomprensibles como las que se oyen en el cielo cuando va a llover.

Y un día le lamió la mano. Desde aquel momento, casi inconscientemente, Manuela decidió que Juan sería el próximo objeto maravilloso que llevaría a su casa. Le pondría un collar y una cadena. Lo conduciría hasta su departamento y su cuerpo suave rozaría sus piernas al caminar. Allí lo colocaría en la repisa al lado de sus otros antojos. Quizá Juan rompería. Pero ¡qué importaba! La colección de "objetos maravillosos" llegaría a su fin con el tigre finalmente diseccionado.

Antes de tomar una decisión irrevocable, Manuela se fue a confesar:

-Fíjese Padre, que sigo con esa manía de comprar todo objeto al que me aficiono y esta vez quisiera llevarme un tigrillo...

-¿Un tigre? Bueno, está bien, hijita, también los tigres son criaturas de Dios. Cúdalos mucho y lo devuelvas al zoológico cuando esté demasiado grande. Acuérdate de San Francisco.

-Sí Padre. Pero es que este tigre tiene cara de hombre y ojos de tigre y retozar de tigre y todo lo demás de hombre.

-¡Ah, ese ha de ser una especie de *Felinantropus* peligrosamente *erectus*! ¡Hija de mi alma! En esta Facultad de Filosofía y Letras les enseñan a los alumnos cosas extrañas... El advenimiento del nominalismo o sea la confusión del nombre con el hombre ha llevado a muchas jóvenes a desvariar y a trastocar los valores. Ya no pienses en tonterías y como penitencia rezarás un rosario de trescientas tres jaculatorias.

-¡Ave María Purísima!

-¡Sin pecado concebida!

Manuela rezó el rosario y las jaculatorias: "Tigre rayado, ruega por mí! ¡Ojos de azúcar quemada, ruega por mí! ¡Oídos de obsidiana, ruega por mí! ¡Colmillos de marfil, muérdanme el alma. Fauces, desgárranme por piedad! ¡Paladar rosado, trágame hasta la sepultura! ¡Que los fuegos del infierno me quemen! ¡Tigre devorador de ovejas, llévame a la jungla! ¡Truéname los huesitos! ¡Amén!"

Terminadas las jaculatorias, Manuela volvió a la Facultad. Juan sonreía mostrándole sus afilados caninos. Esa tarde, vencida, Manuela le puso el collar y la cadena y se los llevó a su casa.

-Manuela ¿qué tienes para la cena?

-Lo que más te gusta, Juan. Mameyes y pescado, macizo y elástico.

-¿Sabes Manuela? Allí en las playas, perseguía yo a muchachas inmensamente verdes que en mis brazos se volvían rosas. Cuando las abrazaba eran como esponjas lentas y absorbentes. También capturaba sirenas para llevarlas a mi cama y se convertían en ríos toda la noche.

Juan desaparecía cada año en la época de vacaciones y Manuela sabía que una de esas escapadas iba a ser definitiva... Cuando Juan la besó por primera vez, en un pasillo de la Facultad, Manuela le dijo que no, que la gente sólo se besa después de una larga amistad, después de un asedio constante y tenaz de palabras; de proyectos. La gente se besa siempre con fines ulteriores: casarse y tener niños y tomar buen rumbo, nada de pastelearse. Manuela tejía una larga cadena de obligaciones.

-Manuela eres tan torpe como un pájaro que trata de volar, ojalá y aprendas... Si sigues así, tus palabras no serán racimos de uvas sino pasas secas de virtud...

-Es que los besos son raíces, Juan.

Sobre la estufa, una mosca yacía inmóvil en una gota de almíbar. Una mosca tierna, dulce, pesada y borracha. Manuela podría matarla y la mosca ni cuenta se daría. Así son las mujeres enamoradas: como moscas panzonas que se dejan porque están llenas de azúcar.

Pero sucedió algo imprevisto: Juan empezó a convertirse en un gato. Un gato perezoso y familiar, un blando muñeco de peluche. Y Manuela, que ambicionó ser devorada, ya no oía sino levísimos maullidos.

¿Qué pasa cuando un hombre deja de ser tigre? Ronronea alrededor de las domadoras caseras. Sus impetuosos saltos se convierten en raquíticos brinquetes. Se pone gordo y en lugar de enfrentarse a los reyes de la selva, se dedica a cazar ratones. Tiene miedo de caminar sobre la cuerda floja. Su amor que de un rugido poblaba de pájaros el silencio, es sólo un suspiro sobre el tejado a punto de derrumbarse.

Ante tal transformación, Manuela creyó que la ruptura no sería tan difícil. Después de todo, las jaculatorias surtieron efecto.

Juan seguía fumando. El humo subía lentamente concéntrico como un holocausto.

-Manuela, tengo algo que decirte... Allí en la playa conocí a...

Ya estaba: el río apaciguado se desbocaba y las palabras brotaban torrenciales. Se desplomaban como frutas excesivamente maduras que empiezan a pudrirse. Frutas redondas capitosas, primitivas. Hay palabras antediluvianas que nos devuelven el estado esencial: entre arenas, palmeras, serpientes cubiertas por el gran árbol verde y dorado de la vida.

Y Manuela vio a Juan entre el follaje, repasando su papel de tigre para otra Eva inexperta.

Sin embargo, Manuela y Juan hablaron. Hablaron como nunca lo habían hecho antes y con las palabras de siempre. A la hora de la ruptura se abren las compuertas de la presa (A nadie se le ha ocurrido construir para su convivencia un vertedor de demasías.) Después de un tiempo, la conversación tropezó con una fuerza hostil e insuperable. El diálogo humano es una necesidad misteriosa. Por encima de las palabras y de todos sus sentidos, por encima de la mímica de los rostros y de los ademanes, existe una ley que se nos escapa. El tiempo de comunicación está estrictamente limitado y más allá sólo hay

desierto y soledad y roca y silencio.

-Manuela ¿sabes lo que quisiera hoy de cena?

-¿Qué?

(En el silencio ya no hubo pájaros.)

-Un poquito de leche.

-Sí, gato, está bien.

Y Manuela tuvo que admitir que su tigre estaba harto de carne cruda. ¡Cómo se acentuaba esa arruga en su frente! Manuela se llevó la mano al rostro con lasitud. Se tapó la boca. Juan era un gato pero suyo para siempre... Cómo olía aquel cuarto a gas. ¡Tal vez Juan ni siquiera notaría la diferencia!... Sería tan fácil abrir otro poco la llave antes de acostarse, al por el platito de leche...

ELENA PONIATOWSKA

Nació en París, en 1933 y radica en México desde 1942. Ejerce el periodismo a partir de 1954. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores en 1957, año en que escribió la novela *Naranja dulce, limón partido*. Ha colaborado con artículos y entrevistas en los diarios *Excélsior*, *Novedades*, *El Día*, y en las revistas *Estaciones*, *Revista Mexicana de Literatura*, *Universidad de México*, *La palabra y el hombre* y en *La Cultura de México* de la revista *Siempre!* Ha publicado las novelas *Hasta no verte*, *Jesús mío*, *La noche de Tlatelolco*, un libro de cartas *Querido Diego, te abraza Quieta* y los libros de cuentos *Lilus Kikus* y *De noche vienes* del cual tomamos Espernaza número equivocado. Elena Poniatowska confesó en una entrevista: "Quería ser Dumbo y acabar con el cuadro cuando me vieran volar".

- B. 1 Lee el texto "El rinoceronte" de Juan José Arreola.
- 2 Expresa brevemente la relación de pareja que se narra en el texto.
- 3 Menciona cuál es la problemática de las personas que aparecen en el texto.
- 4 Explica cuáles valores se desprenden de la lectura del texto.
- 5 Interpreta connotativamente la metamorfosis que se presenta en el texto.
- 6 Comenta que harías tú en una situación similar. ¿Es correcto manipular a las personas?

El rinoceronte

JUAN JOSÉ ARREOLA

Durante diez años luché con un rinoceronte; soy la esposa divorciada del juez McBride.

Joshua McBride me poseyó durante diez años con imperioso egoísmo. Conocí sus arrebatos de furor, su ternura momentánea, y en las altas horas de la noche, su lujuria insistente y ceremoniosa.

Renuncié al amor antes de saber lo que era, porque Joshua me demostró con alegatos judiciales que el amor sólo es un cuento que sirve para entretener a las criadas. Me ofreció en cambio su protección de hombre respetable. La protección de un hombre respetable es, según Joshua, la máxima ambición de toda mujer.

Diez años luché cuerpo a cuerpo con el rinoceronte, y mi único triunfo consistió en arrastrarlo al divorcio.

Joshua McBride se ha casado de nuevo, pero esta vez se equivocó en la elección. Buscando otra Elinor, fue a dar con la horma de su zapato. Pamela es romántica y dulce, pero sabe el secreto que ayuda a vencer a los rinocerontes. Joshua McBride ataca de frente, pero no puede volverse con rapidez. Cuando alguien se coloca de pronto a su espalda, tiene que girar en redondo para volver a atacar. Pamela lo ha cogido de la cola, y no lo suelta, y lo zarandea. De tanto girar en redondo, el juez comienza a dar muestras de fatiga, cede y se ablanda. se ha vuelto más lento y opaco en sus furores; sus prédicas pierden veracidad, como en labios de un actor desconcertado. Su cólera no sale ya a la superficie. Es como un volcán subterráneo, con Pamela sentada encima, sonriente. Con Joshua, yo naufragaba en el mar; Pamela flota como un barquito de papel en una palangana. Es hija de un Pastor prudente y vegetariano que le enseñó la manera de lograr que los tigres se vuelvan también vegetarianos y prudentes.

Hace poco vi a Joshua en la iglesia, oyendo devotamente los oficios dominicales. Está como enjuto y comprimido. Tal parece que Pamela, con sus dos manos frágiles, ha estado reduciendo su volumen y le ha ido doblando el espinazo. Su palidez de vegetariano le da un suave aspecto de enfermo.

Las personas que visitan a los McBride me cuentan cosas sorprendentes. Hablan de unas comidas incomprensibles, de almuerzos y cenas sin rosbif; me describen a Joshua devorando enormes fuentes de ensalada. Naturalmente, de tales alimentos no puede extraer las calorías que daban auge a sus antiguas cóleras. Sus platos favoritos han sido metódicamente alterados o suprimidos por implacables y adustas cocineras. El patagrás y el gorgonzola no envuelven ya el roble ahumado del comedor en su untuosa pestilencia. Han sido reemplazados por insípidas cremas y quesos inodoros que Joshua come en silencio, como un niño castigado. Pamela, siempre amable y sonriente, apaga el habano de Joshua a la mitad, raciona el tabaco de su pipa y restringe su whisky.

Esto es lo que me cuentan. Me place imaginarlos a los dos solos, cenando en la mesa angosta y larga, bajo la luz fría de los candelabros. Vigilado por la sabia Pamela, Joshua el glotón absorbe colérico sus livianos manjares. Pero sobre todo, me gusta imaginar al rinoceronte en pantuflas, con el gran cuerpo informe bajo la bata, llamando en las altas horas de la noche, tímido y persistente ante una puerta obstinada.

JUAN JOSÉ ARREOLA

Juan José Arreola, nació en Zapotlán, Estado de Jalisco, el 21 de septiembre de 1918. En él se conjugaron el oficio y la malicia, dueño de los mecanismos del cuento, Arreola, ofebre del lenguaje, se situó, desde su primer libro, en la primera línea de los cuentistas mexicanos.

De su obra dice Arreola: "en todos los textos he tratado de expresar mi versión de una serie de aspectos de la conducta personal. El drama es para mí, como para tantos artistas y pensadores, estar en el mundo, querer ser algo y parar en otra cosa por las contingencias que ocurren en la vida."

Su obra más importante es la colección de cuentos titulada *Confabulario*, en el cual destaca el cuento *El guardagujas*.

- C. 1 Escribe un texto donde expliques las semejanzas y diferencias respecto a:
- relación de pareja
 - los valores que presenta el texto

A lo largo de la evolución humana los dos seres que la conforman, hombre y mujer, han tenido roles de actuación que han cambiado constantemente.

A continuación se presenta un texto que será punto de partida para la reflexión respecto al lugar que la mujer ocupa en la vida y el trato que recibe de su pareja y de la sociedad.

- V. A. 1 Lee el texto "La Parábola del trueque" de Juan José Arreola.
- Resume con tus palabras de qué trata el texto.
 - Identifica el sistema de valores que subyace en el texto.
 - Enumera los valores encontrados en el texto.

- B. 1 Escribe un comentario acerca del comportamiento de las personas del texto.
- ¿Hicieron bien o mal?
- Menciona cuál es el valor que predomina a través de: "la persona tonta", del "recién casado engañado" y Sofía.
 - a) Describe una situación parecida de la vida real
b) ¿Qué harías tú en esa situación parecida? Coméntalo.

Parábola del trueque

JUAN JOSÉ ARREOLA

Al grito de "¡Cambio esposas viejas por nuevas!" el mercader recorrió las calles del pueblo arrastrando su carro de pintados carromatos.

Las transacciones fueron muy rápidas, a base de unos precios inexorablemente fijos. Los interesados recibían pruebas de calidad y certificados de garantía, pero nadie pudo escoger. Las mujeres, según el comerciante, eran de veinticuatro quilates. Todas rubias y todas circasianas. Y más que rubias, doradas como candeleros.

Al ver la adquisición de su vecino, los hombres corrían desaforados en pos del traficante. Muchos quedaron arruinados. Sólo un recién casado pudo hacer cambio a la par. Su esposa estaba flamante y no desmerecía ante ninguna de las extranjeras. Pero no era tan rubia como ellas.

Yo me quedé temblando detrás de la ventana, al paso de un carro suntuoso. Recostada entre almohadones y corriendo una mujer que parecía un leopardo me miró deslumbrante, como desde un bloque de topacio. Presa de aquel contagio frenesí, estuve a punto de estrellarme contra los vidrios. Avergonzado, me aparté de la ventana y volví el rostro para mirar a Sofía.

Ella estaba tranquila, bordando sobre un nuevo mantel las iniciales de costumbre. Ajena al tumulto, ensartó la aguja con sus dedos seguros. Sólo yo que la conozco podía advertir su tenue, imperceptible palidez. Al final de la calle, el mercader lanzó por último la turbadora proclama: "¡Cambio esposas viejas por nuevas!" Pero yo me quedé con los pies clavados en el suelo, cerrando los oídos a la oportunidad definitiva. Afuera, el pueblo respiraba una atmósfera de escándalo.

Sofía y yo cenamos sin decir una palabra, incapaces de cualquier comentario.

-¿Por qué no me cambiaste por otra? -me dijo al fin, llevándose los platos.

No pude contestarle, y los dos caímos más hondo en el vacío. Nos acostamos temprano, pero no podíamos dormir. Separados y silenciosos, esa noche hicimos un papel de convidados de piedra.

Desde entonces vivimos en una pequeña isla desierta, rodeados por la felicidad tempestuosa. El pueblo parecía un gallinero infestado de pavos reales. Indolentes y voluptuosas, las mujeres pasaban todo el día echadas en la cama. Surgían al atardecer, resplandecientes a los rayos del sol, como sedosas banderas amarillas.

Ni un momento se separaban de ellas los maridos complacientes y sumisos. Obstacidos en la miel, descuidaban su trabajo sin pensar en el día de mañana.

Yo pasé por tonto a los ojos del vecindario, y perdí los pocos amigos que tenía. Todos pensaron que quise darles una lección, poniendo el ejemplo absurdo de la fidelidad. Me señalaban con el dedo, riéndose, lanzándome pullas desde sus opulentas trincheras. Me pusieron sobrenombres obscenos, y yo acabé por sentirme como una especie de eunuco en aquel edén placentero.

Por su parte, Sofía se volvió cada vez más silenciosa y retraída. Se negaba a salir a la calle conmigo, para evitarme contrastes y comparaciones. Y lo que es peor, cumplía de mala gana con sus más estrictos deberes de casada. A decir verdad, los dos nos sentíamos apenados de unos amores tan modestamente conyugales.

Su aire de culpabilidad era lo que más me ofendía. Se sintió responsable de que yo no tuviera una mujer como las otras. Se puso a pensar desde el primer momento que su humilde semblante de todos los días era incapaz de apartar la imagen de la tentación que yo llevaba en la cabeza. Ante la hermosura invasora, se batió en retirada hasta los últimos rincones del mudo resentimiento. Yo agoté en vano nuestras pequeñas economías, comparándole adornos, perfumes, alhajas y vestidos.

-¡No me tengas lástima!

Y volvía la espalda a todos los regalos. Si me esforzaba en mirarla, venía su respuesta entre lágrimas:

-¡Nunca te perdonaré que no me hayas cambiado!

Y me echaba la culpa de todo. Yo perdía la paciencia. Y recordando a la que parecía un leopardo, deseaba de todo corazón que volviera a pasar el mercader.

Pero un día las rubias comenzaron a oxidarse. La pequeña isla en que vivíamos recobró su calidad de oasis, rodeada por el desierto. Un desierto hostil, lleno de salvajes alaridos de descontento. Deslumbrados a primera vista, los hombres no pusieron realmente atención en las mujeres. Ni les echaron una buena mirada, ni se les ocurrió ensayar su metal. Lejos de ser nuevas, eran de segunda, de tercera, de sabe Dios cuántas manos... El mercader les hizo sencillamente algunas reparaciones indispensables, y les dio un baño de oro tan bajo y tan delgado, que no resistió la prueba de las primeras lluvias.

El primer hombre que notó algo extraño se hizo el desentendido, y el segundo también. Pero el tercero, que era farmacéutico, advirtió un día entre el aroma de su mujer la característica emanación del sulfato de cobre. Procediendo con alarma a un examen minucioso, halló manchas oscuras en la superficie de la señora y puso el grito en el cielo.

Muy pronto aquellos lunares salieron a la cara de todas, como si entre las mujeres brotara una epidemia de herrumbre. Los maridos se ocultaron unos a otros las fallas de sus esposas, atormentándose en secreto con terribles sospechas acerca de su procedencia. Poco a poco salió a relucir la verdad, y cada quien supo que había recibido una mujer falsificada.

El recién casado que se dejó llevar por la corriente del entusiasmo que despertaron los cambios, cayó en un profundo abatimiento. Obsesionado por el recuerdo de un cuerpo de blanda inequívoca, pronto dio muestras de extravío. Un día se puso a remover con ácidos corrosivos los restos de oro que había en el cuerpo de su esposa, y la dejó hecha una lástima, una verdadera momia.

Sofía y yo nos encontramos a merced de la envidia y del odio. Ante esa actitud general, creí conveniente tomar algunas precauciones. Pero a Sofía le costaba trabajo disimular su júbilo, y dio en salir a la calle con sus mejores atuendos haciendo gala entre tanta desolación. Lejos de atribuir algún mérito a mi conducta, Sofía pensaba naturalmente que yo había quedado con ella por cobarde, pero que no me faltaron las ganas de cambiarla.

Hoy salió del pueblo la expedición de los maridos engañados, que van en busca del mercader. Ha sido verdaderamente un triste espectáculo. Los hombres levantaban al cielo los puños, jurando venganza. Las mujeres iban llorando, lacias y desgredadas, como plañideras leprosas. El único que se quedó es el famoso recién casado, por cuya razón me temo. Dando pruebas de un apego maniático, dice que ahora será fiel hasta que la muerte lo separe de la mujer ennegrecida, esa que él mismo acabó de estropear a base de ácido sulfúrico.

Yo no sé la vida que me aguarda al lado de una Sofía quién sabe si necia o si prudente. Por lo pronto, le van a seguir admiradores. Ahora estamos en una isla verdadera, rodeada de soledad por todas partes. Antes de irse, los maridos declararon que buscarán hasta el infierno los rastros del estafador. Y realmente, todos ponían al decirlo una cara de condenados.

Sofía no es tan morena como parece. A la luz de la lámpara, su rostro dormido se va llenando de reflejos. Como del sueño le salieran leves, dorados pensamientos de orgullo.

En todas las acciones que realizamos en la vida debemos de perseguir la perfección, con nuestros padres, hijos, esposos, amigos, vecinos, estudiantes, trabajadores y/o jefes.

El siguiente texto habla de un tipo de virtud humana, disfruta de su lectura.

VI. 1 Lee el texto "La perfecta casada" de Leopoldo Alas "Clarín"

2 Sintetiza lo que sucede en el texto.

3 Explica los siguientes aspectos del texto y expresa tu opinión al respecto:

a) el suicidio como solución ¿no había otra alternativa?

b) ¿la perfección es inaguantable?

c) el redentor de los célibes ¿por qué?

d) ¿la virtud puede llegar a ser excesiva?

4 Menciona los valores que se presentan en el texto.

5 Relata una situación de la vida real respecto a la perfección.

La perfecta casada

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN"

Don Autónimo³, que celebraba sus días en septiembre, pues en ese mes <<cae>> San Autónimo, y que lo diga la Leyenda de oro³; don Autónimo Parcerisa acaba de comer *opíparamente* rodeado de su esposa e hijos, muy satisfecho, alegres todos, felices. No había familia más dichosa en el mundo. Vivían en una *mediocritas* si no áurea⁴, por lo menos de plata sobredorada, la cual les permitía en los días que repicaban en gordo tirar la casa por la ventana, en forma de símbolo, por supuesto; es decir, sin pagar una *onza* en el gasto extraordinario, que lo demás quedaba muy guardado en la caja de caudales, en el Banco y en las arcas de la Equitativa 5, donde don Autónimo se había asegurado.

Serafina era un serafín; mujer más angelical no la había: era la perfecta casada de fray Luis, pero a la moderna, con costumbres algo menos devotas, pues si no, hoy ya no hubiera sido la perfecta casada. Nada de gazmoñería, virtud expansiva, alegre; sacrificio constante de su egoísmo al interés de su marido e hijos, pero sin que se conociera esfuerzo alguno, con divina gracia. Parecía una mujer como todas y era la mejor de todas.

No hacía valer su fidelidad (y era guapísima y muy codiciada) como un mérito: esta pretensión le hubiera parecido ya una especie de adulterio⁶. Así como a nadie se le ocurre en una sociedad de personas distinguidas, nobles, ricas, finisimas, que uno de aquellos duques, o generales, o ministros, se va a llevar un candelabro de plata, por ejemplo, y nadie piensa en el robo posible, pero una posibilidad *infinitesimal*, por decirlo así, tampoco se le pasó jamás por las mientes a Serafina ser infiel a su Autónimo por pensamiento, de palabra u obra.

Y como no había manera de reprenderle por nada, de reñirle, jamás le había reprendido; nunca habían reñido. Estaba íntegra la vajilla e íntegra la paz conyugal.

De todo lo cual llegó, a fuerza de años, a sacar en consecuencia Autónimo que así no se podía seguir, que había que acabar de cualquier manera.

En esto pensaba precisamente aquel día de su santo, después de los postres, cuando ya los niños se iban despidiendo del padre porque los reclamaba el lecho.

Todos se acostaban sin protestar, y eso que estaban seguros de que su madre no les hubiera negado permiso para velar un ratito. Ellos lo deseaban... pero no, ¿para qué? La mamá les tenía demostrado que era cosa nociva, y además, la hubiera disgustado, aunque ella no lo dejara ver; nada, nada, a la cama.

-Buenas noches, papá.

-Santas y buenas, hijos míos, santas y buenas.

Y seguía pensando don Autónimo: <<Vea usted. Ahora me iría yo de muy buena gana a jugar un tresillito al casino. Siempre pierdo, es verdad, pero ¿y qué? No es mucho y me divierto. Pero no voy, imposible. Si anuncio que salgo, ésta se reíría lo mismo absolutamente que si le digo "me voy a la cama", que es lo que a ella le gusta, porque sabe que me conviene madrugar, para el estómago⁷ y para lo negocios... ¿Quién le da un disgusto *callado* sin grandes remordimientos? Pero... la verdad es que hoy... día de mi santo..."

Sin embargo, decidió tener un rasgo de energía que no hacía falta, y poniéndose en pie exclamó:

-Ea, chica, dame... la palmatoria, que me voy a la cama.

Y se acostó, se acostó como los niños.

Y en cuanto se vio entre las sábanas se sintió como en presidio, como en el cepo, y echaba pestes contra sí mismo,

pues contra su mujer no había por qué.

-¡Voy a saltar de la cama! ¡Salto! ¿Quién me lo impide?

Y no saltaba por eso mismo, porque era su derecho, porque nadie lo impedía; y su mujercita le hubiera acercado ropa muy contenta, y le hubiera alumbrado hasta la calle, sonriente.

Se quedó dormido protestando contra la excesiva virtud de su esposa, que por ser una santa le obligaba a él, por no tener remordimientos, a ser, por lo menos, el *beato* Autónomo.

Y pasaban días y días, y siempre así.

En fin, llegó a encontrarse con todos sus vicios extirpados, incapaz de la menor calaverada, que hubiera sido temida por su ingratitude para con aquella *santa familia* en que él mismo se veía con su aureola resplandeciente.

-Pero, señor, si yo no iba para santo; si esto es a la fuerza. ¡Esto no es la perfecta casada, esto es la *pluscuamperfecta*!

Y poco a poco le creció la manía hasta el punto de aborrecer, a su manera, a aquella mujer, a quien adoraría de rodillas y por no disgustar a la cual estaba él ganando el cielo.

Y de una en otra, vino a parar en comprar una maquinilla manual de imprimir, y se encerraba en su casa, imprimiendo en tarjetas, volantes, besalamanos⁸, etc., las mismas palabras, pocas. Y después, de noche, los llevaba al correo y estaba cinco minutos echando papel por la boca abierta del león⁹, pasmado de tanta correspondencia.

Había comprado el libro de las cien mil señas y había dirigido a todos los periódicos del mundo, o a muchos por lo menos, a las agencias, a los abogados, obispos, diputados, cónsules, jueces, alcaldes, banqueros, etc., la misma noticia, que los importaba igualmente a todos: nada.

El juez de guardia, que la recibió también, fue el único que hizo caso de ella. Decía así el volante que recibió: «Mato por no aguantar a mi mujer.»

Y en efecto, Autónomo se suicidó de veras¹⁰.

Por más que se hizo, no se pudo ocultar la terrible catástrofe de Serafina; y lo peor fue que, por la inmensa publicidad que el suicida había dado a la noticia, tardó muy poco en llegar a conocimiento de la santa esposa la causa del suicidio. Su marido se mataba por no aguantarla a ella!

El buen sentido hizo que el público en masa, conocidas las cualidades de la virtuosa señora, declarase que el hombre se había vuelto loco de pura felicidad doméstica. Sólo así se explicaba el absurdo de *matarse por no aguantar a la perfecta casada*.

Sin embargo, cierto solterón empedernido amigo del difunto, decía:

-A la muerte de Autónomo no se le ha sacado toda la filosofía que tiene. No estaba loco. Lo que ha hecho es darme un ejemplo con su muerte. La filosofía de ese suicidio es ésta «Me mato por no aguantar a mi mujer». Pero su mujer era la mejor del mundo. Luego... la mejor de las mujeres es inaguantable. ¡Lo que serán las otras! ¡Y lo que será el matrimonio!

Este Autónomo es el redentor de los célibes.

1. Recogido en el volumen póstumo *Doctor Sutilis*, lleva el mismo título que el famoso libro de fray Luis de León (véase nota 2 a la *Imperfecta casada*) en el Capítulo III de *La Regenta* se lee: "En Vetusta, decir la Regenta era decir la perfecta casada".
2. Este nombre está utilizado por Clarín irónicamente, ya que el personaje es todo menos autónomo.

3. La fiesta de San Autónomo, obispo de Bitinia (m.323), cae el 12 de septiembre; por cierto no figura la vida de este santo en *La leyenda de oro* (véase nota 3 a la *Imperfecta casada*).

4. *Aurea mediocritas*: dorada medianía (conocida mención de Horacio).

5. Importante compañía española de seguros.

6. Véase la primera cita del libro fray Luis en *La imperfecta casada*.

7. Leopoldo Alas, a quien le gustaba mucho trabajar por la noche, se queja en sus cartas de dolores de estómago durante la última década de su vida (moriría de tuberculosis intestinal), dolores que van acompañados de fuertes depresiones nerviosas.

8. Esquela que lleva la abreviatura B.L.M., redactada en la tercera persona y sin firma.

9. Buzón de la Casa de Correos.

10. En un artículo titulado "El Conill" y fechado el 10 de septiembre de 1876, donde trata del suicidio de un señor llamado así, escribe el joven Clarín: "Yo creo que el hombre libre -libre de conciencia, sobre todo- es el que tiene la idea cabal y el sentimiento propio de la dignidad de la vida. Mientras se crea que el Estado puede matar, hay motivo para creer que el individuo se puede matar; cada cual lleva dentro de sí un Estado, es la misma conciencia en todo lo que se refiere a justicia; ahora bien, si hay un fuero interno en que el Estado exterior no puede intervenir, allí, el juez es el individuo mismo, allí, el poder ejecutivo es el individuo también y si hay delitos que merecen la pena de muerte...hay derecho al suicidio. Yo condeno el suicidio en absoluto, entendámonos..." (Preludios de "Clarín"). En un relato inacabado de la misma época, titulado *Kant*, perro viejo (1880-1881) y el perro empieza explicando por qué se va a suicidar ("por instinto de conservación") (véase S. Beser, "En torno a un cuento olvidado de Leopoldo Alas"). Es curioso notar, también, que en otra narración de Doctor Sutilis, titulada *Novela realista* -publicada originalmente en la publicidad del 15 de septiembre de 1880-, el protagonista acaba suicidándose por razones bastante distintas. Cabe señalar que en este caso y en el de Autónomo los suicidas, lejos de actuar en privado, dejan plena noticia de las supuestas razones que los han impelido a tal acto definitivo.

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN" (1852- 1901)

Nació en Zamora, España. Estudió leyes y posteriormente fue catedrático de la Universidad de Oviedo. Desde su juventud trabajó en diversos periódicos y fue en sus actividades periodísticas como hizo famoso el pseudónimo "Clarín".

"*La regenta*" es una obra maestra de "Clarín" que narra en la degeneración moral de la protagonista Ana Azores y de la ciudad donde vive, Vetusta.

Otras obras del autor español son "*¡Adiós Corderal!*", "*Doña Bertha*", "*Cristales*" y "*La perfecta casada*".

Si procedemos de mayor a menor en relación con el lugar donde nos tocó nacer y vivir diremos que estamos en el planeta tierra, en un país que es México y en una ciudad que puede ser en la que tú vives. En los textos siguientes se habla de lugares y de personas que los habitan. Se espera que la lectura te lleve a la captación de los valores que en los textos se presentan y te hagan revalorar tu entorno.

- 1.- Lee el texto "El entierro del templo mayor" de Rosaura Barahona.
- 2.- Explica por qué el texto se titula de esa manera.
- 3.- Describe a quién comparan con un azteca y por qué.
- 4.- Interpreta connotativamente el final "...y entonces habremos aprendido una vez más que todo tiene que cambiar para seguir igual".

El entierro del Templo Mayor

ROSAURA BARAHONA

A Roberto Escamilla

Lo más bello de la casa eran las montañas al fondo (que en realidad no eran de la casa pero como si lo fueran). Esas montañas enormes, serenas, inmovibles que nos recuerdan con frecuencia lo efímero de nuestra estancia aquí. La casa era pequeña aunque con todo lo que necesitábamos. Era rara; lo asimétrico de sus habitaciones engañaba a la vista y las hacía aparecer más grandes de lo que en realidad eran. Me gustaba que fuese acogedora; en su salita pequeña con sólo la luz de las lámparas el ambiente se volvía tranquilo y las conversaciones se alargaban sin sentir. Al pequeño patio lo habíamos convertido en un estudio que se volvió una isla a donde no llegaban el ruido del teléfono ni el sonido del timbre de la puerta. Y luego estaba la terraza, esa terraza que originalmente iba a ser el baño y el vestidor de lo que el arquitecto pomposamente llamaba la recámara principal y que gracias a la devaluación se quedó tal y como estaba ahora, lo que tú y yo considerábamos afortunado porque era de ahí desde donde contemplábamos las inevitables montañas. Porque eran inevitables. Absolutamente. A veces azules, a veces negras, a veces pardas, a veces incluso casi verdes -cuando llovía-, a veces tan secas que si poníamos un poco de atención podíamos escuchar el crujir de su vegetación quebradiza. Por donde quiera que nos asomásemos, la vista se estrellaba con ellas lo que obligaba en sumisión gozosa a recorrerlas como si se vieses por primera vez. Nos encantaba espírlas al amanecer cuando casi pudorosas se cubrían con una neblina tenue que empezaba a levantar conforme el sol se elevaba. En ocasiones -quién sabe por qué razón- sólo la parte superior de la neblina desaparecía y las montañas se quedaban llenas de cascadas y girones nebulosos. A menudo la neblina volvía al atardecer y se concentraba casi con ras del suelo como brotado de él para dejarse arrullar por los faldones de roca. Cuando esto sucedía el caso cambiaba de ritmo y alargaba hasta donde le era posible el esplendor de su último instante. Eran tus montañas. Y las mías. A la ciudad yo nunca había podido aceptarla como mía porque sabía -o sentía- que ella nunca me había acogido como suya. Pero las montañas eran nuestras. La desangelada ciudad se ganaba con facilidad todos los reclamos que se nos podían ocurrir y que con frecuencia le lanzábamos en alarde de alevosía y ventaja sabedores de que la pobre no se podía defender. Ahora sé que en más de una ocasión proyectamos nuestras culpas y nuestras frustraciones sobre ella sabedores también de que no vivir en el lugar idóneo para desarrollar los talentos que se poseen es quizá la excusa más socorrida cuando se ha sido capaz de cumplir con sus ambiciones.

Como si fuese poco, un día la ciudad nos jugó una mala pasada. De pequeña ciudad de provincia llena de callejones, rincones, cafés, cines y plazoletas que nos identificaban con nosotros mismos, con los otros y con una época, repentinamente se nos convirtió -como adolescente que hubiese retrasado su crecimiento y que en un mes se hubiera estirado todo lo que los demás les tomó dos años- en una ciudad extensísima con tráfico asfixiante, con smog, con prisas, con colas para todo: cine, el pan, el super, las tortillas, el estacionamiento, el dentista, el restaurante (esas colas que hasta hace poco sólo veíamos en el DF y que no nos explicábamos cómo la gente podía soportar). Y se volvió más desgarrada porque creció tan inesperadamente como arbitrariamente. Fue entonces cuando quisieron remozarla y la llenaron de edificios rectilíneos, modernos, enormes, despersonalizados y bellos; sí, tan bellos como los de cualquier otra ciudad grande y llena de edificios rectilíneos, modernos y despersonalizados.

Y entonces, huíamos de ellos y nos íbamos a caminar al centro y a recorrer tu calle Zaragoza (la que te ingenias para meter en uno de tus documentales); esa calle Zaragoza de la que no sólo te sabías de memoria la configuración que tenía en ese momento sino la de cada paso de su transformación: "Ahí estuvo mucho tiempo 'La Miniatura' y aquí 'El Tupinambá' y allá había una revistería en la que comprábamos 'Bohemia'..." Por ahí habíamos huido tras quién sabe qué travesura que hicimos temerosos y allá habías oído por primera vez el nombre de Bergman de labios de Artemio que acababa de regresar de París. Y por aquí cruzaba Cecilia rumbo a su casa y tú la veías cruzar convertido en esfinge sin encontrar jamás ni un momento ni el valor para acercarte y hablarle y así empezar a convertir en realidad todas tus fantasías amorosas.

Aunque no era sólo la calle Zaragoza (el cambio de sentido a la Calzada Madero en una sola dirección y la ampliación de Colón fueron casi atentados personales contra ti), era la más importante. Morelos, Padre Mier, Escobedo, Emilio Carranza, Juan Ignacio, Zuazua, Dr. Coss, todas guardaban, sin saberlo archivos enteros de recuerdos disfrazados de puertas de cambio de nombres de tiendas, de rostros de meseros, de boticarios familiares, de boleterías de un olor a pan recién hecho que falta cada vez que se pasa por la esquina de "El nopal" (que por supuesto, desapareció hace años) y de un restaurante bar...

en donde se comían las tortas más sensacionales del mundo.

Pero Zaragoza era a donde todo confluía de una u otra manera. Zaragoza con ese "Olympia" que despreciabas porque había surgido a costa del tan amado "Rex": el "Rex" de los populares de tres películas por \$ 1.50; el "Rex" de las películas porno de aquella época en que no había películas porno pero en la que cualquier película italiana o francesa de oscura fotografía, mal sonido y temas raros era fuerte o atrevida si insinuaba alguna relación no tradicional o si dejaba asomar el brote de un seno o la parte superior de un muslo femenino. Detestabas el "Olympia" (ese "Olympia" que hoy no te atreves a reconocer que echas de menos) con una indignación que a mí terminaba por darme risa porque aunque la sabía muy auténtica no acababa de entenderla. Jamás te lo dije pero te me figurabas uno de aquellos aztecas a quienes los españoles les arrasaron sus templos sin el menor asomo de respeto para, sobre sus ruinas, construir las iglesias 'civilizadas'. Te sentías robado (aunque nunca lo confesaste y no sé siquiera si lo pensaste). Se llevaban el "Rex" y con sus butacas de madera, sus pilares raros y su gayola de bancas se iban tus descubrimientos, tus pláticas, tus escapadas de la prepa y la oportunidad de señalar la butaca exacta en que "El abogado" -después de comprar un pasanuez en la dulcería del cine- se sentaba invariablemente.

Era, según me contabas, todo un ritual: chocolate en mano, se lanzaba a contar las filas y escogía precisamente la de la mitad; luego, contaba las butacas y seleccionaba la del justo medio. Sólo así podía ver la función tranquilo. Hoy te molesta pensar que ese ritual que se repitió con naturalidad por años se haya vuelto imposible. Las funciones de 2, de 4, de 6 y de 9 están siempre a punto de reventar y tú casi reventas junto con ellas cuando entras y ves gente en un cine que imaginabas vacío a una hora en que "antes" la gente no iba al cine. Hoy nadie puede escoger butacas; agradece encontrarlas.

Y no te resignas. Como tampoco te resignas a que la función ya no sea doble o a que se haya inventado en esta ciudad tan inconfesadamente amada por ti, un intermedio que altera las películas pero que la gente espera con ansia para salir corriendo a comprar dulces (que es, al parecer, a lo que van al cine).

El río ya no es tu río y los puentes son varios (antes había sólo uno y tú te acuerdas cuando lo construyeron). El sentido de barrio casi ha desaparecido y la gente sólo como excepción saca las mecedoras a la banqueta y se pone a platicar. Quizás como dice Villegas, la televisión y el aire acondicionado (que sólo los millonarios tenían antaño) han metido a la gente en su casa aislándola del chisme cotidiano o del saludo diario que fueron durante siglos nuestras formas de comunicación más normales.

Incluso la tele ya no es tu tele. Esa tele del Cerro del Topo (con un locutor de cuyo nombre te molesta que nadie se acuerde ahora que se celebran los 25 años de la televisión regiomontana), transmitiendo películas del cine mudo en las que tantas cosas descubriste. Hoy la televisión es casi magia (para mí siempre lo ha sido). Te reproduce las películas que grabas y te ofrece en un mes, gracias a un plato que yo tampoco acabo de entender, muchas más cosas de las que se pueden ver a lo largo de una vida.

Y en casa se ha vuelto broma tu "¿Habrá un choque?" cada vez que salimos a algún sitio y caemos en un embotellamiento. Los demás contestamos a coro: "No, lo que pasa es que ya somos dos millones", y tú sonríes con una sonrisa que tiene poco de resignación y mucho de nostalgia.

Hoy las montañas siguen ahí. Tus montañas y las mías. Pero el centro no. Lo destruyeron para que tus hijos tengan una ciudad más bella en donde vivir. (Al menos eso dicen los que pretenden saber). También dicen que dentro de pocos años ya nadie se acordará de cómo era la calle Zaragoza. Yo sé que no es verdad. Como lo saben Chuy, César, Jorge, Poncho, El abogado, Miguel y Silvia, Julián, Luis; como lo saben tantos otros. Sin importar que también sepamos que un día no muy lejano reconstruir la calle Zaragoza será una tarea de investigación documental que realizará en los archivos municipales un estudioso que probablemente ni siquiera ha sido concebido aún, pero que se interesará en conocer cómo era su ciudad antes de que él naciera y lo indagará con la misma curiosidad con que nosotros nos detenemos a identificar la esquina o la fuente que aparecen en las fotos del viejo Monterrey que de vez en cuando exhiben por ahí para recordarnos cómo eran las cosas antes del automóvil, de la electricidad, del pavimento y de las obsesivas manías modernistas que todo quieren cambiar.

Todos sabemos que en esas ruinas de "segunda guerra mundial" como las llamas con coraje y resentimiento, los traxcavos no sólo levantaron el piso y derribaron edificios sino que cargaron con sueños, con voces, con recuerdos y con los ecos de unos pasos que las recorrieron quién sabe cuántas veces y quién sabe con cuántos estados de ánimo diferentes. Ahí

se fueron descubrimientos y mentiras, dolores y bromas, promesas no cumplidas y juramentos reiterados. Es verdad. Pero también es verdad que nuestros hijos recorrerán otras calles y encontrarán otros rincones y saborearán las mejores tortas de mundo (aunque tú digas que ya no son como las de antes) en una esquina, sobre una mesa de lámina pintada con el anuncio del refresco que sustituyó al "Spur" y un día escucharán el nombre de Bergman por primera vez y se quedarán como esfinges enamoradas ante la presencia inhibitoria del ser amado y se sabrán de memoria los recovecos de la macropiazza que tú tanto detestarás y llevarán a sus hijos a pasear por ella y les contarán que su abuelo (tú) conoció lo que hubo ahí antes de esa plaza y cruzó el río cuando se atravesaba por un vado. Y los hijos crecerán y verán a tus hijos (sus padres) quejarse de la destrucción del viejo y bello Monterrey (que tus nietos verán feo y sin chiste) y los oirán contar cómo las tortas ya no son como las de antes y entonces habremos aprendido una vez más que todo tiene que cambiar para seguir igual. Todo menos las montañas.

ROSAURA BARAHONA, 1942.

Narradora, periodista, catedrática. Nació en la ciudad de México. Estudió la licenciatura en lengua y literatura en el ITESM, graduándose en 1963. Estudió en España de 1968 a 1971. En 1978 con el cuento titulado "La mula" obtuvo el primer premio de cuento, convocado por la Casa de la Cultura del Estado de Durango. Su obra se encuentra reunida en *Compresencias* (1984, ITESM).

Los títulos de sus antologías de cuentos son "*Abecedario para niñas solitarias*", "*El pescador de estrellas*" y "*¿Por qué no Ferlos Ocardo?*"

- B. 1.- Lee el texto "Quince años de literatura mexicana contemporánea" de Ma. Luisa Puga.
- 2.- Resume de qué trata el texto.
- 3.- Explica la valoración que hace la autora de los aspectos de la vida que trata en su texto.
- 4.- Relaciona los aspectos valorados con el esquema de los aspectos morales de Alfonso Reyes en su "Cartilla Moral" y jerarquízalos.

Quince años de literatura mexicana contemporánea

MARÍA LUISA PUGA

Salga usted de Zirahúen, Michoacán, fuereña ahí vecindada desde hace cinco años, y váyase hasta Monterrey. En un Volkswagen, además. No es fácil, se lo aseguro. Sobre todo, no es rápido. Pero es la única manera si lo que usted quiere es ver este país. Si lo quiere ir viendo mientras piensa qué es lo que ha pasado con la narrativa contemporánea en estos últimos quince años. Porque a eso va: al Primer Encuentro Nacional de Escritores, en Monterrey, Nuevo León.

Y pronto cruza las fronteras de lo familiar. Deja atrás Morelia y con palpitante optimismo enfila hacia Salamanca, Celaya, San Luis Potosí... Su convivencia con los trailereros se va haciendo normal. Por aquí anda la riqueza del país, en estas moles rodantes que se suceden vertiginosamente.

El ruido. Fundamentalmente ese es el paisaje en el que ha desembocado y es el hilo conductor hasta Monterrey. Está presente en esa novela que ha decidido leer en el camino como acertada preparación para todo esto: *The Monterrey News*, de Hugo Valdéz Manríquez, Grijalbo, 1990. Esto es lo que ha venido pasando en la narrativa mexicana contemporánea, va a pensar usted acalorada, asombrada del perfecto sopor con que aguantan un día más los comerciantes del pueblo que queda atrás. Y el joven narrador, en cambio, da detalles diligentemente en ese primer capítulo que va estructurando una mañana en el ajetreado centro de la ciudad de Monterrey. Qué mejor que el ritmo de la carretera para ambientarla: vehículos por todos lados, amorosamente envueltos en sol. Calor.

¿Qué ha pasado con la literatura mexicana en estos últimos quince años?, quieren saber en Monterrey. ¿Qué ha pasado en la literatura de Nuevo León desde que les ocurrió Alfonso Reyes?, se pregunta usted a su vez. Bueno, Gabriel Zaid... a quien difícilmente se asocia con el Estado de Nuevo León. Pero no es por los nacidos en Monterrey por quienes usted siente curiosidad. Es por esa ciudad enorme y tumultuosa; trabajadora y cándida; fronteriza y cerrada.

Afianza muy bien su libro, *The Monterrey News*. En esas rectas interminables, en esa sierra adusta en donde no hay más que montañas y aridez, bajo ese luminoso atardecer rumbo a Ciudad Victoria, Tamaulipas, usted intuye que algo ha estado sucediendo en la literatura mexicana: una liberación de temas, de tonos, de perspectivas. Un desprezarse del sueño literario para decidirse a asumir una realidad literaria. Con gusto recuerda ciertas novelas de Ignacio Solares, ciertas crónicas de José Joaquín Blanco, el tono impúdico de Angeles Mastretta, la seriedad cumplidora de Silvia Molina, el humor inquietante de Guillermo Samperio, las tramas juveniles e incansables de David Martín del Campo... para no hablar de los otros que fueron, son y seguirán siendo extraordinarios narradores, Carlos Fuentes, Vicente Leñero, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis...

Vigorosa y robusta sí es, se dice mirando el caer de la tarde con sorpresiva nostalgia, sintiéndose lejos de todo en medio de esa aridez en la que, increíble, descubre aquí y allá caseríos chaparritos y apretados, como enojados ante esta carretera tan transitada por vehículos pesados, coches de lujo velocidades sin límite. El asfalto es el escaparate inalcanzable que presencian los caseríos mudos, fantasmales, pero ineludibles.

Y se pregunta entonces: ¿Entra toda esta gente en la literatura, o de ahí también ha quedado expulsada? ¿No es cierto que cada vez que llegamos a las afueras tan uniformemente feas de cualquier ciudad o pueblo hay alguien que atraviesa la carretera con un casco de refresco vacío? ¿O qué en cualquier curva de cualquier camino, por remoto que sea, aparece la cara de un campesino en paciente espera?

Gente, por todos lados gente, gente para todo en un país gigantesco que no la toma en cuenta. ¿La literatura sí?

En esta su primera novela, Hugo Valdéz Manríquez se muestra ansioso por hacerlo. Los personajes desfilan en las primeras páginas con sus retazos introductorios de vida, armando un mosaico completo de la desigualdad de esa ciudad, no de cualquier ciudad, de esa: Monterrey, con su Cerro de la Silla -que usted busca inútilmente, hay demasiada neblina-, sus grandes avenidas y hoteles antiguos, como el Ancira, que es justamente a donde usted se dirige con espíritu temerario. El tráfico del D.F. es un juego de niños comparado con esto, porque además del caos urbano que todas las ciudades del interior remedan del D.F., aquí existe el inverosímil calor. El espeso, pesado calor (y en invierno el frío), que no han impedido que

Monterrey sea la primera ciudad industrial del país.

En el lobby del hotel Ancira, espacioso, refrigerado, amable, el mundo se detiene en seco. El hotel Ancira es la meta. Es ahí, en su bar o en su restaurante en donde el mundo se pone a prueba. Convenciones de rotarios, de hombres de negocios, de psicólogos... Charlas confidenciales entre hombres y mujeres; prostitución discreta; soledades. Es el corazón de Monterrey. Ahí comienza la noche desde las cinco de la tarde.

¿Y los demás escritores dónde están? Clamatos, Piñas Coladas, Cubas. Diligentísimos camareros van y vienen enfundados en trajes muy propios, en tanto que los huéspedes, la población local, todos, discuten el mundo de las finanzas y la tecnología en mangas de camisa. Rostros morenos y rubios que lucen la misma gravedad, el mismo empeño: dinero, dinero, dinero. ¿Está presente el dinero en la narrativa contemporánea?

Las mujeres son particularmente voraces. Tienen una expresión de ambición desmedida. Feminismo, cultura y dinero. Todo refundido en una misma actitud: llegar a la cima del poder social, piensa usted, oyendo las palabras del joven novelista, que se pasea por las distintas clases sociales de la región más transparente del D.F., con un desparpajo a ratos un tanto fallido por ese anhelo de abarcarlo todo.

Pero esta ciudad nació con el conflicto encima, de todas maneras. Nació de una actitud solapada: ser la capital de un reino. No ser una capital más en la Nueva España. Sobre todo: no ser una segunda capital, o tercera o cuarta. Desde su fundación, ya traía ese sentimiento: Ser. No parte de.

Esta ciudad, se dice usted caminando por las calles aledañas al hotel, es como la novela de Valdés, o viceversa. Apresurada, incontenible, a veces inexperta, pero cierta, viva. ¿No estaban ahí las mismas calles, los mismos negocios, el mismo ruido que en el D.F.? Hidalgo, Madero, Zaragoza, Juárez... ¿Será esto lo que nos hace país?, se pregunta sorteando autos y autobuses. Este tumulto, este desorden que vienen a recaer en los nombres de nuestros héroes patrios. "Juárez era la avenida de los buenos intentos: el ideal político de la Preparatoria Uno, los colegios para el secretario y las escuelas para los venidos a menos, a los que nunca fueron, y para aquellos que no habían perdido todavía la esperanza cuando enviaban a sus hijas a escuelas donde exigían faldas a cuadros escoceses que mejoraba un poco las figuras sin gracia de las jovencitas" (p. 79). Y al entrar de regreso al hotel, comprueba la fruición con que todos usan sus teléfonos celulares.

Este programa del encuentro: ITESM, CAMPUS MONTERREY, Miércoles 17 de abril, 3:30. Inauguración: Ing. Patricio López del Puerto, Director de la División de Ciencias y Humanidades. 3:34. Mesa Redonda: Literatura y Cultura de la Región. Lic. Alfonso Rangel Guerra, Secretario de Educación y Cultura del Estado, Lis. Rosaura Barahona, Lic. Víctor Zúñiga, Lic. Ramiro Estrada Sánchez, Margarito Cuéllar, Rubén González Garza.

Pues no, se dice con alivio, aquí los escritores todavía no. Esto suena oficial más bien. Jueves 18, mañana: Aline Petterson, María Luisa Puga, Armando Partida. Tarde: Carmen Boulosa, Hermann Bellinghausen. Mesa Redonda. Viernes 19: Sara Sefchovich, José Agustín, José Emilio Pacheco. Tarde: Mesa Redonda, Hugo Argüelles...

Los programas son unos y las realidades otras, y hay que ir navegando entre eso. Novela intimista, narrativa, poesía, teatro, crítica, crónica, historia literaria.

El amplio salón de la Rectoría el Tecnológico estaba lleno, no se permitía fumar. Afuerita sí. Más afuerita todavía estaba la ciudad de Monterrey, con sus 40 grados de calor y su bullicioso tráfico. La gente, la inmensa mayoría de la gente, no se iba a enterar de lo que ha pasado en la literatura mexicana en los últimos quince años. Ni le importaba, la verdad. Pero ¿en dónde estaban los escritores locales? Ni entre los ponentes, ni entre el público que, se asombró usted, pagó la entrada de 150,000 pesos el boleto para asistir al encuentro. Realmente insólito. Y mañana y tarde llegaban puntuales, dispuestos a no perderse una palabra.

Decepcionante no conocer a Hugo Valdés. No poder decirle cuánto he disfrutado su novela. Cuánto disfruta la ciudad gracias a su lectura. Debería haber estado presente y leer fragmentos, por ejemplo: "Los que llegamos desde Cerralvo hasta la Villa de Santa Catarina para trabajar en los hilados y tejidos de la Fama; los que llegamos de Bustamante y dejamos el arado sobre la tierra para alzar una casita y el inicio de una generación que mereciera recordarse; los que animamos el peso del trabajo

duro en las minas de Lampazos y que arribamos acá para recibir un ingreso de jornales en la American Smelting and Refining o en la Compañía Fundidora de Fierro y Acero que costó una fabulosa suma de millones de pesos de los que había a principios de siglo..." Presente, sí, para poder decirle que así es como tiene que ser una primera novela. Con toda esa ambición e impaciencia, con todas esas lecturas presentes y todas esas ganas. Que ahí, justamente ahí, estaban los últimos quince años de la literatura en México.

Pero no estaba, ni él ni ningún otro. Aspirantes a escritores sí había: señoras, jovencitos, mujeres, periodistas. Con qué atención escuchaban y tomaban notas. Con qué decisión llegaban y compraban libros y pedían firmas. Con qué esmero hacían preguntas. No, ni el teatro, ni la poesía van a desaparecer como géneros, y la crónica probablemente se haga cada vez más vigorosa. Es la más próxima a la gente. Es la que le da su reflejo antes que nada. Son los hechos su material, tal y como acontecen, y la chamba del cronista es estar ahí para relatarlos y desaparecer tras ellos. Es tal vez el género más humilde, insistió Hermann Bellinghausen. El cronista no puede reorganizar nada como el novelista, ni interpretar como el poeta, ni encarnar como el dramaturgo. Es la presencia ante los hechos para que éstos se hagan visibles ante la gente.

De hecho, la novela, la poesía y el teatro incorporan más y más a la crónica como otro recurso para abordar sus temas que, concluyeron los ponentes, son diversísimos. En una época de crisis general, de ideologías quebrantadas, de conceptos dejados atrás, la literatura trata de hablar de la vida desde todos sus ángulos, con todos sus géneros y en todos los tonos. Lo que quiere es contar lo que ve. Lo de antes, lo de ahora. Tender un punto entre el lector y su sociedad. Convertirse en una interlocutora clara, irónica, divertida o dramática, pero clara. Que sus palabras resuenen límpidas en contraste con la verborrea del sistema. Y los aplausos de todos a todos.

Con entusiasmo incontenible, usted quiere recomendar: Lean su novela, regiomontanos, lean la novela de Hugo Valdés Manrique y véanse ahí. Vean su rostro y su memoria; su explicación; sus orígenes y su presente. Son ustedes el gran personaje, la trama y la estructura. Este es el calor que permea toda la novela. Este calor hablado, narrado, metaforizado.

Pero no lo hace porque siente timidez, y además Hugo Valdés ni vino. Ya en la habitación del hotel, con muchos manuscritos y revistas literarias, publicaciones de talleres y poemas sueltos, se dice que los encuentros de escritores están muy bien, pero por qué serán tan lejos.

MARIA LUISA PUGA

María Luisa Puga nació en México, D.F., en 1936. En 1978 publicó su primera novela *Las posibilidades del odio*. En 1979 aparece la colección de cuentos *Inmóvil sol secreto*. Ha trabajado en la redacción de varias editoriales. Tiene inéditas las novelas *La Reina* y *Cuando el aire es azul*. María Luisa Puga dijo en una entrevista: escribo en un cuaderno una especie de notas que son incoherentes y horriblemente sentimentales y que casi nunca releo, pero que registro en el inconsciente. A veces son conversaciones, otras simplemente sensaciones de cosas que he visto, pero son notas como de práctica, como si hiciera ejercicios de piano: antes de ponerme a escribir me echo unas tres páginas de cuaderno.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C. 1.- Reflexiona:

¿Cuáles son los puntos de contacto entre los textos de Rosaura Barahona y María Luisa Puga.

- a) Semejanzas
 - b) Diferencias
- 2.- a) Escribe un comentario donde expongas los aspectos estudiados en el punto anterior.
- b) Relaciónalos con el sistema de valores que subyace en ambos textos.

La interrelación humana se da en diferentes formas: consigo mismo, con los familiares, con los amigos y vecinos, con los compañeros de escuela y los maestros, con los trabajadores donde se labora, con los jefes, con grupos superiores y/o subordinados. En ocasiones se da una interrelación y enfrentamiento con los enemigos en una situación bélica. A continuación se presentan algunos poemas de Pedro Garfias que tienen un tema común con el objeto que los lees y te sirvan para reflexionar sobre la guerra y la paz.

- VIII. A. 1.- Lee los textos de Pedro Garfias:
- "Miliciano muerto"
 - "Avión en domingo"
 - "Capitán Ximeno"
- Subraya en los textos las ideas que tengan en común.
 - Qué tipo de valores expone el poeta a través de sus textos.

Miliciano muerto
PEDRO GARFIAS

Qué dulce muerte le dio
la bala que lo mató

Le vi sobre la trinchera
derribado
con el fusil empuñado.
Tiempos paisajes en flor
le fluían a los ojos
que la muerte no cerró.
Yo vi en sus ojos su vida.
Vi su niñez espantada,
su juventud desolada
sin una interrogación,
Y vi sus días iguales.
Y vi su resignación.

Qué dulce muerte le dio
la bala que lo mató.

Le sacudieron los vientos
rebeldes el corazón.
Con el fusil en la mano
y en la garganta un clamor
salió a defender su tierra,
la que nunca poseyó.
La muerte le ha derribado
con brusquedad de ciclón.

Camarada miliciano:
la bala que te mató
se fue cantando la gloria
de un hombre que se salvó.
Porque has muerto por el pueblo
¡qué dulce muerte te dio
la bala que te mató!

Avión en domingo
PEDRO GARFIAS

Grita la madre al niño:

-Niño, vente a la casa.
El niño corre y corre
con su risita clara.

Mañana de domingo.

En los árboles cantan
luces de paz y campo.
-Niño, vente a la casa.
Y el niño corre y corre
con su risita clara.

Las piedras se enternecen
debajo de su planta
y el viento le acaricia
los bucles de la espalda
como una mano buena...

-Niño, vente a la casa.
-Un globo, madre, un globo.

Cayó, justo, en la plaza
abriendo la sorpresa
feroz de sus entrañas.
El niño rojo y rojo
sobre la acera blanca.
Dos brazos enlutados
le llevan a su casa.

Capitán Ximeno

PEDRO GARFIAS

Mirada azul de Ximeno
en cara de niño bueno.
Mirada de azul cuajado,
de azul acero templado
tan inocente
bajo la paz de la frente.

Dicen, Ximeno, que fuiste
bandolero y que supiste
de la fuga por los montes
hacia aquellos horizontes
donde nadie sabe dónde
un tibio rincón se esconde
para el hombre como el ave
sediento de libertad.
Y quién sabe
si fue mentira o verdad.
Yo te he visto Capitán
en el frente cordobés:
Capitán
del Batallón de Garcés.
Valiente, serio, callado,
gran soldado
sobre tu caballo alzado
qué buena estampa tenías
tu mirada, como el cielo
desperzando su vuelo
sobre lentas lejanías.

Y ahora irás por las veredas
y entre breñas y jarales
-no por blandas alamedas
ni por caminos reales-
a la muerte. Buen Viaje.
Tu pistola sin reposo
y tu caballo nervioso
serán tu solo equipaje.
Y tu silencio y tu afán
desolados...
Capitán
de bandidos y soldados.
Y a mi qué
si yo siempre te veré
con la muerte terca enfrente
y tu mirada inocente
mirándola fijamente.
¡Ay, Ximeno, Capitán
del Batallón de Garcés;
Capitán
de la cabeza a los pies!

PEDRO GARFIAS

(Salamanca, España, 20 de mayo de 1901, Monterrey, N.L., México,
9 de agosto de 1967)

Ultraísta en su juventud y más tarde víctima de la guerra civil
española (1936-39, Garfias llega a México hacia 1939, a bordo del vapor
"Sinaia". Traído a Monterrey por la Universidad de Nuevo León, ocupa la
secretaría del Departamento de Acción Social Universitaria de 1943 a 1947.
Posteriormente recorre el país y vuelve a Monterrey en donde muere en
1967.

Garfias es, con toda seguridad, el poeta más querido entre todos los
que vinieron a dejar sus raíces en la ciudad. Así lo confirma el entusiasmo
que despertó su palabra, la emoción que nos legó su espíritu y la tragedia
que constituyó su deceso.

Publicó en vida: *El ala sur* (1926), *Héroes del sur* (1939),
Primavera en Eaton Hastings (1939), *Poesías de la guerra española* (1941),
que le hace ganar el Premio nacional de Literatura en España, *Elegía a la
presa de Dnieprostroi* (1943), *De soledad y otros pesares* (1948), publicado
en Monterrey por UNL, *Viejos y nuevos poemas* (1951) y *Río de aguas
amargas* (1953, en Guadalajara).

Después de su muerte han sido editados: *Antología poética* (1970,
preparada por Juan Rejano), *Pedro Garfias, antología homenaje en el quinto
aniversario de su muerte* (1972), preparada por Alfredo Gracia Vicente), *El
ala sur* (Preparatoria 9 de la UANL, 1980, 2a. ed., 1989), *Pedro Garfias,
poeta* (Guadalajara, 1985), *Antología poética* (UNAM, 1985; reimpresión
de la preparada por Juan Rejano), *Poesía completa* (Córdoba, Argentina,
1989) y *Antología poética* (México, CNCA, 1990). A todo esto hay que
agregar un curioso libro de artículos taurinos que el Gobierno de Nuevo León
le publicó en 1983: *De España, toros y gitanos*.

El cariño de Monterrey hacia Pedro Garfias ha quedado de manifiesto
en los siguientes libros: *Pedro Garfias, poeta* (1962) de Santiago Roel, Jr.,
Elegía a la vida de Pedro Garfias y otros poemas (1970) de Andrés Huerta,
Pedro Garfias, rebeldía creativa; ensayo poético de Luis E. Todd (1979);
Oyeme, Pedro de Raúl Rangel Frías; *Recordando a Pedro Garfias* (1990)
de Roberto Chapa Martínez y *Mi amigo Pedro garfias* (1990) de Alfonso
Reyes Aurrecochea.

- B. 1.- Lee el texto "Estuvo en la guerra" de Edmundo Valadés.
2.- Resume de qué trata el texto.
3.- Identifica el sistema de valores implícito en el texto.

Estuvo en la guerra

EDMUNDO VALADÉS
en "La muerte tiene permiso"

De pronto, todas las cabezas desaparecieron. Abrió más los ojos. Trató de perforar con la mirada la luz de los reflectores implacables. Sobre el campo, los jugadores corrían en todas direcciones. Un sordo, pavoroso clamor envolvía sus cuerpos sin cabezas. Agitaban sus brazos confusamente. Como si dirigieran su propia macabra danza. La danza macabra.

El estaba tenso. El ruido martilleaba sus tímpanos. Creció su miedo. Ahora los rostros giraban en la cancha. Reflejaban un terror indescriptible. Su propio terror. No perseguían la pelota. Huían desesperados, Brincaban absurdamente. Con el salto mortal del soldado. Desaparecían. Volvían a emerger. Volaban. Destruídos en pedazos al chocar unos contra otros.

Empezó a oír el graznido de las ametralladoras. El ruido del mar. El ruido del miedo. El silbatazo del ataque. Y gritos. Gritos espantosos que le taladraban la espina dorsal. ¿Llegaría a disparar por fin el cañón camuflado bajo la malla del arco?

Reaparecieron las cabezas y los cuerpos. Las cabezas subían y bajaban las gradas. Saltaban a la izquierda y a la derecha. Uno, dos. Uno, dos. A la derecha y a la izquierda. Uno, dos. Rodaban unas sobre otras. Saltaban unas sobre otras. Uno, dos. Lo aplastaban. Iban a aplastarlo. Uno, dos. Y los gritos...

Se lanzó por las escaleras. A ganar la playa. A esconderse en las trincheras. La salida. A empujones. Empujando los cadáveres móviles que cerraban el paso.

La puerta. La plaza. Arriba, siempre el cielo. El cielo.

Detuvo un taxi: al hotel.

Cerró los ojos. Los abrió de nuevo. ¿Y el chofer? Había desaparecido. El iba solo sobre el tanque que devoraba las avenidas. Traspasaba los muros. Se estrellaba contra los árboles. Mil reflectores enfocaban su marcha. Más aprisa. Aprisa.

Luego, lo de siempre: el silencio largo.

"¿Le pasa algo?"

Pagó. Entró en el hotel. A su cuarto.

Se desplomó sobre la cama.

A gemir la paz definitivamente perdida para él.

- C. Realiza un comentario donde opines sobre las causas y/o consecuencias de la guerra.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Campo de minas

ITALO CALVINO

-Minado- así había dicho el viejo haciendo girar una mano abierta delante de los ojos, como si limpiara un cristal empañado-. Todo por ahí, no se sabe bien dónde. Vinieron y minaron. Nosotros estábamos escondidos.

El hombre de los pantalones de zuavo miraba por momentos la vertiente de la montaña, por momentos al viejo de pie en el vano de la puerta.

-Pero desde el final de la guerra hasta ahora -había dicho-, hubo tiempo de hacer algo. Ha de haber un paso. Alguien lo conocerá.

<<Tú, viejo, lo conoces bien>>, llegó a pensar, porque seguramente el viejo era un contrabandista y conocía la frontera como el hornillo de su pipa.

El viejo había mirado los remendados pantalones de zuavo, el morral descocido y flaco del hombre y la costra de polvo, desde el pelo hasta los zapatos, testigo de los kilómetros que había recorrido a pie. <<No se sabe dónde>>, había repetido. <<Dónde está el paso. Un campo de minas. >> Y volvió a hacer ese gesto, como si hubiera un cristal empañado entre él y lo demás.

-Digo yo, no será tanta mi mala suerte que me tropiece justo con una mina, ¿verdad? - preguntó el hombre con una sonrisa que le apretaba los dientes como un caqui verde.

<<Eh>>, había dicho el viejo. Sólo eso: <<Eh>>.

Ahora el hombre trataba de recordar la entonación de aquel *eh*. Porque podría haber sido un *eh*, no faltaría más que eso, o un *eh*, nunca se sabe, o un *eh*, nada más fácil. Pero el viejo sólo había dicho un *eh*, sin entonación alguna, desolado como su mirada, como el terreno de aquellas montañas en las cuales hasta la hierba era corta y dura como una barba humana mal afeitada.

Las plantas del lugar no eran más altas que los matorrales y de vez en cuando un pino torcido y gomoso se las arreglaba para dar la menor sombra posible. El hombre caminaba ahora por lo que quedaba de los senderos que remontaban la cuesta, devorados año tras año por los zarzales y sólo batidos por el paso de los contrabandistas, paso de animal montaraz que poca huella deja.

-Tierra maldita- decía el hombre de los pantalones de zuavo-. No veo la hora de estar en la otra vertiente.

Por suerte ya había hecho el trayecto otra vez, antes de la guerra, y podía prescindir de guía. Sabía incluso que el paso era una quebrada en subida, que no era posible minarlo todo.

Después bastaría fijarse dónde ponía los pies: un lugar con una mina debajo debía tener por fuerza algo distinto de todos los otros lugares. Algo: tierra removida, piedras puestas expresamente, hierba más nueva. Allí, por ejemplo. Se veía en seguida que no podía haber minas. ¿No podía? ¿Y esa losa de pizarra levantada? ¿Y aquella franja pelada en medio del prado? ¿Y aquel tronco caído obstruyendo el paso? Se detuvo. Pero el paso estaba todavía lejos, no podía haber minas todavía. continuó.

Tal vez hubiera preferido atravesar de noche los terrenos minados arrastrándose en la oscuridad, no para escapar a las patrullas de frontera, ya que aquéllos eran lugares seguros, sino para escapar del miedo a las minas, como si las minas fueran grandes animales somnolientos que pudieran despertar a su paso. Marmotas: enormes marmotas acurrucadas en cuevas subterráneas, y una que montaba guardia en lo alto de una peña, como suelen hacer las marmotas, y que con un silbido daba

la señal de alarma al verlo. <<A ese silbido>>, pensaba el hombre, <<El campo minado salta por los aires: las marmotas enormes se precipitan sobre mí y me despedazan a mordiscos.>>

Pero jamás hombre alguno había sido mordido por las marmotas, a él lo volarían por los aires las minas. Era el hambre de lo que le sugería esos pensamientos: él lo sabía, conocía el hambre, los juegos de la fantasía de los días de hambre, cuando cualquier cosa vista u oída cobra significado de alimento o de mordisco.

Sin embargo, marmotas las había. Se oía el silbido: guiii... guiii... desde lo alto de las pedreras. <<Si consiguiera matar una marmota de una pedrada>>, pensó el hombre, <<y asarla ensartada en un palo>>.

Pensó en el olor de la grasa de marmota pero sin náuseas; el hambre le daba ganas hasta de grasa de marmota, de cualquier cosa que pudiera masticarse. Hacía una semana que daba vueltas por las chozas, visitaba a los pastores mendigando un pan de centeno, una taza de leche cuajada.

-Ojalá tuviéramos para nosotros. No hay nada - decían y señalaban las paredes desnudas y ahumadas donde sólo quedaba una trenza de ajos.

Llegó a la vista del paso antes de lo que esperaba. Tuvo un repentino gesto de estupor, casi de miedo: no se esperaba que los rododendros estuvieran florecidos. Creía que iba a encontrar delante de sus ojos el valle desnudo, que podría estudiar cada piedra, cada matorral antes de dar un paso, y en cambio se halló hundido hasta las rodillas en un mar de rododendros, un mar uniforme, impenetrable, del que asomaba solamente el dorso de las piedras grises.

Y debajo, las minas. <<No se sabe dónde>>, había dicho el viejo. <<Todo de ese lado.>> Y había hecho girar en el aire las manos abiertas. Al hombre de los pantalones zuavos le parecía ver la sombra de aquellas manos posándose en la extensión de rododendros que se extendía hasta cubrirla.

Había escogido una dirección, a lo largo de una anfractuosidad paralela a la quebrada. Incómoda para caminar, pero incómoda también para quien quisiera minarla. Más arriba los rododendros escaseaban y entre las piedras se oía el guiii... guiiii... de las marmotas, sin tregua, como el sol en la nuca.

<<Si hay marmotas>>, pensó, doblando en esa dirección <<es señal de que no está minado>>.

Pero era un razonamiento equivocado: las minas eran antihombre, el peso de una marmota no era suficiente para hacerlas explotar. Sólo entonces recordó que las minas se llamaban antihombre, y eso le dio miedo. <<Antihombre>>, se repetía, <<antihombre>>.

Esa palabra de pronto había bastado para asustarlo. Evidentemente, si minaban un paso, era para que fuese absolutamente impracticable: le convenía volver atrás, interrogar mejor a los hombres de los alrededores, probar otro camino.

Dio media vuelta para retroceder. ¿Pero dónde había posado antes los pies? Los rododendros se extendían a sus espaldas como un mar vegetal, impenetrable, sin huellas de pisadas. Tal vez estaba ya en medio del campo minado, un paso en falso podría perderlo: daba lo mismo continuar.

<<Tierra maldita>>, pensó. <<Tierra maldita hasta el final.>>

Si hubiera tenido un perro, un gran perro pesado como un hombre para mandarlo delante. Empezó a chasquear con la lengua como si incitara a un perro a correr. <<Tengo que hacer de perro de mí mismo>>, pensó.

Tal vez bastaba una piedra. Había una al lado, grande pero que se podía levantar, muy oportuna. La aferró con la dos manos y la arrojó adelante, lo más lejos posible, hacia arriba. La piedra no cayó lejos y retrocedió rodando hacia él. No había más que tentar la suerte.

Estaba ya en la parte alta de la quebrada, entre las pedreras sospechosas. Las colonias de marmotas habían oído al

hombre y estaban alarmadas. Sus chillidos punzaban el aire como el aire como espigas de cactus.

Pero el hombre ya no pensaba en cazarlas. Había advertido que la quebrada, bastante espaciosa en la entrada, estrechándose poco a poco, y ahora ya no era más que un canal de rocas y de arbustos. Entonces el hombre comprendió que el campo minado no podía sino estar allí. Sólo en aquel punto cierto número de minas, colocadas a debida distancia, podían hacer todos los pasos obligados. Este descubrimiento, en lugar de aterrorizarlo, le dio una extraña tranquilidad. Bien: ahora estaba en medio de un campo minado, estaba seguro. Ahora no quedaba sino seguir subiendo al azar, como fuera. Si era su destino morir aquel día, moriría; si no, pasaría entre una mina y otra y se salvaría.

Formuló sin convicción este pensamiento sobre el destino: no creía en el destino. Sin duda, si daba un paso era porque no podía hacer otra cosa, era porque el movimiento de sus músculos, el curso de sus pensamientos lo llevaban a dar ese paso. Pero en cierto momento podía darse tanto un paso como otro, la mente dudaba, los músculos se ponían tensos sin dirección. Decidió no pensar, dejar que sus piernas se movieran como las de un autómatas, posar los pies al azar sobre las piedras, siempre le quedaba la duda de que fuese su voluntad la que decidiera volverse a la derecha o a izquierda, posar un pie en una piedra o en otra.

Se detuvo. Sentía dentro un extraña agitación hecha de hambre y de miedo, que no podía calmar. Buscó en sus bolsillos: tenía consigo un espejito, recuerdo de una mujer. Tal vez fuera eso lo que quedaría: mirarse en un espejo. En el trozo de cristal espejeante apareció un ojo hinchado y enrojecido; después una mejilla cubierta de una costra de polvo y después los labios secos y agrietados, las encías más rojas que los labios, los dientes... Pero el hombre hubiera querido verse en un gran espejo, verse entero. Hacer girar ese trocito de espejo alrededor de la cara para verse un ojo, una oreja, una nariz, se satisfacía.

Continuó. «Hasta ahora no he encontrado el campo de minas», pensó. «Ahora serán cincuenta, cuarenta y tres pasos...»

Cada vez que apoyaba el pie, al sentir debajo la tierra dura y firme, respiraba. Un paso, otro, otro más. Esa losa esquiva que parecía una trampa es en cambio sólida; esa mata de brezo no esconde nada; esa piedra... bajo su peso la piedra se hundió dos dedos. Guiii... guiii... hacían las marmotas. Adelante, el otro pie.

La tierra se convierte en sol, el aire se convierte en tierra, el guiii de las marmotas se convierte en trueno, El hombre sintió una mano de hierro que lo aferraba por los cabellos, en la nuca. No una mano sino cien manos aferrándolo cada una por un cabello, rasgándolo hasta los pies como se desgarra una hoja de papel, en cientos de trocitos.

La cabra en dos patas

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

En un recodo de la vereda, donde el aire se hace remolino, Juá Shotá, el otomí, echó raíces. Entre el peñascal, donde el sol se astilla, el vagabundo hizo alto. Una roca le brindó sombra a su cuerpo, como el valle le ofreció reposo y deleite a su vista. En torno de él, las cañas de maíz crecían si acaso dos cuartas y se mustiaban enfermas de endeblesces. El indio fue testigo impávido de las lágrimas y del sudor vertidos sobre la sementera para apagar la sed de los sembrados y el hambre de los sembradores.

Pegado a la roca, aclimatado como los árboles peruleros, viviendo como el maguey, sobre la epidermis de un manto calcáreo, Juá Shotá hacía su vida a un ritmo vegetal.

Ofrecía al peregrino una jícara de pulque, en los precisos instantes en que las piernas flaqueaban y la lengua se pegaba al paladar. La gratificación por el servicio era modesta, aunque constante, tanto, que un día del peñasco brotó un techado que era flor del temple, nata del clima. Un techado que se ofrecía todo al caminante, quien nunca soslayaba la satisfacción de permanecer un ratito bajo su sombra.

Cuando al fondo del jacal apareció un armazón de maderos atados con cabos de fibra de lechugilla y sus huecos cubiertos con botellas de etiquetas policromas: "limonada", "ferroquina", "frambuesa", o con paquetes de cigarrillos de tabaco bravo o con latas de galletas endurecidas o con mecapales y ayates -utensilios estos últimos indispensables en el ventorro, cuya clientela de cargadores y buhoneros los reclamaba-, entonces llegó María Petra, obediente al llamado de Juá Shotá, su marido.

Una tarde, de entre los peñascos, como un hongo, surgió la mujer. Venía fatigada; sobre su frente caían madejas negras de pelo; su cuerpo trasudaba la manta que lo cubría; los pies endurecidos se montaban alternativamente uno sobre otro buscando descanso. Doblegada por el peso de la impedimenta envuelta en un ayate, las tetas campaneaban al aire. La viajera no traía las manos vacías; en ellas jugaba un malacate que torcía, torcía siempre un cordel que acariciaba pulgar e índice: hilo de ixtle, que es urdimbre y es trama de la vida india.

Juá Shotá salió a su encuentro y tuvo para ella palabras de bienvenida. Luego preguntó por algo que no veía; ella, haciendo una mueca, se descargó y del bulto extrajo un atado del que brotaban vagidos. A poco Juá Shotá acariciaba a la hija desmedrada y feúcha María Agrícola.

La madre, sin osar mirarlos, sonreía.

La grieta donde se encajaba la vereda se fue ensanchando al paso del atajo de años. La venta de Juá Shotá había crecido y cobrado crédito: caminante que pasaba por aquella vía huraña, caminante que detenía su paso en el tenducho para echar al gaznate un trago de aguardiente o para refrescarse con una tinajilla de pulque. Juá Shotá era ya un hombre gordo, de ademanes y decir desparrajados. Vestía ropa blanquísima y calzaba huaraches de vaqueta. Para estar a la altura de su nueva condición, había traducido su patronímico, ahora la clientela lo conocía por don Juan Nopal. En cambio, María Petra se agostaba en las duras labores de puerta adentro, en lucha eterna con los pétreos cachivaches que formaban el menaje doméstico.

La niña creció entre riscos y cabras. Sus carnes cobrizas asomaban por entre los guñapos que vestía, la cara chata hacía marco a los ojos de cervatilla y su cuerpo elástico combinaba líneas graciosas con rotundeces prietas.

María Agrícola vivía aislada del mundo; don Juan Nopal y María Petra, el uno absorbido por las atenciones del ventorro y la otra entregada a los cuidados del hogar, se olvidaban de la rapaza, quien pasaba todo el día en el campo. Allí corría de peña en peña, mientras llevaba el ganado al abrevadero. Comía tunas y mezquites; reñía con el lobo, espantaba al tigrillo y lapidaba, despreciativa, al pastor su vecino que con sospechosas intenciones trató, más de una vez, de salirle al paso. Cuando la tarde se iba, echaba realada y canturreando una tonadita seguía a su rebaño, para dejarlo seguro en el corral de breñas, no sin antes conjurar a las bestias dañinas con palabras solemnes y misteriosas. Entonces regresaba a casa, consumía

una buena ración de tortillas con chile, bebía un jarro de pulque y se echaba sobre el petate, cogida por las garras del sueño.

La clientela de Don Juan Nopal iba en aumento. Por la venta desfilaban los caminantes: arrieros de la sierra, mestizos jacarandosos y fanfarrones, que llegaban hasta las puertas del tenducho, mientras afuera se quedaban pujando al peso de la carga de azúcar, de aguardiente o de frutas del semitropical, las acémilas sudorosas y trasijadas. Aquellos favorecedores charlaban y maldecían a gritos, comían a grandes mordidas y bebían como agua los brebajes alcoholizados. A la hora de pagar se portaban espléndidos.

O los indios que cargaban en propios lomos el producto de una semana entera de trabajo: dos docenas de cacharros de barro cocido, destinados al tianguis más próximo. Ocupaban aquellos tratantes el último rincón del ventorro. Ahí aguardaban, dóciles, la jícara de pulque que bebían silenciosamente. Pagaban el consumo con cobres resbaladizos de tan contados, para irse, presto, con su trocillo sempiterno.

O los otomíes que, en plan de pagar una manda, caminaban legua tras legua, llevando en andas a una imagen a la que escoltaban diez o doce compadritos, los que, por su cuenta, arrastraban una ristra de críos, en pos del borrico cargado con dos botas de pulque cada vez más ligeras, ante las embestidas de los sedientos. Entonces los cohetes reventaban contra el cielo, las mujeres gimoteaban llenas de piedad y los hombres alternaban alabanzas con canciones muy profanas, acompañadas por una guitarra sexta y un organillo en melódica pugna. Llegados a donde Juan Nopal, se olvidaban del pulque para dar contra el aguardiente. A poco aquello echaba humo; los hombres festejaban a carcajadas la fábula traviesa y la ocurrencia escatológica o se empeñaban en toscos juegos de manos. Las hembras se apretaban unas con otras y, con la vista vidriada por las lágrimas vertidas, seguían bebiendo con el mismo fervor con que elevaban plegarias y jaculatorias. El santo de las andas yacía maltrecho en medio del recinto.

O la caravana que acompañaba un cadáver de tres días, encaramado sobre los hombros de los deudos que fbanse turnando periódicamente. A un cadáver que había trepado montañas, atravesado valles, vadeado ríos y oscilado en la negrura de los abismos, con afán de cortar la distancia medianera entre el pueblito perdido en la sierra y la cabecera del municipio donde el "derecho de panteones" constituía el tributo más productivo. Esta multitud doliente llegaba a la casa de Juan Nopal y, después de repetidas libaciones por la "salud del fiel difuntito", limpiaba la bodega, mientras el féretro, tendido en medio camino, tronaba macabramente.

Con aquella clientela, Juan Nopal hacía su vida. La paz cubría el techo del hogar montero. El horizonte se hacía mezquino, porque se estrellaba en la falda del cerro interpuesto entre los terrenos del otomí y el valle anchuroso.

Cuando aquella pareja instaló su tienda de campaña frente al ventorro de Juan Nopal, éste, sin saber por qué, sintió hacia los recién llegados una gran simpatía. El hombre era de un color blanquero, prominente abdomen y movimientos un poco amanerados. Usaba lentes como aquellos tipos que tanto hacían reír al indio, cuando los miraba retratados en los periódicos que casualmente llegaban a sus manos.

Todas las mañanas, el nuevo vecino salía paso a paso en busca de piedras, que traía después a su tienda. Por las tardes remolía los pedruscos y observaba el polvo cuidadosamente.

Ella era una joven delicada y tímida. Su físico no cuadraba con la indumentaria: pantalones de burda tela que hacían resaltar grotescamente las protuberancias glúteas, para regocijo de Nopal y de su clientela; botas de cuero aceitado y un sombrero de paja que se ataba al cuello con un listón rojo. Sin embargo, cuando el dueño del ventorro observaba las desazones que la vida cerril provocaba a la mujercita, sentía por ella inexplicable compasión.

El hombre parecía más acostumbrado a las molestias de la rusticidad; iba y venía con pasos inalterables. En ocasiones cantaba con voz ronca y potente algo que a Juan Nopal le parecía muy cómico.

Las actividades del extraño tenían intrigado al indígena. Los arrieros serranos le dijeron que, por las botas, los pantalones bombachos y el sombrero de corcho, se podía sacar en claro que el vecino era ingeniero. Desde ese día don Juan Nopal señaló al hombre de la casa de campaña con el nombre de "ingeniero".

Una tarde, María Agrícola llegó sofocada.

-Eh, viejo, -dijo al padre en su lengua-, ése al que tú llamas ingeniero, me siguió por el monte.

-Querría que le ayudaras a coger esas piedrotas que a diario pepena...

-¿Piedrotas? No, si parecía chivo padre...Daban ganas de persogarlo con bozal debajo de un huizache y voltearle en el lomo un cántaro de agua fría...

Los ojos del indio se encapotaron.

El "ingeniero" entró en la venta. Pidió limonada y empezó a beberla lentamente. Habló de muchas cosas. Dijo que era minero, que venía a buscar plata entre el lomerío. Que su esposa lo acompañaba nada más para servirlo...Que era rico y poderoso.

El indio sólo escuchaba: "Puesto que mucho habla, mucho quiere" -rumiaba para sí la sentencia que le enseñaron su padres-. "Pero el que mucho habla, poco consigue", agregaba como coletilla de su propia cosecha.

Cuando María Agrícola pasó frente a ellos, el indio notó en el "ingeniero" un sacudimiento y descubrió en sus ojos el brillo inconfundible.

Al otro día, el hombre repitió la visita, sólo que esta vez venía acompañado de su esposa. A don Juan Nopal le cautivó la suavidad de modales de la hembra, igual que la tristeza que había en el fondo de sus ojos verdes. La voz apagada de ella acarició el oído del ventero, al mismo tiempo que las manos largas y transparentes atrapaban su voluntad. Esa tarde la visita del minero le fue grata.

Las estancias del "ingeniero" en la tienda menudeaban. Bebía limonada mientras decía cosas raras que el indio apenas si penetraba... Mas, de todas suertes, reía y reía por lo mucho de cómico que encontraba en el palique.

-Bien, don Juan dijo el minero por fin-, tengo para tí un buen negocio.

-Tu mercé dirás -respondió el otomí.

-¿Está muy caro el ganado por acá? ¿Cuánto, por ejemplo, sale costando una cabrita?

-El ganado en esta tierra no se vende. Los pocos animales que tiene nosotros, los guardamos para cuando nos toque la mayordomía del Santo Nicolás, al que rezamos los de Bojay que es mi tierra, allá, trastumbando el cerro más alto que devisas detrás de las ramas de aquel pirul... O para el día en que nos visita el Santo Niño del Puerto. Entonces hacemos matanza y no respetamos ni las cabras de leche, porque viene harta gente.

-Bien, bien, ¿pero si yo te ofrezco diez pesos por una cabrita, tú serías capaz de vendérmela?

-Pos qué que ni así -respondió el indio aparentando pocas ganas de tratar.

-Diez pesotes, hombre; nadie te dará más... Porque lo que yo quiero pagar más bien es un capricho.

Don Juan no respondió; pero hizo una mueca que, de tan equívoca, cualquiera la hubiese tomado por una aceptación.

-Hay entre tu ganado, don Juan, una cabra que me gusta mucho, tanto, que ya vez el pago que por ella te ofrezco.

-Si tu mercé la quieres, tienes que pagarme en centavos y quintos de cobre... A nosotros no me gusta el billete.

-En cobres tendrás los diez pesos, hombre desconfiado.

-Si ya tu mercé tienes visto el animalito, ve por él al monte.

-Sólo que -dijo el minero con desfachatez -la cabra que yo quiero tiene dos patas.

-Ja, ja, ja, -rió el indio estrepitosamente-. Y yo que no quería creer a los arrieros serranos, ora sí estoy cierto; tu mercé estás loco... ¡y bien loco! Chivas con dos patas. ¡Será la mujer del demonche, tú!

-Chiva de dos patas llamo a tu hija... ¿No lo entiendes imbécil?

-preguntó amoscado el forastero.

El indio borró la sonrisa que le había quedado prendida en los labios después de su carcajada y clavó la vista en el minero, tratando de penetrar en el abismo de aquella propuesta.

-Dí algo, parpadea siquiera, ídolo -gritó enojado el blanco-. Resuelve de una vez. ¿Me vendes a tu hija? Sí o no.

-¿No te da vergüenza a tu mercé? Es tan feo que yo la venda, como que tú la merques... Ellas se regalan a los hombres de la raza de uno, cuando no tienen compromisos y cuando saben trabajar la yunta.

-Cuando se cobra y se paga bien no hay vergüenza, don Juan -dijo el "ingeniero" suavizando el acento-. La raza no tiene nada que ver... y menos cuando se trata de la raza que ustedes los indios quieren conservar... ¡Bonita casta que no sirve más que para asustar a los niños que van a los museos!

-Pos las chivas de esa clase no han de ser tan feas, ya que tu mercé te interesas tanto por una.

-Te he dicho que es tan sólo un capricho mío... A lo mejor tú sales ganando un nieto mestizo. Un hijo de blanco que será más inteligente que tú. Un mestizo que valdrá más de diez pesos en cobres.

-No, ese ganado no está a la venta -repuso don Juan con un tonillo que denotaba no haber entendido o no haber querido entender las últimas palabras de su cliente.

-Se necesita ser estúpido para no tratar. En la costa regalan a las indias vírgenes, sólo con la esperanza de que tengan un hijo blanco, porque aquella gente entiende que la mezcla de los hombres es tan útil como una buena cruce en los ganados; pero ustedes los otomíes son tan cerrados, que ni pagándoles acceden a mejorarse.

Ahora en los ojos de don Juan había una chispa. Chispa en la que no reparó en su fogocidad el blanco.

-Bueno, en vista de tu necesidad, doblo la oferta. Veinte pesos por ella. ¡Veinte pesos en cobres de a cinco! No, no me la voy a llevar, porque las criadas indias en la ciudad son inútiles y puercas. Solamente quiero que le digas que se bañe y que la aconsejes para que no sea mala conmigo, que no me arañe ni me tire de patadas... Después te la dejo. No pago más que el silencio, porque a mí no me convendría que nadie se enterara, ¿sabes? -dijo mientras miraba hacia la tienda de campaña, donde la mujer blanca recosía ropa, sentada cerca de la puerta.

-No, tu mercé eres mala gente. Ya te digo que por'ay no l'entro... ¡Y de paso, pos pagas tan pocos fierros!

-Veinticinco pesos en cobres... En cobres, oíste -ofreció terminantemente el comprador.

-Te voy a enseñar a tu mercé a tratar ganados -dijo pachorrudamente el otomí, mientras sacaba una bolsa gruesa del cajón del mostrador-. Aquí hay cien pesos en cobres... Y como yo creo con tu mercé que las cruzas son buenas, quisiera yo también mejorar mi casta. Pero la mía, no la ajena. Cien pesos que te doy por tu mujer. Tráimela, yo no pongo condiciones... Aunque me arañe, me muerda y me patié. Yo no pago el silencio, eso te lo doy de ribete; puede tu mercé contarlo a todo el mundo. Tampoco te pido que la bañes, déjamela así.

Entonces el que permaneció en silencio fue el "ingeniero".

-Tu mercé te la llevas, a mí aquí en el monte no me sirve... ¡Capaz de que se quebre! Tu mercé cargas con ella; pero eso sí, con la garantía de que pronto tendrás un mestizo bonito y trabajador que te diga papá... Son buenas las cruzas de sangre; pero lo mejor de ellas es que se pueden hacer lo mismo de macho a hembra que de hembra a macho... ¿O qué opinas tu mercé?

-Pero esto es bestial... Se te ha soltado la lengua, ídolo.

-Resuelve luego -continuó Juan-, porque yo cuando me alboroto luego me da por retozar. Cien pesos en cobres; ninguno te dará más, porque está tan canija, si apenas que con su peso levanta la vara de la romana. No merco ni la carne ni el pellejo, sólo te compro a tu mercé el modito de ella... Pero si no te gusta este trato, tengo otro que proponerte... ¡Tu dirás!

La mirada de ambos coincidió entonces en un solo punto. Cuatro ojos se clavaron en un machete que colgaba del mostrador al alcance de la mano del indio.

-¡Cien pesos por un modito, señor ingeniero! -repitió con retintín don Juan. En su boca había una sonrisa que rivalizaba en frialdad con la hoja de acero.

A la mañana siguiente, don Juan Nopal se sorprendió de no encontrar frente a su casa la tienda de campaña del "ingeniero". Había sido desmontada precipitadamente antes de la media noche. El amanecer había sorprendido a los fugitivos blancos en la cumbre del cerro de "El Jilote".

María Agrícola, irguiendo el cuerpo fino y flexible, como las armas de los flecheros, dejaba que el aire revolviere el negror de sus trenzas, mientras veía cómo una polvareda se alzaba por allá, cerca de la barranca de "El Cántaro", punto cercano a la vía del ferrocarril.

Cristales

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN"

Si el alma un cristal tuviera

Mi amigo Cristóbal siempre estaba triste... no, no es ésa la palabra; era aquello una frialdad, una indiferencia, una abstinencia de toda emoción fuerte, confiada, entusiástica... No sé cómo explicarlo... Hacia daño la vida junto a él. Sus ojos de un azul muy claro y de pupilas muy brillantes, brillantes desde una oscuridad misteriosa y preguntona, parecían el decorado de Pedro Recio de toda expansión, de toda admiración, de todo optimismo; amar, admirar, confiar, en presencia de aquellos ojos era imposible; a todo opinan el veto del desencanto previo. Y lo peor era que todo lo decían con modestia, casi con temor; la mirada de Cristóbal era humilde, jamás prolongada. Podría decirse que destilaba hielo⁵ y echaba a correr.

¿Por qué era así Cristóbal, por qué miraba así? Un día lo supe por casualidad.

<<El mejor amigo, un duro>>

-dijo delante de nosotros no sé quién.

-Me irritan -dije a Cristóbal en cuanto quedamos solos- me irritan estos vanos aforismos de la falsa sabiduría escéptica, plebeya y superficial; creo que el mundo debe en gran parte sus tristezas morales a este grosero y limitado positivismo callejero que con un refrán mata un ideal...

<<Sin embargo>>, dijeron a su modo los ojos de Cristóbal, y sus labios sonrieron y por fin rompieron a hablar.

-Un duro... no será gran amigo; pero acaso no hay otro mejor.

Otros lloran la perfidia de una mujer... Yo me había enamorado de la amistad; *había nacido* para ella. Encontré a mi amigo en la adolescencia; partimos el pan del entusiasmo, el maná de la fe en el porvenir. Juntos emprendimos la conquista del ensueño. Cuando la *bufera infernal* del desengaño nos azotó el rostro, no separamos nuestras manos que se estrechaban como a *Paolo y Francesca*, abrazados nos arrebató el viento... Los dos vivíamos para el arte, para la poesía, para la meditación; pero yo era autor dramático, y él no. Menos el *don* del teatro que niega Zola, tal vez porque no lo tiene, todo lo dividíamos Fernando y yo. Nuestra gloria y nuestro dinero eran bienes comunes para los dos. El mundo, con su opinión autoritaria, vino a sancionar estos lazos; se nos consideró unidos por una cadena de hierro inquebrantable. Así sea, dijimos. Y en nuestro espíritu nació uno de esos dogmas cerrados en falso con que la humanidad se engaña tantas veces.

Yo había notado que Fernando era muy egoísta; de la terrible clase de los inconscientes, era egoísta como rumiante, tenía el estómago así. Pero había notado también que yo aunque más refinado y lleno de complicaciones, era más egoísta. <<¿Cómo puede vivir nuestra amistad entre estos egoísmos? Vive en su atmósfera>>, pensaba yo; observando que mi amigo tenía vanidad por mi, preocupaciones, antipatías y odios por mí. Yo también me sentí ofendido cuando censuraban a Fernando; este derecho de encontrarle defectos me lo reservaba; pero no veía en ello malicia, porque también yo con cierta voluptuosidad, examinaba yo mis propias máculas y deficiencias, creyéndome humilde. Uno de los disfraces que el diablo se pone con más gusto para sus tentaciones es el de santo.

Cierta noche se estrenó un drama mío

era de esos en que se *rompen moldes* y se apura la paciencia del público adocenado, pero no tal malévolo como suponen los autores. En resumidas cuentas, y desde el punto de vista del mundanal ruido¹⁰, el éxito fue un descalabro. Una minoría tan selecta como poco numerosa me defendía con paradojas insostenibles, con hipérbolos que equivalían a subirme en vilo por los cielos para dejarme caer y aplastarme. En el saloncillo bramaba una verdadera tempestad crítica. La fórmula era darme enhorabuena, pero con las de Caín. En cuanto yo daba la vuelta, se discutía el género, la tendencia, y por último, se

desollaba a mí. Entonces acudían los amigos; me ensalzaban a mí y le echaban una mano protectora al género, a la tendencia. Yo recibía los parabienes con cara de Pascua, pero en calidad de cordero protagonista.

Lo que nadie decía, pero lo que pensaban todos, era esto: <<La culpa no es del género, no es de los *moldes nuevos*, es del repostero éste, es del ingenio mezquino que se ha metido en moldes de once varas. Se ha equivocado. Esta es la fija. Se ha equivocado.>>

Así pensaban los enemigos; y aun lo insinuaban, atacándole de soslayo. Y así pensaban los amigos, defendiéndome de frente e insinuándolo más con esta franca defensa.

¿Y Fernando? Fernando me defendía casi a puñetazos. En poco estuvo que no tuviese dos o tres lances personales. Yo le oía de lejos; no le veía.

El no pensaba que yo le oía. Su defensa, apasionada; furiosa, era ingenua, leal. ¡Qué entusiasmo el suyo! Era ordinariamente moderado, casi frío; pero aquella noche, ¡qué exaltación!

-Le ciega la amistad- se oía por todos los rincones.

¡Qué no me hubiera cegado aquella noche a mí!

Como se recogen los restos gloriosos de una bandera salvada en una derrota, Fernando me recogió a mí, me sacó del teatro y me llevó a nuestra tertulia de última hora, en un gabinete reservado de un café elegante.

Al entrar allí me fije, por primera vez en aquella noche, en el rostro de mi amigo, que vi reflejado en un espejo. Sentí un escalofrío. Me atreví a mirarle a él cara a cara. Y en efecto, estaba como su imagen. Aún había en el amigo no sé qué de pasión que no había en el espejo. Estaba radiante. En sus ojos brillaba la dicha suprema con rayos que sólo son de la dicha, que no cabe confundir con otros. Fernando, muy diferente de mí en esto, era un amador de mucha fuerza y de buena suerte; para él la mujer era lo que para mí la amistad: su buena fortuna en galanteos le hacía feliz. Su rostro, generalmente frío, soso, de poca expresión, se animaba con destellos diabólicos, de pasión intensa, cuando conseguía su amor propio grandes triunfos de amor ajeno. Pero tan hermosamente transfigurado por las emociones fuertes y placenteras, como le vi aquella noche, en aquel gabinete del café, no le había visto ni siquiera en la ocasión solemne en que vino a pedirme que le dejara solo en casa con su conquista más preciosa: la mujer de un amigo.

Mientras cenábamos, me fijé en los ojos de Fernando. Allí se concentraba la cifra del misterio. Allí se leía, como clave del enigma: <<¡Felicidad! ¡La mayor felicidad que cabe en este cuerpo y en este espíritu de artista, de egoísta, de hombre sin fe, sin vínculos fuertes con el deber y el sacrificio!>>

¡Si el alma un cristal tuviera!... ¡Oh! ¡Si! lo tenía! Yo leía en el alma de Fernando, a través de sus ojos, como en un libro de psicología moderna, como en páginas de Bourget.

Fernando era feliz aquella noche de una manera feroz; sin saberlo, sí, como las fieras. Sabía él por experiencia propia, que la quintaesencia del sentimiento de un artista, de lo que éste cree su corazón, tal vez porque no tiene otro mejor, y no es más que una burbuja delicada y finísima, un coágulo de vanidad enferma, estaba padeciendo dentro de mí dolores indecibles; sabía que el público y los falsos amigos me habían dado tormento en la flor del alma artificiosa del poeta... pero no sabía que él, su vanidad, su egoísmo, su envidia, se estaban dando un banquete de chacales con los despojos del pobre orgullo mío triturado.

¡Qué luz mística, del misticismo infernal de las pasiones fuertes, pero mundanas, en sus ojos! ¡Cómo se quedaba en éxtasis de placer, sin sospecharlo! ¡Y qué decididor, qué generoso, qué expansivo! *Lo amaba todo* aquella noche. Hubiera sido *caritativo* hasta el heroísmo. Su dicha de egoísta le inspiraba este espejismo de abnegación. Sin duda creía que el mundo *seguía siendo* él. Oía las armonías de los astros. Y para mí, ¡qué cuidados, qué atenciones! ¡Qué hermano tenía en él! Se hubiera batido, puedo jurarlo, por mi fama. ¡Y el infeliz, sin sospechar siquiera que estaba gozando una dicha de salvaje civilizado, de carnívoro espiritual, y que esa dicha se alimentaba con sangre de mi alma, con el meollo de mis huesos duros

de vanidoso incurable, de escritor de oficio!

Aquel espectáculo que me irritó al principio, que fue supremamente doloroso, fue convirtiéndose poco a poco en melancólica voluptuosidad. El examen, lleno de amargura, del alma de Fernando, que yo veía en sus ojos, se fue tornando en interesante labor finísima; no tardó mi vanidad, tan herida, en rehacerse con el placer íntimo, recóndito, de analizar aquella miseria ajena. ¡Cuánta filosofía en pocos minutos! A los postres de la tal cena, en que el único apóstol comensal era un Justo, sin saberlo, a los postres, ya recordaba yo mi obrera del teatro como una desgracia lejana, de poética perspectiva. El descalabro, el martirio oculto de mi amor propio, la perfidia de los falsos amigos y compañeros, todo eso quedaba confundido con la común miseria humana, entre las lacerias fatales necesarias de la vida... En mi cerebro, como un sol de justicia, brillaba mi resignación, mi frío análisis del alma ajena, mi honda filosofía, ni pesimista ni optimista, que no otorgaba a los *datos históricos*, al fin empíricos, siempre pocos, más valor del que tienen... Y lo que más me confortó fue el sentimiento íntimo de que el dolor intenso que me producía la traición inconsciente de Fernando, no me inspiraba odio para él, ni siquiera desprecio, sino lástima cariñosa. <<Le perdonaba, porque no sabía lo que hacía>>

<<Mi dogma, la amistad, me dije, no se derrumba esta noche como mi pobre drama; Fernando no me quiere de verdad, no es mi amigo, ¿y qué? lo seré yo suyo, le querré yo a él. Su amistad no existía, la mía sí>>.

En tal estado, llegué a mi casa. Entré en mi cuarto. Comencé a desvestirme, siempre con la imagen de Fernando radiante de dicha íntima, apasionada, ante los ojos de la fantasía. Mi espíritu nadaba con la felicidad *austera* de la conciencia satisfecha, de la superioridad racional, mística, del alma resignada y humilde... ¡Qué importaba el drama, qué importaba la vanidad, qué importaba todo lo mundano... qué importaba la feroz envidia satisfecha del que se creía amigo!... Lo serio, lo importante, lo noble, lo grande, lo *eterno*, era la satisfacción propia, estar contento de sí mismo, elevarse sobre el vulgo, sobre las tristes pasiones de Fernando... Antes de apagar la luz del lavabo me vi en el espejo. ¡Vi mis ojos! ¡Oh mis ojos! ¡Qué expresión la suya! ¡Qué *crisales*! ¡Qué orgullo infinito! ¡Qué dicha satánica! Yo estaba pálido, pero, ¡qué ojos! ¡Qué hoguera de vanidad, de egoísmo! Allí dentro ardía Fernando, reducido a polvo vil... Era una pobre víctima ante el altar de mi orgullo, de mi orgullo, infierno abreviado. ¿Y la amistad? ¿La mía? ¡Ay! Detrás de los cristales de mis ojos yo no vi ningún ángel como la amistad lo sería si existiese; sólo vi demonios; y yo, el *autor del drama*, era el diablo mayor... tal vez por razón de perspectiva...

Solo

HORACIO SALAZAR ORTIZ

A Andrés Huerta

Estoy solo.
 Pero con una soledad más honda
 que la de Robinson en su isla florida.
 Esto, que puede parecer una queja,
 sólo es el reconocimiento de un hecho.
 Afuera, bajo el sol invernal,
 el viento mueve las hojas de los olmos,
 silba en las vidrieras
 y mete su rumor en las cortinas.
 La compañía del viento no me gusta.
 Si hubiera menos polvo
 tal vez el asma fuera más benigna.
 Pero lo peor del caso no es el asma,
 porque sin su presencia dura y fría,
 ¿quién estaría conmigo en esta hora?
 Pero juzgad, que una sandez tras otra
 van brotando palabras como versos.
 Imposible estar solo si se tienen
 las voces que una vez creímos nuestras,
 el viento que susurra en los cristales,
 los árboles desnudos del otoño,
 la piel de pino de un amor difunto...
 Imposible estar solo si se tienen
 la soledad, el asma y la palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Tiempo

¿Cómo este ojo brillante, este minuto en llamas
 que es el mío y en donde me sumerjo,
 puede ser arrancado al gran cuerpo luminoso del tiempo,
 cómo puedo formar constelaciones de minutos,
 parejas de astros girando tomados de la mano?

Es un cauce de musgo verde y piedras limadas,
 es una abierta vena vegetal
 el camino por donde el tiempo rema,
 sereno y tenso, ¿qué sombra de qué pájaro
 se reconoce sobre su agua?

Toda la soledad...

ARTURO CANTÚ

Toda la soledad que hay en tus ojos de pantera dormida
tus labios de cascada infinita cerca de mí finos y suaves
como el agua.

la plena redondez que hay en la angustia de tus senos
ocultos en tus pezones frágiles erectos
lo que me niegas hoy
lo que no me dirías aunque muriera aquí clavado
de rodillas

las aves voluptuosas de tus manos
tus muslos
órbitas desencadenadas como sombras de pronto
prisioneras.

Todo el rencor que hay en tus ojos de vórtice nevado
por las lágrimas
el congelado frío que reservas a mis dulces axilas
tu voz opaca y resonante como estertor agónico y
orgiástico

tus manos de paloma equidistante
tu alambicado corazón dispuesto
el oculto ignorado de tus dientes
tu amor

todo tu amor de avispa incandescente
tu agreste seriedad pálida y niña de cirio que aún no arde
lo que no me conoces

lo que ignoras del fuego de mi pelo
la sobriedad de ti cuando tú quieres y el quebranto
de cabra montés que te atosiga

tu corazón de sangre sin orillas
el resonante júbilo sin ecos de tu risa
tus alegres maneras de muchacho cansado de la vida
la sombra de tu cuerpo sorprendida como una

prostituta enamorada
tus ingles de navajas flexibles y estiletos de sombra
perforados

tu región de cristales inviolables
la doncellez de piedra bajo el agua que te circunda a
nado

tu voz de címbalos marchitos de ceniza en fuego
tu serpiente de sol sin horizontes
la acritud de tus sílabas desnudas

la franca rebeldía de tus senos que se desatan como
fieras liberadas.

Tus ojos de reptil bajo la lluvia
la alegría en derrota de tu risa
al derruido templo en que dejabas tu doncellez de
enunco entelerida

tus proféticas cejas de sibila
toda la madurez de tus caricias en tu entera intención
de no jurar palabras

y a veces
la espesa miel ardiendo entre tus labios para que nadie
finja que te odia.

Romance de la soledad

PEDRO GARFIAS

Homenaje a Góngora

Aquí estoy sobre mis montes
pastor de mis soledades.

Los ojos fieros clavados
como arpones en el aire.

La cayada de mi verso
apuntalando la tarde.

Quiebra la luz en mis ojos
la plenitud de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos
retumbos de tempestades.

mi corazón se acelera
sobre el volar de las aves.

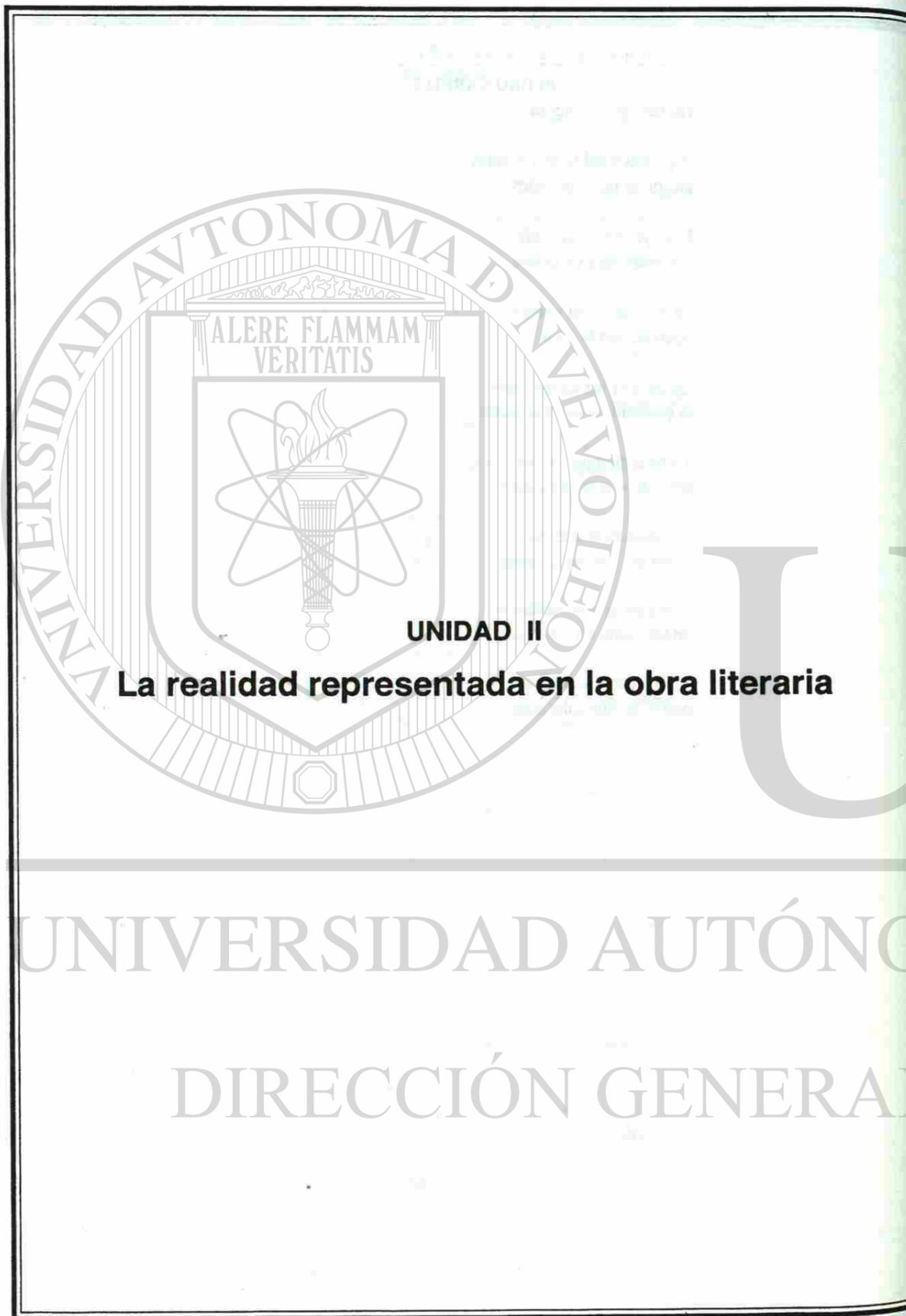
Vibra mi sien al zumbido
de los vientos y los mares.

Y aquí estoy sobre mis montes
pastor de mis soledades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA REALIDAD REPRESENTADA EN LA OBRA LITERARIA

Objetivos:

Que el alumno:

1. A través de la lectura identifique la realidad que refleja la obra literaria.
- 2.- Identifique el tipo de realidad que representa la obra en su dimensión social, política o económica.
- 3.- Ubique aspectos de la realidad representada en una dimensión nacional, regional o familiar.
- 4.- Identifique valores presentes en las obras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA REALIDAD REPRESENTADA EN LA OBRA LITERARIA

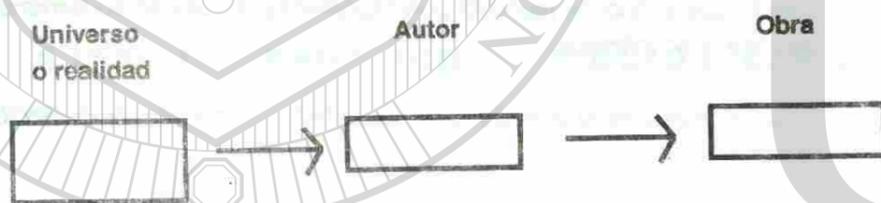
*"La verdadera vida, la vida al fin descubierta y aclarada,
la única vida por consiguiente realmente vivida, es la literatura"*

Marcel Proust

Toda obra literaria independientemente de su significado y valor es sin duda el reflejo de una realidad: la poesía, el cuento, la novela y las demás manifestaciones literarias. Con base en esta consideración surgirán una serie de preguntas cuyas respuestas trataremos de aclarar enseguida.

Comúnmente se piensa que en toda obra literaria lo que se considera más importante es la vida del autor y las circunstancias en las que vivió; es evidente que estos aspectos son relevantes, más no es todo lo que se debe ver en la obra literaria, si nos circunscribimos a lo anterior, estaríamos dejando fuera otros elementos de trascendencia como el momento histórico, social, político, económico que se toma de esa realidad y que el autor de alguna manera reconstruye en su obra.

Existen tres elementos que determinan el valor que la realidad tiene dentro de lo que nos proponemos estudiar en esta unidad: El universo o realidad, el autor o artista y la obra. Gráficamente tendríamos:



Sin lugar a dudas el autor toma su materia prima de la realidad existente, la interpreta y la matiza con sus rasgos personales y finalmente crea un producto, en este caso, con la escritura le da forma a su obra.

La realidad de donde el autor se nutre se integra de diferentes aspectos o valores que constituyen finalmente el marco referencial que nos remite a nociones convencionales para todos: la familia, la sociedad, el estado, la moral y otros, aunados al mundo de los objetos y las cosas que nos rodean. También existe un universo de sensaciones y emociones donde se reúne todo el mundo afectivo del ser humano. En estas dos direcciones se desplaza la concepción de realidad; por un lado se puede dar en forma objetiva, o bien, subjetiva. También el autor puede buscar un punto de equilibrio; entre estos aspectos mencionados, nos enfrentaremos con innumerables ejemplos en los que el autor se vuelca más sensible o se manifiesta en un grado menor de sensibilidad como lo veremos en los siguientes ejemplos:

Soneto de la esperanza

XAVIER VILLAURRUTIA

- | | | |
|----|---|--|
| 1 | Amar es prolongar el breve instante | A mar es pro lon gar el bre veins, tan te |
| 2 | de angustia, de ansiedad y de tormento | dean gus tia, dean sie dad y de tor men to |
| 3 | en que, mientras espero, te presiento | en que, mien tras es pe ro, te pre sien to |
| 4 | en la sombra suspenso y delirante. | en la som bra sus pen soy de li ran te. |
| 5 | ¡Yo quisiera anular de tu cambiante | ¡Yo qui sie raa nu lar de tu cam bian te |
| 6 | y fugitivo ser el movimiento, | y fu gi ti vo ser el mo vi mien to, |
| 7 | y cautivarte con el pensamiento | y cau ti var te con el pen sa mien to |
| 8 | y por él sólo ser tu solo amante! | y por él só lo ser tu so loa man te! |
| 9 | Pues si no quiero ver, mientras avanza | Pues si no quie ro ver, mien tras a van za |
| 10 | el tiempo indiferente a quien más quiero, | el tiem poin di fe ren tea, quien más quie ro, |
| 11 | para soñar despierto en su tardanza. | pa ra so ñar des pier toen su tar dan za. |
| 12 | La sola posesión de lo que espero, | La so la po se sión de lo quees pe ro, |
| 13 | es porque cuando llega mi esperanza | es por que cuan do lle ga mies pe ran za |
| 14 | es cuando ya sin esperanza muero. | es cuan do ya sin es pe ran za mue ro. |

Morir en el Golfo
(fragmento)

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN

A las dos de la tarde del día siguiente, entré mi contacto al restaurante Sep's en Insurgentes Centro, a cuadra y media de mi departamento y a tres de las oficinas de la Federal de Seguridad, en la Plaza de la República, frente al monumento a la Revolución. El lugar tenía entonces mesas que daban a la calle, pero busqué un rincón adentro, protegido del sol. Atrás de mí entró mi contacto, como si hubiera vigilado mi llegada desde un punto cercano.

-No puedo comer con usted -dijo al sentarse, quitándose los lentes. Los usaba levemente oscuros para protegerse de una fofobia. Simbolizaban bien la índole de su trabajo en la sombra. -Pero tampoco quise dejar de atender su llamado. Me preocupó mucho su telefonema de ayer, porque dimos por cerrado ese asunto. Cuénteme qué pasó.

Había llegado al Sep's sin una idea clara de lo que iba a plantearle, urgido de un vínculo, más que convencido de un camino a seguir. Llegado al momento, me oí diciendo, como si oyera a otro: -Se recibieron dos llamadas telefónicas con amenazas para Anabela.

-¿Se refiere usted a la viuda del presidente municipal de Chicontepec? -dijo mi contacto, rehusando la intimidad del nombre.

-La viuda, sí.

-¿Qué decían las llamadas?

-Amenazas de muerte para ella y para sus hijos. En los dos casos dijeron que iba a pasarles lo que al presidente municipal. Y que no los habían olvidado.

-¿Cuándo fueron esas llamadas?

-Noviembre 2 y noviembre 3 -me oí decir.

-Hoy es noviembre 19 -reparó mi contacto.

-Dejó pasar dos semanas antes de notificarme. ¿Por qué la urgencia ayer?

-Porque hasta ayer me lo contó la viuda. Tuvo un ataque nervioso.

-No es mujer de ataques nerviosos. Debe estar muy preocupada.

-No lo estaba, incluso salimos de vacaciones -dije previniendo que lo averiguaría con facilidad. -Pero ayer hubo un incidente con el hijo en Cuernavaca.

-¿Qué incidente?

-Desapareció tres horas. Se fue sin avisar a casa de un amigo y regresó tres horas después. Normal, pero la viuda pensó otra cosa.

-¿Qué pensó?

-Que empezaban a cumplirse las amenazas. Acabábamos de llegar de viaje y estábamos aquí en la ciudad -seguí elaborando.

-Cuando le dijeron en Cuernavaca que el muchacho no había regresado, me contó lo de las amenazas. Por eso le llamé hasta ayer.

-¿Hay algún indicio de que las llamadas vinieran del amigo de Poza Rica? -dijo mi contacto.

-Repitieron por el teléfono los lemas de Pizarro.

-¿Cuáles lemas?

-"Romper para crear". "El que sabe sumar, sabe dividir"

-Esos lemas los sabe cualquiera que haya leído su columna -dijo mi contacto.

-Si va a empezar a convencerme de que no hay problema, le recuerdo cómo empezó todo esto y -a dónde llegó -dije.

-Recuerdo muy bien -dijo. Sacó un cigarrillo de su pitillera y lo prendió con su habitual parsimonia. Vio sus ojillos entre el humo, irritados por el poco sueño o por el propio humo, desconfiadamente fijos en mí. -¿Qué podemos hacer para evitar riesgos?

-Conservar la vigilancia un tiempo -pedí.

-De acuerdo. Pero es un remedio temporal.

-Es suficiente por lo pronto. La viuda planea irse de México. Probablemente a residir en Los Angeles.

-¿Cuándo piensa irse?

-Dos meses o tres.

Es mucho tiempo para cosas como estas, paisano -dijo mi contacto, echando a andar entre el humo su máquina interna de cálculo. -Debemos también negociar con Pizarro.

-Ya negociamos una vez con Pizarro

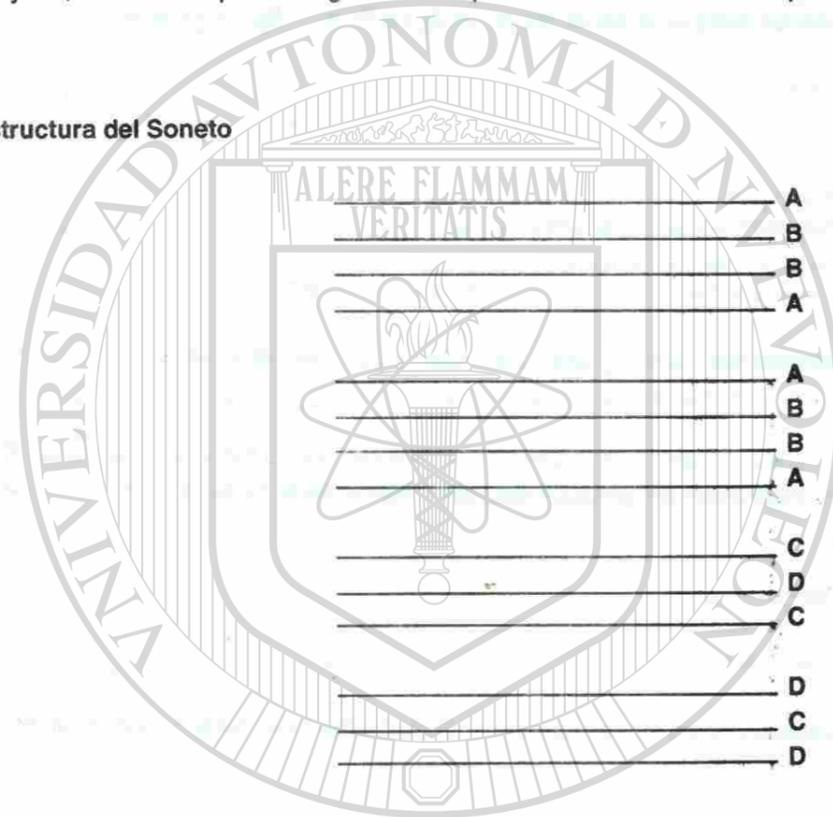
(pp. 172 y 173).

Las diferencias entre los ejemplos están muy bien marcadas en cuanto a su contenido; en el poema se expresa un yo interno, proyectando sentimientos de angustia, tormento, soledad y desesperación por la larga espera de un ser amado donde se dan los presentimientos delirantes; el poeta quisiera que se volviera estática la mutabilidad del ser y tenerlo cautivo en su pensamiento, y únicamente con el pensamiento sentirse su amante. El autor se muestra muy subjetivo. En el segundo ejemplo, su autor es más objetivo en tanto que narra los acontecimientos tal y como

los ve, fuera de su yo y a través de los personajes del relato.

En cuanto a la estructura de las dos composiciones, la primera es un soneto compuesto de 14 versos endecasílabos, dividido en dos cuartetos y dos tercetos, rima consonante y las combinaciones son ABBA, ABBA, CDC y DCD. Hay sinalefa en los versos 1, 2, 4, 5, 8, 10, 11, 12 y 13; mientras que la segunda composición está escrita en prosa con empleo de diálogos.

Estructura del Soneto



ABBA ABBA CDC DCD y sinalefa en los versos 1,2, 4,5,8,10,11,12 y 13.

Ya sea que el autor se muestre más o menos objetivo o más o menos subjetivo en su obra, ésta se relaciona con hechos, circunstancias, lugares, personas o cosas a que hace referencia y que independientemente de la voluntad del autor, son el reflejo de las ideas, concepciones, creencias y valoraciones vigentes en una realidad histórica.

Para conocer ese universo representado en la obra escrita, es necesario entender su conformación por todas las cosas que lo integran y el conjunto de los hechos que tienen lugar en un tiempo y espacio determinados.

La literatura no se puede comprender al margen de la vida, es espacio de emociones, sensaciones, pensamientos y valores que contienen en sí mismos una concepción del mundo objetivo, distinto al mundo subjetivo del autor, con el que construye un universo a través de la escritura. En esta creación se reflejan ambientes, costumbres, modos de ser y un paisaje espiritual.

El creador es un ser sensible con capacidad de percibir lo que le rodea. De ese universo

toma lo que le impacta, lo interioriza, lo hace propio, capta los diferentes matices de la realidad, y selecciona el material que le servirá para darle forma a su obra. Como lo expresa Roa Bastos:

“Como escritor que no puede trabajar la materia de lo imaginario sino a partir de la realidad, siempre creía que para escribir es necesario leer antes un texto no escrito, escuchar y oír antes los sonidos de un discurso oral formulado aún pero presente ya en los armónicos de la memoria. Contemplar, en suma, junto con la percepción auditiva, ese tejido de signos no precisamente alfabéticos sino fónicos y hasta visuales que forman un texto imaginario. Mi iniciación en la literatura se debió al influjo de esta creencia.”

La obra literaria es entonces un vehículo para ver, percibir y sentir esa realidad. Una obra se vuelve significativa cuando nos permite entender, relacionar, confrontar los diferentes contenidos que le dan forma, y de este modo abrir una serie de posibilidades para valorarla e interpretarla.

Por su parte, para el lector la obra literaria es una fuente inagotable de conocimientos por el universo que subyace en ella; es decir lo que no se lee con el mero contacto del ojo con la letra impresa, sino lo que está más allá, es decir, aquellas partes de la realidad a las que sólo podemos llegar a través de los diferentes tipos de lectura. Cada lectura se convertirá, de este modo, en un nuevo acercamiento al texto literario.

Existe una relación muy estrecha entre la obra literaria y la sociedad porque ésta condiciona las diferentes formas de pensar y de ver el mundo, ambas se necesitan y complementan; trataremos de explicar estas afirmaciones en el siguiente resumen; algunos estudiosos del tema proponen que el procedimiento en vías de aclarar el grado de influencia o relación de la literatura con la sociedad, consiste en recurrir al estudio de la obra literaria como documento social, como supuestos retratos de la realidad social.

En la creación de una obra intervienen entre otros elementos, el lenguaje que como todos sabemos ha sido una creación convencionalmente social; el metro, los simbolismos y las normas literarias, creadas también por la sociedad.

El escritor por su parte como miembro de una sociedad, se podría señalar de él su procedencia social, el trasfondo familiar, la posición económica, y en sí todo el ambiente en el que se desenvuelve. En la historia de la literatura, se han podido ubicar los diferentes grupos de artistas; así tenemos aristócratas, burgueses y proletarios, sin embargo para muchos críticos, los escritores quedarían enmarcados en la burguesía; para otros críticos, aquellos formarían parte de las clases medias sobre todo en los últimos años, sin embargo, la procedencia social del escritor no es único factor determinante para establecer el tipo de relación de su obra con la sociedad, porque no todos los escritores se pronuncian por representar los intereses de su clase; muchos se han puesto al servicio de una clase distinta de la suya propia.

Otra distinción que se puede hacer, será respecto a su grado de integración en el proceso social; en la literatura popular, esta integración es muy íntima, pero se puede dar el caso que exista un distanciamiento social. En la época moderna ha surgido una clase intermedia de profesionales relativamente independiente, tocará a la sociología literaria determinar su condición social, el grado de dependencia respecto a la clase dominante, las fuentes económicas de su sostenimiento, así como el prestigio que tenga.

Hasta antes de la Revolución Francesa la literatura había funcionado como un medio de entretenimiento de las clases dominantes, así se puede estudiar el papel de los aedos y los rapsodas, los trágicos y comediógrafos griegos, los bardos célticos, los juglares y trovadores medioevales, etc., su sostenimiento económico dependía estrechamente del favor de su público, o eran protegidos por los nobles, y poco favorecidos por el público lector. A partir del siglo XIX y en la actualidad, el escritor y su obra tienen otra función que cumplir; se critica la sociedad en que se vive, del mero entretenimiento, pasa a ser juez condenando o salvando éticamente al hombre contemporáneo.

Utilizada como documento social, la obra literaria puede ser que marque las líneas generales de la historia social, así muchos autores han advertido que las diferentes obras contienen verdaderos tipos sociales, otros reflejan los estratos sociales. En la época isabelina las obras reflejan la clase media, la pequeña nobleza campesina y los clérigos rurales del principio del siglo XIX; Balzac se cita como un ejemplo clásico quien en su *Comedia Humana*, plasma las estratificaciones sociales de la aristocracia francesa, asimismo la obra literaria puede reflejar algunos fenómenos sociales que se manifiestan en actitudes y comportamientos en las diferentes épocas.

El escritor como parte de una realidad social no sólo experimenta la influencia de ésta, sino también la que él ejerce en diferentes niveles. El más inmediato consiste en los lectores y, otro más profundo que trasciende hasta la sociedad objetivamente. En el primer caso la influencia en el lector se manifiesta a través de la representación de la vida encarnada en los personajes; moldeando al individuo en cuanto a ideas, sentimiento y otros aspectos de importancia. En el segundo caso se pretende representar fielmente las relaciones sociales tal y como son, despertando en el lector la duda de los aspectos negativos del orden social establecido, aún cuando el autor haya experimentado tales características. Es así como la influencia de la literatura sobre la sociedad se da sutilmente y en forma indirecta, no es posible que produzca cambios tajantes e inmediatos, lo que sí puede hacer es contribuir a cambiar la sensibilidad colectiva, generando un ambiente de creencias que hará posible tal vez, un cambio que pueda darse posteriormente.

En la unidad anterior, al estudiar la obra literaria desde el punto de vista de los valores, pudiste constatar su existencia y jerarquización desde diferentes posturas. A través del estudio de las obras literarias que se proponen en esta unidad, se analiza la realidad que se presenta, ya sea de carácter social, económico o político en su dimensión general y una realidad nacional, regional o familiar en su dimensión particular.

Las lecturas que se seleccionaron son de corta extensión con el fin de acercarte a ti estudiante, a la comprensión y análisis de este tipo de textos. Esperamos que continúes con el proceso de la lecto-escritura que desde el módulo I has estudiado; deseamos que con todo ello, se cumpla el objetivo propuesto y despierte en ti la inquietud por efectuar lecturas de mayor extensión así como de mayor profundidad.

Actividades generales que deberán realizarse en todas las lecturas propuestas

- 1.- Lectura cuidadosa del texto.
- 2.- Investigar las palabras que presentan dificultades de significado.
- 3.- Ubicación de los aspectos de la realidad representada en la obra.
- 4.- Retomar la identificación de los valores y su clasificación.
- 5.- Relacionar el contenido de cada obra con acciones, y hechos de la vida real.
- 6.- Realizar las actividades específicas señaladas en cada lectura.

Actividades introductorias

La comprensión de un texto sea éste poesía, cuento, novela u otra forma literaria, depende del tipo de lectura que se haga; te proponemos que hagas una lectura cuidadosa y retomes las indicaciones de las técnicas que se han estudiado en el Módulo I, asimismo te recomendamos que consultes el diccionario en la medida en que lo creas conveniente.

Al realizar las actividades introductorias te darás cuenta que en los poemas se dan realidades diferentes que es en esencia el enfoque que se propone para esta unidad, sin dejar de lado la identificación de valores que se presentan en cada una de las obras, tema que ya estudiaste en la unidad anterior; respecto a las demás actividades que se proponen en cada una de las lecturas, te pedimos que las realices en forma completa y atendiendo a las indicaciones de tu maestro.

Pasatiempo
Mario Benedetti

1. Lee el poema.
2. Reflexiona sobre su contenido.
3. Explica los siguientes versos:
"Ya le dimos alcance a la verdad"
"el océano es por fin el océano".
4. Escribe un comentario sobre lo que nos quiere decir el autor.

Pasatiempo

MARIO BENEDETTI

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía

cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra

ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros

ahora veterano
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra

MARIO BENEDETTI

(Paso de los Toros, Uruguay, 1920). Los temas de sus libros giran en torno a la realidad de su país, la mediocridad de la vida del empleado y las frustraciones del hombre contemporáneo. Ha cultivado la narrativa, la poesía, el ensayo, la crítica, el humorismo y la canción. Entre sus narraciones destacan *Montevideanos* (1959), *La Tregua* (1960), *La muerte y otras sorpresas* (1968) y *Primavera con una esquina rota* (1982).

Malpaís
José Emilio Pacheco

1. Lee el poema y explica su contenido.
2. Subraya las palabras cuyo significado desconozcas. Investígalas.
3. ¿A qué lugares se refiere el autor, en el poema?
4. Ubica geográficamente los volcanes a los que hace referencia el autor.
5. ¿Se hace alusión a un problema real? Explica cuál.
6. Relaciona el contenido del poema con una situación semejante en tu ciudad.

Malpaís

JOSÉ EMILIO PACHECO

Malpaís: Terreno árido, desértico e ingrato; sin agua
ni vegetación; por lo común cubierto de lava.
Francisco J. Santamaría: Diccionario de mejicanismos

Ayer el aire se limpió de pronto
y renacieron las montañas.
Siglos sin verlas. Demasiado tiempo
sin algo más que la conciencia de que allí están,
circundándonos.
Caravana de nieve el Iztaccíhuatl.
Cúpula helada
o crisol de lava en la caverna del sueño,
nuestro Popocatepetl.

Esta fue la ciudad de las montañas.
Desde cualquier esquina se veían las montañas.
Tan visibles se hallaban que era muy raro
fijarse en ellas. Verdaderamente
nos dimos cuenta de que existían las montañas
cuando el polvo del lago muerto,
los desechos fabriles, la cruel ponzoña
de incesantes millones de vehículos,
la mierda en átomos
de muchos más millones de explotados,
bajaron el telón irrespirable
y ya no hubo montañas.
Contadas veces.
se deja contemplar azul y enorme el Ajusco.
Aún reina sobre el valle pero lo están acabando
entre fraccionamientos, taladores y lo que es peor
incendarios.

Por mucho tiempo
lo creímos invulnerable. Ahora sabemos
de nuestra inmensa capacidad destructiva.

Cuando no quede un árbol,
cuando todo sea asfalto y asfixia
o malpaís, terreno pedregoso sin vida,
esta será de nuevo la capital de la muerte.

En ese instante renacerán los volcanes.
Vendrá de lo alto el gran cortejo de lava.
El aire inerte se cubrirá de ceniza.
El mar de fuego lavará la ignominia
y en poco tiempo se hará piedra.
Entre la roca brotará una planta.
Cuando florezca tal vez comience
la nueva vida en el desierto de muerte.

Allí estarán, eternamente invencibles,
astros de ira, soles de lava
indiferentes deidades,
centros de todo en su espantoso silencio,
ejes del mundo, los atroces volcanes.

JOSÉ EMILIO PACHECO

(México, D.F., 1939). En su formación como investigador y narrador influyeron sus constantes viajes y el ejercicio en diarios y revistas. Como narrador elige sus recursos estilísticos lo mismo de la tradición literaria clásica como de las corrientes vanguardistas. Su primer libro de poemas, *Los elementos de la noche*, publicado en 1963, considerado el libro más compacto, más completo. En 1966 aparece su segundo libro, *El reposo del fuego* y en 1976, *Islas a la deriva*. Son abundantes sus ensayos, traducciones, reseñas, estudios y notas críticas. Su obra narrativa comprende la novela: *Morirás lejos* (1967) y los libros de cuentos: *La sangre de Medusa* (1959), *El viento distante* (1963-1969) y *El principio del placer* (1972).

Las vacas de Quiviquinta
Francisco Rojas González

La pobreza, el hambre y otras condiciones en que ha vivido el indio, se encuentran reflejadas en este relato; su lectura aunada a la lectura de los *Rostros verdaderos* de Hermann Bellinghausen te dirán mucho acerca de esas condiciones y otras, en las que viven algunos grupos indígenas, actualmente.

Actividades:

- 1.- Lee el siguiente relato y realiza las actividades sugeridas.
- 2.- Investiga de dónde proceden los coras, sus costumbres, su forma, de gobierno, modo de vida etc.
- 3.- Especifica a qué realidad hace alusión el cuento: económica, social, o política.
- 4.- ¿En qué fragmentos del relato? Especifica
- 5.- ¿De qué manera los hombres del pueblo mantenían la esperanza de seguir viviendo?
- 6.- ¿Por qué se dirigen Martina y Esteban al mercado?
- 7.- ¿Cómo describe el narrador el lugar (mercado) a donde se dirige Martina y Esteban?
- 8.- ¿Encuentras alguna semejanza entre este tipo de mercado y los que tú conoces? ¿Cuál?
- 9.- Reflexiona sobre el significado contextual de las siguientes palabras:

sustanciarla	habilitarnos	apero	odres
resolverse	nodriza	embobada	avío

- 10.- En la vida de Martina y Esteban, se presenta una oportunidad para solucionar el problema del hambre ¿en qué consiste dicha oportunidad?
- 11.- ¿Cuál es la actitud de Esteban, ante la decisión de su mujer?
- 12.- Enlista las frases en las que se use el lenguaje coloquial.
- 13.- Consideras que la actitud de Martina haya sido la correcta? ¿Por qué?
- 14.- Explica si en la actual sociedad mexicana se les da trato y valor como personas a los indígenas.
- 15.- Escribe un comentario acerca del desenlace del cuento.

Las vacas de Quiviquinta

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

Los perros de Quiviquinta tenían hambre; con el lomo corvo y la nariz hincada en los baches de las callejas, el ojo alerta y el diente agresivo, iban los perros de Quiviquinta; iban en manadas, gruñendo a la luna, ladrando al sol, porque los perros de Quiviquinta tenían hambre...

Y también tenían hambre los hombres, las mujeres y los niños de Quiviquinta, porque en las trojes se había agotado el grano, en los zarzos se había consumido el queso y de los garabatos ya no colgaba ni un pingajo de cecina...

Sí, había hambre en Quiviquinta; las milpas amarillaron antes del jiloteo y el agua hizo charcas en la raíz de las matas; el agua de las nubes y el agua llovida de los ojos en lágrimas.

En los jacales de los coras se había acallado el perpetuo palmoteo de las mujeres; no había ya objeto, supuesto que al faltar el maíz, faltaba el nixtamal y al faltar el nixtamal, no había masa y sin ésta, pues tampoco tortillas y al no haber tortillas, era que el perpetuo palmoteo de las mujeres se había acallado en los jacales de los coras.

Ahora, sobre los comales, se cocían negros discos de cebada; negros discos que la gente comía, a sabiendas de que el torzón precursor de la diarrea, de los "cursos", los acechaba.

-Come, m'hijo, pero no bebas agua -aconsejaban las madres.

-Las gordas de cebada no son comida de cristianos, porque la cebada es "fría" -prevenían los viejos, mientras llevaban con repugnancia a sus labios el ingrato bocado.

-Lo malo es que para el año que'ntra ni semilla tendremos -dijo Esteban Luna, mozo lozano y bien puesto, quien ahora, sentado frente al fogón, miraba a su mujer, Martina, joven también, un poco rolliza pero sana y frescachona, que sonreía a la caricia filial de una pequeñuela, pendiente de labios y manecitas de un pecho carnudo, abundante y moreno como cantarito de barro.

-Dichosa ella -comentó Esteban- que tiene mucho de donde y de qué comer.

Martina rió con ganas y pasó su mano sobre la cabecita monda de la lactante.

-Es cierto, pero me da miedo de que s'empache. La cebada es mala para la cría...

Esteban vio con ojos tristes a su mujer y a su hija.

-Hace un año -reflexionó-, yo no tenía de nada y de nadie por que apurarme... Ahoy dialtiro semos tres... Y con l'hambre que si'ha hecho andancia.

Martina hizo no escuchar las palabras de su hombre; se puso de pie para llevar a su hija a la cuna que colgaba del techo del jacal; ahí la arropó con cuidados y ternuras. Esteban seguía taciturno, veía vagamente cómo se escapaban las chispas del fogón vacío, del hogar inútil.

-Mañana me voy p'Acaponeta en busca de trabajo...

-No, Esteban -protestó ella-. ¿Qué haríamos sin ti yo y ella?

-Fuerza es comer, Martina... Sí, mañana me largo a Acaponeta o a Tuxpan a trabajar de peón, de mozo, de lo que caiga.

Las palabras de Esteban las había escuchado desde las puertas del jacal Evaristo Rocha, amigo de la casa.

-Ni esa lucha nos queda, hermano -informó el recién llegado-. Acaban de regresar del norte Jesús Trejo y Madaleno Rivera; vienen más muertos d'hambre que nosotros... Dicen que no hay trabajo por ningún lado; las tierras están anegadas hasta adelante de Escuinapa... ¡Arregúlele nomás!

-Entonces... ¿Qué nos queda? -preguntó alarmado Esteban Luna.

-¡Pos vé tú a saber...! Pu' ay dicen que viene maíz de Jalisco. Yo casi no lo creo... ¿Cómo van a hambriar a los de po'allá nomás pa darnos de tragar a nosotros?

-Que venga o que no venga maíz, me tiene sin cuidado orita, porque la vamos pasando con la cebada, los mezquites, los nopales y la guámara... Pero pa cuando lleguen las secas ¿qué vamos a comer, pues?

-Ai' stá la cuestión... Pero las cosas no se resuelven largándonos del pueblo; aquí debemos quedarnos... Y más tú, Esteban Luna, que tienes de quen cuidar.

-Aquí, Evaristo, los únicos que la están pasando regular son los que tienen animalitos; nosotros ya echamos a l' olla el gallo... Ahí andan las gallinas sólidas y viudas, escarbando la tierra, manteniéndose de pinacates, lombrices y grillos; el huevito de tierra que dejan pos es pa Martina, ella está criando y hay que sustanciarla a como dé lugar.

-Don Remigio "el barbón" está vendiendo leche a veinte centavos el cuartillo.

-¡Bandidazo...! ¿Cuándo se había visto? Hoy más que nunca, siento haber vendido la vaquilla...

Estas horas ya estaría parida y dando leche... ¿Pa qué diablos la vendimos, Martina?

-¡Cómo pa qué, cristiano...! ¿A poco ya no ti' acuerdas? Pos p' habilitamos de apero hor' un' año. ¿No mercates la coa? ¿No alquilates dos yuntas? ¿Y los pioncitos que pagates cuando l' ascarda?

-Pos ahoy, verdá de Dios, me doy de cabezazos por menso.

-Ya ni llorar es bueno, Esteban... ¡Vámonos aguantando tantito a ver qué dice Dios! -agregó resignado Evaristo Rocha.

Es jueves, día de plaza en Quiviquinta. Esteban y Martina, limpiecitos de cuerpo y de ropas van al mercado, obedeciendo más a una costumbre, que llevados por una necesidad, impelidos mejor por el hábito que por las perspectivas que pudiera ofrecerles el "tianguis" miserable, casi solitario, en el que se reflejan la penuria y el desastre regional, algunos "puestos" de verduras marchitas, lacias; una mesa con vísceras oliscadas, cubiertas de moscas; un cazo donde hierven dos o tres kilos de carne flaca de cerdo, ante la expectación de los perros que, sobre sus traseros huesudos y roñosos, se relamen en vana espera del bocado que para sí quisieran los niños harapientos, los niños muertos de hambre que juegan de manos, poniendo en peligro la triste integridad de los tendidos de cacahuates y de naranjas amarillas y mustias.

Esteban y Martina van al mercado por la Calle Real de Quiviquinta; él adelante, lleva bajo el brazo una gallinita "búlique" de cresta encendida; ella carga a la chiquilla. Martina va orgullosa de la gorra de tira bordada y del blanco roponcito que cubre el cuerpo moreno de su hijita.

Tropiezan en su camino con Evaristo Rocha.

-¿Van de compras? -pregunta el amigo por saludo. No, vale, está muy flaca la caballada; vamos a ver qué vemos... Yo llevo la "búlique" por si le hallo marchante... Si eso ocurre, pos le merco a ésta algo de "plaza"...

-¡Que así sea, vale... Dios con ustedes!

Al pasar por la casa de don Remigio "el barbón", Esteban detiene su paso y mira, sin disimular su envidia, cómo un peón ordeña una vaca enclenque y melancólica, que aparta con su rabo la nube de moscas que la envuelve.

-Bien' haigan los ricos... La familia de don Remigio no pasa ni pasará hambre... Tiene tres vacas. De malas cada una dará sus tres litros... Dos p' al gasto y lo que sobra, pos pa venderlo... Esta gente sí tendrá modo de sembrar el año que viene; pero uno...

Martina mira impávida a su hombre. Luego los dos siguen su camino.

Martina descortezca con sus dientes chaparros, anchos y blanquísimos, una caña de azúcar. Esteban la mira en silencio, mientras arrulla torpemente entre sus brazos a la niña que llora a todo pulmón.

La gente va y viene por el "tianguis", sin resolverse siquiera a preguntar los precios de la escasa mercancía que los tratantes ofrecen a grito pelado... ¡Está todo tan caro!

Esteban, de pie, aguarda. Tirada, entre la tierra suelta, alea, rigurosamente maniatada, la gallinita "búlique".

-¿Cuánto por el mole? -pregunta un atrevido, mientras hurga con mano experta la pechuga del avecita para cerciorarse de la cuantía y de la calidad de sus carnes.

-Cuatro pesos -respondió Esteban...

-¿Cuatro pesos? Pos ni que juera ternera...

-Es pa que ofrezcas, hombre...

-Doy dos por ella.

-No... ¿A poco crés que me la robé?

-Ni pa tí, ni pa mí... Veinte reales.

-No, vale, de maíz se los ha tragado.

Y el posible comprador se va sin dar importancia a su fracasada adquisición.

-Se l' hubieras dado, Esteban, ya tiene la güevera seca de tan vieja -dijo Martina.

La niña sigue llorando; Martina hace a un lado la caña de azúcar y cobra a la hija de los brazos de su marido. Alza su blusa hasta el cuello y deja al aire los categóricos, los hermosos pechos morenos, trémulos como un par de odres a reventar. La niña se prende a uno de ellos; Martina, casta como una matrona bíblica, deja mamar a la hija, mientras en sus labios retozan una tonadita bullanguera.

El rumor del mercado adquiere un nuevo ruido; es el motor de un automóvil que se acerca. Un automóvil en Quiviquinta es un acontecimiento raro. Aislado el pueblo de la carretera, pocos vehículos mecánicos se atreven por brechas serranas y bravías. La muchachada sigue entre gritos y chacota al auto que, cuando se detiene en las cercanías de la plaza, causa curiosidad entre la gente. De él se apea una pareja: el hombre alto, fuerte, de aspecto próspero y gesto orgulloso; la mujer menuda, debilucha y de ademanes tímidos.

Los recién llegados recorren con la vista al "tianguis", algo buscan. Penetran entre la gente, voltean de un lado a otro, inquieran y siguen preocupados su búsqueda.

Se detienen en seco frente a Esteban y Martina; ésta, al mirar a los forasteros se echa el rebozo sobre sus pechos, presa de súbito rubor; sin embargo, la maniobra es tardía, ya los extraños habían descubierto lo que necesitaban:

-¿Has visto? -pregunta el hombre a la mujer.

-Sí -responde ella calurosamente-. ¡Esa, yo quiero ésa, está magnífica...!

-¡Que si está! -exclama el hombre entusiasmado.

Luego sin más circunloquios, se dirige a Martina:

-Eh, tú, ¿no quieres irte con nosotros? Te llevamos de nodriza a Tepic para que nos crías a nuestro hijito.

La india se queda embobada, mirando a la pareja sin contestar.

-Veinte pesos mensuales, buena comida, buena cama, buen trato...

-No -responde secamente Esteban.

-No seas tonto, hombre, se están muriendo de hambre y todavía se hacen del rogar -ladra el forastero.

-No -vuelve a cortar Esteban.

-Veinticinco pesos cada mes. ¿Qui' húbole?

-No.

-Bueno, para no hablar mucho, cincuenta pesos.

-¿Da setenta y cinco pesos? y me lleva a "media leche" -propone inesperadamente Martina.

Esteban mira extrañado a su mujer; quiere terciar, pero no lo dejan.

-Setenta y cinco pesos de "leche entera"... ¿Quieres?

Esteban se ha quedado de una pieza y cuando trata de intervenir, Martina le tapa la boca con su mano.

-¡Quiero! -responde ella. Y luego al marido mientras le entrega a su hija-: Anda, la crías con leche de cabra mediada con arroz... a los niños pobres todo les asienta. Yo y ella estamos obligadas a ayudarte.

Esteban maquinalmente extiende los brazos para recibir a su hija.

Y luego Martina con gesto que quiere ser alegre:

-Si don Remigio "el barbón" tiene sus vacas d'ionde sacar el avío pal'año que'ntra, tú, Esteban, también tienes la tuya... y más rendidora. Sembraremos l'año que'ntra toda la parcela, porque yo conseguiré l'avío.

-Vamos, dice nervioso el forastero tomando del brazo a la muchacha.

Cuando Martina sube al coche, llora un poquitín.

La mujer extraña trata de confortarla.

-Estas indias coras -acota el hombre- tienen fama de ser muy buenas lecheras...

El coche arranca. La gente del "tianguis" no tiene ojos más que para verlo partir.

Esteban llama a gritos a Martina. Su reclamo se pierde entre la algarabía.

Después toma el camino hacia su casa; no vuelve la cara, va despacio, arrastrando los pies... Bajo el brazo, la gallina "búlique" y, apretada contra su pecho, la niña que gime huérfana de sus dos cantaritos de barro moreno.

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

(1904-1951) Mexicano. Antopólogo, novelista y cuentista. Autor del Diosero; en las páginas de este libro se combinan la calidad artística y la elaboración de escenas y hechos en núcleos indígenas de distintas regiones del país desde las del norte hasta las del extremo sur. Otras de sus obras: La negra angusta y Lola casanova.

¿Y de quién fue la idea?

Romualdo Gallegos

En el desempeño laboral, quienes por inquietudes propias realizan actividades en beneficio de los demás pero no con estricto apego a las normas establecidas, provoca situaciones en las que la intervención de las autoridades se hace presente para amonestar o sancionar ciertas actitudes; sin embargo cuando una idea llega a concretar en una actividad que logra aceptación de otros o resulta exitosa, el "reconocimiento" a quien llevó a cabo dicha actividad, permanece en el anonimato.

Actividades:

- 1.- Lee el texto
- 2.- Ubica los sucesos en un tiempo y un espacio.
- 3.- ¿Crees que los sucesos que se dan en este relato, reflejan una realidad cotidiana? ¿Por qué?
- 4.- ¿La influencia del maestro de este relato fue positiva o negativa? Expresa tu punto de vista.
- 5.- ¿Crees que un maestro con este tipo de inquietudes, origine problemas?
- 6.- Expresa tu opinión acerca del maestro del relato. Considera los siguientes puntos: informalidad, irresponsabilidad (si hay) promueve valores, rompe con las normas establecidas, amplió el entorno cultural de los estudiantes.
- 7.- ¿La labor que realizó el maestro fue reconocida por las autoridades de la escuela? Expresa tu opinión.

¿Y de quién fue la idea?

ROMUALDO GALLEGOS

Reconozco que no soy un profesor disciplinado, que no puedo seguir al pie de la letra las instrucciones de los programas. Jamás he alcanzado los objetivos propuestos y cuando doy mis clases termino hablando de películas de terror, del lenguaje de las pandillas y de música mexicana, cuando el tema era lexemas y gramemas.

Así me pasa, empiezo con el verbo transitivo y acabo amenazando con reprobar al que no me escriba correctamente un recado o una carta de amor, pues sigo obsesionado con la idea de que la única forma de aprender el idioma es escribiéndolo.

Pero la informalidad tiene sus riesgos. Cuando impartía clases de Educación Artística, sufrí la primer derrota: para poder aprender el ritmo musical, pedí a los muchachos construir de manera artesanal instrumentos musicales. Quería formar equipos que interpretaran cualquier melodía, siempre y cuando se acompañaran con el sonido de sus artefactos. Hicieron panderos con alambre y fichas aplastadas, claves con trozos de madera bien tallada, güiros fabricados con guajes y botellas plásticas de Cloralex. La cosa iba bien, pero el día de la demostración, los prefectos se quejaron porque los muchachos hicieron mucho ruido por toda la escuela. "Mucho escándalo, siquiera tocan algo bonito", dijo el prefecto Santos, mientras le temblaba la papada de coraje, y confiscaba todos los instrumentos. Hablé con el subdirector, pedí disculpas y me comprometí que de regresamos el material, los muchachos solamente tocarían en clase y sólo con fines de evaluación.

La demostración práctica terminó en desastre, porque los alumnos querían interpretar el tema de moda, una cumbia que sonaba en la radio, y desde luego la canción era boba y monocorde. El verdadero problema comenzó tres días después cuando se descubrió que tres alumnos formaron un trío musical y durante el horario escolar se iban a tocar en los camiones. O sea que se hacían la pinta y en su casa decían que los instrumentos eran para las prácticas de Artísticas. A los tres se les amenazó con expulsión. A mí se me exigió seriedad.

No aprendí la lección; cansado de clases verborréricas y monótonas, empecé otra vez a hablar sobre cosas mágicas de la literatura y del teatro.

Llevado por el calor de la plática, hablé hasta por los codos de los dramaturgos nacionales. Luego comenté sobre lo disfrutable que es presenciar una puesta en escena. Pregunté si alguien había ido al teatro y la respuesta fue increíble. Nadie, ninguno de los cuarenta y dos alumnos, durante toda su vida habían ido alguna vez al teatro. Increíble, molesto, iracundo, advertí que para fin de periodo todos deberían ir a ver una obra. Propuse una que estaban pasando en el teatro "Sara García", la obra se llama "Acá de este lado", y había ganado un premio nacional. Era una comedia nortefía, graciosa y ligera, cuyo autor es regiomontano. Y por si fuera poco la entrada era gratis, sólo había que recoger los pases en la Torre de Rectoría. Yo conseguí todos los boletos y a cada alumno le entregué el suyo.

"Quien asista, por el simple hecho de ir, tiene un ocho; quien además me entregue un reporte de lo que vio, sin graves errores ortográficos, sacará un diez. Ya dije y no me rajo".

Pero ya me andaba rajando, porque los primeros que protestaron fueron precisamente los padres de familia. Les expliqué como pude que los alumnos deben aprender de teatro, de música y de poesía, y que tenían que vivirlo de cerca, porque era la única forma verdadera de sentirlo. Además les dije que si no querían que sus hijos fueran solos, ellos los acompañaran. Les causó extrañeza la invitación; algunos opinaron que eso era para afeminados. Así de grave estaba el asunto. De todos modos algunas madres lo tomaron en serio, se organizaron y fueron a la función. Los resultados fueron muy gratos. Les gustó, realmente les gustó. a alumnos y padres felicitaron al director, quien nunca aceptó de buena gana la visita al teatro, pero ni tardo ni perezoso, saludó con sombrero ajeno: "gracias, señores". Y es que los aplausos no son siempre para el que crea la idea, sino para el que sabe aprovecharla. Y el director manejaba a la perfección esta filosofía.

Ya me estaba ganando la confianza de mis compañeros y del director, cuando volví a las andadas. Ahora me pegó la fiebre de la fotografía y decidí que los muchachos debían saber lo más elemental de esta actividad artística. Le expliqué el proyecto al director.

-¿Y de dónde van a sacar los alumnos una cámara fina, porque me imagino que para eso de las fotos, apenas una como la que traen los reporteros: una "Phenta" o una "Binolta".

-No, no, no se necesita una PENTAX o una MINOLTA. No es un concurso de ver quien trae la cámara más costosa. No, la idea es que lo hagan con camaritas. Incluso a blanco y negro.

-¿Y de dónde van a sacar cámara todos los alumnos?
-No, hombre, no va a ser un trabajo individual, será un equipo; grupos de seis. Una por equipo, pero todos toman fotografías.

-¿Y el rollo? ¿Usted les va a regalar el rollo? Aquí nadie quiere cooperar. Ya ve los boletos para rifar el horno microondas no se han vendido, se los vamos a tener que meter a chaleco. No hay dinero y tenemos que terminar la barda.

-Mire usted, todo va a ser voluntario. Esto no es una rifa, es una experiencia diferente. A los muchachos hay que involucrarlos en el arte, que ellos metan la mano, que les cueste. Y a ve lo del teatro, les gustó. Las señoras quedaron contentas.

-Si, maestro, pero eso fue gratis. Ahora, falta la revelada, quien la va a pagar.

-Pues mire, yo tengo un amigo en la Universidad; se llama Gerardo y es fotógrafo profesional: estudia en Ciencias de la Comunicación, le gustó la idea y se comprometió a revelar todo; incluso se propuso para asesorar personalmente a los muchachos. Usted sabe, explicarles lo más elemental sobre la luz; sobre la espontaneidad, sobre la perspectiva. Con las fotos haremos una exposición, seleccionaremos las tres mejores y a los ganadores les regalamos un libro sobre fotografía y un paquete escolar.

-Esta bien, está bien, mientras no me pidan dinero, porque no hay, y que vayan en sábado. Que los acompañen algunos padres de familia y usted no los deje solos. Si hay problemas, usted responde.

No fue necesario que yo los acompañara a todos, además no era posible, porque cada equipo llevaba la tarea de trabajar diferente tema. Equipo uno: niños en los cruceros (vendehicles, limpiavidrios, voceadores, etc.). Equipo dos: monumentos históricos: El Obispado, Palacio de Gobierno, esculturas.

Equipo tres: mercados populares, etcétera, etcétera. Y así los otros equipos de seis integrantes.

El viernes llevé a Gerardo, universitario y reportero gráfico del periódico *El Nacional*, habló con ellos y les pasó dos o tres tips sencillos.

El sábado arrancó la operación. Gerardo se fue con un equipo, yo con otro y los demás se fueron solos.

A mí me tocó el equipo que iba a tratar el tema de la muchedumbre, y para esto buscarían ir al estadio de fútbol, a la monumental de toros o a la lucha libre. Nos decidimos por el último y creo que logramos arapar excelentes imágenes: gente gritando, venta de máscaras, filas para comprar boletos; todo fuera de la arena, porque no teníamos dinero para entrar. Por la tarde nos reencontramos con el equipo de Gerardo que los llevó a cazar parejas infragantis en los jardines de la Macroplaza. Todos venían felices, porque les enseñó a usar su cámara profesional. Muy bien, muy bien. Nos vemos. Hasta el lunes. Váyanse derechito a su casa. Adiós.

Los jóvenes se fueron a su barrio y Gerardo y yo a mi casa. Nos tomamos tres cervezas y prometió, si todo salía bien, sacar una buena nota en el periódico sobre lo que sería la primera exposición de fotografía artística tomada por alumnos de secundaria. Excelente, gracias, gracias. Nos despedimos y mi amigo se fue. Yo me fui a la cama, haciendo planes, soñando con esa nota que daría relevancia al evento... Tal vez invite a los padres de familia, también a los profesores y por supuesto al Jefe de Secundarias Generales, a su equipo técnico y a ... y aquí me quedé dormido.

No supe cómo localizaron al director, no supe cómo el director me localizó en casa de mi hermana, en una cena de cumpleaños. Venía con un alumno y dos padres de familia. Gritaba.

-¡Se lo dije, se lo dije! Yo sabía que algo tenía que pasar, pero me tenía que dejar convencer.

-¿Qué pasó? ¿Qué pasó? Salí yo con los pelos erizados y el alma en un hilo.

-Se perdió una muchacha; no llegó a su casa, salió desde el sábado a tomar fotos. Acompañémos a la policía.

Yo no sabía qué decir. Me volví cucaracha y para acabarla de fregar una cucaracha tartamuda, porque no articulaba una frase razonable. Cerré los ojos, apreté las mandíbulas, y traté de tranquilizarme. "Ya, ya, calma, calma", me dije.

Los señores me miraron muy serios. Sus ojos tiraban a matar. Creo que antes de ir a la demarcación, debemos agotar posibilidades; investigar entre los muchachos. -Dije con voz culpable. -Lo primero es visitar a los integrantes del equipo correspondiente.

A la primera que visitamos fue a Angeles. Dijo que Antonia se separó de regreso, que iba con su tía Julia a Fomerrey Catorce. Allá vamos con la tía. La mamá de la perdida, doña Andrea, me veía con odio. Yo agachaba la vista. La tía Julia no estaba, pero su hijo sí y dijo que ella no sabía nada. Ya nos regresábamos, cuando en la calle nos encontramos a la tía Julia, quien para variar, tampoco sabía nada. "Se fue con el novio", pensé. Disculpe la pregunta señora, pero ¿no sabe usted si Toña andaba con alguien?

-Yo no sé nada profesor. Y si usted está sugiriendo que mi hija se fue con algún muchacho, se equivoca, porque no es por nada, pero mi hija primero la escuela. Nunca llega tarde, siempre cumple con sus tareas. Mi esposo no sabe, le dije que

se había quedado con su tía. Me va a matar.

Y luego la señora se volvió puras lágrimas. El director movía la cabeza, negando, negando y mirándome como diciendo: "¿y ahora qué?" Propuse investigar el probable noviazgo, porque yo sí la había visto platicar en la salida con un exalumno. Nadie me hizo caso y terminamos poniendo la denuncia en la policía. Ni modo. De cualquier forma, la señora y el director se comprometieron con los oficiales a investigar entre amigos y con el supuesto novio que yo delaté. La noche del domingo no pude dormir, el insomnio me permitió estudiar con más frialdad todas las posibilidades del caso. Algo así como un sedimento de intuición me hacía pensar que la sangre no llegaría al río.

Y sucedió que el lunes a primera hora y en primera fila, apareció en formación, fresca y sonriente Antonia. La vi. Me vió. Sonrió. Sonreí. Le hablé. Vino.

-Ya sé, profe, ya sé, pero mi mamá sabía que yo iba a hacer otros mandados aparte de lo de la tía Julia. Ella no se encontraba cuando llegué; después me fui con Carmela mi hermana y tampoco estaba. Al último fui con tía Esthela, prima de mamá, se me hizo tarde y ahí me quedé. Al otro día la acompañé a ver a una señora que iba a hacer un vestido, la modista estaba bañándose, y bueno, pues yo llegué hasta el domingo casi oscureciendo.

Le creí. El director estaba tranquilo y nadie mencionó una sola palabra del asunto. Recogí los rollos, los mandé revelar y en una semana tenía las fotos. Las mejores las tomaron los equipos que se fueron solos, cosa que me puso de buen humor. Seleccioné casi todas, sólo descarté algunas borrosas y mentalmente organicé la exposición. Decidí llevarla a efecto el próximo lunes que había una muestra de trabajos de todas las materias.

Se habían reservado tres salones para exponer y aunque el director ordenó que se hicieran dentro de las mismas aulas, decidí colocar las fotos en los pasillos. Escogí un lugar estratégico y llegado el día puse manos a la obra. Las fotos las enmarcamos sobre papel cartoncillo, el diferentes colores según el tema, y a un lado les colgamos una tarjeta grande con el título y autor de la foto. Empezó a llegar la gente y resulta que la exposición se llenó de observadores y de buenos comentarios. De rato llegaron las autoridades y antes de buscar al director ya estaban viendo las fotografías. "Muy buenas, mucha imaginación", dijo la jefa del departamento Técnico en el área de Educación Artística.

Alguien le dijo al director que los jefes ya habían llegado y que estaban viendo la exposición fotográfica y allá va el director. Cuando vió que todo el mundo elogiaba el trabajo de los muchachos, se filtró hasta quedar al lado del jefe de Secundarias, un hombre callado y de barba blanca que miraba las fotografías, muy serio con las manos atrás. Se volvió al director y le preguntó:

-¿Las tomaron los muchachos?

-Todas, profesor Gustavo.

-Es un trabajo muy creativo. Ninguna escuela lo había hecho. Lo felicito ¿y de quien fue la idea?

-De todos, de todos, pero modestia aparte, a veces se me ocurren cosas. Contestó el director sin siquiera mencionar mi nombre. Y se pasaron al almuerzo, sin recorrer los salones donde estaba destinada la exposición oficial.

ROMUALDO GALLEGOS

(San Luis Potosí, 1963). Maestro de español, publica crónica urbana en *El Norte*, fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León, en la generación 1991-1992. Finalista en el primer certamen estatal de cuento de Ciudad Guadalupe. Trabajos suyos se incluyen en los libros *Las raíces del vacío* y *La alquimia del verbo*, editados por el Ayuntamiento de esta ciudad.

Cerro de la Silla
Francisco de Paula Morales

Cerro de la Silla
Alfonso Reyes

La exaltación de la belleza de este elemento geográfico, se percibe por las formas de lenguaje expresado por cada uno de los autores, hasta lograr la creación poética.

Actividades:

- 1.- Lee con atención los dos poemas y realiza las actividades sugeridas.
- 2.- Establece la diferencia que existe entre un poema y otro en cuanto al contenido.
- 3.- Con tus palabras explica los siguientes versos:

De tu falda, a tu cúspide bifronte toda la gama del color se encierra.

- 4.- Escribe los versos en los que se hace resaltar la belleza y majestuosidad del cerro. (En el primer poema).

En el poema de Alfonso Reyes:

- 5.- Subraya las palabras atlas y camaleón, reflexiona sobre su significado contextual.
- 6.- Investiga los significados contextuales de las siguientes palabras:

fardo

abstracción

cifra

- 7.- Explica con tus palabras los siguientes versos.

*Ora lo escondan las nubes,
ora lo desnuda el sol,
ya amanezca de mal ánimo
o tal vez de buen humor,
o entre las cambiantes luces
finja ser camaleón
barómetro de los climas,
y de las horas reloj.*

- 8.- Compara el sentido de estos versos con el sentido de los que a continuación aparecen. (Del primer poema).

*Toda la gama del color se encierra
azul, disuelto en niebla, en la mañana
violeta, si entre nubes te oscureces;
verde esmeralda, en luminosas tardes
o teñido, al crepúsculo de grana.*

- 9.- ¿Hay alguna semejanza? Explica.
- 10.- ¿Cuál de los poemas te gustó más?
¿Por qué?

Cerro de la Silla

FRANCISCO DE PAULA MORALES

Para Gonzalo Argüelles Bringas

Cuando asalta la aurora el horizonte
Al reino de la sombra haciendo guerra
No hay cumbre como tú, que el sol tramonte,
Más bella entre las cumbres de la sierra.

¡No hay otro como tú, tan bello monte,
en todos los confines de la tierra!
De tu falda, a tu cúspide bifronte,
Toda la gama del color se encierra.

Azul, disuelto en niebla, en la mañana;
Violeta, si entre nubes te oscureces;
Verde esmeralda, en luminosas tardes

O teñido, al crepúsculo, de grana
Deslumbras, reverberas, incandesces,
Y en el incendio de las nubes, ardes.

FRANCISCO DE PAULA MORALES

Monterrey, N.L. (1873 - 1942). Se recibió de abogado en la Escuela de Jurisprudencia de Monterrey, 1898. fue catedrático de historia y literatura en el Colegio Civil. Fue director del periódico La Defensa y editor con Celedonio Junco de la Vega, de El Grano de Arena (1905).

Su obra poética la reunió en el libro *Ánfora* (1938).

Cerro de la Silla

ALFONSO REYES

Atlas soy de nueva hechura,
aunque de talla menor,
y a lomos del alma cargo
otro fardo de valor
por mares y continentes
y de una en otra región,
si no alzado entre los brazos,
sí con la imaginación,
llevo el Cerro de la Silla
en cifra y en abstracción:
medida de mis escalas,
escala en mi inspiración
inspiración de mi ausencia,
ausencia en que duermo yo:
ora lo escondan las nubes,
ora lo desnuda el sol;
ya amanezca de mal ánimo
o tal vez de buen humor,
o entre las cambiantes luces
finja ser camaleón
barómetro de los climas,
y de las horas reló.
Por tanto que lo recuerdo
persisto siendo el que soy;
por él no me desparramo,
aunque sangre el corazón.
(¡El corazón! urna rota.
¡Qué juguete el corazón!
¡Pobre jarrito rajado!
Cerro mío: te lo doy)

ALFONSO REYES

(1889 - 1959). Nació en Monterrey, N.L. su padre fue el general Berardo Reyes, quien fue ministro de guerra durante la dictadura de Porfirio Díaz. Recibió esmerada educación y desde muy pequeño tuvo una gran afición a la lectura y a las letras, a los trece años comenzó a escribir. Fue embajador de México, Presidente de la Casa de España en México (después Colegio de México). En 1945 obtuvo el Premio Nacional de Literatura y fue candidato al Premio Nobel. Sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

La dedicatoria
Irma Sabina Sepúlveda

El cholo que se vengó
Demetrio Aguilera Malta

En ocasiones vemos situaciones semejantes a las que se relatan en estos textos; te preguntará cuál es la razón por la que algunas personas actúan de tal o cual forma muchas veces en defensa de sus sentimientos o los de las personas que les rodean. Reflexiona acerca de los valores que se manifiestan en los dos relatos.

Actividades

- 1.- Lee con atención el cuento "La dedicatoria"
- 2.- ¿Qué fue lo que más te gustó del cuento?
- 3.- Elige frases o párrafos con lenguajes coloquial y explica a qué se refiere.
- 4.- ¿Crees que la manera de actuar de Nicolasa es la correcta?
- 5.- Conoces actualmente a una mujer con esta forma de ser?
- 6.- ¿Conoces una situación semejante en cuanto al noviazgo?
- 7.- ¿Este cuento presenta un cuadro de costumbres?
- 8.- ¿Qué tipo de realidad se refleja en este cuento? (social, familiar, religiosa, económica o política)
- 9.- ¿Cuál fue la actitud de Ramona Colchado?
- 10.- ¿Qué tipo de lenguaje emplea la madre de Leticia?
- 11.- ¿Por las escenas, cómo crees que es ese lugar?
- 12.- ¿Por qué este cuento se llama la dedicatoria?

Con la lectura del cuento "El cholo que se vengó" contesta lo siguiente.

- 1.- ¿Cuál es la diferencia entre un tipo de venganza y otra en ambos cuentos?
- 2.- ¿Qué se defiende en cada uno de ellos?
- 3.- Investiga quiénes son los cholos, procedencia, costumbres, forma de ser, modo de vida.
- 4.- Especifica a qué tipo de realidad hace alusión este último cuento.
- 5.- Por las escenas que se presentan en el cuento, el ambiente, ¿es rural, indígena o urbano?

La dedicatoria

IRMA SABINA SEPÚLVEDA

Al Lic. Rogelio Villarreal Garza
y a Lucybeny V. de Villarreal

Querido Juan:

No te había escrito porque anduve metida en unos chismes muy feos, y no me sentía tranquila para coger el lápiz mientras no se deslindara todo el mugrero.

No empieces a fruncir la boca ni a entrecerrar los ojos, para luego mover la cabeza y decir aunque sea de lejos: "Ay, vieja, tú nunca te cansas de pelear. Sin pensar las cosas te echas encima de las gentes y ni las dejas hablar." No, Juan, yo de esas no soy, a mí me gusta salir al frente cuando me cargan cosas que no me tocan, mientras que a ti te pueden cotundir a paños y se te hace dolor gastar saliva. Eres muy mustio para todo, no te pareces a mí. Te has de acordar de lo de la Chole Flores, cuando andaba diciendo que no mantenías a una gallina, que la que se jalaba cosiendo y lavando ajeno era yo. Y aunque nunca has sido arrastrado, y te sacrificas yendo con los gringos a las pizzas, tostándote peor que un ajolote, para que a tus hijos no les falte el pipirín; no supiste más que decirme: "Enseñale los cheques a la desgraciada para que se le quite lo hablador". Pero nunca te apalabraste con ella para cortarle a la mentira y que te diera tu lugar. Tuve que andar yo de defendelona de lo tuyo, y nada más.

Bueno, pero para qué acordarme de tortillas duras, si las que acabo de echarme están que humean. Ay, Juan, de buenas que no sé dejarme. Voy a contártelo de cabo a rabo aunque se le acabe la punta al lápiz, al fin que tengo enfrente la maquinita sacapuntas que les mandaste a los muchachos con Severo.

Tú sabes, Juan, que Leticia, la hija de nosotros, no es fea. Se parece a tí, viejo reseco, en esos ojos verdes tan chulos. Sí, te lo digo así de franca, y no te pongas arisco que no ando haciendo papeles: nadie me mira ni me oye, se lo digo al papel. No puede uno chulearte porque te enroscas más que una caramuela. ¡De dónde sacarías ese modo tan feo! Todo te engarrufa, se te hace que retozar es delito. Yo creo que ha de ser porque mi señora suegra, siempre te ha tenido por sonzo, cosa que no es así.

Te decía, Leticia la de nosotros, con sus quince años, bonito cuerpo, pelo ondulado hasta los hombros, alta, con ojos verdes, y no tan prieta como yo; cuando da la vuelta a la plaza los domingos, no se confunde con la noche. Bastante me la chulean, y como es tan formalita para todo, no da un paso a la calle mientras no me deja la casa arreglada y a los muchachos bañados, para que yo ese día no haga nada.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando la miro salir a misa con sus cinco hermanos limpios y arreglados. Ella ya les ha hecho camisas a Juanito y a Rey, y a sus tres hermanitas les enseña todo lo que ha aprendiendo. Ya sabe cortar el pelo y pintar canas. Conmigo empezó y me dejó peor que un gallo giro, pero ya las otras clientas le quedaron mejor. Como todos nos parecemos a los changos, yo he querido fijarme en todo para ver si aprendo siquiera a hacer esos pasteles tan sabrosos, pero por miedo al gasto, mejor me detengo, no sea que lo eche al pozo y me quede peor que una piedra. "Chango viejo no aprende maroma nueva", dicen por ahí, por eso me encontrarás tan bruta como me dejaste.

No hay día que mi hija no me entregue dinero de lo que se gana en panes, cortes de pelo o costuras, Juan. Y lo digo con orgullo. Con lo gallareta que soy no merecía una hija tan chula, pero así me tocó, pobrecita de mí. Pero no creas que le digo a cada rato lo mucho que la quiero, no. Me callo al estilo tuyo para que no agarre vuelo. "Hijita -le digo- su madre es muy fea, pero nunca dio en qué decir. Pórtese seria en todas partes y que no me la traigan en lenguas porque pobrecita de usted".

El mes pasado que fue la fiesta de San Juan, quise llevarla al baile y le di permiso de que bailara ya con muchachos, pues no salía la pobre de bailar con la Cuquita de Chano, y de hacer papel risión, porque así me convenía. Ese día me dijo

"Amá, no sea mala conmigo, deme permiso de bailar con muchachos. A Cuca ya le dieron permiso y tiene un año menos que yo". "Bueno -le respondí-, nomás porque me hiciste este vestido tan chulo y eres obediente, tienes permiso de bailar, pero serán nomás cinco paradas porque a las doce de la noche nos venimos".

Tú sabes, viejo, que cuando se tienen hijas bonitas o que se le hace uno que lo son, lo que las madres alcahuetas queremos es que las miren los hombres como cosa buena; pero tiene la gente que hacer papel de agría y de celosa para que la güercada no se le suba a uno a las orejas.

Cuando nos arreglamos para ir al baile, por el camino yo le iba diciendo: "Baila siempre donde te dé la luz, no dejes que te aprieten la mano o que empiecen a chulearte haciéndote ojos de borrego. Al que empiece así, lo paras en seco y le dices que te siente. Si no quiere, déjalo parado y vente y ya te lo he dicho muchas veces, que no se te arrejuntan ni te hablen entredientes. Eso no es bueno, hija".

"Tanto hablas, vieja -dirás cuando esto leas-, que ni tú misma te entiendes". Pero en este caso te amolaste, Juan, porque mi hija nunca me contradice, por eso no se me sale nunca del renglón.

¡Ay, Juan, si la hubieras visto! El primero que la nombró fue Rafael, el hijo de Manuel Luna. Salió a bailar muy tullidita con la carita algo turbada, y cada vez que podía me miraba con la cara llena de gusto. Se sentía algo grande mi criatura.

Tú sabes, Juan, que la dejé bailar porque tú desde el año pasado le diste permiso. No quise hacerte caso porque la blandura no es buena con los hijos porque se te hacen reponones. Quería a mi hija más formal para tenerle toda la confianza, por eso me esperé.

Cuando terminó la parada, me vino a decir que el muchacho quería seguir bailando con ella. A mí me dio gusto por ser el mejor candidato del pueblo. Los padres tienen dinero y él es lo único que tienen, por eso todas andan al retortero queriéndola agarrar.

Empezó la segunda parada y el muchacho se acercó a Leticia para invitarla a bailar. En eso yo le chisté y le dije:

-Joven, mi hija apenas empieza a bailar y no se ve bien que nomás con usted baile. Aquí están sus primos que quieren bailar con ella. Nos vamos a quedar nomás cinco paradas, déjela que baile estas tres que siguen con sus primos, y si a la última le quedan ganas de volver, cuente con mi permiso para que baile con ella.

El muchacho se fue y no tardaron en rodearlo las de la Catarina, la de Fermín Garza y otras luriecas más. Mientras que mi hija terminó de bailar tres paradas. Antes de empezar la quinta, dejó al viejito, y se vino a bailar con tu hija.

-Nicolasa- me dijo la Chita Caso picándome la espalda-, dicen que el Rafael anda muy volado con tu hija. No lo dejes que se te pele, ya sabes que es de lo mejorcito.

-Anda, ni les creas. Mi Leticia es pobre y fea y no levanta tanto polvo. No pasan de ser amigos. ®

Me hice la desganada, y en eso la Chita fue a dar el rebote con la Catarina, que aunque muy mujer del juez, no es más que frijol matrero. Ellas traían su macullilla, porque no saben ver ojos en otra cara, nomás ellas quieren ser.

Se acabó la pieza y cuando Leticia llegó me paré luego, luego. "Mamá déjeme otra parada, no sea mala". "Dios me libre, malcriada. A usted nomás le sueltan el mecate y no se mide. Había de verme aquí con los brazos dormidos de agarrar a sus hermanos para que no den el costalazo al suelo por el sueño que traen. Vámonos y diga que le fue bien".

Llegamos a la casa y al rato de habernos acostado, llegó una serenata. Me llené de gusto, pero me hice la enojada.

-¿Qué es esto, Leticia? No me salgas con otra novedad porque te encierro con llave. Apenas las deja uno alear y

se trepan a las nubes.

Me levanté a la carrera y me puse el primer vestido que hallé.

-No vaya a decirles nada a los músicos, mamá. Se mira muy feo que usted sea tan pelionera- me dijo.

-Usted no me dé nortes, que nunca pierdo la vereda. Cállese la boca y aplaque a su hermano que está llorando pa' que no se le agüen los violines.

Me asomé a la ventana y lo primerito que vi fue la camioneta de Rafael. Me dio un brinco el corazón, viejo, pero agarrando aires de reseca, me aparecí en el zagúan.

-¿Qué buscas a estas horas, muchacho? ¿No te equivocarías de casa? Tú sabes que lo humilde se respeta y nosotros no damos lugar a burletas- le dije muy seria.

-Mire, doña Nicolasa -respondió algo turbado-, yo ando derecho, Pretendo a Leticia y quiero que usted lo sepa, porque al no estar su padre presente, usted es la que hace las veces.

-Muy bien, no tomo a mal esta música. A nadie le estorba estar contento. Lo que quería saber era el motivo.

-Quiero a Leticia desde hace un año, mis intenciones son buenas. Ahora que la dejó bailar me pude acercar a ella, y la verdad, señora, yo no quisiera que bailara con nadie más que conmigo.

-Mi hija no va a andar al trote en todos los bailes, eso no me conviene. Irá a veces, y a veces, no. Tú eres de dineros y estarás impuesto a que se te hagan todos los gustos, pero mi Leticia no se manda sola.

-Yo estoy a lo que usted diga, doña Nicolasa; pero sepa que yo la quiero para mi novia, no ando vacilando. Dígame lo que piensa de mí y si la deja salir conmigo.

-Mira, no me opongo. Pueden dar la vuelta a la plaza los domingos, de dos a cinco de la tarde, y ya se verá luego si llegan a novios.

El muchacho se puso alegrísimo y yo seguía haciéndome la escrupulosa porque tanteaba que de ese modo le iba mejor a mi hija.

-Le doy las gracias por sus palabras. ¿No le molestaría que tocaran dos piezas más?

-No me molesta. La noche es bonita y estos hombres no tocan mal.

Nos despedimos de mano, y yo me sentí muy contenta. Leticia me estaba esperando con cara asustada. "Qué le dijo mamá, qué le dijo. "Nada que no hayas oído sinvergüenza. Ya no me des tanto beso, que al cabo dices que soy muy mala"

Nos dormimos muy alegres, y al día siguiente empezó la refusilata. Chismes iban, chismes venían, de la bola de ardiditas. Y yo soñando con la buena suerte de mi hija, sin darme cuenta del ruido que traían.

Tres domingos salieron apenas, cuando un sábado vino el muchacho a decirme que no dejara salir a Leticia el domingo porque el iba a Sabinas a entregar unos chivos y no podría regresar hasta el lunes en la mañana.

Ya te imaginarás el cuadro mío, Juan. Yo en la puerta hablando con él, la Leticia detrás de la puerta viendo por las hendiduras, y los otros cinco diablos rodeándome para no perder noticia. Nomás se fue el muchacho y el Reynaldo, ese güerco de lengua larga que salió tan rejego como yo, se metió a celoso y me dijo:

-Mire, amá, si usted no le pide permiso a papá pa' que la Leticia salga con éste, le va a ir mal.

-Andale, Chucho, escríbele. Al cabo estás apenas en segundo y tienes unos garabatos más chuecos que los míos- le dije soltando la carcajada.

Al día siguiente, domingo, como no íbamos a ninguna parte, sacamos las mecedoras a la banqueta y como había buena sombra, me puse a platicar con Macrina, mi hermana, mientras Leticia y las muchachas hacían la comida.

A esa hora siempre se oyen los magnavoces del cine, tú lo sabes. Es cuando anuncian las películas de la noche; pero entre anuncio y anuncio, dedican piezas a las muchachas. Cuando más tranquilas estábamos, que se va oyendo esto: "Para la señorita Leticia Guzmán, una hermosa melodía que le dedica su novio, y que es" CABARETERA".

-¿Qué es eso, Leticia -grité echando el brinco de la mecedora-, ¿Quién es ese desgraciado para ofendernos así? Orita mismo voy a sacarle la lengua. Tanto cuidarse la gente, para que vengan a echar babas en lo limpio... ¡Ya lo verá!

Sin dar tiempo a nada, caminé a la carrera a la casa del fulano. En ese rato quería que un remolino de lumbre me levantara en peso y me dejara caer en la mismita casa del ingrato; pero tuve que irme reventando terrones por las calles, taloneando recio y pensando en el modo de vengarme.

¡Tanta ilusión para nada! ¡Ganas tenía de machacarlo vivo! ¡Nunca se habían burlado así de mí!..

Eso creía, Juan, pero no te pongas triste que el pobre muchacho ni estaba en el pueblo. Todo era como él me lo había dicho.

A la carrera me fui a informar con los de los magnavoces y nomás le prometí cinco pesos al güerco que anuncia, me dijo que la de la dedicatoria había sido la Ramona de Catarina, esa güerca seca y escarabujuda que anda con las naguas en el pescuezo.

La méndiga de la Catarina se me puso difícil diciendo que nadie podía probar que su hija hubiera sido, y como su marido es el juez, pensó que me metía miedo sacando leyes, pero no.

Yo me fui al merito Sabinas, busqué a Ranulfo, el hijo de tu hermano Santos que es escribiente del juzgado y él mero me llevó con el licenciado Villarreal. Un hombre muy bueno, de lo mejor que se ha visto en muchos años. Yo le dije:

-Mire, abogado, soy una mujer honrada. Defiendo el honor de mi hija porque usted sabe lo que son las lenguas. Apenas empieza a abrirse como una florecita y como le envidian el novio, me la quieren enzoquetar para que pierda con él. Arrímeles un susto, que yo corro con los gastos. Las difamaciones se pagan caras.

El me oyó todo el cuento, se rió mucho de mis puntadas rancheras, y me dijo de muy buen modo:

-Me gustan las mujeres como usted. La gente debe saber defenderse para que le respeten lo suyo. Dígame a Ranulfo que venga para dictarle la notificación.

No te alargó más el cuento, viejo porque no se necesita. Entre Ranulfo y yo compusimos lo que debía decir el papel que les entregué a las desgraciadas, porque el abogado se agarró risa y risa, y me dijo: "Póngales lo que quiera".

"Si la señorita Ramona Colchado se siente muy señorita y anda diciendo que Leticia Guzmán es una CABARETERA, que se sirva pasar al Juzgado para que se le haga el examen médico correspondiente. Damos tres días para que se presente, de lo contrario se procederá en contra de ella".

Yo venía que volaba, largo se me hacía el camino para ir a embarrarles en el hocico todo mi coraje, y cuando puse

el papel en el molino para que toda la gente lo viera, descansó mi pecho. La méndiga nunca fue a Sabinas, mandaron a Rómulo y luego supe por Ranulfo, que el licenciado le había dado su arrebata. "Si molestan a doña Nicolasa, o a sus hijas, proceden en su contra"

Yo, agradecidísima, le mande un cabrito al licenciado. Pocas gentes son así.

Pasé una semana con las tripas ardiendo como si trajera cal. Pero todo pasó. Mi hija sigue con el novio y ya está esperando a que vengas para contarte sus cosas.

Bueno, Juan, no me regañes por pleitista. Así me tocó ser. Tanto cuidar mi casa y luego que me la vengán a babosear no sería justo.

Escríbeme no me tengas con pendiente. Me mandas el puro cheque sin ningún recado, y yo tengo que saber cómo te va. Cuidate, que yo cuido a tus hijos, y no te olvides de nosotros.

Te manda saludos tu mujer,

NICOLASA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IRMA SABINA SEPÚLVEDA

(1930-1988) Nació en San Isidro del Potrero, municipio de Villaldama, N.L. En 1963 publicó su primer libro de cuentos: *Agua de las verdes matas*; con esta primera obra, la autora se revelaba como una joven maestra de la narración; la juventud radicada en lo evidente de sus influencias, pero la destreza, la agilidad y el manejo de la anécdota, además de su tono y atmósfera narrativa la presentaban como una cuentista dueña de su oficio.

Otras obras de la autora: *El agiotista* (1947), *Los cañones de Pancho Villa* (1988).

El cholo que se vengó

DEMETRIO AGUILERA MALTA

-TEI AMAO como naide ¿sabés vos? Por ti mei hecho marinero y hei viajao por otras tierras... Por ti hei estao a punto de ser criminal y hasta hei abandonado a mi pobre vieja: por ti que me habís engañao y te habís burlao e mf... Pero mei vengao: todo lo que te pasó ya lo sabía yo desde antes ¡Por eso te dejé ir con ese borracho que hoi te alimenta con golpes a vos y a tus hijos!

La playa se cubría de espuma. Allí el mar azotaba con furor, y las olas enormes caían, como peces multicolores sobre las piedras. Andrea lo escuchaba en silencio.

-Si hubiera sido otro... ¡Ah!... Lo hubiera desafiado ar machete a Andrés y lo hubiera matao... Pero no. Ér no tenía la culpa. La única culpable eras vos que me habías engañao. Y tú eras la única que debía sufrir así como hei sufrido yo...

Una ola como "raya" inmensa y transparente cayó a sus pies interrumpiéndole. El mar lanzaba gritos ensordecedores. Para oír a Melquíades ella había tenido que acercársele mucho. Por otra parte, el frío...

-¿Te acordás de cómo pasó? Yo, lo mesmo que si fuera ayer. Tábamos chicos; nos habíamos criado juntitos. Tenía que ser lo que jue. ¿Te acordás? Nos palabriamos, nos íbamos a casar... De repente me llaman pa trabajá en la barsa e don Guayamabe. Y yo, que quería plata, me jui. Tú hasta lloraste creo. Pasó un mes. Yo andaba po er Guayas, con una madera, contento e regresar pronto... Y entonces me lo dijo er Badulaque: vos te habías largao con Andrés. No se sabía nada e ti. ¿Te acordás?

El frío era más fuerte. La tarde más oscura. El mar empezaba a calmarse. Las ollas llegaban a desmayar suavemente en la orilla. A lo lejos asomaba una vela de balandra.

-Sentí pena y coraje. Hubiera querido matarlo a ér; Pero después vi que lo mejor era vengarme: yo conocía a Andrés. Sabía que con ér sólo te esperaba er palo y la miseria. Así que ér sería mejor quien me vengaría... ¿Después? Hei trabajado mucho, muchísimo. Nuei querido saber más de vos. Hei visitao muchas ciudades; hei conocido muchas mujeres. Sólo hace un mes me ije: ¡andá a ver tu obra!

El sol se ocultaba tras los manglares verdinegros. Sus rayos fantásticos danzaban sobre el cuerpo de la chola dándole colores raros. Las piernas parecían coger vida. El mar se dijera una llanura de flores policromas.

-Tei hallao cambiada ¿sabés vos? Estás fea; estás flaca; andás sucia. Ya no vales pa nada. Sólo tienes que sufrir viendo cómo te hubiera ido conmigo y cómo estás ahora ¿sabés vos? Y anda vete que ya tu marido ha destar esperando la merienda, anda vete que sinó tendrás hoi una paliza...

La vela de la balandra crecía. Unos alcatraces cruzaban lentamente por el cielo. El mar estaba tranquilo y callado y una sonrisa extraña plegaba los labios del cholo que se vengó.

DEMETRIO AGUILERA MALTA

(1909-1981). Nació en Guayaquil, Ecuador. Fue subsecretario de Educación Pública. Radicó durante varios años en México. Profesor visitante en Scripps College y en la Universidad de California. Representante de los autores sudamericanos en la directiva de la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Cultivó varios géneros: cuento, novela y drama; considerado el mejor dramaturgo de su país.

Semáforo en rojo
Guillermo Barrones

El texto nos presenta un aspecto de la realidad de nuestra ciudad y de muchas otras -el subempleo- problema que se ha agravado en los últimos tiempos; un hecho que en gran parte ha sido criticado, reprobado y hasta repudiado sin buscar soluciones. ¿Crees que haya alternativa de solución? Reflexiona.

Actividades:

- 1.- Lee el texto.
- 2.- Subraya las siguientes palabras: **híbrido, estirpe, estigma, bufón**, reflexiona sobre su significado contextual.
- 3.- Especifica qué tipo de personas se encuentran retratadas en este relato.
- 4.- Contrasta la situación de quienes esperan un cambio de luz para continuar su camino y de quienes ofrecen los productos en venta y los servicios que prestan.
- 5.- Qué tipo de realidades refleja el relato.
- 6.- Ubica los sucesos del relato en el tiempo y espacio.
- 7.- Comenta con tus compañeros las causas de esta situación. La desigualdad social.
- 8.- Reflexiona sobre las siguientes frases: "Enfadado, gesticulas y los correos groseramente ante la insistencia".

"Las actitudes de su corta edad son un reto para la sociedad actual".

"El ruido se evapora en el espejo de cientos de ojos mudos que miran mecánicamente".

"El sol clava incisivo sus dardos de fuego".

- 9.- Con tus palabras expresa el sentido de los dos últimos párrafos.

Semáforo en rojo

GUILLERMO BERRONES

El semáforo marca rojo. Alto obligatorio. Te detienes y relajas el cuerpo. Disminuye un poco la tensión acumulada durante el día. Dos chicos corren y se trepan al cofre de tu carro... le limpio el parabrisas y me da pa un taco. Otro te ofrece chicles en bolsitas de plástico. Niegas con el dedo a que te limpien el vidrio y con la cabeza rechazas los chicles. Te piden aunque sea unas monedas. Enfadado, gesticulas y los correos groseramente ante la insistencia. Miras a tu alrededor y percibes a todo un ejército de buscapropinas y vendedores. Niñas que venden ramilletes de flores con su cara marchita tempranamente; señoras que te enseñan una sebosa receta para que le ayudes a completar pa su medicina. Un viejo barrigón te vende cajas de Kleenex, espejos retrovisores y adornos para el carro. Un dicharachero desarraigado rural te ofrece rebanadas de dulce de membrillo o de camote y te asegura que es poblano. Los periódicos no pueden faltar, ya sean matutinos o los sagrados de la tarde que compiten por presentar la mejor página de encuerados monumentos de *Playboy* que lubrican el globo ocular de los lectores.

El tiempo que dure en cambiar el semáforo te parece eterno. El tráfico está en su punto. A esa hora el sol clava incisivo sus dardos de fuego. El pavimento hierve en multicolores marcas de automóviles. Se alarga la luz roja. Casi estalla. Te asombra la insistencia de la chavita primenstrual que ofrece sus botones de rosas a las parejas que van en los carros... cómpreme un ramo, oiga... valen doce... bueno, deme pa una soda.

Los flácidos manojos de hules para limpiabrisas los sacude el vendedor frente a las ventanillas... se los cambio, joven... éstos sí duran. Más allá... las guayabas son de a mil la bolsa, los plátanos, el tomate y los paquetes de agujas... bara, bara.

A los chavos les vale madre el peligro. Quisieras ser como ellos. Las actitudes de su corta edad son un reto para la sociedad actual. Enfrentan el destino de su despanzurrada patria. Esa señora tan miserable como ellos de la que tanto les hablan en la escuela. Te remuerde la conciencia. Ellos se ganan la vida a base de puros cabronazos. Se dividen su zona de trabajo. Su mercancía. Su sector de jale es la calle. Su territorio los cruceros.

El sudor te empapa. La ciudad está sofocada. El ruido se evapora en el espejismo de cientos de ojos mudos que miran mecánicamente. Un ruco jorobado se echa un buche de gasolina y luego lo escupe sobre un par de antorchas. Híbrido extraño de camello y dragón. Apaga el fuego en su boca. Purifica con lumbre su miserable estirpe. Glorifica su estigma de fenómeno bufón. Te preguntas quien es más desdichado.

Te das cuenta que el semáforo por fin va a cambiar. Lo anuncia el paso rápido de la señora que recoge la coperacha para el emplumado danzante, descendiente directo de Moctezuma que baila y baila lleno de cascabeles de palo de fraile atados a los tobillos, de huaraches con suelas laminadas para que se escuche el ritmo de la danza. Luce también un taparrabo bordado de lentejuelas, tres plumas desteñidas sobre su cabeza y una enorme capa verde añejo de super héroe que se extiende mientras toca un tamborcillo y le resopla al flautín de carrizo de donde sale una musiquilla confundiendo con el silbato del agente de tránsito que te apresura porque el semáforo ha cambiado.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para las damas voluntarias
Guillermo Berrones

Son innumerables las cosas que nos pueden pasar desapercibidas porque muchas veces no nos detenemos a observar en detalle lo que sucede o existe en nuestro entorno, y más aún si se trata de situaciones desagradables, cerramos los ojos ante lo que nos parece poco bello o grotesco, como los seres aquí descritos cuya condición física puede resultar porque así se puede considerar un tanto desagradable, sin reflexionar que como seres humanos deben ser tratados como tales, brindándoles el respeto y la atención que se merecen.

La pregunta será: ¿A quién le corresponde darles esa atención especial?

Actividades:

- 1.- Lee el texto.
- 2.- De qué lugar se habla en el relato; guíate por algunos datos.
- 3.- ¿Qué tipo de personas describe?
- 4.- ¿Crees que estas personas deban ser tratadas como cualquier otra?
- 5.- Escribe las expresiones en la que el autor emplea un lenguaje irónico.
- 6.- Explica con tus palabras, las siguientes expresiones: Evaluamos su fenomenocidad y nos olvidamos de nuestras anomalías.

Estos seres quedan como espejo de nuestra conciencia.

... mordiéndole la amarga soledad de su desgracia y soportando sus propias pesadillas en las tenebrosas noches de desconsuelo.

- 7.- Reflexiona sobre el contenido del relato y expresa tu punto de vista.

Para las damas voluntarias

GUILLERMO BERRONES

Hay unos monstrillos por ahí, mordiéndole la amarga soledad de su desgracia y soportando sus propias pesadillas en las tenebrosas noches de desconsuelo. Instrumentos para la creación de sociedades o instituciones snobistas donde se distinguen y se dan publicidad grupos de solteras deslindadas y señoras menopáusicas sin qué hacer y con el título nobiliario de Damas Voluntarias, encabezadas por algún interés político o religioso.

Estos entes son de los muchos atractivos misericordiosos que tiene nuestra ciudad. Se dan en todos los estratos sociales y sus características son muy variadas. Los hay desmembrados, tuertos, paticojos, mongoles, amorfos, macrocefalos, jorobados, leporinos y es tan variada su especie, que describirlos a todos llevaría mucho tiempo y espacio.

Su descomunal hermosura les impide pasar desapercibidos para nuestra mirada morbosa y estúpidamente compasiva. La belleza de su fealdad nos atrapa y si indagamos sus nombres, nos daremos cuenta que cargan pesadamente un sello diminutivo, como si con eso se minimizara su defecto.

Es muy común ver al Mochito del Mercado Juárez. Le faltan sus piernas, pero eso no le impide bailar una polka cuando algún chofer camionero le grita: ¡échate una polka Mocho! El pedazo de hombre empieza a moverse con su sombrero de lado y la botella de soyate alzada, para luego, aprovechando su corta estatura, verle los calzones a las mujeres que pasan junto a él y a veces no soporta las ganas de darles una cariñosa nalgada que las asusta y las hace huir rápidamente, mientras él se ríe a carcajadas y exclama: ¡a mí me arrastra!

E.T. tiene sus dominios por el rumbo del Palacio Federal. Vende chicles en las escalinatas, hace mandados. Y en *El Norte* le regalan periódicos para que venda y se aliviane. Tiene una importante cuenta bancaria, envidia de boleros y lavacoches, y maneja hábilmente con sus pseudopezuñas una bicicleta balona de color plateado. Al verlo pasar, la monstruosa ternura de su mirada enternece a cualquiera.

A Honguito lo he visto en Guadalupe por el rumbo del Parque España. El ruta 25 me da la oportunidad de admirarlo detenidamente. Siempre está en el quicio de la puerta de su casa. Abandonado. Mirando pasar el mundo. En ocasiones rodeado de algunos chavos de la cuadra. Pero casi siempre solo. Como en exhibición permanente. Parece un bombón con ojos. Un buda. Un genio mágico que disfruta de la anomalía de los noramles.

Mochito Acróbata es amante del peligro. Gloria Trevi lo incluyó en su video. Por Universidad y Anaya, cerca de Cervecería, llega en silla de ruedas y se planta en este cruce de alto riesgo. Aprovecha la luz roja de los semáforos. Apoya sus manos en las coderas de su silla e impulsa su tronco por los aires ejercitando su pecho para ganarse algunas monedas. Se columpia gimnásticamente de una doble maldición. Con una mano se apoya en la miseria y con la otra en la desgracia de su fenomenia

Así, vagando por las calles de la ciudad, encontramos estos mágicos seres que la embellecen. La abuelita olvidada y ciega de Morelos parece verte con los oídos. Los mongolitos con su eterna infancia de lengua estropajosa y larga atrapan la felicidad entre las rendijas de su mirada. Prometeo se encadena a los escaparates de Padre Mier y con sus cuencas encarnadas y vacías, espera el sonido de las limosnas que de cuando en cuando caen a su pocillo de peltre. Una María acuna en su chal a un niño con cabeza de globo y su hombre la acompaña feliz pensando en la gran inteligencia de su hijo. Llama mentirosos a los médicos cuando le dicen que el chamaco tiene una mentada hidro... quién sabe qué. Leporinos que cantan en los camiones. Jorobados escupiendo fuego en las esquinas. Otros más están en modernos claustros, donde en vez de tocar campanas o pedir limosnas, disfrutan sin entender de videos, clima, lujo y nodriza, ocultos a las miradas morbosas de los que nos gusta curiosar. Por razones obvias de apreciación, es difícil dar cuenta de los eunucos. Todos son ejemplares fuera de serie a quienes les organizamos olimpiadas especiales.

Los presentamos en televisión tocando algún instrumento. Les tomamos fotos para ganar concursos. Los estudiantes de medicina practican con ellos. Otros los utilizamos para las campañas políticas. Evaluamos su fenomenocidad y nos olvidamos de nuestras anomalías. Estos seres quedan como espejo de nuestra conciencia. Como aretes de una ciudad que los luce en el desprecio y la compasión.

GUILLERMO BERRONES

Nació en Ciudad Victoria, Tamps. 1958. Cronista y docente. Ha publicado en la revista *Dos filos* (Zacatecas), *Aquí vamos*, *El volantín* y en la revista de la Universidad de Edimburgo, Texas. Relatos suyos aparecen en los libros *Palabras del norte* y en *La alquimia del verbo*. Actualmente es colaborador del suplemento cultural *Ensayo* del periódico *El Norte*.

Dos obreros ante el naufragio

Cristina Pacheco

A través de los medios de comunicación, nos enteramos de la gran cantidad de familias que emigran a las grandes ciudades, con la expectativa de mejorar las condiciones laborales y de educación; esto ocurre generalmente cuando se han agotado las posibilidades de progreso, en su lugar de origen, donde el único medio de trabajo es el campo.

Lee los siguientes textos, en ellos encontrarás diversas situaciones con las que se enfrentan las familias ante esta problemática.

Actividades:

1. ¿De qué tipo de persona se habla en el relato? Descríbelas.
2. Identifica el tipo de realidad que se refleja en los relatos; toma como guía los siguientes puntos: crisis económica, desempleo, familia, seguridad pública, abuso de funcionarios, supervivencia, costumbres. Escribe tu comentario.
3. Ubica los hechos en un tiempo y un espacio; copia algunos párrafos con los que se justifique tu respuesta.
4. ¿Conoces personas que hayan pasado por una situación semejante? Explícalo.
5. Identifica el tipo de valores que se dan en los relatos y exprésalos con algunos ejemplos.

Dos obreros ante el naufragio

CRISTINA PACHECO

"Tenemos junta a las nueve y media de la mañana, pero si usted quiere podemos vernos a las ocho en el Wings de Vallejo y la Patera", sugieren Manuel Martínez y Pedro Moreno, compañeros de trabajo en la empresa donde ambos tienen la especialidad de soldadores: "Ser obreros calificados nos permite ganar un poco más del salario mínimo, pero de todas formas, con tantas alzas diarias en la comida, en la ropa, en las medicinas, nos las estamos viendo negras".

Durante los 45 minutos de trayecto por el Anillo Interior, Insurgentes Norte, Cuitláhuac, calzada Vallejo, veo siempre el mismo espectáculo: hombres y mujeres que, con la bolsa del almuerzo y la cajita de herramientas en la mano, corren en pos de vehículos que se detienen o arrancan arbitrariamente; inmensas colas frente a las paradas de autobuses y combis; puestos de fritangas concurridos por decenas de trabajadores que enfrentarán una nueva jornada de trabajo después de tomar como único alimento un vaso de atole, una telera rellena de tamal o dos tacos. "Antes podíamos comerlos tres. Ahora, ¡ni soñando!"

El fondo de este espectáculo también es invariable: en las proximidades de los bancos veo patrullas y grupos de policías desempleados que en vano merodean las puertas de "entrada de personal", hombres acucillados contra los muros que protegen los estacionamientos y las instalaciones fabriles, mujeres con sus hijos pidiendo limosna. A setenta y cinco años de la Revolución aquí está el México nuevo que paga por la deuda externa, por las decisiones del Fondo Monetario Internacional y por el "realismo" y los errores de nuestros funcionarios.

El costo y el privilegio

Entro al Wings, ocupo un sitio en la barra y espero unos minutos, temerosa de que mis amigos se hayan arrepentido de darme su testimonio acerca de una crisis sobre la que ellos tienen una opinión más autorizada y, ahora sí, más realista que la de cualquier tecnócrata. Al fin los descubro parados en la esquina, conversando. Voy a su encuentro. Me dicen: "Nosotros no entramos a esa clase de restaurantes: la comida no es buena y sí muy cara. Por tres cafés y tres piezas de pan son capaces de cobrarnos unos mil quinientos pesos. Mejor acompáñenos a la casa donde siempre almorzamos".

Manuel Martínez, alto y fuerte, viste pantalón oscuro y camiseta de acrílico. Pedro Moreno, bajito y de ojos sonrientes, lleva pantalón, camisa y chaleco sin manga: "¿A poco usted tiene frío?", me pregunta mientras vamos rumbo a la avenida Ceylán, donde están la fábrica y la casa donde son asistidos: "Una de las ventajas de que nos den la comida allí es que no tenemos que perder tiempo en ir a alguna fonda donde nos cobrarían más y no nos darían cosas tan ricas".

Una mujer enrebozada que barre la calle nos saluda apenas. La puerta de la casa está abierta. En el patio desnudo, de forma irregular, hay varias estufas contra la pared. En un cuartito próximo a la escalera veo una mesa con ollas y restos de comida: "Nosotros almorzamos arriba", dice el señor Moreno, invitándome a subir.

La sala-comedor es muy estrecha. Dos vitrinas y una mesa ocupan la mayor parte del espacio. Allí nos sentamos frente a la vista de la dueña de casa que pregunta, mirándome siempre con alguna desconfianza, si vamos a "almorzar como siempre". Mis amigos intercambian miradas y guardan silencio, observándome sonrientes, sin que yo entienda su cortesía: "A ver qué dice la señorita. ¿Se le antoja desayunar?" Acepto la amable invitación y entonces Pedro Moreno ordena: "A ver, tráiganos por favorcito cafés bien calientes, una pepsi grande, unos tamalitos, unos buñuelos, pero no se le olvide la miel".

El éxodo del campo

Para despejar toda inquietud, para justificarme por el tiempo que estaba robándoles a mis dos nuevos amigos, les expliqué que el objetivo de mi entrevista era mostrar a otros sectores de la población cómo vive, en 1985, y cómo enfrenta la crisis un obrero.

Ser obrero en este país y en estos momentos significa, por una parte, llevar el peso de lo que la inhumanidad tecnocrática llama "el costo social" de la catástrofe económica y, por otra, disfrutar de lo que debía ser un derecho y hoy es privilegio: un puesto de trabajo.

- Pues sí que es un privilegio eso de tener trabajo ahorita que hay tanto desempleo -dice Manuel, que oculta su nerviosismo acomodándose el cuello alto de la camiseta.

- ¿De dónde es usted, Manuel? ¿De qué parte de la República vino y por qué dejó su tierra?

- Nací en el estado de Guanajuato, en San Luis de la Paz. Mi madre siempre se ha dedicado al hogar. Mi padre es obrero pero antes fue campesino, mediero en el rancho "El Chico". Fuimos nueve hermanos. Yo soy el mayor. Esto quiere decir que yo tenía, y aún tengo, la responsabilidad de ver por mis hermanos. Hasta la fecha todos me respetan.

- ¿A qué edad empezó a trabajar?

- A los seis años, en el campo. Hacía una cosa sencilla: desquelitaba las milpas, los sembrados de chile y jitomate. La jornada comenzaba a las siete de la mañana y concluía a las seis de la tarde. Por el día de trabajo me pagaban dos pesos con cincuenta centavos.

- ¿Trabajar le impidió asistir a la escuela?

- Algo, sí. Nada más pude hacer cinco años de primaria en la escuela San Luis Rey, que está en San Luis de la Paz. En ese tiempo yo pensaba que mi máxima aspiración era convertirme en maestro para llegar a dar clases allí mismo, en mi pueblo. Al mismo tiempo quería hacer otras cosas, pero francamente noté que mi padre ya se veía fatigado; no podía sostener solo el gasto de la casa. Entonces dejé la escuela. Me salí con la intención de encontrar trabajo y aportar algo de dinero a la casa. Para esas alturas yo ya había cumplido trece años. Así que empecé a tener responsabilidades a los catorce.

- ¿Su padre siguió trabajando en el campo?

- No. A esas alturas él trabajaba como velador en una estación de ferrocarril. Allí llegaban los ingenieros de una

compañía constructora. En una plática le dijeron a mi padre que no hallaban quién les cuidara sus cosas. A mi papá se le ocurrió que yo podía hacer ese trabajo. Lo acepté, entre otras cosas porque, debido a mi edad, no me contrataban en ninguna parte. Así mi primer empleo fue de almacenista.

Los salarios y los precios

- Allí, ¿cuáles eran su horario y su sueldo?
- Llegaba a las ocho de la mañana y me iba del almacén a las cinco de la tarde. Mi sueldo era de veinte pesos diarios. Digamos que hacía un trabajo menos pesado que en el campo y también ganaba más. Mejoré.
- ¿Cuál era su rutina de trabajo?
- Las horas de más actividad eran en la mañana, y todo mi trabajo consistía en vigilar la salida de los materiales. En las tardes me quedaba mucho tiempo libre. Para no aburrirme iba a ver cómo trabajaban los albañiles, los plomeros, los electricistas contratados por la constructora. Eso me sirvió de mucho porque aprendí y a la fecha sé algo de plomería, electricidad y albañilería.
- ¿Ha realizado ese tipo de trabajos en alguna empresa?
- No, pero aprenderlos, ahora sí que de pura vista, me ha servido porque gracias a eso yo puedo hacer las reparaciones que se van necesitando en mi casa. Esto significa que me ahorro mucho dinero en composturas, pero ahora cobran carísimo.
- ¿Cuánto tiempo duró en la constructora y qué mejoría tuvo?
- Allí duré como año y medio. En el momento en que me salí ganaba ya treinta pesos diarios. Todo lo daba a mi casa.
- Cuando usted comenzó a aportar dinero a la casa paterna, ¿ganó autoridad frente a sus hermanos, ocupó de alguna forma el sitio de su padre?
- No, ni una cosa ni la otra. El hecho de que yo lo ayudara con el gasto no hizo que mi padre perdiera autoridad. El no cambió. Siguió actuando como cabeza de familia. No tenía por qué bajar de categoría ya que él continuaba trabajando. Si se necesitaba que yo aportara no era por capricho o porque él desatendiera a la familia, sino por la necesidad. Las cosas siempre estaban muy caras en comparación a nuestro sueldo. Por mi parte pensé que era mi responsabilidad, no sólo ayudarlo sino apoyarlo frente al resto de la familia.

Ni inconformismo ni bracerismo

- Usted cumple con el mandamiento que dice: "Honrarás a tu padre y a tu madre". ¿Recibió instrucción religiosa?
- El director de la escuela donde estudié era sacerdote y nos daba clases de religión. En la casa también nos inculcaron algo de eso, pero sin conformismo. Nada de que "ya nos tocó ser así, vivir pobres". No.
- A los quince años de edad usted ya sabía lo que era el mundo de los campesinos y el de los trabajadores asalariados, ¿cuál le gustaba más?
- Mire, cuando en el campo hay agua y con qué trabajar la tierra creo que no puede haber trabajo más bonito que el de un campesino. Pero cuando esas cosas faltan uno se desmoraliza mucho, tanto que es entonces cuando le da por venir al Distrito Federal o a cualquier otra ciudad donde haya empleos. Muchos se van a León, a Querétaro, a Monterrey. A mí no me llamó la atención irme a ninguno de esos lugares, y menos a los Estados Unidos porque yo pienso que el que no la hace aquí, el que no vale aquí, menos valdrá en territorio extranjero.
- ¿En qué año llegó usted a la ciudad de México?
- En 1971. De repente se acabó el trabajo en la constructora.
- ¿Me iba a regresar al campo? No, porque allí las condiciones eran peores que cuando lo había dejado. Por otra parte, ya estaba impuesto a ganarme mis centavos y lo que hice fue buscar la manera de seguir ganándomelos. La única forma era saliendo de mi estado y viniendo al Distrito Federal. Aquí estaba un tío mío. Le escribí preguntándole si podía llegar a su casa mientras hallaba acomodo. Me contestó que sí.

La esclavitud maquilada

- ¿Dónde vivía su tío?
- En la colonia Metropolitana, que está en ciudad Nezahualcóyotl. Llegué por la estación de Buenavista. Traía apuntadas en un papelito las señas de mi tío. No llegué solo. Mi padre me acompañó hasta acá porque pensó: "Qué tal si nadie va a recibirte a la estación? Te vas a sentir muy mal". Pues con todo y que mi padre estaba conmigo, en cuanto me paré afuera de la estación sentí que el mundo se me cerraba de ver todo esto tan grande, tan desconocido. Al fin, preguntando y como pudimos, llegamos a Neza.
- ¿Resintió mucho el cambio?
- Mucho. Mientras mi papá se quedó conmigo, sólo dos días estuve bien, a gusto. Pedro cuando se fue me sentí como en una cárcel porque la casa de mi tío era chica: cinco cuartos, dos de loza y tres de lámina de cartón. Allí estaba toda la familia. Durante una semana anduve asustado, sin salir, sin hacer nada hasta que una de mis primas me consiguió trabajo en un almacén de ropa, en el centro. Acarreando de la bodega a los botadores. Éste era el aspecto principal de mi trabajo, pero además andábamos en el almacén cuidando que la gente no se robara la mercancía. El trabajo era pesado porque teníamos que ir al almacén hasta los domingos.
- ¿Esto era obligatorio?
- Pues no nos lo decían con franqueza, pero al que faltaba un domingo le aplicaban tres días de suspensión, ¿se imagina lo que eso significaba para nosotros? Claro que para dorarnos la píldora, para hacernos atractivo el trabajo dominical, el patrón nos daba, según él, un buen sobresueldo: en vez de pagarnos los treinta y cinco pesos diarios nos entregaba cuarenta.
- Usted ganaba aproximadamente doscientos cincuenta pesos a la semana. ¿Cómo distribuía ese ingreso?
- Lo primero era pagar los camiones. Para nosotros el transporte siempre ha sido un problema: a veces hay, a veces no. En este caso uno o llega al trabajo puntual o pierde el día completo sin sueldo. Otro gastito era la comida. Cuando estaba en el almacén almorzábamos en una fonda que estaba en la Plaza de la Soledad: "El Avión". Pagábamos cuatro cincuenta por la comida corrida: sopa aguada, arroz, un guisadito, frijoles, refresco o agua. Luego, del sueldo había que sacar algo para vestirnos. En el almacén podíamos comprar en abonos y con descuentos: del cinco por ciento si comprábamos nada más una prenda; del diez si aduquiríamos algo más.
- Cuando faltaba a su trabajo por no encontrar transporte o por enfermedad, ¿qué ocurría?
- El que no llegaba a tiempo no podía entrar al trabajo y, como le dije, no ganaba un centavo. En caso de enfermedad estábamos obligados a reportarnos el mismo día en que fuéramos a faltar porque si no, nos castigaban dejándonos fuera una semana. No se imagina el problema que esto significaba. En la semana en que no cobrábamos ni un centavo, ¿a quién le pedíamos?, ¿de qué íbamos a sacar algo para cubrir la falta de esos doscientos cincuenta pesos? Pues recurríamos a un préstamo, al empeño, era horrible.

El sindicato y la junta

- ¿Trajo a su familia a vivir con usted?
- Sí, al año y medio ya estaban todos aquí conmigo.
- Permanecimos en la casa de mi Tío, pero entonces ocupamos dos cuartos. No nos cobraba renta, pero procurábamos compensarlo dándole comida, ayudándolo con sus gastos.
- ¿Fue fácil la colocación de su familia en los centros de trabajo?
- Al principio no logramos que mi padre encontrara trabajo, así que todo el gasto lo sobrellevábamos yo y mi hermana, que entró al servicio doméstico.
- ¿Por qué no podía colocarse su padre?
- Por la edad. Para un hombre es muy difícil encontrar empleo después de los cuarenta años. Iba, buscaba por todas partes y nada. Al fin, después de seis meses, logró colocarse como peón en la red de drenaje de ciudad Nezahualcóyotl.
- ¿Cuántos años duró usted en el almacén de ropa?
- De 1971 a 1975. Entonces me salí de pura casualidad. Resulta que con frecuencia iba para allá un policía auxiliar que trabajaba en la fábrica donde ahora estoy. Un día me dijo que si me gustaría trabajar allí. Le contesté que sí. "Bueno, si te animas, te llevo al sindicato, para que veas." Él me estaba hablando de la Federación Obrera Revolucionaria. "Si quieres trabajar en una fábrica tienes que afiliarte", me dijo.

-Usted lo hizo. ¿Qué ventajas vio en el hecho de pertenecer a un sindicato?

-Primero, poder conseguir trabajo. Yo me afilié a la FOR sin tener que dar nada más que dos fotos y diez pesos, cosa de la credencial.

-Ser miembro del sindicato, ¿le imponía obligaciones?

-Nomás una: desfilar el primero de mayo; ir a los mítines políticos donde estuviera presente el sindicato.

-¿Está obligado a pertenecer a algún partido político?

-A ninguno. Hasta la fecha puedo votar por quien quiera.

El hecho de sindicalizarse tiene para todos nosotros muchas ventajas: la primera es que nos defiende ante los patrones o sus representantes. Si la empresa quiere burlarse de uno, de sus derechos, entonces puede recurrir a la Junta de Conciliación y Arbitraje.

-¿Es eficiente? ¿Defiende realmente los derechos de los trabajadores?

-Es mañosa: el proceso de una demanda puede durar seis meses o un año. La Junta hace todo lo posible para alargar el pleito, para darle aire de modo que el obrero -que no tiene trabajo, ni ahorros para solventar los gastos de esos seis meses sin trabajo - vaya debilitándose y doblándose hasta que al fin acepte cualquier solución propuesta por los patrones.

El infierno de los transportes

Pedro Moreno interviene para "darle chance aquí a Manuel de que le dé un llegue a los tamales"

-Mire, yo pienso que el obrero que no tiene sindicato no tiene nada; está completamente en manos del patrón. Cuando uno se afilia pues sabe que en caso de conflicto laboral tendrá quien lo defienda, quien hable por uno y hasta quien solvente los gastos de ese pleito.

-¿El sindicato los ayuda económicamente cuando se han ido a huelga?

-El sindicato, en esos casos, lo único que puede hacer es darnos préstamos, pero en situación de huelga quien nos ayuda es la gente de la calle, en los camiones, a donde vamos a botear. Yo ya lo he hecho y es duro, muy duro.

-Señor Moreno, ¿podría decirnos algo acerca de cómo es su vida familiar?

-Pues mire, yo tengo mi esposa y tres hijos. El único que trabaja en casa soy yo.

-Frente a los encarecimientos cotidianos, ¿basta su salario para cubrir las necesidades de su familia?

-Pues con trabajos, sí. Otros hombres permiten que sus esposas salgan a la calle a trabajar. A mí no me gustaría eso. Mientras pueda, yo mantendré solo a mi familia. Y además, otra cosa: si me casé fue para que siempre hubiera mujer en la casa, en el hogar. No crea que actúo así por machismo, sino por conveniencia de ella y mía.

-Usted, ¿ha tenido compañeras de trabajo?

-Yo, nunca. A lo mejor por eso no acepto muy bien que las mujeres trabajen.

-¿A qué horas comienza su día de actividades?

-A las cinco de la mañana me voy al baño, a asearme. Cuando salgo ya está listo mi desayuno: café, un licuado, un jugo. Vivo en la colonia El Tenango, municipio de Tlalnepantla. Salgo de la casa directamente a la parada del camión. El recorrido a pie me toma diez minutos. Para llegar al trabajo tomo tres transportes: un camión de Tenango a Tenayuca o calzada Vallejo, otro de allí a la Patera y otro de allí a la avenida Ceylán. Todo eso me toma treinta o cuarenta minutos. Pero muchos compañeros hacen viajes larguísimos para venir al trabajo o regresar a su casa. Aquí tiene el caso de Manuel. Viene desde Iztapalapa y toma tres transportes: un camión de Cárcel de Mujeres a la Alameda, otro de allí a San Cosme y otro que lo trae hasta la fábrica; le toma como hora y media en la mañana y dos en la tarde. Él me ha contado que cuando le toca asiento no se le hace tan aburrido porque va leyendo; pero cuando no, va cuidándose de los carteristas, de los abusivos, de los que empujan.

-Manuel me decía que el transporte siempre ha sido un problema grave para los trabajadores.

-Sí: está escaso, caro y es un problema. Usted no sabe todo lo que pasa en un camión o en el Metro. A veces le da a uno pena de ver las cosas que les hacen a las mujeres: las manosean, las empujan, les faltan al respeto.

-¿Usted cree que se ha perdido completamente la caballerosidad en los transportes públicos?

-No. Yo, aunque venga muy cansado, aunque esté amoladísimo, si veo a una señora con un niño, a una anciana, a una muchacha a la que de plano traen al mal traer, le doy el asiento. Uno de hombre, como quiera se defiende, ellas no.

Robos, atracos, asaltos...

-¿A qué horas y dónde almuerzan?

-A las doce y media nos dan tiempo para comer. Nosotros no perdemos tiempo porque, como usted ve, nada más atravesamos la calle y entramos aquí con la señora Concepción que nos da de comer por trescientos pesos diarios.

-¿Cuántos trabajadores almuerzan aquí?

-Sólo tres. La ventaja es que aquí todo es casero, está limpio y podemos elegir entre dos guisados.

-Gasta trescientos pesos diarios en el almuerzo? Eso significa un gasto de dos mil cien pesos a la semana. ¿No sería más económico que trajera tortas o su *lunch*?

-No es posible. Nos dan únicamente media hora para comer. Somos muchos trabajadores y no nos da tiempo para calentear a todos la comida pues tenemos pocas parrillas eléctricas. Y eso de tomar comida fría francamente no se me antoja.

-En su área de trabajo, donde es soldador de primera, cuenta con la máxima seguridad pero, ¿en la calle?

-Ése es capítulo aparte. Usted habrá visto en el periódico la cantidad de noticias que hablan de asaltos. La mayor parte de las veces, los obreros somos las víctimas. Mire, ya le dijeron que si vamos en camión tenemos que andar cuidándonos de los carteristas. Ojalá eso fuera todo. Los viernes son días de raya. En cuanto salimos de trabajar no falta algún carro que esté estacionado a la vuelta, sin placas. Adentro hay dos o tres tipos. Se bajan y lo detienen a uno.

-¿Con qué derecho y por qué motivo?

-Pues con el derecho que les da traer una credencial dizque de agentes. Si uno pregunta qué pasa, por qué lo detienen, le salen siempre con la misma frasecita odiosa: "No la hagas de tos y súbete". Lo meten a uno en el coche y allí lo esculcan y lo desvisten para quitarle todo. Luego que lo pelan a uno, van y lo tiran por allá, lejísimos.

-¿Han puesto alguna queja?

-¿Cómo cree que no? A veces vemos la patrulla y le señalamos directamente el coche de los asaltantes, pero los policías se hacen de la vista gorda y se van para otro lado. No quieren broncas o son de los mismos.

-En el Estado de México, los patrulleros son temibles: si lo ven a uno agüitado, cansado, de mal humor, mal vestido, lo detienen, se les figura que uno es sospechoso. Si preguntamos por qué nos detienen, salen con que tienen media filiación de un asaltante, que coincide con el físico de uno y ¡vamos a la patrulla! Arriba le piden a uno que se identifique y aun así sólo lo sueltan cuando da mordida: dos mil, cuatro mil pesos.

-¿Qué sucede si usted no trae esa cantidad en la bolsa?

-Pues lo llevan a uno hasta su casa para que busque el dinero. Si no lo tiene en la casa lo pide entre los vecinos o con quien sea con tal de quitarse de encima a los policías. Pero las cosas no paran allí. Otro enemigo nuestro son los pandilleros. Esos muchachos lo esperan a uno cerca de la parada del camión. Saben que de allí a nuestra casa tendremos que caminar. Para esto, ya se encargaron de romper los focos de la calle para que todo esté oscuro. En cualquier esquina aparecen y "órale, cáite" para el pomo". Y si uno no les da, lo pican, lo golpean. Cinco días de trabajar y batallar contra todo nos deja, como quien dice, en la lona.

La tele, el futbol y el box

-¿Cómo pasa sus horas y sus días de descanso?

-Entre semana llego a la casa y veo la tele, por lo general el canal 2. Allí se junta toda la familia. Los sábados salgo con mi señora al mercado, a la Merced, para comprarles a los muchachos lo que necesitan: ya sea una camisa, zapatos, pantalones. En la tarde veo futbol, si hay -yo mismo practico ese deporte-, y el box. Las diversiones del domingo varían según lo que haya quedado en la bolsa: Si no quedó nada, me llevo a mis hijos al parque para que se den una columpiada, de perdida; si tenemos algo, los invito a algún balneario en el estado de Hidalgo. Allí son más baratos: la entrada de los niños cuesta cincuenta pesos, la de los adultos cien.

-Como trabajador tiene derecho a usar instalaciones como las de Oaxtepec, por ejemplo.

-Pues sí, pero aun para nosotros -que pagamos cuota en el Seguro y todo- resultan muy caras: imagínese, trescientos pesos la entrada. Si yo, que nada más tengo tres hijos, no alcanzaría a pagar ni los boletos, imagínese otros compañeros que tienen seis, siete muchachos. Pero póngase usted que no vayamos a nadar, ni al parque; entonces llevo a mi familia a que meriende en algún mercado, atole y tamalitos. Y allí murió.

El orgullo de ser obreros

-Señor Moreno, durante el año, ¿hace alguna celebración en su casa?

-Sí, el día de mi cumpleaños, que cae en 27 de julio. Ese día echo la casa por la ventana. Pero este año no haré mi fiesta porque voy a festejarle sus quince años a mi hija. Le voy a hacer su misa, su baile donde tendrá cuatro chambelanes y después su pachanguita con una orquesta tropical.

-En estos momentos una fiesta así debe de ser costosísima.

-Pues sí. Imagínese nada más que el vestido costó quince mil pesos. Y eso que fue de los más baratos. Salí carita la fiesta, pero nada a comparación si la hubiera hecho en algún salón de fiestas. ¿Sabe cuánto cuesta el alquiler? treinta y cuarenta mil pesos, y uno tiene que llevar la comida y la bebida.

"Pero con todo y el gasto y el sacrificio que haré, estoy contento de hacerle a mi hija su fiesta, de cumplirle su ilusión. Son pocas, muy pocas las que tiene uno en su vida. Será para ella una experiencia muy bonita, un recuerdo precioso que le quede para después, para los años por venir en que a lo mejor ya no tendrá oportunidad de vivir un día tan alegre como éste."

-Le llegó el gasto cuando acaba de sufrir una superdevaluación, a las pocas semanas de haber recibido su 18 por ciento de aumento salarial.

-Sí, eso es lo que nos aumentaron desde el 4 de junio pero, ¿de qué sirve? De nada porque enseguida las cosas, los productos, subieron en un 100, 200 y hasta 300 por ciento. Siempre es lo mismo: por cada aumento de salario, otro de precios, pero mucho más alto; de modo que ya hasta nos da miedo que nos mejoren el sueldo. No nos sirve de nada y en cambio esa mejoría sí es un buen pretexto para que los comerciantes hagan de las suyas. Pero con todas las dificultades y con la pena de que nunca le alcance a uno el dinero para nada, tenemos una compensación: el orgullo de ser obreros, de producir riqueza para nuestro país... aunque nosotros sigamos siendo pobres.

(1985)

CRISTINA PACHECO

Nació en el estado de Guanajuato. Realizó sus estudios en México, D.F. Trabaja como periodista en diarios y revistas, radio y televisión. Ha recibido varios premios, entre ellos: el Premio Nacional de Periodismo (1975 y 1985), el Premio Buendía y el Premio de la Federación Latinoamericana de Periodistas, FELAP. Desde 1960 ha publicado en Novedades, Siempre, El Día, Uno más Uno, La Jornada. Entre sus libros se cuentan: *Sopita de Fideo*, *Zona de desastre* y *Los dueños de la noche*.

El niño

Rafael F. Muñoz

Relatos como este reflejan un aspecto de la lucha revolucionaria mexicana, en donde la entrega y la participación de la mujer fue un hecho contundente, al olvidarse de ellas mismas para dar apoyo, tanto al soldado en particular como al movimiento en general, dando ejemplo de decisión y valentía.

Actividades:

1. Lee el cuento.
2. Ubica los acontecimientos en un lugar y un espacio determinados.
3. ¿Qué tipo de realidad se refleja en el cuento? Explica.
4. Explica por qué el cuento se llama "El niño". ¿A qué se refiere?
5. ¿Cuál fue la actitud de las mujeres ante la situación que se les presenta?
6. ¿Qué valores se encuentran presentes en el relato?
7. ¿Cómo era el lugar donde se realiza la acción? Descríbelo.
8. Escribe un comentario sobre su contenido.

El niño

RAFAEL F. MUÑOZ

Los trenes militares, tendidos uno tras otro en la única vía férrea que atravesaba el desierto, eran una larga cinta oscura sobre la blanca extensión arenosa. Estaban inmóviles, pero el humo transparente, más bien aire tibio, que escapaba de la chimenea de las locomotoras, decía que aquella serpiente de carros, plataformas, jaulas de la caballería, tanques de agua y petróleo, vagonetas blindadas, estaba lista para ponerse en movimiento. Los trenes parecían abandonados: no había hombres sobre los techos de los carros ni caballos en las jaulas; la tropa había echado pie a tierra, y mientras las caballerías exploraban a distancia, hacia la serranía desdibujada, que por el norte ponía término al desierto, los infantes habían desplegado dos alas larguísimas a uno y otro lados de la vía, y avanzaron toda la mañana, con la carabina bajo el brazo y la cabeza inclinada hacia adelante, esperando oír silbar sobre sus cabezas, en cualquier momento, las balas de los rebeldes que podían estar escondidos en las quebradas. Habían marchado también el general en jefe y su Estado Mayor, en rápidos caballos, siguiendo la línea ondulante de la infantería en forrajeadores. Y también había avanzado "El Niño".

Era éste el cañón más grande en todo el ejército: se le traía siempre montado en una plataforma de ferrocarril, y se le cuidaba como si fuera el hijo mimado de los hombres de armas; pintado de gris, con líneas de azul oscuro en los filos, levantaba su larga nariz al viento, y de vez en cuando resoplaba con estrépito por su enorme boquete. La plataforma se estremecía sobre los rieles, y mientras los artilleros conservaban difícilmente el equilibrio, a diez, o doce kilómetros caían los escupitajos de "El Niño" en lluvia de plomo. Esa mañana había salido en su plataforma, empujado por una locomotora, y nada más; llevaba una pequeña dotación de granadas, cuarenta o cincuenta, porque el combate con los rebeldes no debía efectuarse aquella mañana.

El enemigo estaba fortificado, según los partes de las caballerías volantes, en un cañón de montaña en medio del cual corrían las paralelas de acero del ferrocarril situado a veinte o veinticinco kilómetros de donde estaban los trenes inmóviles. La infantería marchaba a colocarse en sitio para atacar formalmente a la madrugada, y "El Niño" iba a bombardear las posiciones avanzadas, impidiendo que durante el día, los rebeldes pudieran dedicarse libremente a mejorar sus atrincheramientos.

En los trenes había un silencio pesado tan pesado como el sol de junio que en ese mediodía levantaba aire cálido de la tierra sedienta. Las mujeres de los soldados se habían refugiado, bajo los carros y bajo las plataformas, únicos lugares sombreados en aquella extensión en que los mezquites de metro de alto, espinosos y hostiles, constituían toda la pobre flora. Los ferrocarrileros de tripulación en los trenes estaban en los cabooses, durmiendo la siesta. Algunas mujeres regresaban de la llanura trayendo leña, y comenzaron a hacer fuego para sus comidas, a la sombra de los trenes. A lo lejos, a cinco o seis kilómetros, se oían los disparos isócronos de "El Niño", y el oleaje de resonancias se extendía por la llanura en calma. A veces, el viento traía los restos de un toque de clarín.

-Siguen avanzando -decía alguna mujer acostada a la sombra de los carros.

-¡Pobres de nuestros viejos...! ¡Caminar con este "solón"...!

La interpretación de los toques de corneta corría como un rosario por debajo de los trenes, y en la misma forma regresaba la pregunta.

-¿No ha regresado ninguno?

-Ninguno. Ninguno, Ninguno.

Y las soldaderas volvían a quedar en silencio, soplando la lumbre y cocinando, algunas aplaudían con la masa de maíz entre las palmas de las manos, haciendo las "gordas", y otras llenaban sus baldes con agua de los tanques. El sol de verano

caía perpendicularmente, y todas las mujeres se metieron con sus improvisadas cocinas, bajo los carros.

De pronto, por la larga cadena humana tendida entre los rieles, corrió la voz.

-¡Se está quemando el parque de "El Niño"

Cien mujeres, doscientas, salieron de entre las ruedas y presenciaron el espectáculo: tres carros de caja, los primeros en la fila de trenes, donde estaba el parque de artillería destinado al cañón enorme, estaban ardiendo, sin duda encendidos por alguno de los fuegos de cocina de las soldaderas. Y era en esos tres carros de parque, donde estaban todas las granadas con que se podía contar para que "El Niño" enviara a lo lejos su huracán de plomo. Ni pensar en apagar el fuego, que se propagaba rápidamente por las paredes de madera, con unos cuantos baldes de agua. Los ferrocarrileros seguían durmiendo en sus cabooses...

Entonces, del grupo de mujeres que se había reunido alrededor de los carros ardientes, salió una voz:

-Vamos a sacar el parque, porque, si no, no hay para la batalla de mañana.

Contestó una gritaría:

-¡Vamos, vamos!

-¡Arriba las buenas mujeres!

-¡No se raje ninguna!

Y todas aquellas soldaderas se echaron sobre los carros, montaron a través de los cuadros de madera ardiendo de las puertas, comenzaron a mover las cajas del parque. La maniobra no era sencilla, porque cada caja de seis granadas era para la fuerza de dos hombres. Las mujeres lucharon bravamente, locamente: unas arrastraban las cajas hasta la puerta y otras se las cargaban en los lomos, ayudadas por una de cada lado, y comenzaban a andar, vacilantes bajo el peso, dando traspiés. Algunas no resistían y dejaban caer las cajas; otras se iban doblando lentamente y quedaban tendidas en la arena, con la carga sobre sus cuerpos.

-¡Arriba, arriba! ¡Puede estallar el parque!

Las caídas se levantaban, arrastraban las cajas por el suelo, formaban con ellas una trinchera a mucha distancia de los carros ardiendo, y volvían por más. La peor parte la llevaban aquellas que habían subido; el fuego se les había comunicado a las ropas, les había chamuscado el cabello y causado quemaduras en los brazos desnudos o en las caras sudorosas. Dos o tres fueron sacadas a medio asfixiar de los carros llenos de humo, y sus ropas apagadas con arena.

-¡Siganle, mujeres; siganle!

Las que recibían las cajas, abajo, subieron a los carros; las que estaban arriba, fueron a revolcarse en la arena para apagar sus ropas ardiendo. Y siguió la maniobra: las cajas salían ya con fuego en algunas partes; no pasaría mucho tiempo sin que las que estaban en el interior de la hoguera estallaran, y a lo lejos, regularmente, se oían los disparos de "El Niño" rociando de metralla la entrada de la sierra; mientras el viento traía dispersos toques de clarín.

-Ya se pararon ahí.

-Sí, pero a nosotras nos está llevando el diablo.

Seguía la lucha contra el fuego o más bien, el salvamento del parque. Las pobres mujeres estaban realmente en estado

lastimoso; muchas, casi desnudas por haberse quemado sus ropas; otras, con las cabelleras chamuscadas, las caras negras, los brazos rojos y ardidos; todas sudorosas y fatigadas.

-¡La última caja, la última! -gritó una soldadera avanzando por entre las llamas rojas y el humo denso; otras veinte corrieron hacia el carro a recibir la caja.

-¿De veras, la última?

-¡Seguro...!

El cajón de madera ardiendo de todos lados, fue sepultado en arena, que las soldaderas echaban con sus baldes, y a poco resurgía, negro, caliente todavía: era un tizón cuadrado, con ciento veinte kilos de muerte.

Las mujeres se tiraron en el suelo sin importarles el sol implacable, mientras los tres carros se iban consumiendo...

Al caer la tarde, volvió "El Niño", arrastrado por su locomotora: se llevó parque, y toda la noche estuvo haciendo ruido. Volvió a la madrugada, y regresó a su puesto; el cañoneo era continuo: cada minuto, un disparo sin falta; los toques de clarín eran también frecuentes: órdenes de avance, órdenes de reunión, dianas.

En los trenes, las soldaderas se curaban con manteca sus quemaduras, y aquel mediodía, por experiencia, hicieron sus fuegos fuera de los rieles, aunque para cuidar de ellos tuvieran que soportar el sol calcinante.

Pasado el mediodía, por la cadena humana tendida bajo los carros, corrió la voz:

-Ya vienen, ya vienen...

Y el ejército de mujeres se echó fuera de la única sombra en todo el desierto, y a la carrera avanzó hacia los soldados que regresaban. Los rebeldes habían tenido que retirarse ante el cañoneo de "El Niño", pues comprendieron que era inútil contestar con sus fusiles aquel fuego que venía de diez kilómetros de distancia. Sus trincheras habían quedado destruidas por las granadas. Doscientos muertos confirmaban la inutilidad de la resistencia, y los soldados volvían a los trenes sin haber tenido que disparar un solo tiro, sin una baja, regresaban todos los que habían salido a la víspera, en dos largas alas que avanzaban por el desierto, a uno y otro lados de la vía férrea.

Recibidos en triunfo por sus mujeres, tomaron a los carros y durmieron pesadamente, a cambio de la noche que habían pasado en vela.

Las soldaderas, viéndolos vivos e ilesos, cuando habían temido que fuera la de ese día una sangrienta batalla, se sintieron muy satisfechas de sus cabellos chamuscados, de sus cuerpos cubiertos de quemaduras, de sus fatigas y las angustias que vivieron en los tres carros ardiendo...

Los trenes se pusieron en movimiento, lentamente, como una larga culebra que despertara, y al caer la tarde comenzaron a pasar el cañón de montañas entre una valla de trincheras abandonadas y de cadáveres.

La más bonita

Magolo Cárdenas

Las situaciones que se narran en los textos siguientes reflejan formas diferentes de ver, sentir y valorar la vida; en cada texto realizarás actividades señaladas por separado; la actividad N° 6 del segundo texto te servirá para relacionar algunos hechos en ambas lecturas.

Actividades:

1. Lee detenidamente el relato.
2. Escribe un comentario acerca del contenido.
3. ¿Crees que la vida de una persona pueda darse sin tropiezos? Coméntalo con tus compañeros y expresa tu punto de vista.
4. ¿Cómo se describe a la persona del relato? Escríbelo.

Nota: En el punto 6 del siguiente realto ("Lucrecia") establecerás relaciones de diferente orden, en los hechos de estos relatos.

La más bonita

MAGOLO CÁRDENAS

En la época de mamá, la más bonita se llamaba Marina Montoya. En mi adolescencia la más bonita era una amiga mía que se llamaba Elidia Compeán.

Mi amiga se pintaba el pelo color de rosa; se peinaba de crepé y rol para arriba y salía a pasear a la Alameda, frente a su casa, con su falda ampona que tenía grabado un perrito french pudl. Ella era altiva y erguida. Como usaba crinolinas, al caminar se le bamboleaba el vestido de un lado a otro. Elidia brillaba como un hada madrina. Era toda luminosa, toda de diamantina; sus lentes, sus ballerinas, sus calcetines, sus uñas, el color de su piel y su cabello. Era una princesa, mi amiga.

Desde niña Elidia supo que era la más bonita; que había nacido para que la consintieran y la quisieran. Eso era para ella tan cierto, tan claro y tan contundente como para mí la certeza de que el sol existe. Ella sabía que iba a pasar su vida protegida, entre algodones, como las orquídeas de los corsach para los bailes, que le llegaban de la florería de regalos de su novio.

De niña fue el orgullo de su familia. Sus hermanos y sus papás sabían, como lo sabía Elidia, que era la más bonita.

Todavía muy joven, se hizo novia de Neftalí que era el hombre que le correspondía: no era muy guapo, pero brillaba como mi amiga. Él era líder entre sus amigos, se peinaba de copete de brillantina y tenía una moto plateada. Era alto y muy fuerte y todo su ajuar de motociclista lo hacía verse más grande todavía. Además era lo que nuestros papás calificaban como "un buen muchacho" porque era muy cortés y educado; amable con los débiles y protector de las mujeres.

Neftalí iba a ver a mi amiga los domingos, así que los sábados ella dormía con tubos en el pelo y con un frijol pegado con escoch en la barba, para que al quitárselo al día siguiente se le viera partida. El domingo temprano, Elidia empezaba su arreglo personal obedeciendo siempre a un mismo procedimiento: se rasuraba las piernas y las axilas, se pintaba las uñas del

color del vestido que iba a ponerse, se enrizaba las pestañas con una cuchara, se maquillaba y, por último, se hacía el crepé y se peinaba. Todo lo hacía muy lentamente, como si se bebiera el domingo a muy pequeños tragos para que no se le acabara pues sabía que luego, seguirían los largos y tediosos días de entre semana.

Al terminar de arreglarse, Elidia relumbraba.

Después de comer se salía a esperar a su novio en el jardín, frente a su casa. Neftalí llegaba en su moto. Se iban caminando a misa. Al rato volvían de la iglesia. Elidia entraba sólo para dejar la chalina y el misal. Luego se sentaba con Neftalí a platicar en la barda de su casa.

Siempre estaban agarrados de la mano. A veces no tenían de qué hablar y se quedaban absortos, mirando hacia la Alameda, donde se paseaban todos los amigos que los admiraban. Ella tenía una actitud lacónica, como de desprotegida: Neftalí era el manto que la cubría, el árbol que le daba sombra. Desde que se hizo su novia, Elidia se volvió de su propiedad. Era como un regalo fino que nadie más podía tocar.

Al oscurecer, Elidia y Neftalí se despedían. Algunas veces -cuando lograban deshacerse de las miradas de los demás- podían besarse un rato. Luego, ella se metía a su casa. Antes de dormir, se quitaba el maquillaje con desgano y se acostaba. Los minutos se hacían pesados, pero mi amiga no entendía que tenía fastidio: durante los largos y tediosos días de la semana le haría falta Neftalí para no contar el tiempo.

Esas visitas de los domingos se repitieron puntualmente mientras fueron novios. Entre semana él se juntaba con sus amigos y ella con las mujeres. Eso no cambió nada. Lo que se fue modificando un poco fue el color de su pelo, el color del lipstick; la forma de los zapatos y los vestidos de Elidia. Su cabello color de rosa luego se hizo güero con rayos; por una temporada se pintó los labios y las uñas de blanco, se fue haciendo menos crepé y se peinó de chongo de gajos. Subieron y bajaron las bastillas de las faldas pero, fuera de eso, Elidia no cambió nada.

Dejé de verla cuando me fui de Candela para entrar a la universidad. Ella estudió hasta secundaria y se casó muy joven. A mi amiga se le cumplió su destino de mujer consentida: no se equivocó porque, sin que lo supiera ella misma, nunca concedió margen al fracaso. Para Elidia no existió la posibilidad de escoger y, mucho menos, de escoger el error.

De vez en cuando tenía noticias de ella:

"Le cumple a Neftalí todo lo que a él se le antoja. Es una esposa ejemplar."

"Tuvieron una niña preciosa."

"Neftalí puso un negocio de construcción y gana mucho dinero. Le regaló a Elidia un coche muy fino, todo envuelto en papel de china."

"Se construyeron una casa enorme, la más elegante de Candela, que se parece a un castillo italiano que a Elidia le gustó cuando fueron allá."

"Se operó las arrugas y el estómago. Sigue siendo muy guapa."

"Hicieron un baile todo de Romeo y Julieta para los 15 años de su niña."

Regresé a Candela. Habían pasado años desde que vi a mi amiga por última vez. Neftalí se había muerto de una enfermedad repentina, muy joven. Desde entonces ella se vestía de negro e iba muy seguido a la iglesia.

Se veía muy guapa cuando la encontré aquel día. Me recordó con absoluta fidelidad a la que yo veía de niña, a la que resplandecía como hada madrina. Contra lo que yo suponía, la falta de Neftalí no parecía haberla afectado. Me habló de

él. Elidia pensaba que iba a verlo otra vez cualquier día; creía ciegamente en que Neftalí, desde el cielo, la protegía. Todas las noches, antes de dormirse, le hablaba, le daba las gracias porque las cosas buenas que le sucedían eran favores que él concedía.

Para mi amiga todo había estado asegurado desde que era una niña; como entonces, seguía sin permitirme margen al fracaso o a la equivocación. Ella pensaba en algo sólo cuando sucedía, pero después ya no. No pensaba por dentro de las cosas porque el mundo para ella tenía una sola cara. La luz con la que brillaba, nunca se apagó: Elidia era la más bonita.

MAGOLO CÁRDENAS

(Saltillo, Coah.) Autora de libros para niños y jóvenes. De ellos *Noé no era el único Noé* ganó el premio IBBY, *Celestino y el tren*, publicado en tres editoriales, *María contra viento y marea* y *Con mis ojos a los muertos*.

Lucrecia

SILVIA MOLINA

A Sara y Nito

Nací en Tepexpan, un pueblo pequeño y pobre, al que se llega por la carretera a San Juan Teotihuacán. Mi pueblo es, sin embargo, famoso: custodia en un museo rural los prehistóricos huesos de una mujer, mal llamada "El hombre de Tepexpan", y de un mamut. Sus extensos y áridos campos están llenos de obsidiana, serpientes y hierbas olorosas.

Los habitantes de Tepexpan provienen de los constructores de las pirámides del Sol y de la Luna, pero su grandeza ha declinado al punto de que nadie la recuerda. Los ancianos visten de blanco y aunque no son intrépidos andan siempre con el machete en el cinto. Los jóvenes emigran en busca de trabajo y desprecian el oficio ancestral: barbacoyero. A veces, un domingo, se presentan a visitar a la familia, a llevarse ropa limpia, a ver a la novia. Llegan transformados, con pantalones y camisas a la moda, melenudos, altivos. Las muchachas se pasan la vida esperando que el novio regrese, que alguien llegue a sacarlas de la soledad; y en esa espera, lo único que las hace felices son las premoniciones, el invento de un futuro irremediable en el que yo también aprendí a creer.

Adormecida sobre sus inmensas bardas, una antigua hacienda ocupa casi todo mi pueblo. Construida a principios de siglo, su arquitectura no es particularmente bella. La hermosura consiste en la sobriedad de los muros, en sus trazos rectos, y en sus columnas cuadradas.

La Hacienda de Tepexpan, donde nací, alberga en uno de sus rincones el Hospital Nicolás Bravo, una dependencia de salubridad para enfermos crónicos no contagiosos. Por los cincuenta nombraron a mi padre director del hospital y llevó a mi madre a la hacienda, en cuyo viejo casco vivíamos muchas familias: las de los doctores y las del personal administrativo. Y dentro del viejo casco, cada familia vivía plácida e independientemente.

En el segundo piso de la fachada tienen todavía sus habitaciones las Hermanas de la Caridad, y allí mismo se eleva una misteriosa capilla. Las Hermanas entonaban maitines que me hacían despertar soñando con ángeles y oraban en el crepúsculo con una armonía y un ritmo que no he podido olvidar.

Crecí rodeada de ahuehuetes y pirules. La flor del nopal, los entierros prehispánicos y la transformación de los renacuajos eran para mí cosa tan natural como los semáforos y los cines para mi prima Soledad, quien vivía en la ciudad de México.

En aquel tiempo mi mamá estaba preñada otra vez y por motivos que desconozco guardó cama durante casi todo su embarazo. Mi papá pasaba la mayor parte del día en el hospital; todas las tardes iba a buscarlo y me entretenía platicando con los enfermos o jugando con el teléfono de la administración: una cajita de madera a la que se le daba cuerda antes de descolgar.

Los fines de semana venían a vernos mis abuelos, mis tíos y mis primos, y no faltaban amigos de mi papá; pero nosotros nunca íbamos a ningún lado.

Para Lucrecia, mi nana, la ciudad de México era un desafío; allá estaban, según me decía, todos los hombres del pueblo. Lucrecia tenía, en esa época, los ojos más sinceros que yo conocía; su mirada hacía alarde de lealtad. Lucrecia reía con los ojos, pero cuando los domingos traspasábamos las puertas de la hacienda para ir a la plaza donde se ponía el tianguis, no levantaba la vista del suelo y me hablaba casi en secreto. "Aquella señora que va para allá es la mamá de Juan." Juan era su novio.

Quería a Lucrecia y creía en su mágica palabra. Por las noches, mientras ella me desvestía para dormir, me rodeaba de las fantasías que deseábamos: por supuesto que se casaría con Juan y tendría un cuartito y... Yo aseguraba entenderla, pero una niña entiende apenas las cosas de las muchachas enamoradas que viven soñando, porque un día Juan también se fue a México.

Con la ausencia del novio, Lucrecia cambió rotundamente. Tantos meses sin saber nada de él le dieron una mirada desapacible. Por las noches me contaba historias de nahuales, de muchachas robadas, de espantados.

-Duérmete o me convierto en víbora.

-No me asustes, Lucrecia. Además, nadie puede convertirse en animal.

-No estés tan segura. ¿Ojos de qué me ves?

-No los hagas así que me asustas.

Me comenzó a dar miedo estar con Lucrecia y se lo dije a mi mamá: "Lucrecia, me haces el favor de no contarle tonterías a la niña; va a seguir con pesadillas." Pero Lucrecia no hizo caso y mi mamá se vio obligada a pedirle que se fuera al anochecer para regresar al día siguiente.

Cuando mi prima Soledad venía a pasar las vacaciones con nosotros, yo le iba mostrando lentamente los secretos de la hacienda: al fondo estaban los potreros y el jagüey, las gallinas del administrador, el establo abandonado, la gruta de la Virgen del Rosario de Fátima; luego, la huerta que cuidaban las Hermanas, y el campo, un campo soleado donde nos perdíamos corriendo con el Cajeme, mi perro, o cazando mariposas y atrapando chapulines. También la llevaba al hospital y le enseñaba los enfermos contrahechos, las rapadas, los muchachos sin piernas, las viejitas calladas e inmóviles.

A la una, Lucrecia iba a buscarnos.

-La comida está lista.

La una de la tarde era aburrida, larga y desesperante porque Lucrecia nos obligaba a dejar los juegos; y mientras nos servía la sopa de fideo, el arroz con plátano y el bistec, le preguntaba a Soledad cosas de la ciudad de México.

Soledad era miedosa y educada. Sabía cortar la carne y contestar: "Sí, tío. No, tía. Muchas gracias." Tenía los ojos verdes y dos años más que yo; presumía de que cursaba tercer año y de que dividía y multiplicaba varias cifras.

En Tepexpan no había escuela, y el sol del campo tostaba mi piel cada vez más. No sabía multiplicar ni dividir pero paraba de manos al Tetabiate, mi caballo, y tres horas a la semana me era permitido conocer el misterioso mundo de las Hermanas de la Caridad, pues subía a las habitaciones de Sor María Rosa, de quien recibí una sofisticada instrucción: los

mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Iglesia, entremezclados con la vida de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Toribio de Benavente; narraciones que yo le exigía para no repetir el silabario ni hacer sumas y restas. Cuando le recitaba de memoria los mandamientos, me regalaba estampitas de santos y me mostraba su colección de objetos prehispánicos. Constantemente venían del pueblo a regalarle figurillas y vasijas con los que tiempo después montó un modesto museo a la entrada del hospital. Sor María Rosa me dejaba jugar con las cuentas de jade y estampaba geométricos sellos precolombinos en mis manos.

Sin embargo, la mamá de mi mamá quería que me fuera a vivir con ella para que me quitara lo "salvaje". La mamá de mi papá, más consentidora aseguraba que ya tendría tiempo para ir a la escuela, pero me orillaba a tejer cadenitas con gancho y a bordar punto atrás.

Después de la comida, Soledad y yo nos íbamos a sentar en las banquitas de la calzada que unía a la hacienda con el hospital. Por allí iban y venían los doctores y las Hermanas. Sor María Rosa, con su toca almidonadísima, entre ellas.

En la calzada esperábamos a mi papá, bailábamos el trompo o jugábamos a las canicas, y después nos perdíamos por los rincones de la hacienda seguidas por el Cajeme que no me dejaba ni para dormir.

Lucrecia nos buscaba antes de irse:

-Se las va a tragar el anochecer -nos decía con una voz mustia y llena de risa.

Volvíamos acosadas por Lucrecia y un horizonte de sonidos extraños. Nos daba de merendar y luego se despedía de mi madre:

-Hasta mañana, señora. Ya vinieron por mí.

Era verdad: iba por ella la yerbera del pueblo.

-Con ella estoy aprendiendo.

-¿Qué cosa Lucrecia?

-Cuál hierba cura el dolor de estómago y cuál es buena para el frío o el calor, con qué otra se quita el mal de ojo...

-¿Qué es eso?

-Lo que te voy a hacer si preguntas tanto, Soledad.

Cuando las vacaciones terminaban, de alguna manera yo comprendía más a Lucrecia: la ciudad de México nos privaba de los seres queridos.

Un día Lucrecia se presentó sin sus hermosas trenzas: se había hecho permanente en Texcoco. Sentí como si con su grueso cabello hubiera cortado el poco cariño que le quedaba por mí. También es cierto que nos separó el nacimiento de mi hermano Román: se afanaba planchando el alterón de pañales. Mi nana se había transformado, sin remedio, en un ser violento y distante, cuya mirada me ponía nerviosa.

Un domingo en el que estaban mis abuelos en casa, fui con los niños de la hacienda a buscar huevos de sincuate. Traía media docena en las bolsas de mi delantal, cuando al caer los aplasté.

-Mira nada más cómo vienes. ¿Qué te embarraste allí?

-Eran huevos de sincuate. Lucrecia.

-Pues vas a ver... la sincuata los va a andar buscando y va a venir a estrangularte.

Sus palabras cayeron infalibles sobre mí: su mirada no mentía. No habría escondite, no tendría salvación. Mis papás me habían prohibido participar en las exploraciones en busca de serpientes o de sus crías. Culpable de mi desobediencia a pedirles a mis abuelos que me llevaran a México.

Asociaba la crueldad de mi nana a su pelo chino, a sus nuevos zapatos de tacón, a sus vestidos pegados, a su ambición de irse, ella también, a la ciudad: "Cuando venga Juan me voy a ir con él".

Esa noche, cuando Lucrecia ya no estaba, mi abuela, complacida, hizo mi maleta para una semana.

Mis abuelos vivían en la calle de Morelia en la colonia Roma. La casa me recibió lúgubre, oscura y la falta de espacio para jugar me ahogó en la nostalgia de la hacienda.

Regresé desesperada por ver a mis papás, por cargar a Romancito, por montar al Tetabiate, por perderme en el campo con el Cajeme. Además, tenía que contarle a Lucrecia lo horrible que era la vida en la ciudad: no me dejaron salir a la calle porque "viene el robachicos de Romita y te lleva".

Tenía que sentarme derecha, caminar derecha, no podía poner los codos sobre la mesa. A mi abuelo no le gustaba el ruido, dormía siesta, y las cámaras y los gritos estaban prohibidos, como el trompo, las canicas y todo: "Las niñas son modositas y juegan en silencio".

No acabábamos de llegar, cuando mi madre, asustada todavía, contó a la abuela lo que sucedió la noche que nos habíamos ido:

-Notamos al Cajeme muy inquieto. Iba y venía ladrando y llorando; trataba de decirnos que en el cuarto de los niños había algo. Pensamos que se había metido una rata. Román y yo fuimos por unas escobas... No te imaginas, mamá... Detrás del ropero estaba una sincuata de casi dos metros. Qué horror, mamá. No sabes qué horror. La gente del pueblo tiene la creencia de que vienen cuando hay niños de pecho; dicen que se prenden a las mamas de las madres; por eso, les dicen así, sincuates. Imagínate, no es que yo crea en eso, pero no he vuelto a abrir los ventanales del cuarto, y me ha quedado una inquietud muy grande. Me la paso registrando por todos lados.

-¿Y la sincuata, mamá? -me atreví, no sé cómo, a preguntar.

-La mató tu papá -confesó triunfante.

Corrí a buscar a Lucrecia. En la cocina estaba otra muchacha del pueblo.

-¿Y Lucrecia? -le dije.

-Dicen que a Lucrecia se la robó Juan y se la llevó a México.

Todavía hoy, cuando hablo con Soledad acerca de aquella época, llegan hasta mí los armoniosos cantos de las Hermanas de la Caridad y la voz templada de Sor María Rosa: "Fray Toribio de Benavente, Motolinía, tomó el hábito de la orden de San Francisco, allá en España..."; y también me atrevo a pensar que Lucrecia, mi nana, fue teniendo algo de vibora.

SILVIA MOLINA
Nació en el Distrito Federal en 1946. Es licenciada en Letras por la UNAM y editora. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia en 1977 y fue becaria del Centro Mexicano de Escritores (1979-1980) y del International Writing Program de la Universidad de Iowa en 1990. Ha vivido en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Entre otros libros ha publicado: *La mañana debe seguir gris* (1977), *Ascención Tun* (1981) e *Imagen de Héctor* (1990); dos libros de cuentos: *Lides de estaño* (1985) y *Dicen que me case yo* (1989).

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Los rostros verdaderos

HERMANN BELLINHAUSEN

Engañosa quietud

De los militares destacados en Ocosingo, a través de los campesinos que los escucharon, llegaban al *inland* zapatista rumores de que el día 29 de marzo habría un ataque al EZNL. Eso bastó para que numerosas familias, afiliadas fundamentalmente a la ARIC, abandonaron sus ranchos, dejando amarrados los animales. Desde la víspera se habían suspendido los vuelos en avioneta, mientras se confirmaba la versión de que "algo" se había echado desde un avión, en días anteriores, sobre un rancho de Altamirano ocupado por presuntos zapatistas. Algo que explotaba.

No obstante que ha aumentado la vigilancia policiaca y militar en la cabecera municipal del Ocosingo, la presencia militar en los alrededores seguía realizando movimientos rutinarios, y la disminución de vuelos podía atribuirse al mal tiempo. El hecho es que, para variar, no hubo nada. En los primeros poblados bajo control del EZLN la vida parece más pacífica que en tiempos de paz. Pero no se crea que hay mucho paso; está restringido, más que antes.

En el primer poblado después de la frontera no hay clases desde diciembre, cuando huyó el maestro. Un largo puente se brinca la Semana Santa y todas las demás semanas para que los niños se la pasen ociosos y mirones. Cuatro perros persiguen y torturan a un puerco que chillaba como si lo desollaran, mientras un campesino lo apedrea; sólo al llegar a la casa de sus dueños y cruzar el jacal el *cochi* recupera su oinc-oinc de costumbre. Andaba de ladrón en otro campo.

Los hombres trabajan la milpa, en la roza. Algunos jóvenes juegan interminables partidos de basquetbol con más fuerza que técnica. Una familia numerosa (entre niños y adultos suman diez) camina hacia adentro, es decir, hacia abajo, cargando víveres y combustible.

Caminarán todo el día, con la ayuda de un escualido caballo gris, hasta el rancho. Van suda y suda, presurosos y en silencio, horas que serán largas. El hombre al frente carga un radio encendido que transmite noticias en tzeltal y español, en las cuales destacan las reiteradas palabras "Partido Revolucionario Institucional", luego de anuncios de zapaterías y mercerías.

Para los zapatistas, parte del porvenir inmediato de su paz o su guerra dependía de la designación del nuevo candidato priista. El nombre de Ernesto Zedillo les dice que las cosas no empeoran ni mejoran, sino todo lo contrario, por lo pronto.

Siguen pasando familias rumbo a sus pueblos o ranchos con sus escasas adquisiciones. Tiempo de la calabaza grande. Las mujeres llevan bolsas de mandado, rebozos llenos de bultos sobre la crisma o de niño a la espalda. Los hombres pujan bajo enormes costales blancos.

Panchito y Luis (2 y 3 años de edad), juegan en el solar de su casa mientras su joven madre hierva café en el fogón. Un osito Bimbo de peluche, alguna vez blanco, les sirve de pelota, muñeco, proyectil y pañuelo para los mocos. No lo saben, pero se están divirtiendo.

Unas cuantas golondrinas vuelan contra el fondo verde. Unos palos altos de tural florecen blanco y rosa, como estallando la primavera. Días de calma chicha ¿o calma a secas?

Más adentro de estas tierras hoy zapatistas donde aparecen los signos del levantamiento, las armas, la disciplina miliciana, la "alerta roja", uno encuentra una convicción que puede parecer desmesurada: gente que ha decidido pelear, aunque la guerra sea, de manera inmediata, más que un cambio de vida, un peligro de muerte. Después de platicar con los miembros de las fuerzas insurgentes, como se autodenominan, uno queda con la reverberación de sentimientos extremos:

jóvenes listos para pelear, quizá morir, con el beneplácito, incluso estímulo, de sus propios padres.

Laura, Adolfo, Freddy, Heriberto y muchos más, hasta sumar una treintena, efectúan ejercicios marciales con sus diversas armas de fuego entre las manos, bajo las indicaciones del subcomandante Marcos y el mayor Rolando, en un remoto poblado selvático. Anoche evolucionaron durante media hora en ejercicios de preparación, para terminar entonando el himno zapatista, con la tonada de *Carabina 30-30*, parapetados en la misma seria alegría con que cocinan tamales o realizan rondines de vigilancia, y una convicción más allá de la duda o el dolor.

Es uno quien llega, con sus dudas de ciudad, a plantear preguntas que ellos, los sublevados respondieron hace tiempo. Los "insurgentes", armados y embozados con sus prototípicos pasamontañas, custodiaban anteanoche el rudimentario hospital y la generosa cocina a la que fuimos conducidos en la oscuridad. Verlos produce un sentimiento de ternura que no se aplicaría por lo regular a los "violentos", como se les quiere llamar allá afuera.

Marcos, "profesional de la violencia para servir a ustedes", un jefe con algo de patriarca bonachón, propone una paradoja: es el humilde servidor de estos campesinos, y también su guía. Son todos tan jóvenes. ¿Quién podría bombardear un lugar como éste, lleno de alegres ganas de vivir?

Están los guardias, Amalia, Laura, Heriberto, y también la gente pobre del pueblo, muy pobre, como María, que también se puede llamar Candelaria, según su humor. ¿Luchan por su liberación o cavan una tumba de represión? Aquí parece tan remoto el peligro. ¿Se les perdonará la ofensa del desafío y la rebelión? Esta calma acumulada no puede durar indefinidamente. ¿En qué parte del mundo se alza un ejército rebelde y no triunfa, o es destruido? ¿dónde está la novedad? Sí, en la conciencia de ya no dejarse. Pero su opción de triunfar o morir ¿es un avance? Tenemos 30 mil soldados profesionales alrededor, listos a entrar en defensa de las instituciones, y tenemos un país alterado. ¿Volverá a soltarse la crueldad, la misma de siempre contra ellos, pero atizada ahora por la indignación y las razones de Estado? ¿o con este alzamiento rural habrán de replantearse las relaciones de poder con los pobres?

Todas son preguntas provisionales. La vida misma es siempre provisional, pero una cosa queda clara para esta gente: si la situación sigue como antes, si no se cumplen las exigencias, las fuerzas del orden público tendrán que venir a matarlos. Incluso los heridos son claros: prefieren no vivir a vivir como antes. Como dice Luis Miguel con su brazo roto: no es el dolor lo que duele más.

Heridos de la guerra

De esos días en que el sol se hace del rogar, un día que Benito llama "triste" por aquello de las nubes, pero no le impide reír y hacer bromas con naturalidad.

El mayor Benito perdió el ojo derecho en la batalla de Ocosingo, pero no el talante ni las ganas. De hecho, sigue en funciones zapatistas, a ratos con lentes oscuros, a ratos a ojo pelón.

Otros combatientes como el capitán Luis Miguel, de 21 años, han debido mantenerse inactivos. Al frente de una unidad, participó en la toma de Altamirano, luego avanzó sobre Oxchuc y Huistán con la encomienda de llegar a Rancho Nuevo y detener el avance del Ejército Mexicano. Un tiro le fracturó el brazo derecho por completo y hasta la fecha no se repone.

-Me tocó detener las fuerzas federales; a otros atacar el Cereso (Centro de Readaptación Social). Esperamos con la unidad de milicianos que llevaba.

Con un fondo de platanares en primer plano y en vez de horizonte las escarpadas montañas del norte, narra tranquilamente su experiencia. Lo acompaña el subteniente Sergio, de 22 años, miembro de la misma unidad, herido en el tobillo izquierdo durante el mismo enfrentamiento. Ambos, bajo sus pasamontañas azul marino, repiten la historia que ya otros han escuchado antes. Prosigue Luis Miguel:

-Somos de la vanguardia. A él le tocaba una posición más atrasada. Pasó un camión del Ejército, de esos de "tres cuartos", y di la orden de disparar. No respetaron nuestro retén. Allí cayeron dos soldados. Luego llegó un camión de ellos, de seis toneladas. Tiraban ráfagas con sus ametralladoras, y ahí fue que me dieron. Fui el primer herido y perdí el conocimiento cuando los compañeros me retiraban por Oxchuc. Cuando desperté ya me estaban atendiendo las compañeras sanitarias. Ya luego me trajeron. Perdí mucha sangre, me pusieron suero.

Luis Miguel dedica su tiempo de inactividad a "estudiar periódico" y no se queja de su suerte. Tiene cinco años en el EZLN. Sergio tiene tres. Ambos provienen de Los Altos, de familias tzotziles:

-Tenemos una conciencia que llamamos revolucionaria, que nos ha hecho ver que es mejor pelear o morir que seguir como estábamos. No nos da miedo la muerte.

Su padre lo inició a él y a sus hermanos en la lucha zapatista. La historia de Sergio es casi idéntica. De padres y hermanos milicianos (que permanecen en las comunidades, sin vida militar, dispuestos a combatir sólo si llega la necesidad). Luis Miguel y Sergio llegaron a la Selva hace dos años para prepararse militarmente. Sus familias analizaron la situación, y como eran solteros, decidieron hacerlos combatientes. Como sus hermanos tienen hijos, quedaron allá, formando parte de la Fuerza mexicana de la Milicia. Se consideran en condiciones de vencer al Ejército Federal porque, dice Luis Miguel, "tenemos al pueblo" y "es cierto lo que pedimos".

-Estoy preparado para seguir, nomás me alivie- afirma.

-Eramos del PRI porque era necesario. No de la CNC ni otra organización. Nos dieron credencial del partido, pero nunca llegamos a votar. Hay muchos que se incorporan al partido. Un tío fue el primero que entró zapatista, y luego mi familia, que no se opone. Mi papá sabe que no gana dinero, pero acepta porque sabe por una conciencia que tenemos.

Herido el 2 de enero, Luis Miguel no considera estar perdiendo el tiempo. No se aburre.

-Allá no tenemos terrenos, prestamos con un finquero. A veces trabajamos un terreno del patrón, pero él se queda con la mitad del maíz y el frijol.

De los liberados por ellos en el cereso de San Cristóbal, no sabe a dónde fueron:

-Hicieron lo que quieren. Los liberamos porque no tienen culpa, son presos políticos, muchos han ayudado campesinos.

Después de la guerra de enero, mucha gente "entró zapatista". Ahora, según sabe, en su pueblo las reuniones ya no son secretas, no hace falta.

-Cuando los combates de mayo del año pasado, pensamos que empezaba la guerra. Pero como no habíamos preguntado al pueblo, no podíamos decidir.

Hace un mes le quitaron el yeso, ahora sólo trae férula, pero no se acaba de aliviar. Sergio sí, ya está en condiciones de combatir, pero sigue inactivo "hasta que diga el mando". Realiza labores de cocina. Ni Sergio ni Luis Miguel conocen a nadie que haya muerto en combate. La unidad del segundo quedó al mando de otro, y ahora sólo sabe que andan por ahí, y están bien.

El dolor no lo abandona, toma analgésicos continuamente. Los sanitarios lo revisan cada tercer día. "Tengo un tratamiento", dice. El dolor no lo desanima, le gusta esta vida.

-Controlamos el territorio donde nos toca.

No considera resuelto el problema:

-Yo digo que sí va a haber combate. Hemos cumplido el cese al fuego, pero nos han vuelto a bombardear. Estábamos listos para pelear, no para el diálogo, pero también damos chance a otras gentes del país. Si sigue el problema, con las armas que tenemos podemos bailarle. Los soldados no pelean por conciencia, pelean por dinero, les falta nuestra convicción. Debían pelear sólo con nosotros, los que estamos uniformados y listos para la pelea. No deben atacar a civiles. Por eso le pedimos al gobierno que nos reconozca como fuerza beligerante, para que no amenace ni detenga otra gente.

Sergio es más parco, y dice que su historia se parece a la de Luis Miguel. Tienen vidas paralelas, la voz de uno podría ser la del otro. Luis Miguel es el expansivo.

-Mi pueblo sigue todavía dividido, pero si no empuñan las armas como nosotros, no los obligamos. Si quedan neutral, está bien. Nadie pelea por exigencia, sólo por creencia. Nosotros luchamos voluntariamente, nadie nos obliga. Sergio y yo no nos conocíamos, pero sabemos que vamos a morir juntos. No voy a morir con mi papá, tal vez no me entierren en ninguna parte. Sabemos que es así. Estamos dispuestos para derramar nuestra sangre.

Interrogado sobre morir y matar, Luis Miguel expresa algunas ideas:

-No es justo que mataron a Colosio, él no ha hecho nada, y dijo que iba a respetar los acuerdos. No sabemos mucho, pero no debía ser lo que le hicieron.

Dice que él sólo dispara contra los que le disparan. Y comparando su tierra en Los Altos con estos poblados de La Selva, considera:

-Aquí son más pobres. No tienen luz ni carretera. En las fincas, allá, te pega el capataz. Trabajas día y noche, te pega de patadas. Eso nos dio a entender que algún día el país tiene que cambiar. Conocemos bien a los patrones y finqueros. Son cabrones, pero respetamos su vida. Los hubiéramos matado desde el primero de enero, pero no son nuestro enemigo principal.

Luis Miguel y Sergio fueron peón albañil en San Cristóbal (Sergio también Comitán):

-Te pagan sólo si te matas trabajando. Seis mil pesos por semana, de lunes a sábado, de seis de la mañana a once de la noche; si no, no alcanza.

Luis Miguel reconoce que se gana más en la ciudad, pero esa no es vida.

-Ya no queremos regresar a trabajar así. Preferimos estudiar, llegar a maestros o doctores, o morir en el combate. Escépticos acerca de lo que hasta ahora va del diálogo, los dos expresan inalterada su convicción. El miedo ya se les olvidó.

La noche cae después, oscura, poblada de luciérnagas y un silencio imposible por culpa de los grillos que rechinan. Este es el escenario de la espera.

La lucha de Amalia

Rondan las generaciones. La subteniente Amalia habla de su padre con una admiración que no disimula:

-Mi papá es supercampesino, nomás, pero aprendió a hablar la castía. Se dio cuenta desde joven, cuando no estaba casado. Ve que la huelga no da resultado. En su lucha le tocó que lo golpearan. A sus compañeros de organización los torturaron y mataron. La experiencia de su padre, campesino chol y activista en el norte de Chiapas, terminó, a juicio de su hija que estos tiempos ha dado en llamarse Amalia, en un callejón sin salida:

-Para decir sí podemos. Decir que vamos a dar. Pero cumplir la palabra es otra cosa. Y así le pasó al gobierno:

A la sombra de una choza semiderruida deshabitada. Amalia se apoya, ni de pie ni sentada, en una vieja banca de madera. Por los boquetes en el barro que medio compone los muros se contemplan las montañas del norte, dignas de un chino paisajista, escarpadas, boscosas y neblinosas. Una realidad nítida que sueña al que sueña, le inventa detalles; desnudándolo, lo acoge y cobija, le tiende su capa. Afuera pasan esporádicamente otros jóvenes zapatistas, con rifles, uniforme y una inocencia que, como Amalia corrobora, resulta justamente lo contrario:

-Toda la familia anduvo clandestina, pero no me decían. Les preguntaba qué hacen, y dicen que para qué quiero saber. Ya después me empiezan a platicar, que hay una organización armada; tenía yo 15 años, me di cuenta y dije me quiero ir. Hay una forma en la milicia, en tu propio pueblo, pero hay una forma de los que se van a preparar en el monte. Yo prefiero estar luchando fuera de mi familia, pero los visito. A los 17, hace siete años, yo sabía escribir y leer pero no hablo la castia, cuando entré en el ejército aprendí. Cuando ya sabes un poco empezamos a estudiar la historia de México y otros países donde ha habido guerra. Y luego nos enseñana tácticas de combate.

Si bien algunas mujeres del EZLN tienen gesto duro, feroz incluso (y biografías aterradoras), la mayoría son reidoras, pero pocas sonrían tanto como Amalia, cuya boca grande fue hecha para pelar los dientes y enchinar los ojos, aún cuando habla de asuntos que a otros, diciéndolos, no les darían ganas.

-Es dura la práctica, pero un hijo de campesino desde los diez años anda cargando leña y trabajando. La cosa se hace sencilla. Todos los trabajos manuales no se me dificultan. Donde es un poco más duro es en la disciplina, porque tienes que aprender. Antes entrené milicias, después cambié el trabajo, te da de escoger cuál trabajo quieres, y escogí de la salud, por eso soy "sanitaria".

Cuesta trabajo imaginar a esta muchacha realizando lo que los intelectuales llamamos "acciones violentas":

-Tirar es bonito, porque nunca en mi vida había disparado un arma. Lo bonito es el valor de hacerlo. Cuando echas el tiro y ves que el enemigo cae, te da más ánimo. Mi primer combate fue en Ocosingo. No tuve tanto miedo, sabíamos que iba a responder el enemigo. Tenemos arma pero no son poderosas. Los federales llegaron con sus morteros y artillerías y francotiradores que son chingones para tirar. No tenemos miedo. El fuego enemigo es muy poderoso y a pesar de que no tenemos armas buenas, tanques ni aviones, tenemos conciencia. El arma que tenemos la tenemos que usar.

Amalia salió de la batalla de Ocosingo por el drenaje de la ciudad, igual que muchísimos compañeros suyos. Sin duda es una mitificación, pero Amalia se me figuró indestructible. Así como Efraín.

El pueblo de Efraín

Por casualidad, a Efraín le tocó la unidad insurgente destacada en su propio pueblo. Aquí ningún otro combatiente zapatista está en su comunidad de origen. El tiene 17 años, siete de ellos en el EZLN. Y siete meses en filas. Participó en la toma de Ocosingo, pero como era miliciano combatió sin arma. Hoy ya tiene una "carabina" automática. Recuerda:

-Casi me iba a dar miedo cuando empezó el primer disparo, hace como tres minutos que me agarró el miedo. Luego se me olvidó

Estrictamente hablando, tampoco esta es su comunidad de origen. Llegó como expulsado, con su familia, hace cuatro años.

-La gente aquí son educados, tratan bien. Y nos dieron tierra. Nos quedamos.

La "educación" a que se refiere no es escolar. La escolaridad, de suyo baja, devino a nula en la comunidad.

-Ya no hay escuela -dice Efraín-, porque dejaron de pagar a los maestros y ya no trabajan.

La escuela a que se refiere es un cascarón de madera, destinada a otros menesteres. Efraín, quien dice conocer al subcomandante Marcos "desde niño", ha aprendido algunas cosas, no obstante.

En mi casa no trabajaba en la cocina, no era de hombres. Esperaba que me dieran de comer. Me enseñaron de zapatista a hacer comida y lavar trastes. Ya no me cuesta.

Mientras cruzamos las cercas naturales de piñuelo, recorriendo las hondonadas del poblado, responde que sí es católico, y no. Antes iba a misa, ahora ni reza. Y de lo que se come en el pueblo saca rápido las cuentas:

-A veces nada, ni frijol, pura tortilla. Se da naranja, café, caña y plátano, pero poco. Puro maíz y frijol.

Caminamos a través de los solares de las casas. Apacibles y escuálidos, los perros no ladran. Gallinas pelonas, y de vez en cuando un frondoso gallo. Puercos que no respetan ningún espacio. Por si hacía falta explicitarlo, Efraín indica:

-Las casas son de lodo. De lodo los muros, los hornos, incluso un excepcional (porque no hay otro) palomar en un patio. Las materias primas aquí son barro y maíz, como en el más bien tercermundista *Popol Vuh*, que Efraín ni conoce. Le pregunto si hay alguna obra del gobierno. Dice que no, y luego que sí, y caminamos rumbo a una planta eléctrica con el logo de Solidaridad pintado en una pared, que fue instalada el año pasado, pero que nunca funcionó hasta hace una semana:

-La arregló un compañero.

Igualmente hay un molino de nixtamal, nuevo y parado.

-No se puede conectar todavía.

En el río se bañan tranquilamente niños y mujeres.

El viernes, después del mediodía, bajaron al Judas que colgaba del campanario de la iglesia, con su cara de Richard Nixon, y lo quemaron. Ardía sobre las matas. Los niños lo apedreaban.

-Cagados de risa -recuerda Efraín.

-¿Por qué lo apedreaban?

-No sé.

Quando no quiere, esta gente no sabe nada, por más que uno pregunte.

-Esa es la casa de mi hermano -señala un terreno con casas nuevas de madera, y saluda a un señor que se asoma.

Se apura. Lo esperan tareas domésticas en el cuartel, o como se llame, donde tienen su cocina común los zapatistas.

Efraín cree que sólo ellos mismos pueden cambiar el mundo. Bueno, la pequeña parte del mundo que les toca. De su encomienda guerrera abriga pocas dudas; si alguna:

-Voy a seguir adelante, a ver hasta dónde.

Carece del pequeño burgués privilegio de la duda.

Morir de selva

La muerte tiene muchas caras y aparece de todas las maneras. ¿Acaso no es siempre una violencia? Manuel va por las orillas del pueblo, sofocado a los pocos pasos, y aunque no tiene ni 30 años, trae ya la muerte en su piel de pergamino, en su cuello abultado, su disnea galopante. No hace falta saber gran cosa para comprender que se trata de un hombre desahuciado, que si tuvo algún remedio, ya pasó la hora. El cáncer testicular, uno de los más veloces, jamás alcanzó a tiempo el quirófano, y hoy se disemina en los pulmones y quizá Manuel no conserve un ganglio intacto.

-No puedo respirar -dice con los angustiados ojos de una súplica y se detiene, no puede dar cien pasos sin hacerlo. ¿Qué le haría bien? Con trabajos, analgésicos, o té de gordolobo; nada de eso hay aquí. Para él y para siempre las cañadas de esta selva quedaron lejos de la salvación. No hubo transporte y aunque lo hubiera. El hospital le quedó a varios días, y por su costo, a varios meses de trabajo, por más barato que se lo pusieran.

¿Existen levedad y fragilidad más insostenibles que ésta? Sí, carcinoma y metástasis proponen indignación más contra la fatalidad que contra la injusticia social y cosas de esas, pero dan en qué pensar.

El "centenar" de muertos de enero, que fueron más, no es sino la cauda de un largo monstruo que, patetismos más o menos, camina por las cañadas con tranco más largo que lento, y pinta en nonatos, lactantes y madres de chichis flacas el mismo rostro apergamino que Manuel pasea espantado en busca de algo que le apacigüe el suspiro.

Si Chiapas arrojaba sobre las buenas conciencias nacionales un saldo de negligencia, corrupciones tutifrutí y estructuras mentales anquilosadas, más lo hará después de enero. Crece la inversión social con celeridad preelectoral, pero el miedo es mal consejero, no ayuda a la eficiencia.

Por ejemplo: del poco más de medio millar de plazas de servicio social para médicos (la opción posible y barata de médico en las comunidades indígenas de México), este 1994, y revuelta zapatista de por medio, se ocuparon menos de cincuenta. Ninguna en las cañadas selváticas. A no ser por las apariciones espasmódicas de la Cruz Roja y las camionetas de Epidemiología, en buena parte de estos rumbos no habría atención alguna.

Uno camina pueblo tras pueblo y no topa con instalaciones adecuadas, medicamentos ni quién los administre. No se crea que esto empeoró mucho con la guerra. Los niños emaciados, atontados y lombricientos estaban igual antes de enero, y son muchos más de lo que las estadísticas podrían soportar.

Los *slum* de las cañadas son nuestra verdadera vorágine: sin ningún heroísmo, a sus habitantes los devoró la selva -que a su vez fue devorada por los negocios del progreso.

Desde los gabinetes de la banca internacional, a cualquiera le salen las cuentas claras y el chocolate espeso. En estas colonias indias de nombre bíblico (ni chocolate conocen), varios miles de jóvenes sacaron sus cuentas y decidieron morir, si habían de hacerlo, envenenados de plomo y fuego y no de previsibles y prevenibles venenos.

Después de conocer tanta agonía "invisible", ¿con qué cara hablar de negociación y planes sexenales? ¿Cuántos siglos de "herencia revolucionaria" hacen falta para explicarles a estas mujeres que la cosa no es acelerarse, que antes de enterrar al quinto o sexto hijo llegará la buena onda del bienestar? Visto desde el centro, si algo sobra es tiempo.

Pero lector, no te azotes que hay chayotes. A veces con huevo revuelto; a veces. ¿Cuánta solidaridad (tan buena, esa palabra) hace falta y no sólo del gobierno (que ha hecho rodar mucha solidaridad, que ni qué, pero no por acá), para que la desgracia milenaria del campo mexicano (esa también es milenaria, no sólo la cultura exportable de la Ruta Maya centroamericana), invierta su signo y conozca por qué es bueno el famoso progreso.

Orden y progreso, decían los porfiristas *après* Compe y Gabino Barreda. Pero primero ponían el orden. Un siglo después, el orden de los factores sigue siendo nuestro problema.

En la selva y las montañas la muerte es descarada, aunque en guerra veamos pasamontañas (en beneficio del espectáculo), y en carnaval se le represente con disfraz y máscara (para beneplácito del turismo).

En guerra o paz, provocación o delirio, locura o esperanza, ninguna muerte amerita apología. Es el único verdadero enemigo, y su cara es la misma. En la zona indígena de Chiapas la muerte acostumbra ser una violencia extrema. Desde enero, todos reconocieron que en efecto, a diferencia de casi todo el país, acá no habían llegado suficiente atención social ni recursos prácticos.

Durante el siglo XX, la seguridad social mexicana se instauró, floreció, y hoy se eclipsa al tronido de trompetas neoliberales, sin que estas comunidades se hayan enterado. Aun concediendo que son la excepción (en cierto modo lo son) estas comunidades crecieron muy aparte...y sin embargo, se mueven.

Han crecido, son modernas como pueden, y a diferencia de otras regiones indígenas, de refugio o a la intemperie, no sufrieron un vaciamiento cultural irreversible. Basta ver la fortaleza de sus vínculos comunales, esa obra maestra de la civilización mesoamericana.

¿Podrá, una vez en la vida, ser generosa la "patria" (quienes quiera que ella sean) con estos pueblos que, como reconoció Fernando Benítez, hace 25 años, son los mejores maestros de México? Con ellos es mucho lo que se aprende, aunque sean los "ignorantes".

Ondas expansivas de Chinameca

Ya todos saben en el pueblo. Llevan días esperando el día. Listos. Para la tarde se van juntando frente al estrado que ostenta la bandera roja y negra del EZLN. Las mujeres puestas guapas, y los niños con ellas, ocupan el ala izquierda de la esquina. La otra ala son los hombres, de camisas claras y pantalones generalmente oscuros, como millones de campesinos en el país. Los niños de diez años traen la ropa parchada. Los hombres son, en su mayoría, mayores, aunque también hay algunos jóvenes. Una fiesta peculiar, en un ánimo muy peculiar.

Las fechas cívicas están vivas, suben y bajan de tono, cambian de signo, se reparten entre varios o se queman. Algunas se hacen viejas, otras conservan una larga juventud. Estas últimas son las menos. Algunas reverdecen, sobre todo en tiempos de precipitación histórica como el actual.

Antes, un 2 de octubre hacía trabajar horas extra a la judicial, los granaderos y Gobernación. Hoy no les altera demasiado la rutina. El 10 de abril tiene su historia, una de muerte -como se acostumbran en México las fiestas patrias y religiosas- el asesinato de Emiliano Zapata, ya incorporado al humor de Posada, la épica de los corridos, el cine nacional e internacional y los libros de texto. También cuenta una historia de vida que reanima de cuando en cuando; las ondas expansivas de Chinameca se extienden, desde hace 75 años, al Valle de Yaqui, las tierras de Veracruz para abajo, Guerrero y Michoacán. Aparte, ha sido una fiesta cultivada y consentida por los gobiernos priístas durante décadas, con sus recrudescimientos naturales o impostados.

¿Cuánto hace que no había en México un 10 de abril tan movido, y que despertara tanta expectación y tanto espectáculo? (Toda fecha cívica que se respeta monta su propio espectáculo, la representación y el mensaje.) Mientras en distintas partes de Chiapas y el país, el Zócalo incluido, se esperan movilizaciones de tintes zapatista, entre acalabradas y acicateadas por los acontecimientos de 1994, año que hoy cumple 100 días, en este remoto poblado, en la esquina del fin del mundo, se celebra una alegre fiesta popular que es a la vez un desfile militar, la reiteración de una declaración de guerra y una muestra de voluntad que corta el aliento al país desde le primero de enero. Un rincón olvidado de la patria.

Al atardecer da comienzo el desfile. Por el camino llega al pueblo marchando el tercer regimiento y su gente "Guardián y Corazón del Pueblo", según la manta que lo precede, con un hacha, un machete y un martillo como insignias. Sigue el regimiento de Combatientes "Insurgentes", una larga procesión de hombres con pasamontañas armados de diversos calibres. Vienen las mujeres insurgentes, con una seriedad marcial que quién las viera. La "Fuerza Miliciana Mexicana",

como llaman los zapatistas a sus huestes no regulares, está representada por su Brigada Hacha, unos 200 chavos armados, salvo excepciones. La mayoría viste uniforme, algunos su ropa del diario. Hacia el final del contingente saludan varios jóvenes; a falta de armas, con la mano izquierda vacía, pero indicando que la tienen disponible. Todos llevan cubierto el rostro con paliacates, salvo algunos que de manera deliberada se descubren.

Suenan extraños tantos pasos uniformes y marciales sobre tierra sin asfalto. Compiten con los murmullos crecientes de la selva, chirriadero de grillos y otras alimañas. Lo que estamos viendo un medio centenar de periodistas es la demostración pública más numerosa de un autodenominado "ejército" campesino, después de la toma de San Cristóbal el primero de enero. Una gran bandera nacional ondea a un flanco del estrado donde miembros del CCRI, del mando militar del EZLN y los músicos que acompañarán la ceremonia, todos de pasamontañas, presiden el acto.

Las masas en el campo son por un lado muy pequeñas contra el escenario donde se congregan (la sierra, la selva, la montaña, los valles, y por otro lado impresionantes, debido al mero hecho de su existencia y número. Pero hasta ahora estas concentraciones no solían constituir desfiles armados. Los trescientos o cuatrocientos zapatistas dan la vuelta al pueblo, la caballería montada al final, y regresan. Ocupan la esquina del país donde dan vuelta el pueblo y el aire. Un grupo de niños de diez a doce años, el rostro tan cubierto como el de los demás, camina hacia el presidium; el subcomandante Marcos, quien ha dirigido el desfile, recibe de los niños una bandera doblada y la entrega al CCRI.

En el público hay madres con su bebé al hombro bien metido en un pasamontañas tamaño infantil y grupos de niñas y adolescentes muertas de risa.

La concurrencia canta el himno nacional. "Mexicanos al grito de guerra", que se escucha como un murmullo más de la selva, y luego entonan el himno zapatista acompañados por el acordeón y las cuerdas rasgadas en tachún-tun-tun-tun. Más que himno, resulta un canto popular campesino, suave versión de carabina 30-30. "Ya se mira al horizonte/combatiente zapatista/el camino marcará/ los que vienen más atrás./ Vamos, vamos, vamos, adelante/ para que salgamos de la lucha adelante/ porque nuestra patria grita y necesita/ de todo el esfuerzo de los zapatistas.

A la manera de otras culturas indígenas, como los huicholes, estos pobladores de la selva consideran llevar sobre sus hombros la responsabilidad del mundo, sólo que a diferencia de otros no asumieron formas rituales, sino un levantamiento en armas que se ofrece en sacrificio. ¿Fiesta o antesala del matadero?

¿Podrán el gobierno y el Ejército nacionales golpear a estos jóvenes, en una especie de Tlatelolco magnificado, una plaza Tienanmen rural a la mexicana? ¿El hecho de que hayan empuñado las armas basta para convertirlos en enemigos y reos de muerte, como en los viejos tiempos del Leviatán paranoico?

¿No podrán convertirse en interlocutores? Eso quieren, sólo que consideran que serán escuchados y seguidos a partir de su sacrificio. También se autodenominan "semilla": "Hombres, niños y mujeres/ el esfuerzo siempre haremos.../ Ejemplares hay que ser/ y hacer una consigna,/ que es vivir por la patria/ o morir por su libertad./ Vamos, vamos, vamos, adelante..."

En otras comunidades de la selva se celebran ahora fiestas similares: quizá ésta sea la más solemne, y la única pública. Una demostración de fuerza.

Saúl caminó con otros ochenta milicianos de su comunidad un día entero para llegar aquí y lo primero que acepta es un cigarro. Hacía semanas que no veía ninguno.

A lo lejos suena un avión. Nadie entre los presentes omite escucharlo. Tres oradores, miembros del CCRI, se dirigen a la concurrencia civil y militar en lenguas mayenses, donde se distinguen algunas palabras en castellano: "Emiliano Zapata, mero valiente, la paz lucha, mero lee es pueblo, rudas expresiones contra el gobierno. En tzotzil, otro orador habla de los enfrentamientos de enero y la disposición del EZLN para tomar nuevamente las armas. (Bueno, las armas están tomadas, Lo reitera la presente celebración.)

Un tercer hablante menciona las demandas que enarbola el EZLN.

Después el subcomandante Marcos lee tres comunicados, uno dirigido a los manifestantes que se deben estar concentrando en el Zócalo de la capital en estos mismos momentos. Imaginar un mensaje así de aguerrido en el mero Zócalo resulta algo escalofriante. Otro mensaje, que alude a los pueblos de México y el mundo, y a la prensa, explica líricamente los motivos del alzamiento zapatista.

Un tercer comunicado, ya bajo dominio de la sintaxis y el código mental maya, se dirige a los mismos de antes y les revela quien está detrás suyo: "Hermanos, queremos que sepan quien está detrás nuestro, quien nos maneja, quien camina en nuestros pies, quien nuestro corazón domina, quien cabalga en nuestras palabras, quien vive en nuestras muertes. Queremos que sepan ya la verdad hermanos y es así. Votán Zapata, Guardián y corazón del pueblo:.

Ajá. Ahora ya sabemos cómo se llama el inspirador de esto. Un tal Votán Zapata de dudosa identidad y procedencia, pero que para el Ejército Zapatista resulta *mero lec*, bandera que da nombre a la voz: "Esta es la verdad, hermanos. De ahí venimos. Para allá vamos. Estando viene. Muriendo la muerte vive. Votán Zapata, padre y madre, hermano y hermana, hijo e hija, grande y pequeño, nosotros, viniendo estamos..."

La disputa por Zapata de pronto ya no tiene sólo valor simbólico. En este sitio de la selva, el CCRI ratifica la suspensión de los procesos de consulta para la paz. Hace pocos días un finquero asesinó a un representante zapatista e hirió a otro en el municipio de Altamirano. Mientras no existan condiciones, los zapatistas se mantendrán en alerta roja. "Nunca la estrella única; una más sí, la más pequeña".

Los cerros gritan de altos. El mayor Benito, que perdió un ojo en la toma de Ocosingo, lee un mensaje a los combatientes. Como en 1919, afirma, la tierra no es de quien la trabaja.

Una manta, pequeño museo lleno de fotocopias, exhibe imágenes de Zapata en las buenas y en las malas, en Palacio Nacional con Villa y el cadáver ensangrentado en Chinameca. Imágenes de la toma de San Cristóbal, de los comandantes y la tropa, del sub Marcos.

La realidad es menos obvia. Al iniciarse la parte "cultural" del programa, la parada militar da sitio a un rompan filas discreto para escuchar canciones y poemas. Cae la tarde. Un muro de madera vieja y una puerta enmarcan a cuatro milicianos en el escalón, con sus carabinas para arriba, cómodamente sentados. Parece una foto al natural del Archivo de Casasola. Los niños chicos juegan a nivel del suelo; unos amás grandecitos juegan baraja muy serios en una banca.

Heriberto y Emiliano, con pasamontañas, cantan acompañados por el grupo. Emiliano sostiene con la mano izquierda el cañón de su rifle y con la derecha una lámpara de bolsillo, mientras Heriberto sostiene la letra y el micrófono.

Cae la noche y niños encapuchados salen a repartirle agua a los milicianos sentados en el camino: "compa, ¿agua?", en voz baja. No había un solo miliciano que no tuviera sed.

Rotas las filas, los anfitriones comparten con el pueblo y los invitados carne de res en caldo y tortillas. Por momentos la bomba de gasolina flaquea y el alumbrado eléctrico disminuye. Después de poesías que mencionaban mucho a Zapata y en algún momento a Marcos, la música en vivo cede sitio a la grabada. Un disco de 33 revoluciones por minuto suena bajo una aguja de estoperol corridos zapatistas que al rato se deslizan a cumbias. Al pie de una manta iluminada donde Zapata a caballo y un campesino con su machete miran al frente, las muchachas comienzan a bailar solas, entre ellas. Poco después se arriman los milicianos, la carabina en la espalda, y sacan a bailar a la escogida, que acepta o no con sus moños, arreglada, en delantal nuevo o recién lavado.

Los niños más pequeños caen derrotados por el sueño y duermen sobre rebozos al pie de un poste de luz, mientras la familia se divierte, en ese modo paradójico y lento de los indígenas. Los niños también bailan en parejas con la alegría soterrada de estas fiestas y todos parecen estarse divirtiendo cuando de pronto se suspende la fiesta; por el sonido se dispersa

el pueblo y las milicias se concentran. Varios contingentes, incluso uno de mujeres, abandonan precipitadamente el poblado. Algún tipo de alerta los hecha a rodar. Los organizadores retiran rápidamente el estrado. Uno recuerda entonces que aquí hay un estado de guerra. Los galanteos del baile, aunque se daban en un ambiente de morir por la patria, no conseguían poner melancólicas a las parejas. Brusco final.

Al abandonar los territorios controlados por el EZLN, en el primer retén del Ejército Mexicano, los soldados llevan chalecos antibalas y se muestran alertas, nerviosos, según aceptan. Hay rumores en Ocosingo de que los zapatistas atacarán, mientras éstos dan a entender con frecuencia que temen un ataque del Ejército Mexicano. El conflicto chiapaneco tiene mecha, eso lo sabemos. Y alrededor hay chispas. Como saben los estibadores en los puertos, existen puntos que dicen "manéjese con cuidado." Chiapas es un paquete de esos.

HERMANN BELLINGHAUSEN ZINSER

Nació en el D.F. 1953, médico por la U.N.A.M. Hizo estudios de letras y música. Es profesor de ecología humana en la Facultad de Medicina de la misma Universidad. Colaborador de *Solidaridad*, *Punto, Uno más uno*, *La Jornada* y otras publicaciones. Editor de *Nexos* (1979), coautor del *Desafío mexicano* (Océano, 1982), *México en 500 libros* (1983) y *El obrero mexicano* (1984). Autor del volumen de poesía *La hora y el resto* (1981) y *Crónica de multitudes* (Océano 1987).

Huarapo

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

Afectuosamente para Miguel Martínez Rendón

¿Ves? Primero es huarapo.... después, cachaza, luego melado, después melcocha, por último piloncillo.

La voz de mi padre se oía entre el bufar de los émbolos.

Me llevaba de la mano recorriendo los departamentos del enorme trapiche. Su voz era insinuante. Se notaba a leguas su afán de enseñarme.

-Aquellos son los moldes. Allí están los peroles... esos hombres desnudos son los batidores... tienen la piel curtida, la cachaza hirviendo no les levanta ampollas.

Y pasaban corriendo cerca de nosotros muchos hombres encuerados hasta medio cuerpo. Los calzoncillos de manta delgada se enrollaban hasta muy cerca de las ingles. Sus plantas desnudas, sudorosas, se estampaban sobre el piso negruzco.

-Allá está el molino.

Fuimos hasta allá

-Esta es la caldera. Sigamos la banda para que conozcas la muela. Te va a interesar.

Y seguimos la banda.

Mi padre hablaba; pero el ruido del molino opacó su voz. En adelante no pude escuchar lo que dijo.

Llegamos a la muela.

Medrosamente me apreté a sus piernas. Dos enormes cilindros giraban uno sobre el otro. Diez peones, con sus vientres protegidos por recios mandiles de cuero, alimentaban la gran máquina. Gruesos tercios de caña morada desaparecían entre los dos cilindros, produciendo ruidos que daban calorfrío. Parecían quejidos humanos.

Mi padre gesticulaba como queriendo comunicarme algo interesante. Yo entendí: quería que fijara mi atención en aquella enorme muela, en aquella máquina gigante a la que no sé qué de trágico le encontré desde el momento en que la vi. Hice con la cabeza un signo de asentimiento. Mi padre se tranquilizó.

Dimos una vuelta alrededor del estridente aparato.

Por un costado salía el bagazo completamente prensado.

Muchos hombres cargaban con él y lo llevaban a secar hasta los enormes patios soleados. Por el otro lado una cascada de líquido zarco, delgado, corría haciendo burbujas.

-¡Ese es el huarapo!-gritó mi padre a mi oído.

-¡Ah, el huarapo!-murmuré. Un peón escogió para mí la caña más tierna. Me obsequió con ella y sonrió tristemente cuando pasó su manaza torpe sobre mi cabeza. Después me tomó por el hombro y me condujo a un lejano rincón de la fábrica. Allí apenas llegaban los ruidos; pero la muela gigantesca y sus operarios se veían perfectamente.

Mi padre, recargado contra el muro descascarado, me dijo la cruel historia:

-Una mañana, cuando el trapiche empezaba a trabajar, Estanislao, el viejo mayordomo, paseaba vigilante muy cerca de la muela. El viento jugueteaba con las largas puntas de su jorongo pintado a colorines. En una de tantas vueltas el aire sopló más fuerte y las puntas del jorongo de Estanislao fueron cogidas por los cilindros. La polea giraba a toda tensión, el mayordomo trató en vano de quitarse el gabán; gritó pidiendo auxilio; algunos corrieron en su ayuda; pero la gran máquina se lo tragó con la facilidad con que se traga los tercios de caña morada.

Cuando los peones rodearon la muela, el huarapo se había convertido en sangre, y los bagazos salían revueltos con carne molida. Algunos piadosos recibían en botes de petróleo las entrañas machacadas. Pararon la máquina; pero el huarapo enrojado ya había llegado al gran tanque de depósito.

El mecánico llevó la noticia al patrón. Llegó jadeante a su presencia.

-¡Señor, algo grave aconteció en la fábrica!

-¿Qué, otra flecha rota?

-No patrón, algo peor, una cosa horrible...

-¿Se reventó la banda?

-No, señor, Estanislao el mayordomo fue remolido por la muela.

-¡Ah!- respiró. Agachó de nuevo su cabeza para terminar el asiento que había empezado en el libro de deudores.

-¡Bueno, qué le vamos a hacer; Dios lo tenga en su gloria!

Pero tú te has quedado como bruto... ¿Qué esperas, vete... recojan los restos que salgan por la boca del bagazo... y que lo entierren!

-Pero patrón, la sangre ha llegado hasta el tanque de depósito, no ha sido posible detenerla, yo...

-¡Cómo! ¿Pero qué dices, animal? Que la sangre ha... ¿Sabes que ese descuido me significa la pérdida de toda la molienda del día?

-¡Señor...!

-¡Nada, ordena que sigan trabajando! ¡Yo no puedo perder... Vamos!

Y vinieron ambos al trapiche.

Los peones permanecían aún alrededor de la muela.

Algunos sacaban con palas los despojos de Estanislao.

-¡Pobre Tanilo! -decían- ¡y deja familia!

-¡Bueno, muchachos, a trabajar... y sea por Dios! -dijo el amo al llegar.

Los peones aún con la terrible impresión pintada en el semblante, fueron cada uno a sus puestos.

-¡Vamos, echa la fuerza!, gritó el propietario. Y la polea giró arrancando a los cilindros su chirriar escalofriante. Por el conducto del bagazo salieron los últimos pedazos de carne machacada.

Del canal del huarapo sólo salió sangre, que caía haciendo burbujas en el gran tanque de depósito.

-¡Metan caña, plebe... Yo no puedo perder! ¡Vamos!

Diez hombres, como ahora, alimentaron de nuevo la enorme muela, la caña morada salía convertida en bagazo y huarapo. El líquido zarco, espumoso, empujaba hasta el tanque el último cuajarón de sangre.

-¡Vamos, que no es posible perder veinte arrobas de piloncillo por una torpeza! ¡Que lleven luego esos botes a la casa de la viuda para que ella dé sepultura a su difunto...! ¡Pero pronto, pronto, no hay que gastar el tiempo como quiera...! ¡Vamos! Pero

La gran muela siguió tragando tercio tras tercio de caña; de vez en vez salía entre el bagazo algún guñapo del gabán de colorines de Estanislao.

Al otro día fueron diez peones en comisión a ver al amo. Lo encontraron como siempre echado sobre el libro de caja. Vio por encima de los lentes a los comisionados; pero no les habló sino hasta que terminó su apunte.

-¡Qué hay! gritó secamente.

¡Tío Tanasio, hable usted! -dijo uno de los peones dirigiéndose al más viejo.

-No, mejor Florentino, es el más letrao -contestó el viejo. Florentino que había estado en el Norte y su prestigio de 'letrado' se fincaba sólidamente en el uso de pantalones de mezclilla y zapatos anchos, se adelantó, y tomando su sombrero por el ala lo hizo girar entre las manos para decir;

-Bueno... yo y la compañía hemos sido mandados por los demás para ver si usted le da algo a la viuda y a los chiquillos de Estanislao, la probe ha quedado muy atrasada y...

-¡Oh, no sigas! -dijo el patrón haciendo un gran gesto de entendimiento- ya sé lo que quieren... una compensación. Eso lo aprendiste tú en el Norte, ¿no? Muy bien... ¡una compensación! La hacienda sabrá recompensar ampliamente a la familia de su peón que muere en el trabajo. ¡La viuda tiene derecho! ¡Tiene derecho!

Tosió, y mientras se rascaba la nuca dijo al empleado del escritorio.

-A ver Casillas, deme la nota de las moliendas.

El empleado le entregó un libro pringoso y de gran volumen. El patrón su sumió en un mar de sumas y restas.

Después dijo enseñando sus dientes negros por el tabaco.

-¡Ah, ja! Con que una compensación... Muy bien. Mire, Casillas, ordene que le entreguen a la viuda el importe de media arroba de piloncillo, precisamente del que salió ayer... En eso aumentó la molienda; fue por la sangre de Estanislao que pasó hasta el tanque del depósito... ¡Tiene derecho la viuda!... ¡Media arroba! ¿eh? -Y dirigiéndose a los peones - muchachos: hoy les complazco porque quiero que esto les sirva de estímulo... ¡Tú, Florentino, desde mañana te quitas esos pantalones y esos zapatos; huarache y calzón blanco es lo que aquí debe usarse; no quiero que hombres vestidos como tú andas me vengas a inquietar la gente... ¡Si no te parece puedes largarte otra vez al Norte, y allá si se te antoja, estira la pata para que te den compensación! ¡Ahora a trabajar todo el mundo que la muela siempre está hambrienta! ¡Vamos, vamos, no hay que perder el tiempo en cualquier cosa!

Y los peones salieron con la cabeza inclinada sobre el pecho, arrastrando penosamente sus huaraches sobre las baldosas del piso.

Los arrieros de tierra fría, al pasar por el jacal de Estanislao, obsequiaron a la viuda con un puñado de piloncillo. Ella lo recogió en un paliacate y lo colgó en el rincón de su casucha. Debajo ardió mucho tiempo una lámpara de aceite.

El cura vino a bendecir el trapiche. Roció la muela con agua bendita, con mucha agua bendita... pero no la suficiente para borrar las manchas que aún se ven cerca del canal del huarapo.

-¿Conque no se te ha olvidado la lección?... ¡Vamos a ver!

-No, no se me ha olvidado, papá... primero es huarapo, después cachaza, después... después...

Nota: Ver datos biográficos en la página 163.

A Nuevo León JESÚS GARZA FLORES

Nuevo León, bella Sultana
iris de paz y de gloria,
astro de luz en la historia
de la Patria Mexicana:
levanta tu frente ufana
y mira si te recrea
la aurora que centellea,
la nueva generación,
recibir la comunión
en el altar de la idea.

Tú que has roto la muralla
del error, del retroceso;
que en tu rápido progreso
no encuentras dique ni valla;
que tus campos de batalla
en los que luchas y velas
son, el taller, las escuelas,
la sementera, el granito,
lo profundo, lo infinito...
Nuevo León, ¿adónde vuelas?

La guerra, sueño profundo,
hoy duerme en los patrios lares:
¡bastó la gloria de un Juárez,
para escarmiento del mundo!
La paz, ese Dios fecundo
en dones para la tierra,
ató a tus plantas la guerra
y hoy es la guerra tan sólo,
llegar de la ciencia al polo
tras de los bienes que encierra.

Y en ese viaje sin nombre
hoy van unidas y ufanas
dos paralelas humanas:
¡oh, sí!, la mujer y el hombre.
Nada temáis, no os asombre:
que el estudio y la vigilia
bien la mujer los concilia
con la virtud y el decoro...
y tendrá un cimiento de oro
el templo de la familia.

La mujer y el hombre vienen
al mundo de igual manera:
un mismo fin les espera
y un mismo principio tienen.
Las teorías que sostienen,
que aún viva en la sociedad
la odiosa desigualdad
entre el hombre y la mujer,
no tienen razón de ser:
las repulsa la verdad.

Naturaleza sus dones
dio a uno y otra iguales:
inteligencia, ideales,
deseos y aspiraciones.
¿Por qué razón o razones
de absurdo filosofismo
no deben saber lo mismo,
nutriendo su inteligencia,
en las artes y la ciencia?
¿Por miedo?, ¿por egoísmo?

¡Oh, tú, Nuevo León: no aplaces
tu poder y tu grandeza;
ya vez que lo grande empieza
por construir sólidas bases.
Difunde la luz, cual lo haces,
de la instrucción: es preciso;
contemplantas de improviso
al hombre, sabio profundo,
a la mujer, Dios del mundo
y al hogar en paraíso.

¡Que brilles siempre en la historia
de nuestros patrios anhelos!
¡La gloria alumbe tus cielos
en tu lucha por la gloria!
Yo, al evocar tu memoria,
tu hidalguía, tu entereza...
me inclino ante tu grandeza,
al ver con qué majestad
el Sol de la Libertad
ilumina en tu cabeza!

JESÚS GARZA FLORES

(1859-1921) Nació en Salinas Victoria, Nuevo León. Fue un auténtico poeta de juventud y como miembro del grupo de Enrique Gorostieta contribuyó al desarrollo de la literatura local en la década 1875-1885.

En el momento de su formación literaria se halló con el principio de las nuevas tendencias poéticas y el final de los romances de la Guerra de Reforma. No reunió su obra en libro, aunque colaboró profusamente en *Flores y frutos* y la revista, *El jazmín* y el *Horario*.

La mujer

JUAN BOSCH

La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo -un rojo que se hizo blanco. Tornóse luego transparente el acero blanco, y sigue ahí sobre el lomo de la carretera.

Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni cantaban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de muy lejos; sudaban, hedían. De tarde el acero blanco se volvía rojo; entonces en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una hoguera pequeñita, detrás de las pupilas.

La muerte atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

A los lados hay arbustos espinosos, muchas veces la vista se enferma de tanta amplitud, pero las planicies están peladas, Pajonales, a distancia. Tal vez aves rapaces coronen cactus. Y los cactus están allá, más lejos, embutidos en el acero blanco.

También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Sólo se destaca el techo grueso, seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron esas techumbres por las que nunca rueda agua.

La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desenterrada, gris. La mujer se veía, primero como un punto negro, después como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga. Estaba allí, tirada, sin que la brisa le moviera los harapos. No la quemaba el sol; tan sólo sentía dolor por los gritos del niño. El niño era de bronce, pequeñín, con los ojos llenos de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpecito, las rodillas por lo menos, de aquella criatura desnuda y gritona.

La cada estaba allí cerca, pero no podía verse.

A medida que se avanzaba, crecía aquello que parecía una piedra tirada en medo de la gran carretera muerta. Crecía, y Quico se dijo: "Un becerro, sin duda, estropeado por auto."

Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina lejana, con pajonales, como si fuera esa colina sólo un montoncito de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; las fauces secas de la tierra que tuvo agua mil años antes de hoy. Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transparente. Los cactus, los cactus, coronados de aves rapaces.

Más cerca ya, Quico vio que era persona, Oyó distintamente los gritos del niño.

El marido la había pegado. Por la única habitación del bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos y machacando a puñetazos su cabeza.

-¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! ¡Te voy a matar como una perra, desvergonsá!

¡Pero si nadie pasó, Chepe; nadie pasó! -quería ella explicar.

-¿Qué no? ¡Ahora verá!

Y volvía a golpearla.

El niño se agarraba a las piernas de su papá. El veía la mujer sangrando por la nariz. La sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De seguro mamá moriría si seguía sangrando.

Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el dinero. Ella contó que se había cortado la leche; la verdad es que la bebió. Prefirió no tener unas monedas más a que la criaturita sufriera hambre tanto tiempo.

Le dijo después que se marchara con su hijo:

-¡Te mataré si vuelves a esta casa!

La mujer estaba tirada en el piso de tierra; sangraba mucho y nada oía. Chepe, frenético, la arrastró hasta la carretera. Y se quedó allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi toda la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándole el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre. Chepe entró por el patio.

¡Te dije que no quería verte más aquí, condená!

Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco, transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las córneas estaban rojas.

Quico le llamó la atención, pero él, medio loco, amenazó de nuevo a su víctima. Iba a pegarla ya.

Entonces fue cuando se entabló la lucha entre los dos hombres.

El niño pequeñín, pequeñín, comenzó a gritar otra vez; ahora se envolvía en la falda de su mamá.

La lucha era como una canción silenciosa. No decían palabra. Sólo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos engarfiados en el pescuezo de su marido. Este comenzó por cerrar los ojos; abría la boca y le subía la sangre al rostro.

Ella no supo qué sucedió; pero cerca, junto a la puerta, estaba la piedra; una piedra como lava, rugosa, casi negra, pesada. Sintió que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó seco el golpe. Quico, primero soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer un esfuerzo.

La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja, tan abundante. Chepe veía la luz brillar en ella.

La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en las coyunturas. Quería ver si alguien venía; pero sobre la gran carretera muerta, totalmente muerta, sólo estaba el sol que la mató. Allá, al final de la planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactus, embutidos en el acero.

JUAN BOSCH

(Dominicano, 1909). Refugiado político por 25 años. Vivió mucho tiempo en Cuba. Jefe del Partido Revolucionario Dominicano. Volvió a su patria en 1961, fue elegido presidente en 1963 y pocos meses después fue derrocado. Su obra se resume a: Una biografía de Hostos, una novela, *La Mañosa* (1963), varios tomos de cuentos publicados entre 1933 y 1964. Entre sus obras político-históricas se destacan, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1965), *Pentagonism a Substitute for Imperialism* (1968), *Composición social dominicana, historia e interpretación* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* (1970).

La fuerza del hombre

OSCAR LIERA

PERSONAJES: El Doctor Gutierrez (no aparece), LA ENFERMERA, la paciente, la mamá del doctor, el paciente, el vendedor, alguien...

Consultorio médico

LA ENFERMERA: (A la paciente) ¿También usted es la primera vez que viene?

LA PACIENTE: Sí señorita

LA ENFERMERA: ¿Quiere darme sus datos por favor?

LA PACIENTE: Sí señorita, cómo no.

LA ENFERMERA: Escriba aquí: nombre, domicilio y edad.

EL PACIENTE: Ya terminé, aquí están mis datos.

LA ENFERMERA: Bueno, un momentito, cuando el doctor se desocupe usted sigue.

EL PACIENTE: Gracias.

La mamá: (A la paciente) Ay señora, permítame cortarle esa hebra de hilo que le cuelga.

LA PACIENTE: Muchas gracias.

La mamá: Es muy bonita la tela de su vestido ¿dónde la compró?

LA PACIENTE: En los almacenes Gloria.

LA MAMÁ: (A LA ENFERMERA) Ay mira tú muchacha, apunta ese nombre y que te diga a dónde derecho queda para que me lleve mi hijo o que me lleves tú, porque quiero comprar una tela de éstas para llevarle a la Armida Lafarga.

LA ENFERMERA: Ya conozco esa tienda.

LA MAMÁ: (A la paciente) Soy la mamá del doctor.

LA PACIENTE: Ay señora, pues mucho gusto.

LA MAMÁ: (A la paciente) Usted no es de aquí ¿verdad doñita?

LA PACIENTE: No, ¿se me nota?

LA MAMÁ: Claro, usted debe ser nortea; de Chihuahua o Nuevo León.

LA PACIENTE: Soy de Chihuahua.

LA MAMÁ: Ya ve, pues somos vecinas; yo soy de Sinaloa, también mi hijo el doctor. Vine a pasar unos diyitas aquí a la

capital para estar con mi hijo, el doctor, pero yo me enfado mucho en esta ciudad. No conozco a nadie, ni a los que viven junto al departamento de mi hijo. Yo no sé cómo le gusta a mi hijo estar aquí; ya terminó el estudio. Ay, la gente de aquí es muy cerrada ¿verdad? Aquí la señorita enfermera es de Tabasco, costea también y alegre, por eso es que vengo acá a platicar con ella. (Al paciente) Espero que usted no se moleste si por si acaso es deste... ¿cómo les dicen?, chilango

EL PACIENTE: No se apure, yo soy de Saltillo.

LA MAMÁ: Ay, pues qué bueno. Así podemos hablar con tranquilidad.

LA PACIENTE: (A LA ENFERMERA) ¿Tardará mucho el doctor, señorita?

LA ENFERMERA: No, creo que las personas que están dentro sólo vinieron a un chequeo preparatorio.

LA MAMÁ: Ay, pobre la viejita esa ¿verdad? (A la paciente) ¿Usted no lo vio entrar?

LA PACIENTE: No, cuando llegué ya estaba ocupado el doctor.

LA MAMÁ: Ay, pues tiene quién sabe qué bocio en el cuello, y mire doñita; le cuelga una papadona como de medio metro. Creo que mi hijo la va a operar. Ay, Dios no me castigue, pero yo creo que esa mujer era mala, o a lo mejor eso es obra de brujería. Mire nomás doñita, así de grande el recaudo que le cuelga. Para mí que está embrujada, y eso se le podría quitar muy fácil; nomás que ellas tiene que matar un tecolote y sacarle la sangre y luego que se la unten en el bocio ese y que le soben con la panza de un sapo, y para que no se atilique, le tienden que dar un tecito de ruda con hojas de pantera. Pero mire, ¿gustarle a la viejita que la jueguneen los médicos? Yo no me dejo, ni aunque sea mi hijo; que papateodoro o de esos nicolases, ni que exploraciones, ni nada. Todos mis hijos nacieron de parto natural, pero con una partera. Yo sí me cuidó mucho de todo eso, mire doñita, hace tiempo tenía una úlcera y me la curé con puro cuachalalá, y no me dejé tocar la panza siquiera. Mientras que mi marido quién sabe qué masajes se dejó dar cuando estaba enfermo de la próstata.

LA PACIENTE: Ay sí, a mí me da mucha pena pero ni modo, los médicos tienes, a veces, que ver a una, pues, hasta como Dios la echó al mundo. Ahorita con esa dolencia que tengo aquí, mire, por aquí y aquí en los riñones, ay, es un dolor que me pega y me sube por toda la espalda y a veces no puedo estar ni parada ni acostada ni de ningún modo.

LA MAMÁ: Igualito sentía yo, igualito. Y mire doñita; se me quitó rápido con unas jamaqueadas que me dio mi marido con cáscara de limón real, cocidas con fuerza del hombre y aceite quemado. A los tres días de que se están dando estas jamaqueadas, se orina en una jarrilla y se hierven los orines con hojitas de laurel, frescas las hojitas. Todo eso tiene que hacerse con la luna tierna. Luego los deja una noche que les dé el sereno, y al día siguiente, pa' dentro; se los toma. Esto se hace tres veces, cada vez que cambie la luna, y santo remedio.

LA PACIENTE: Ay, pero tomarse los orines...

LA MAMÁ: Qué tiene, son de una misma, qué asco le puede tener, además ni saben a nada.

LA PACIENTE: ¿Y las cáscaras de limón deben de estar frescas o secas?

LA MAMÁ: No, no, fresquitas, fresquitas, fresquitas.

LA PACIENTE: ¿Cuántos limones?

EL VENDEDOR: (Entra al consultorio) Buenos días, disculpe señorita ¿está el doctor... Gutiérrez, verdad?

LA ENFERMERA: Sí, está ocupado ¿gusta esperar? (Asiente con la cabeza y toma asiento.)

LA MAMÁ: (Que no ha dejado de escrutar al vendedor, dice a la paciente) Pues con unos veinte. ¡Ah! y si le pone grasa de camero es mejor porque así la manteca se agarra del pellejo. Que la sobe su marido o una mujer que tenga fuerza; allí donde tiene dolor, y duerma con una almohada debajo de la cintura. ¿Tiene marido?

LA PACIENTE: Sí.

LA MAMA: Bueno, pues mientras esté dentro de los días de la curación; tres para la jamaqueada, uno para orinar, otro para tomar la pócima y tres más de dieta duerma usted sola, ¿me entiende lo que le quiero decir?

LA PACIENTE: Ay, mi marido ya ni se acuerda de mí. Por eso ni se apure.

LA MAMA: Pues si lo quiere volver a tener es muy fácil: córtese las uñas y quémelas muy bien hasta que se hagan como un carboncito, eso muélalo muy bien con los dedos y échesele al café y de mí se va a acordar. Lo mejor, no hay otra cosa mejor, ni la famosa mostaza en granos que le echan a los zapatos del marido es tan bueno como eso. Cada quince días, más seguido hacen mal, cada quince días doñita y verá qué bien va a laborear.

LA PACIENTE: Ay, señora, muchas gracias, voy a seguir sus consejos. En cuanto haga la primera toma comienzo a darle las uñas a mi marido.

LA MAMA: Santo remedio, ya lo verá, santo remedio.

LA PACIENTE: (A LA ENFERMERA) Ay señorita, pues cancele mi cita con el doctor, voy a hacerle caso a la señora. (A la mamá) Muchas gracias señora ¿cuánto le debo?

LA MAMA: Ay mira nomás, no faltaba más que te fuera a cobrar. No, m'hijita, no es nada.

LA PACIENTE: ¿Y dónde puedo comprar las cosas?

LA MAMA: De eso si no sé nada, porque de aquí no conozco más que la Villita y el Chapultepec mentado, y nomás, ay tú y la Catedral.

EL PACIENTE: Creo que en la Merced hay puestos en donde venden hierbas y oraciones.

LA MAMA: Eso sí m'hijita, no reces nada, ni una oracioncita porque yo ya me di cuenta de que eso no sirve para nada.

EL PACIENTE: Oiga señora, fíjese que yo, a veces, tengo torzones que casi se me saltan los ojos y nada.

LA MAMA: ¡Ay! y para que veas. Es cierto que las oraciones no sirven, pero hay un santo muy milagroso que se llama San Martín de Porres y que es muy bueno para esas cosas. Mira m'hijito, un día yo estuve muy mala de los torzones así como tú dices y tomé las cáscaras de plátano con una gotita de candelilla en té, y nada, y luego tomé las ciruelas hervidas con aguamas y nada, entonces desesperada agarré la estampita de San Martín y me la llevé al baño y allí me la pasé por el estómago, y por acá, y por allá, y ayúdame negrito, y ayúdame querido de tu madre, y mira, como si hubiera obrado el milagro; al momento pude y me alivié de inmediato. Me alivié. La Elodia como ya no cree en los santos desde que le mataron los policías a su marido, dijo que había sido por el té de nuez moscada con naranja ácida que ella me había preparado en la mañana. Y mira, lástima que ya no tenga el santito ese, si no, lo mandaba pedir para regalártelo. Pero después supe que lo que es muy bueno para eso es la leche de chiva hervida con azúcar y limón.

EL PACIENTE: Oiga ¿y qué es bueno para la diabetes?

LA MAMA: El apomo m'hijito; no hay como las cáscaras de apomo. Se toma todos los días en ayunas. ¿Tú tienes diabetes?

EL PACIENTE: No, pero un tío mío, y se ha curado mucho... pero no se alivia.

LA MAMA: Pues dile eso, dile que tome la cáscara de apomo, que te lo dijo la mamá del doctor Gutiérrez.

LA PACIENTE: Ay señora cómo sabe cosas, debería de enseñarle todo eso a su hijo, porque mire: no hay como las curaciones con hierbas. Bueno, ya me voy. Señora no sabe cuánto le agradezco. (A LA ENFERMERA) Gracias señorita. (Sale)

EL PACIENTE: Pues yo lo que tengo es pinolillo y tos nochera. Ya me han recetado quién sabe cuántos jarabes pero no se me quita.

LA MAMA: ¿Fumas?

EL PACIENTE: Ya no.

LA MAMA: ¿Cuánto tiempo hace que dejaste de fumar?

EL PACIENTE: Ya va para los cuatro meses.

LA MAMA: Pues mira, todos las noches tómame un vaso de leche con seis o siete cucharadas de miel de enjambre. La leche tiene que estar casi hirviendo. Tómatela lo más caliente que puedas y a traguitos. Luego haces un merjurje de glicerina, azufre y alcohol y te lo untas por fuera en el buchi, santo remedio. En la mañana no te bañes, sino hasta la noche antes de la friega; ¡ah! ponle a la leche unas gotitas de limón.

El vendedor: Señorita, si el doctor va a tardar mucho me doy una vuelta más tarde.

LA ENFERMERA: No, no, ya no tarda nada. Usted sigue del señor. (Señala al paciente)

EL PACIENTE: No, no. Siempre no voy a ver al doctor, mejor voy a hacer la receta que me dio la señora. (A la mamá) No me ha dicho en que cantidades tengo que hacer el menjurje que me voy a untar. (Suena el teléfono)

LA ENFERMERA: (Contestando) Consultorio del doctor Gutiérrez.

LA MAMA: Mira, para tres sobrecitos de azufre son tres cucharadas soperas de...

LA ENFERMERA: (Al teléfono) Sí, cómo no, ahorita se la paso. Un momentito por favor. (A la mamá) Señora le hablan por teléfono.

LA MAMA: (Al paciente) Discúlpeme un momentito por favor. (Al teléfono) Bueno, sí, sí, como no, claro que ya sé quien sí, sí entonces lo que se te olvidó es la fuerza del hombre, el aceite quemado y grasa de carnero. De nada, de nada. Sí, sí, sí ¿y que tiene? Sí, ¿Cuántos años tiene? Ah, pues está muy chiquito para que le des el palo blanco en vino de ayale, no, no. Es que no le has de haber dicho la edad que tiene el niño. No, no, mira dale la tumbacasa cocida con mucha azúcar de la negrita eh, no le vayas a dar azúcar refinada porque no es buena para remedios. Haces el cocimiento, no, no, los bracitos, arrancas bien las hojas porque amargan. Bueno, pues haces el cocimiento y lo dejas que le pegue el sol tres días y se lo comienzas a dar con una cucharadita de café, una antes y otra después de cada comida. Sí, qué bueno que estás apuntando. Sí, sí, pues eso sí que no sé, ¿tu mamá? no pues, tendría que verla. Sí, por mí sí; claro me la puedes traer al consultorio. Bueno, sí, mañana; tráela arropada con una cobija. Bueno dile que yo también la saludo y que ya mañana nos conoceremos personalmente. Andale, andale, no hay de qué, sí, sí, adiós. (Colgando. Al paciente) Bueno, pues mira: amasas bien todo eso y lo echas en un pomo y lo tapas. Cuando te lo vayas a poner sacas un poco y le echas un chorro de alcohol y te lo enjarras bien.

EL PACIENTE: Señora, pues muchas gracias, voy a seguir al pie de la letra sus consejos y le voy a decir a mi tío que comience a tomar las cáscaras de apomo. Gracias. (A LA ENFERMERA) Hasta luego señorita, gracias.

LA MAMA: Andale m'hijito, que te vaya muy bien. (Al vendedor) ¿Usted también viene a consultar?

EL VENDEDOR: No señora, soy representante de los laboratorios Esculapio de México, somos fabricantes de las mejores medicinas de patentes nacionales y extranjeras. Por cierto que estoy admirado con todo lo que usted sabe de remedios caseros; que dicen que son los mejores.

LA MAMA: Los mejores, sí señor. Soy hija de hierbero, y no me apena, a mi hijo el doctor... soy la mamá del doctor Gutiérrez, no le gusta que lo diga y mire usted, todo lo curan las hierbas, hasta la mala suerte.

El vendedor: Ahora hay medicinas excelentes; casualmente traigo aquí un gran descubrimiento. Ha aparecido una medicina que cura la artritis, se trata de la heptaciliurilinatrin 317. Ha sido descubierta en un laboratorio de los Angeles, California, entró al mercado hace apenas dos meses y ya está en México.

LA MAMA: Pues mire usted, cómo andan de retrasaditos los gueros de plásticos, porque los indios de mi tierra desde cuándo que curan eso con ajo y flores de zempoalúchitl.

El vendedor: ¡Ah, eso debe ser! Con razón ahora todos los días llegan al laboratorio las carretadas de flores de esas, en los escritorios siempre hay un florero lleno y las secretarías están obligadas a llevar una flor en la cabeza.

LA MAMA: Ya lo ve, no hay nada nuevo bajo el sol. Y usted, en lugar de andar vendiendo esos venenos embotellados, debería de poner un puesto de hierbero por aquí cerca, para que yo le mande mis pacientes; así yo puedo venir todos los días al consultorio y no me enfado sola en la casa, todo el día trepada allá en el sexto piso sin saber qué hacer.

El vendedor: No creó que pueda hacer eso, porque yo no nací para jefe; siempre me lo dijo mi madre. Pero sí, ya no quiero seguir trabajando para los laboratorios, porque hay muchas sinvergüenzadas en eso de las medicinas. Y la verdad, la verdad ya me estaba hartando. A mí me gusta cambiar de trabajo seguido porque así aprendo muchas cosas. Nomás que en todas partes hay sinvergüenzadas, señora. (A LA ENFERMERA) Señorita, por favor no me anuncie con el doctor, gracias y buenos días. (Sale)

LA ENFERMERA: Ay, señora, pues a mí me da mucha pena, pero fíjese que tengo un fuerte dolor de cabeza desde hace días y no se me ha quitado con ningún analgésico. ¿Que podría tomar?

LA MAMA: Ay m'hijita, nada más fácil: se ponen dos garbanzos mojados de alcohol en los oídos y se da un masaje en la cabeza. Anda, ve a comprar los garbanzos y yo te doy el masaje.

La enfermera: Bueno, ahorita vengo. (Sale. Entra alguien que no habla)

LA MAMA: ¿Qué desea? ¿Viene a ver al doctor? (El tipo le hace señas de que no puede hablar.) ¡Ah! no puede hablar... (Le dice mientras trata de hacerle entender con las manos) Claro, no habla; pues mire, lo que seguramente tiene es una obstrucción en la garganta y eso se le puede quitar con cocimiento de pitayas, biznaga, raíz de cardón, y miel de caña; todo se pone a cocer a fuego lento, hasta que haya espesado muy bien, entonces toma usted...

(EL TELÓN se ha venido cerrando antes de que Prudencia del Socorro Márquez de Gutiérrez sepa que el sordomudo que acaba de llegar había salido de un cuento de Armando Guerra y que no era riesgoso imaginar que lo había contratado la CIA para proteger a los laboratorios gringos.)

OSCAR LIERA

Dramaturgo mexicano nació en Culiacán, Sinaloa. En 1968 se trasladó a la ciudad de México donde inicia estudios de actuación en la Escuela Teatral de Bellas Artes. En la UNAM realiza estudios de licenciatura en letras hispánicas y maestría. En su ciudad natal presentó algunos espectáculos teatrales con textos ajenos, actividad que le sirvió de motivación para crear su primera obra: *María*. A partir de 1968 con lo ocurrido en Tlatelolco, consolida su actividad teatral.

Liera es considerado como un dramaturgo de una gran conciencia social. Su prolifera producción literaria se ha dividido en dos épocas, la primera que abarca de 1975 a 1979 y la segunda de 1979 a 1989. Entre otras obras podemos mencionar las más relevantes: *Cúcara y Mácara*, *El jinete*, *Las Ubarri* (1975) *Los caminos solos* (1989) *Las juramentaciones* está considerada como la mejor obra durante 1983.

Largo y sinuoso camino

CRISTINA PACHECHO

La mañana del 24 de diciembre la ciudad está semidesierta. En la Alameda aparecen los foros de paisajes nevados, los renos de cartón, los Santaclases con vientre de hulespuma. Los transeúntes que van por avenida Juárez y Madero avanzan en silencio o se detienen frente a los puestos de periódicos. Se escuchan comentarios desalentados y protestas cuando alguien lee un encabezado que anuncia: "Para enero más aumentos".

En el Zócalo, el sol invernal ilumina el manto tricolor de la bandera y arranca pálidos reflejos a los adornos con que pretende simularse el espíritu festivo de la Navidad. Frente al árbol y las velas gigantes desfilan, protegidos con muy pobres y desiguales ropas de abrigo, los vendedores de todo y nada: desde los que ofrecen una fayuca miserable hasta los que pregonan juguetes y chucherías inspiradas por esa forma del ingenio mexicano que es la necesidad. Los vendedores de lotería cantan la magia de los números, mientras una pareja de adolescentes levanta un cartel donde un Santa Clos enflaquecido pide a gritos: "Moratoria a la deuda".

Los vendedores ambulantes se mezclan con los mendigos: hombres y mujeres que hasta hace poco eran obreros, trabajadoras domésticas, prestadores de servicios. Todos ellos son víctimas de los "reajustes" en el presupuesto del gobierno, del taller, de la fábrica, del comercio, de la oficina. Del salario mínimo, la caja de ahorros, la despensa, la ayuda para la renta, pasaron abruptamente al préstamo, el empeño, la súplica: "Señito, señito, algo para mi Navidad".

Año del desempleado

El desfile de menesterosos es infinito en el Zócalo donde Emmanuel recibirá el año nuevo 1987 con un concierto anunciado mediante inmensos carteles. La estrella archimillonaria de Televisa cantará precisamente en el sitio donde hace más de cincuenta años se reúnen los subempleados, los trabajadores que ofrecen sus habilidades y su experiencia al mejor postor. Ellos también darán la bienvenida a 1987, pero lo harán entonando en silencio el coro de la última esperanza escrito en sus letreros: "Electricista", "Pintura y resane", "Albañil de tabique", "Plomería y gas", "Yeso, tirol y pintura", "Especialista en azulejo".

Estos trabajadores se concentran a un costado del atrio de Catedral. Desde su observatorio lo miran todo: los grandes automóviles de los funcionarios que acuden presurosos a Palacio, los burócratas, los comerciantes, los que entran precipitadamente al templo o al Monte de Piedad, los que simplemente deambulan para huir de la pobreza y la soledad a que están condenados en habitaciones sombrías, rentadas a precio de oro en sótanos y azoteas.

La quietud y el silencio de los trabajadores se rompe en cuanto se aproxima algún posible cliente. "Ande, abuelo, allí están buscando un pintor. Póngase abusado". Todos se mantienen atentos al intercambio de frases entre el solicitante y el maestro pintor. Se escuchan cifras, detalles, regateos y luego la frase que se repite a lo largo de toda la mañana: "No quiso, no le atoró, que dizque porque se le hizo muy caro". Los hombres se ríen para protegerse del desencanto, intercambian bromas a fin de hacer menos tediosa la espera y al fin, amablemente, acceden a concentrarse en la esquina del atrio cuando me acerco a ellos para preguntarles cómo despedirán 1986 - Año del desempleado- y en qué forma recibirán 1987: "Pos fregados, ¿cómo quiere que vayamos a recibirle?"

Nadie nos ayuda

El primero que accede a conversar conmigo es don Delfino Juárez Ramírez, albañil especializado en yeso y resanes. Los ojos oscurísimos, de una intensidad abrumadora, denotan gran inteligencia. En los labios muy delgados se dibuja siempre una sonrisa que expresa ironía, sarcasmo y a veces desencanto.

-No esperaba encontrarlos aquí hoy, 24 de diciembre, día en que casi todos los capitalinos están de vacaciones.
-Estamos aquí porque tenemos necesidad de trabajar. ¿Qué se le hace? Mañana mismo, 25 de diciembre, puede que sigamos aquí. ¿Qué nos queda? Tenemos necesidad.
-¿Cuánto tiempo lleva de ofrecer sus servicios?

-Como usted sabe, esto de que vengamos aquí a ofrecer nuestro trabajo es tradición, de muchos años. Yo fui casi de los primeros en llegar pero hay otros que aparecieron antes de 1945, fecha en que yo comencé a venir. Entonces era presidente el general Avila Camacho.

-¿Dónde se ubicaban entonces?

-Al principio nos permitían quedarnos enfrente de Palacio, luego nos ordenaron pasar al lado de Seminario y hará como un año que nos situaron aquí, frente al Monte de Piedad.

-¿Es usted capitalino?

-No. Nací en Puebla. Allá fui lo mismo que acá; artesano. Yo digo que soy artesano porque eso de "soy albañil" se oye muy feo. En mis papeles, sean de lo que fueren, donde piden que especifique mi ocupación pongo siempre la palabra "artesano".

-¿Pero usted es maestro albañil?

-Sí, pero no me gusta ponerme albañil porque entonces la gente dice: "Ah, éste es un pinche macuarro cabrón". Y es que sabemos que cuando la gente nos quiere criticar nos dice "macuarros".

-¿Qué significa exactamente esa palabra?

-Albañil de tercera, y eso pos tampoco.

-¿Por qué salió de Puebla?

-Por la paga. Hay trabajo pero le pagan a uno muy poco dinero, muy barato. Yo me vine para acá con la esperanza de ganar un poquito más. Imagínese que allá por pintar un metro cuadrado me pagaban veinticinco centavos. En cambio acá, tres pesitos por lo menos.

-¿A cómo le están pagando ahora el metro cuadrado de pintura?

-Cuatrocientos, quinientos pesos... depende.

-Éste es un buen sitio para ofrecer sus servicios no sólo porque transita mucha gente, sino porque están junto a Catedral y a Palacio.

-¿Y con eso, qué ganamos? Aquí nadie nos ofrece ayuda: ni los curas ni los políticos. Nosotros nos rascamos con nuestras propias uñas.

El peso se hizo chiquito

-¿Ha trabajado en alguna empresa?

-Sí, cómo no. He trabajado por temporadas para la ICA. Vamos allá y si hay trabajo nos dan. También me han contratado en Ladisa.

-¿Cuánto le pagan las constructoras?

-Unos quince mil pesos por semana. ¡Aquí, cuando hay suerte, podemos sacar hasa tres mil diarios!

-¿Quiénes solicitan sus servicios?

-Personas de todas clases sociales: tanto el pobre, que quiere darle una resnadita a su cuarto o a su casa, como el rico que desea componer su residencia.

-¿Quiénes regatean más?

-¿Cómo que quién? Pos los ricos. Los pobres no regatean. Los ricos sí, porque les sobra el dinero y por eso les da lástima pagar. Un pobre, en cambio, nunca pone pretextos. Todo lo acepta y no anda con que "ay, ¿por qué tanto?, ¿por qué tan caro?" Pero esto no es raro sino ley de la vida. Si un pobre le pide limosna a un rico le dará, si acaso, veinte centavos. El pobre, en cambio, le dará cincuenta, cien pesos porque comprende lo que es la necesidad.

-No hace mucho que con cien pesos podíamos comprar tortillas, pan, huevos.

-Uy, ahora, ¡dónde! Cada día cuesta más trabajo ganar el dinero y cada vez se nos hace más chiquito. Mil pesos de hoy son como veinte centavos de antes. Pero como quiera que sea, el trabajo siempre vale.

Esconder nuestra pobreza

-¿Qué le ha parecido 1986?

-El peor año de todos. Estamos muy amolados, hay mucha crisis y para colmo no está buena la chamba. Todo vale mucho dinero: el pan, las tortillas, de modo que ya ni eso podemos probar. Pero eso no lo entienden los poderosos, los políticos, que no se apiadan de la gente. Ni nos ven, con eso le digo todo.

-Ellos, al ir a Palacio, tienen que verlos aquí, batallando, sufriendo para conseguir trabajo.

-Los políticos sólo nos miran cuando va a llegar alguna visita importante, un presidente de otro país. Entonces vienen

y nos retiran de aquí para que no se mire feo el paisaje, para esconder nuestra pobreza. No nos persiguen, ciertamente, y sólo dos días al año estamos en la obligación de dejar libre este sitio: el 20 de noviembre y el primero de mayo.

-¿Desde qué horas llegan aquí?

-Desde las siete de la mañana y nos vamos hasta que de plano ya no hay esperanzas de que llegue clientela. Después del medio día es muy difícil que nos caiga trabajo...

-Pero aun cuando haya días en que nadie lo contrate, usted tiene gatos: transporte, comida, ropa...

-Para llegar aquí gasto veinte pesos por viaje. Al día son cuatro o cinco. Y en la comdia lo menos que se me van son ciento cincuenta pesos, lo que vale un taco. Ya si quiero comer algo mejorcito en algún restorán, tengo que pagar dos mil; pero ¿de dónde voy a sacarlos? Cuando bien nos va, ganamos tres mil al día; ni modo de gastarme más de la mitad en comer... Hoy en día, trabajando casi no se gana. Los pobres apenas vamos saliendo, vamos saliendo.

-¿Cómo cree que sea ahora la vida de los ricos?

-¿Pos cómo? Buena, se la pasan unos haciendo sus negocios y otros robando. Al gobierno no le importa nada de esto, ni piensa en ayudarnos de ninguna manera. En estos momentos era para que se pusieran comedores públicos para la gente más pobre, todavía más pobre que nosotros, la que ya de plano no puede comprar sus alimentos en ninguna tienda porque en todas se vende carísimo.

-Pero existen los almacenes de la Conasupo.

-Sí, son muy buenos para el que tenga dinero para comprar. Quien no tiene, ¿qué beneficio saca con esas tiendas? Ninguno.

Cómo viven los pobres

Don Roberto Pantoja, que ha escuchado nuestra conversación, se aproxima y pide intervenir:

-Y esas tiendas tampoco las hay en todas partes. Mire, yo vivo en la colonia Central Michoacana y no hay una sola tienda Conasupo.

-Tengo entendido que las instalan cuando hay un mínimo de población.

-En la colonia donde está mi casa vivimos unas quinientas familias. Échele cuentas. ¿No valdrá la pena tener una Conasupo allá? Pero para qué le cuento que tampoco hay un centro médico, ni casetas de teléfono, ni un puente peatonal para que atravesemos la avenida Central. A cada rato hay atropellados que muchas veces pasan a ser muertitos precisamente porque no hay un teléfono de donde llamar a las cruces... No sabe lo que es vivir allí, sobre todo para los niños, para los ancianos.

Las mujeres también sufren: salen a las cuatro y media, a las cinco de la mañana, a buscar su leche y no es raro que alguna aparezca atropellada, en la avenida Central, con sus cartones de leche todos regados por el suelo.

-Don Roberto, usted también ofrece sus servicios de albañil.

-Los ofrezco, pero ¿qué me gano con eso? Casi no hay trabajo. Una de las causas es lo mucho que han subido los materiales de construcción.

-Se supone que a raíz del temblor se instalaron los famosos "parques de material" donde se encuentra todo más barato.

-La verdad, no los he visto. Si usted sabe de alguno en donde el millar de tabique cueste menos de veinte mil pesos, no deje de avisarme... Y déjese de que todo esté caro: casi lo peor es que no hay orden en los precios. En una misma cuadra puede haber dos expendios en que la tonelada de cal tenga una diferencia de precio de trescientos pesos. No hay control ni en esto ni en la calidad. Vea nada más la varilla: no está bien reforzada... Eso lo saben muy bien las autoridades que luego se hacen las asombradas porque se nos caen las casas. La pintura viene floja, el cemento no agarra...

-¿Cuánto tiempo más pasará hoy aquí, esperando que caiga algún cliente?

-No, yo ya me voy. Quiero llegar a mi casa para que mi señora haga un ponchecito con este puño de jamaica y estas uvitas que compré. Mire, en esta cosa de nada se me fueron mil pesos.

-¿En su colonia hicieron alguna posada?

-¿Con qué? No alcanza el dinero para comer, menos para comprar una piñata a la que hay que meterle cinco, diez, quince mil pesos de fruta cuando menos.

El lujo de los frijoles

-Por lo tanto, esta noche no llegará a su casa Santa Cios.

-Por principio de cuentas déjeme decirle que Santa Cios no es más que un agente de ventas, el mejor aliado de las casas comerciales. Si algo voy a darles a mis hijos esta noche será alguna cosa de cenar. Que se conformen con que sean frijoles calientitos cuando mucho. Y fíjese lo que son las cosas, si uno se pone a pensar se da cuenta que aun un platillo tan pobre es ya un privilegio en estos tiempos. ¿Usted sabe la cantidad de gente que no tendrá nada para comer esta noche? Si el gobierno hubiera pensado en eso, si realmente le importara el pueblo, habría instalado unos comedores públicos en sitios estratégicos, en las colonias más marginadas, en las cercanías de terminales y estaciones adonde llega tanta gente de la provincia con la esperanza de ganar unos centavos. Algunos de esos hombres y mujeres recién llegados tal vez vengan aquí a buscar trabajo. Quién sabe.

-¿Y aquí puede ofrecer su trabajo toda persona que lo desee?

-Pues sí, siempre y cuando demuestre que conoce el oficio y que es honrada. Porque desgraciadamente, justificados en la crisis y lo que usted quiera, no falta algún tipo que se cuele aquí, lo contraten, robe en el domicilio o en la empresa donde lo ocupan, y se amuela porque ya no vuelve a aparecerse aquí, pero también nos perjudica porque luego mucha gente deice: "Los que se ponene a un costado de Catedral son malos trabajadores, son ladrones". Y francamente, no está bien que paguen justos por pecadores.

El auge de la crisis

-¿Cómo se identifican ustedes?

-Con las credenciales que nos dio la Delegación Cuauhtémoc. Así que las personas que nos contratan, pues ya saben que pueden pedirnos identificación.

-Don Augusto, ¿cuántas horas pasa usted aquí diariamente?

-Llego a las siete y me voy, igual que mis compañeros, cuando ya no hay esperanzas.

-¿Lee mientras tanto?

-Pues sí: *El Esto, La Prensa*. Lo tomamos como una distracción, aunque es difícil distraerse leyendo las crisis de la ciudad, las noticias de las devaluaciones, las alzas, los crímenes. Fíjese, en todo eso habían de pensar las autoridades cuando comienzan con que quieren quitarnos de aquí, que porque obstruimos el paso, que porque afeamos la plaza. Puede ser, pero ¿no sería peor que anduviéramos armados, tratando de robar el dinero que aquí ganamos honradamente, gracias a que tenemos un oficio? Yo digo que sí, ¿no piensa usted igual?

-Y usted que lee el periódico, ¿cómo ve la crisis?

-Es lo único que va en auge en el país.

-Se dijo que a los trabajadores de la construcción los había beneficiado el trabajo reconstructor que se inició después del terremoto. ¿Es verdad?

-En parte sí, proque hemos trabajado con las constructoras pero la verdad es que a quienes benefició el terremoto fue a los contratistas y no a nosotros.

-De modo que ha trabajado usted en las constructoras.

-Estuve trabajando en el Departamento de Supervisión de Integración de Proyectos y Construcciones (IPC), que controlaba a los contratistas para que emplearan buenos materiales. Allí trabajé de ayudante pero no me gustó porque le pagaban a uno muy poco y le exigían mucho. Por setenta y cinco mil pesos mensuales querían que trabajáramos hasta tiempo extra. Los sábados se suponía que terminábamos nuestro horario a la una de la tarde, pero la verdad es que nos obligaban a fletarnos hasta las nueve de la noche.

La peor Navidad en México

-¿Y cómo ha visto el mes de diciembre?

-Apagado, tristón...

-Sin embargo, ha habido festejos populares y, pese a la crisis, se pusieron adornos y foquitos de colores.

-Pues sí: hay focos, adornos, piñatas. Todo eso seguramente costó mucho dinero -tanto o más que los adornos gigantes que están aquí enfrente, en el Zócalo-. Yo pienso que, según como están las cosas, ese dinero debieron usarlo en comprar cobijas, zapatos, suéteres para los niños que viven en colonias marginadas. Eso los hubiera hecho más felices que estos adornos, de los que a lo mejor no han podido disfrutar. Mire, si en estos momentos el PRI mandará hacer unas cobijas con el emblema del partido para repartirlas ente los pobres, yo creo que todos las hubiéramos recibido con gusto. Yo, por

al menos sí me cobijaría a gusto con ella.

-¿Y por qué menciona usted precisamente al PRI? Hay otros partidos.

-Se lo puse de ejemplo proque es el que más se ve, es decir, el que más gasta en propaganda. Caray, si en vez de hacer carteles y volantes y cosas de ésas, empacaran comida y prendas de abrigo, ahorita sí que ganaban votos a pasto... Pero el PRI ni ningún partido nos ayuda. Ahora, la verdad, ¿cuándo lo han hecho?

La política del desperdicio

Alto, corpulento, el rostro sombreado por la visera de su cachucha, José Manuel Ríos Ruvira pide la palabra:

-Ah, cómo no. Sí lo han hecho. Yo me acuerdo que hace como nueve años llegaban unos camiones por allá, por mi colonia, para regalarnos leche, arroz, pan.

-¿Quién les hacía ese obsequio?

-Me imagino que la delegación, pero ahora nada... ni siquiera adornos navideños. Por cierto, en vez de que me dé gusto ver los que hay por allí, me da tristeza porque pienso que al ratito estarán en la basura sin que hayan beneficiado a nadie, ni a los que los vimos porque la verdad están bien chafas. Pero esto no es raro porque aquí se sigue siempre la política del desperdicio. Mire por ejemplo ese cartel -"Alegría decembrina en la ciudad. Gran posada en el Zócalo los días 20 y 21 a las 18 horas"-, al ratito lo retiran y lo botan. ¿Usted cree que nos hizo muy dichosos eso de ver que existe la "alegría decembrina"? No. Más dichosos nos hubiéramos sentido si ese dinero lo hubieran empleado para traernos algo de tortilla, de pan... Y volviendo al tema del desperdicio: ¿usted sabe que hay comerciantes que prefieren tirar sus mercancías antes de ponerlas más baratas? Y como eso está todo. Le pongo por ejemplo el adoquín donde estamos parados. Ya lo van a cambiar, y eso que hace poquito que lo pusieron nuevo.

-¿Y para qué lo cambian?

-Quién sabe. Puede que para dar trabajo.

-¿A ustedes, por ejemplo?

-Uh, bueno fuera... No, a nosotros esas obras nunca nos benefician porque el DDF tiene a sus trabajadores. Deveras que cae mal hablar de todas estas cosas ahora, en plena Navidad... quizá la peor de cuantas hemos vivido.

Irás y no volverás

-¿Usted siempre ha trabajado como maestro albañil?

-Una temporada. Por lo mismo que aquí no había trabajo nos pasamos al norte. Sin papeles. Cruzamos la alambrada por Baja California. Nos fue tan mal que ya no me quedaron ganas de volver. Fue horrible andar todo el tiempo escondiéndose de la migra. También fue inútil porque al fin nos agarraron y nos metieron a la cárcel tres meses. Allí nos pusieron a trabajar a cambio de un dólar con cincuenta diarios. Dios Santo, si usted supiera cuánto sufrí.

-¿Cuál era la mayor causa de su padecimiento?

-La nostalgia de la tierra y la imposibilidad de comunicarme con otras personas porque yo no hablo nada de inglés... Y lo peor de todo fue que al final, después de tantas desdichas y problemas, regresamos a la tierra más pobres y con la cola entre las patas... Y a comenzar de nuevo, desde cero, proque no había de otra. Puede hacerlo porque entonces yo era soltero: sin mujer y sin hijos, pude agarrar trabajos aunque no me dieran mucho dinero. Hoy es distinto: tengo familia y aquí la cosa está cada vez más fea.

-En estas condiciones, ¿volvería usted a los Estados Unidos?

-Nunca, jamás de los jamases. Yo soy de Zacatecas, el estado que casi manda más gente al norte. Yo creo que se debe a que la tierra por allá es muy árida.

-¿Sería una solución para usted regresar a su tierra?

-Si hubiera oportunidad, sí; pero no hay. Fíjese, yo nací en Villanueva -el sitio de donde es también Antonio Aguilar- y me crié en la Hacienda del Tigre. Pude trabajar allí porque en la región contábamos con tres pozos muy buenos. Pero de repente llegó la Secretaría de Recursos Hidráulicos porque se le ocurrió poner arriba del cerro un tanque muy grande, subir el agua desde los pozos y repartirla en los ranchos. Pero sucede que abrieron una zanja, un pozo muy grande y con eso lo único que ganaron fue que el agua se colara para abajo y jamás volvimos a beneficiarnos con aquellos pozos... Así que mejor me quedo en la capital, donde hay chance de tener trabajo, aunque sea poco...

-¿Gana para ir viviendo?

-Digamos que prefiero sufrir pobreza en mi tierra que en los Estados Unidos proque aquí, aunque sea comiendo

frijoles, estoy junto a mi familia.

Sesenta años en el Zócalo

Cuando pregunto quién de los aquí reunidos es el que llegó primero al Zócalo, todos se vuelven hacia un anciano de sonrisa encantadora: don Guadalupe Torres, que nació en la Hacienda de La Ventana, Celaya, en 1904.

-Yo comencé a venir aquí desde el año 1935, cuando el Zócalo tenía piedras y árboles. Lo atravesaban un tren eléctrico y muchos, muchos vendedores de todo.

-¿En qué sitio ofrecía usted su trabajo?

-Por el lado de Seminario, junto con otros hombres. Muchos, haga de cuenta como ahora.

-¿Siempre ha sido usted maestro albañil?

-No. De chamaco andaba cuidando chivas; después trabajé en el campo, con la yunta. Tuve padre y madre, pero luego fui solito porque también mi único hermano se murió.

-¿A qué edad quedó huérfano?

-A los cinco años. En ese momento me fui a vivir con unos tíos y comencé a trabajar en todo lo que le he contado como desde los ocho años. Así que no fui a la escuela: no sé leer ni escribir.

-Pero se acuerda muy bien de que vino en 1925 a la ciudad de México. ¿Por qué?

-Porque vine siguiendo a mis tíos, en busca de trabajo. Llegué a vivir a la calle de Ramón Guzmán donde había un edificio, que era la señal para no perderme, que en la parte de arriba tenía unos números muy grandes. Precisamente "1925".

-¿Cuál fue su primer empleo aquí?

-Ayudante de albañil, oficio que me enseñó mi maestro Vicente Gutiérrez, que ya murió. Juntos salíamos a buscar trabajo; duré mucho tiempo con él; dieciocho años. En esa temporada yo me hice viejo y él murió.

-Al verse solo, ¿en qué se ocupó?

-No podía ocuparme en otra cosa que no fuera la albañilería. Busqué chambas por mi cuenta pero como no encontraba vine a dar aquí; hallé, y por eso no me muevo nunca de este sitio.

-¿Ni siquiera para ir de visita a su tierra?

-Volví mientras tuve para pagarme el pasaje: ocho pesos en tren. Después, cuando el boleto se puso tan caro, ya no regresé y hasta la fecha jamás he vuelto. Además, ¿para qué voy allá? Ya se murió toda mi familia y de los rumbos no extraño nada. Aquí estoy bien aclimatado, contento, aunque gane poquito dinero.

Para llegar al mar

-¿Conoce la ciudad?

-No, casi nada. He ido nomás a San Angel y a La Villa. Eso sí lo conozco aunque, según me dicen, todo eso ha cambiado tanto que a lo mejor si vuelvo ya no conozca nada.

-¿Y le gustaría visitar otros estados?

-Pues sí, pero no tengo dinero y trabajando parece que no voy a juntar gran capital.

-¿No cree en la suerte?

-¿Cuál suerte?

-En la lotería, por ejemplo.

-Ah, sí. Pero dígame: ¿con qué compro un cachito? Ahora, hasta eso ya nomás es para los ricos.

-Don Guadalupe, vamos a imaginar que compramos un cachito de billete y que se saca usted un premio. ¿Qué haría con ese dinero?

-Irme a Acapulco porque a mis 84 años de edad no conozco ni el mar, ni los pescaditos azules... Sí, si tuviera dinero eso haría: viajar hasta el mar.

Que el gobierno apoye al pueblo

Don Delfino Juárez escucha muy atento las respuestas de don Guadalupe y después se vuelve hacia el Zócalo. Le pregunto:

-¿Le gusta mirar la bandera, don Delfino?

-Sí, como no. Mucho. Me emociona ver la ceremonia que realizan los soldados para subirla y bajarla todos los días.

-¿Qué significa para usted la bandera?

-El símbolo de la patria, del territorio, del país al que quiero y al que defendería en caso de emergencia aun cuando

a veces el país no me defiende a mí. La bandera es un símbolo con el que Miguel Hidalgo ganó nuestra libertad.
-Oírlo hablar me llena de esperanza, de alegría. ¿Hay algún recuerdo que lo asalte ahora y lo entusiasme?

Ver datos biográficos en la página 188

Conversación

EDUARDO MALLEA

El no contestó, entraron en el bar. El pidió un whisky con agua; ella pidió un whisky con agua. El la miró; ella tenía un gorro de terciopelo negro apretándole la pequeña cabeza; sus ojos se abrían, oscuros, en una zona azul; ella se fijó en la corbata de él, roja, con las pintas blancas sucias, con el nudo mal hecho. Por el ventanal se veía el frente de una tintorería al lado de la puerta de la tintorería jugaba un niño; la acera mostraba una gran boca por la que, inconcebible nacimiento, surgía el grueso tronco de un castaño; la calle era muy ancha. El mozo vino con la botella y dos vasos grandes y hielo: "Cigarrillos-le dijo él-Máspero"; el mozo recibió la orden sin mover la cabeza, pasó la servilleta por la superficie manchada de la mesa, donde colocó después los vasos; en el salón casi todas las mesas estaban vacías; detrás de una kentia gigantesca escribía el patrón en las hojas de un bibliorato; en una mesa del extremo rincón hablaban dos hombres, las cabezas descubiertas, uno con bigote recortado y grueso, el otro rasurado, repugnante, calvo y amarillento; no se oía, en el salón, el vuelo de una mosca; el m's joven de los dos hombres del extremo rincón hablaba precipitadamente, haciendo pausas bruscas; el patrón levantaba los ojos y lo miraba, escuchando ese hablar rudo e irregular, luego volvía a hundirse en los números; eran las siete.

El le sirvió whisky, cerca de dos centímetros, y luego le sirvió un poco de hielo, y agua; luego se sirvió a sí mismo y probó en seguida un trago corto y enérgico; prendió un cigarrillo y el cigarrillo le quedó colgando de un ángulo de la boca y tuvo que cerrar los ojos contra el humo, mirándola; ella tenía su vista fija en la criatura que jugaba junto a la tintorería; las letras de la tintorería eran plateadas y la T, que había sido una mayúscula pretenciosas, tenía sus dos extremos quebrados y en lugar del adorno quedaban dos manchas más claras que el fondo homogéneo de la tabla sobre la que uchos años habían acumulado su hollín; él tenía una voz autoritaria, viril, seca.

-Ya no te pones el traje blanco- dijo.

-No- dijo ella.

-Te queda mejor que eso- dijo él.

-Seguramente-

-Mucho mejor.

-Sí.

-Te has vuelto descuidada. Realmente te has vuelto descuidada.

Ella miró el rostro del hombre, las dos arrugas que caían a pico sobre el ángulo de la boca pálida y fuerte; vio la corbata, desprolijamente hecha, las manchas que la cubrían en diagonal, como salpicaduras.

-Sí- dijo él.

-¿Quieres hacerte ropa?

-Más adelante- dijo ella.

-El eterno "más adelante"- dijo él-. Ya ni siquiera vivimos. No vivimos el momento que pasa. Todo es "más adelante".

Ella no dijo nada; el sabor del whisky era agradable, fresco y con cierto amargor apenas sensible; el salón servía de refugio a la huida final de la tarde; entró un hombre vestido con un traje de brin blanco y una camisa oscura y un pañuelo de puntas marrones saliéndole por el bolsillo del saco; miró a su alrededor y fue a sentarse al lado del mostrador y el patrón

levantó los ojos y lo miró y el mozo vino y pasó la servilleta sobre la mesa y escuchó lo que el hombre pedía y luego lo repitió en voz alta; el hombre de la mesa lejana que oía al que hablaba volublemente volvió unos ojos lentos y pesados hacia el cliente que acababa de entrar; un gato soñoliento estaba tendido sobre la trunca balastrada de roble negro que separaba dos sectores del salón, a partir de la vidriera donde se leía, al revés, la inscripción: "Café de la Legañidad"; ella pensó: ¿Por qué se llamará Café de la Legalidad? Una vez había visto, en el puerto, una barca que se llamaba *Casualidad*; ¿qué quería decir *Casualidad*, por qué había pensado el patrón en la palabra *Casualidad*, qué podía saber de *Casualidad* un navegante gris a menos de ser un hombre de ciertas lecturas venido a menos?; tal vez tuviera que ver con ese mismo desastre la palabra *Casualidad*; o sencillamente habría querido poner *Casualidad* -es decir; podía ser lo contrario, esa palabra, puesta allí por ignorancia o por asomo de conocimiento-; junto a la tintorería, las puertas ya cerradas pero los escaparates mostrando el acumulación ordenado de carátulas grises, blancas, amarillas, con cabezas de intelectuales fotográficos y avisos escritos en grandes letras.

-Este no es un buen whisky- dijo él.

-¿No es?_ preguntó ella.

-Tiene un gusto raro.

Ella no le tomaba ningún gusto raro; verdad que había tomado whisky tan pocas veces; él tampoco tomaba mucho; algunas veces, al volver a casa cansado, cinco dedos, antes de comer; otros alcoholes tomaba con preferencia, pero nunca solo sino con amigos, al mediodía; pero no se podía deber a eso, tan pocas cosas, aquel color verdoso que le bajaba de la frente, por la cara ósea, magra, hasta el mentón; no era un color enfermizo, pero tampoco eso puede indicar salud; ninguno de los remedios habituales había podido transformar el tono mate que tendía algunas veces hacia lo ligeramente cárdeno.

Le preguntó él:

-¿Qué me miras?

-Nada- dijo ella.

-Al fin, ¿vamos a ir o no, mañana, a lo de Leites?...

-Sí- dijo ella-, por supuesto, si quieres. ¿No les hemos dicho que íbamos a ir?

-No tiene nada que ver- dijo él.

-Ya sé que no tiene nada que ver, pero en caso de no ir habría que avisar ya.

-Está bien. Iremos.

Hubo una pausa.

-¿Por qué dices, así, que iremos?- preguntó ella.

-¿Cómo "así"?

-Sí, con un aire resignado. Como si no te gustara ir.

-No es de las cosas que más me entusiasman, ir.

Hubo una pausa.

-Sí, siempre dices eso. Y sin embargo, cuando estás allí...

-Cuando estoy allí, ¿qué? - dijo él.

-Cuando estás allí parece que te gustara, y que te gustara de un modo especial...

-No entiendo- dijo él.

-Que te gustara de un modo especial. Que la conversación con Ema te fuera una especie de respiración, algo refrescante, porque cambias...

-No seas tonta.

-Cambias- dijo ella-. Creo que cambias. O no sé. En cambio, no lo niegues, por verlo a él no darías un paso.

-Es un hombre insignificante y gris, pero al que debo cosas- dijo él.

-Sí. En cambio, no sé, me parece que dos palabras de Ema te levantarán, te hicieran bien.

-No seas tonta- dijo él-¿ También me aburre.

-¿Por qué pretender que te aburre? ¿Por qué decir lo contrario de lo que realmente es?

-No tengo por qué decir lo contrario de lo que realmente es. Eres terca. Me aburre Leites y me aburre Ema, y me aburre todo lo que los rodea y las cosas que tocan.

-Te fastidia todo lo que los rodea. Pero por otra cosa- dijo ella.

-¿Por qué otra cosa?

-Porque no puedes soportar la idea de esa cosa grotesca que es Ema unida a un hombre tan inferior, tan trivial.

-Pero es absurdo lo que dices. ¿Qué se te ha metido en la cabeza? Cada cual crea relaciones en la medida de su propia exigencia. Si Ema vive con Leites no será por una imposición divina, por una ley fatal, sino tranquilamente porque no ve más allá de él.

-Te es difícil concebir que no vea más allá de él.

-Por Dios; no seas ridícula.

Hubo otra pausa. El hombre del traje blanco salió del bar...

-No soy ridícula- dijo ella.

Habría querido agregar algo más, decir algo más significativo que echara una luz sobre todas esas frases vagas que cambiaban, pero no dijo nada; volvió a mirar las letras de la palabra Tintorería; el patrón llamó al mozo y le dio una orden en voz baja, y el mozo fue y habló con uno de los dos clientes que ocupaban la mesa extrema del salón; ella sorbió la última gota del aguradiante ámbar.

- En el fondo, Ema es una mujer bastante conforme con su suerte -dijo él.

Ella no contestó nada.

- Una mujer fría de corazón -dijo él.

Ella no contestó nada.

-¿No crees? -dijo él.

-Tal vez -dijo ella.

- Y a ti, a veces, te da por decir cosas tan absolutamente fantásticas.

Ella no dijo nada.

-¿Qué crees que me pueda interesar en Emma? ¿Qué es lo que crees?

-Pero, ¿para qué volver sobre lo mismo? -dijo ella-. Es una cosa que he dicho al pasar. Sencillamente al pasar.

Los dos permanecieron callados; él la miraba, ella miraba hacia afuera, la calle que iba llenándose, muy lentamente, muy lentamente, de oscuridad, la calle donde la noche entraba en turno; el pavimento que, de blanco, estaba ya gris, que iba a estar pronto negro, con cierto reflejo azul mar brillando sobre su superficie; pasaban automóviles, raudos, alguno que otro ómnibus, cargado; de pronto se oía una campanilla extraña; ¿de dónde era esa campanilla?; la voz de un chico se oyó lejana, voceando los diarios de la tarde, la quinta edición, que aparecía; el hombre pidió otro whisky para él; ella no tomaba nunca más de una pequeña porción; el mozo volvió la espalda a la mesa y gritó el pedido con la misma voz estentórea y enfática con que había hecho los otros pedidos y con que se dan el gusto de ser autoritarios estos subordinados de un patrón tiránico; el hombre golpeó la vidriera y el chico que pasaba corriendo con la carga de diarios oliendo a tinta entró en el salón, y el hombre comió un diario y lo desplegó y se puso a leer los títulos; ella se fijó en dos o tres fotografías que había en la página postera: una joven de la aristocracia que se casaba y un fabricante de automóviles británicos que acababa de llegar a la Argentina en gira comercial; el gato se había levantado sobre la balastrada y jugaba con la pata en un tiesto de flores, moviendo los tallos de las flores viejas y escualidas; ella preguntó al hombre si había alguna novedad importante y el hombre vaciló antes de contestar, y después dijo:

-La eterna cosa. No se entienden los rusos con los alemanes. No se entienden los alemanes con los franceses. No

se entienden los franceses con los ingleses. Nadie se entiende. Tampoco se entiende nada. Todo parece que de un momento a otro se va a ir al diablo. O que las cosas van a durar así: todo el mundo sin entenderse, y el planeta andando.

El hombre movió el periódico hacia uno de los flancos, llenó la copa con un poco de whisky y después le echó un terrón de hielo y después agua.

-Es mejor no revolverlo. Los que saben tomarlo dicen que es mejor no revolverlo.

-¿Habrá guerra, crees? -le preguntó ella.

-¿Quién puede decir sí, quién puede decir no? Ni ellos mismos, yo creo. Ni ellos mismos.

-Duraría dos semanas la guerra, con todos esos inventos...

La otra también; la otra también dijeron que iba a durar dos semanas.

-Era distinto.

-Era lo mismo. Siempre es lo mismo. ¿Detendrían al hombre unos gramos más de sangre, unos millares más de sacrificados? Es como la plata del avaro. Nada sacia el amor de la plata por la plata. Ninguna cantidad de odio saciará el odio del hombre por el hombre.

Nadie tiene ganas de ser masacrado -dijo ella-

eso es más fuerte que todos los odios.

-¿Qué? -dijo él. Una ceguera general todo lo nubla. En la guerra, la atrocidad de matar es más grande que el pavor de morir.

Ella calló; pensó en aquello; iba a contestar, pero no dijo nada; pensó que no valía la pena. Una joven de cabeza canosa, envuelta en un guardapolvo gris, había salido a la acera de enfrente y con ayuda de un hierro largo bajaba las cortinas metálicas de la tintorería, que cayeron con seco estrépito. La luz eléctrica era muy débil en la calle y el tráfico se había hecho ahora raro, pero seguía pasando gente con intermitencias.

-Me das rabia cada vez que tocas el asunto de Ema -dijo él.

Ella no dijo nada. El tenía ganas de seguir hablando

-Las mujeres debían callarse a veces -dijo.

Ella no dijo nada; el hombre rasurado, de piel amarillenta, se despidió de su amigo y caminó por entre las mesas y salió del bar; el propietario levantó los ojos hacia él y luego los volvió a bajar.

-¿Quieres ir a alguna parte a comer? -preguntó él, con agriedad.

-No sé -dijo ella-, como quieras.

Cuando hubo pasado un momento, ella dijo:

-Si uno pudiera dar a su vida un fin.

Seguía él callado.

Estuvieron allí un rato más y luego salieron; echaron a andar por esas calles donde rodaban la soledad, la pobreza y el templado aire nocturno; parecía haberse establecido entre los dos una atmósfera, una temperatura que no tenía nada que ver con el clima de la calle; caminaron unas pocas cuadras, hasta el barrio céntrico ardían los arcos galvánicos, y entraron al restaurante.

¡Qué risas, estrépito, hablar de gentes! Sostenía la orquesta de diez hombres su extraño ritmo; comieron en silencio. De vez en cuando cruzaba entre los dos una pregunta, una réplica; no pidieron nada después del pavo frío; más que la fruta, el café; la orquesta sólo se imponía pequeñas pausas.

Cuando salieron, cuando los recibió nuevamente el aire nocturno, la ciudad, caminaron un poco a la deriva entre las luces de los cinematógrafos. El estaba distraído, exacerbado, y ella miraba los carteles rosa y amarillo; habría deseado decir muchas cosas, pero no valía la pena; callaba.

-Volvamos a casa -dijo él-. No hay ninguna parte a dónde ir.

-Volvamos -dijo ella-. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

EDUARDO MALLEA

(1903-1982) Argentino. Nació en Bahía Blanca. Sus estudios de Derecho los abandonó para dedicarse a la literatura. Fundó revistas, publicó libros. Desde 1931 dirigió el suplemento literario de la nación. Después desempeñó unos cargos diplomáticos. Además de los dos tomos de cuentos, *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926) y *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), Mallea se conoce más por su ensayo autobiográfico, *Historia de una pasión argentina* (1937) y por sus novelas *Fiesta en noviembre* (1938), *La bahía de silencio* (1940), *Todo verdor perecerá* (1941), *Las águilas* (1943), *El retorno* (1946), *El vínculo* (1946), *Los enemigos del alma* (1950), *La torre* (1951). Los tomos de novelas cortas: *Sala de espera* (1954) y *La razón humana* (1960). Sus obras más recientes son *La penúltima puerta* (1969), *Gabriel Andaral* (1971), *Triste piel del universo* (1971), y *En la creciente oscuridad* (1973). *Conversación* pertenece a la colección *La ciudad junto al río inmóvil*.



Una mosca zumbando al sol

ALICIA TRUEBA

Se considera que la colonia Jardines del pedregal es un barrio de ricos, mejor dicho de nuevos ricos, o lo que es lo mismo, un lugar en que sobran habitaciones, baños, terrazas, automóviles, jardines y dicen que hasta sirvientas.

Adentro de esas enormes casas se multiplican los excesos: hay alfombras persas, porcelanas chinas, candeleros franceses y retratos de antepasados que seguramente fueron comprados en el Rastro de Madrid.

En esa colonia vivo yo, pero no soy rica, aunque mi marido se empeña en parecerlo. El terreno lo compramos a plazos, y la casa todavía arrastra la carga de una hipoteca. Para poder ahorrar la renta del departamento en que vivíamos, nos cambiamos cuando aún no se terminaba la obra, y pasamos varias semanas tapando con cobertores las ventanas del único cuarto medianamente habitable, hasta que nos colocaron los vidrios. Se podría decir que fuimos los paracaidistas de la colonia.

Pero creo que debo empezar por el principio. A los dieciocho años yo era una secretaria digamos linda, con hoyuelos cerca de la boca, francamente graciosa. Había crecido fiel a los preceptos de buena educación, de una familia católica de la clase media mexicana, así que mi meta principal era el matrimonio, misma que quedó cumplida hace veinticinco años.

Cuando conocí a Ducio (no es error, mi marido se llama así, igual que se llama su padre y se llamara su abuelo, el nacido en la añorada Italia, e iniciador del negocio de salchichonerías), me enamoré sin remedio de su perfil romano. Muy pronto aprendí a decir: *ciao, come va, prego, tante grazie, buon giorno, domani*, en fin, era guapísimo: aún lo es, aunque menos de lo que él cree, porque su pelo le ha empezado a ralar ensanchando su frente, y la cintura le ha aumentado varios centímetros. Pero entonces era hermoso, se me acercaba rodeado de un halo fascinante, con olor a sol, y mi mente dejaba de funcionar. Nos casamos y esperé la magia, esperé el prodigio, el sol. Fue el principio del verbo esperar.

La vida de casada no cansa de asombrar con sus descubrimientos insospechados. Muy pronto me reveló que la impaciencia y los temores de un esposo, trabajan a velocidades anormales. A los seis meses de nuestra boda a Ducio le dieron paperas, y es sabido que cuando a un macho adulto le dan paperas, los testículos se le inflaman, por lo tanto deben observarse cuidadosamente, para aplicarles con oportunidad las compresas indicadas. Aseguro que esto nada tiene que ver con la serena belleza de un David de Miguel Ángel, por ejemplo.

Nunca olvidaré mi primer regalo de bodas: una maquinita de lo más ingeniosa, diseñada para hacer la pasta en casa: "La manovella funziona e comenza a sparare lungos filatos de spaghetti, ¿non e meraviglioso?" después se tienen que colgar uno por uno como delicadas tiras de encaje, hasta que sequen completamente.

En veinticinco años me he acabado cuatro maquinitas iguales.

Bien, al tercer mes de casada descubrí varias cosas: primero, que estaba embarazada. Segundo, que la salchichonería era propiedad de toda la familia Parnesi, lo que significaba que a Ducio le correspondía exactamente la veintidosava parte de las utilidades. Tercero, que no importaba el esmero con que yo cocinara las pastas, su mamá siempre las hacía mejor.

Al tercer año de casada, descubrí primero, que estaba embarazada. Segundo, que mi marido tenía una devoción absoluta por el dinero y su atesoramiento. Tercero, que después de oír tres discos de larga duración, con canzonetas y tarantellas, amén de una ópera, me entraban ganas terribles de escuchar el "Son de la Negra" o "Juárez no tenía que morir".

A los trece años de casada, descubrí primero, que estaba embarazada. Algo inesperado después de tantos años de Ducio chico y Roxana. "Accidente di spumanti", como dijera mi suegro. Segundo, que era imposible llevar a Ducio más lejos del televisor, y su cama, porque estaba inoculado, infectado hasta los huesos, de hogar. Tercero, que era yo una experta en el silencioso lenguaje del televidente: una elevación de la barba es para que le sirva más agua, un tamborileo en el plato es

que ya terminó, una ligera sacudida de la cabeza es señal de que no quiere nada más. Cuarto, que inexplicablemente y de repente, me daban ganas de abrir las ventanas para gritar a pleno pulmón que Ducio tenía dentadura postiza y que padecía gases después de la cena.

A los veinticuatro años de casada, descubrí: primero, que era difícil soportar las disertaciones de Ducio chico sobre marx y proletariado; o los desplantes de Roxana, su modita de enchinarse el pelo como frijoles refritos y traer los senos sueltos parpadeando bajo la blusa; o las ausencias de Guido que desaparecía sin decir agua va hasta la hora de las comidas; y segundo, que me importaba un comino lo que hubiera hecho Garibaldi; que no admiraba a Fellini y a sus viejas gordas; que Sofía Loren me parecía una cincuentona bocona; que detestaba las pizzas y que hasta el Papa me andaba cayendo gordo con todo y sus bendiciones.

En fin, esa era más o menos la situación hasta hace cuatro días en que cumplí veinticinco años de casada (cosa que ¡claro! nadie recordó). Para la cena preparé un pollo especial, con almendras y piñones, es decir, caro. Por supuesto, no esperaba aplausos, pero que el pollo era una delicia, lo era, estoy segura. Pues mis tres hijos (Ducio no lo probó por sentirse mal) lo engulleron en completo silencio. En ese momento me prometí que en mi otra vida tendría una familia encantadora.

Ese día había lavado ropa, fregado baños, limpiado vidrios, pero esperaba ilusionada la noche para ver *Cumbres Borrascosas*. Ducio trabajaba hasta muy tarde, así que yo sufriría la pasión de Heatcliff por Cathy y me sentiría reconfortada. Pero Ducio llegó temprano, acatarrado, se puso en pijama y se encasquetó la gorra tejida por su madre, usada siempre que se enfermaba. Era el principio de una larga sesión de fútbol y noticieros, con tés calientes y fricciones de Vaporrub.

Heatcliff esperaría inútilmente entre los brezos.

No pude dormir. De pronto me sentía rendida, aturdida de fatiga. En el espejo del baño me vi tensa, con profundas ojeras; era alguien extraño, duro, intenté relajarme y la cara se desplomó frente al espejo. ¿Cuándo, en qué momento había dejado de ser alegre, ligera, joven? De golpe me di cuenta que había envejecido trabajando, sin tiempo ni para pensar, sin siquiera unos minutos para llorar, y todas sabemos que la mujer necesita tiempo para eso.

Esa noche lloré. Lloré hasta desmoronarme. Lloré por todos los platos sucios que había lavado, por tanta ropa planchada, por aquel vestido de bolas azul y blanco que en una navidad no pude comprarme, por los botones cosidos, los remiendos hechos, por los kilos que tengo de más, por todas las idas al dentista, por las funciones de balet que no vi, por los hoyuelos en las mejillas que se me han convertido en dos arrugas, por mis manos de uñas cuarteadas, por esforzarme en oír lo que le interesa a mi esposo, a mis hijos y hasta a la criada, cuando llego a tenerla. Lloré porque todo mi trabajo lo recibe mi familia como el servicio de teléfono o de agua, pero sobre todo lloré por no tener un tiempo mío, un espacio mío, porque siempre estoy esperando a mi marido, a mis hijos, como si solamente en compañía de ellos yo pudiera ser. Esperar. Esperar a que se calienten los alimentos, esperar a que terminen de comerlos para levantar, lavar y acomodar nuevamente, y esperar al fin a que Ducio quite la almohada extra en que nos aoyamos para ver la tele por la noche, que sin decir palabra la arranque de debajo de nuestras cabezas y la eche al suelo, porque es la hora de dormir.

Cuando terminé de llorar decidí hacer un balance: descubrí que durante la primera parte de mi vida había tenido un padre que siempre supo lo conveniente para mí, y que durante la segunda parte, mi marido fue el erudito al respecto. Por primera vez atisé una especie de canibalismo contra el que me tenía que defender, y no solamente eso, sino que necesitaba trazar nuevas formas.

Al día siguiente, muy temprano, me vi de nuevo al espejo: por supuesto mi cara cedía a los años, pero atrás, en el fondo de los ojos, había algo perteneciente aún a aquella muchacha imaginativa, sana, con sus nervios bajo control. Me negué a caer en la tan traída y llevada depresión. Fui al cuarto de televisión, y en la máquina de escribir elaboré una cuartilla con tres copias. De la parte de arriba del clóset de blancos, saqué ropa de cama, toallas, y una hamaca comprada hacía años.

Salí al jardín, me dirigí al cuartito construido para el mozo que nunca tuvimos, y donde se guarda lo que no es de uso diario. Pasé las herramientas de jardín al garage, lavé paredes, piso, comprobé el buen funcionamiento del minúsculo

baño, y el de las dos parrillas eléctricas. Tendí el catre, acomodé una caja llena de libros y revistas viejas como buró, y regresé a la casa por la cafetera chica y frascos con café y azúcar, un foco para el pie de lámpara, una ollita, una sartén, una taza, dos platos y cubiertos. En el último viaje saqué mi bolsa, dos suéteres, una falda y el camisón; todo lo colgué en tres clavos. Cuando vi mi obra me sentí satisfecha: jamás había tenido un refugio auténticamente mío. En dos árboles, frente al cuartito, sujeté la hamaca.

Como era costumbre los domingos, esa mañana serví tarde el desayuno. Todos estaban presentes cuando empecé a hablar. -En todas las familias cada quien tiene su obligación, y como en las óperas, cada uno debe cantar sus arias, pero resulta que aquí yo soy la única diva, y ustedes jamás aplauden.

Preparo, organizo, mejoro, y ni siquiera se dan cuenta de que existo. Les doy a cada uno copia de mi pliego de peticiones, y espero las firmas de los cuatro. Este es el último desayuno que les sirvo, y -miré valientemente a Ducio- me autoexilio del Edén.

Mi decisión expuesta con calma (*ma non troppo*) provocó un corto silencio y luego exclamaciones como: "¿Es una broma estúpida?", por supuesto mi marido, "¿Qué tonterías estás diciendo?" Roxana moviendo con impaciencia la cabeza. "¿Y es 'onda'?" Guido. Mi hijo mayor abrió la boca y se me quedó viendo: "¿Es u... huelga?"

-Sí -contesté -Es una huelga.

Salí.

Al poco tiempo escuché voces destempladas. Me sentía observada desde las ventanas. Imprimí un ligero balanceo a la hamaca. Las manos me sudaban.

Minutos más tarde apareció Ducio esparciendo gritos y manotazos, aventó al suelo mi cuartilla: se largaba a comer con sus padres y esperaba que a su regreso ya estuviera yo en mis cabales. Entretanto mis hijos se fueron cada uno por su lado. Tuve la impresión de que se escabullían.

Cuando Ducio regresó, yo seguía en la hamaca: vi claramente cómo la furia le descompuso la cara. Empezó a hablar muy en personaje de Verdi, pero aceleradísimo, terminó en un Wotan enfurecido, y hasta los árboles parecieron encogerse bajo el vocabulario tan masculino que usó. Durante largo rato oí su risa final.

Curiosamente, después de esa explosión, dejaron de aletear las mariposas en mi vientre, y me estiré en la hamaca; por mucho tiempo contemplé en el cielo el brillante resplandor de la luna. Por primera vez sentí que Ducio, los hijos, la casa, eran ajenos a mí misma.

Al día siguiente, no había terminado de lavarme, cuando oí el taconeo de Roxana. Su voz sonó más desdeñosa que de costumbre. -Ignoro si vas a persistir en esta ridícula postura, pero al menos, de hambre, no queremos que mueras.

Rechacé medio sonriente el plato con sandwiches. Mi hija hizo un gesto y se fue. Se me figuró que iba llorando.

Ducio gritó desde lejos antes de subirse al coche:

-¿Continúas sin el menor sentido común?... Creo que tendremos que llamar al médico. -Sentí su furia al añadir -¡que la estupidez te aproveche!

Estoy segura que durante su recorrido, lamentó no haberse casado con aquella rubia tan platino y tan vecina suya, o mejor aún, no haber importado de la mismísima madre patria, una esposa como Dios manda.

Fui al super, me demoré viendo títulos de libros, maquillajes, telas; con dos vecinas me quejé de los precios. Una

de ellas comentó:

-Ayer la vi en su hamaca toda la tarde y la envidié, no sé cómo le hace para tener tiempo libre.

-Muy fácil, estoy en huelga.

Las dos rieron y nos despedimos.

Ducio regresó y entró a la casa ignorándome. Mis hijos me saludaron desde lejos, parecían temer el nuevo ámbito que me rodeaba.

Ya había oscurecido.

-Ma -dijo a mis espaldas la voz apagada de Guido -aquí te dejo mi radio.

Arriba, la primera estrella brillaba titubeante.

Al día siguiente desperté tarde, me estuve haciendo la remolona. Cuando salí al jardín vi con sorpresa que los dos coches aún estaban en el garage. Al poco rato salió Ducio.

-¿Cómo diablos puedes tener calma cuando estás provocando una situación tan ridícula? La casa es el desorden mismo, nadie sabe dónde están las cosas. ¿Qué esperas, convertirnos en el hazmerreír de toda la gente? ¿Que te crezca pasto entre los sesos? ¡Qué!

Lo miré insumisa y enconada.

-Espero la división de responsabilidades y el respeto a mis derechos.

-¡Derechos! ¡Derechos! -vociferó-. ¡En esta casa todos tienen derechos!

-Menos yo -dije-, y él, atrapado entre exasperación y cólera me dio no menos de cuatro bofetones con la mirada. Subió a su coche, y por supuesto azotó la portezuela.

Después del super volví a mi hamaca. Era una delicia sentir el sol en los brazos, en la cara, mecer mi somnolencia, mi holganza.

El zumbido de una mosca se mezcló con lejanas voces airadas. Pensé: Están gritando por su comodidad perdida.

Al mediodía mi hijo mayor atravesó el prado y caminó hasta donde yo estaba escribiendo; vi su cuerpo delgado, elástico, su piel tostada. Por un instante recordé el aura fascinante de su padre, y me estremecí. No se acercó demasiado, apoyado en un árbol empezó a hablar.

-Madre, estás levantando ampollas, nadie duerme. Está bien esta... huelga, pero sería mejor que hablaras y acordaras con papá...

-Ya se lo dije por escrito.

-Bueno, jefa -noté el dejo impaciente en su voz-, yo estoy de acuerdo en responsabilizarme, los tres te ayudaremos en todo, y por supuesto que papá te llevará de vacaciones a donde quieras, pero comprende, nada de lo que dices ahí es importante.

Brinqué como mordida por la mosca que atontada de calor, zumbaba y zumbaba; de un manotazo la alejé, antes de

decir con voz suave, *veramente pianissima*:

-Ese es el problema: qué es lo importante para ustedes. Adiós, hijo, se te hace tarde para la escuela.

Entré al cuarto, cerré la puerta y rechacé, como si también le diera un manotazo, al leve brote de desaliento.

No salí para nada durante el resto del día. En la caja de libros había encontrado todos los tomos de *Los Pardaillan*, y traté de hundirme en sus traiciones, amores, asesinatos. Al anochecer oí el auto de Ducio, después de unos portazos. La voz ronca gritó:

-¡Guido, vete a ver si la loca de tu madre está bien!

Cuando mi hijo menor entró, no pudo preguntarme nada, se me echó en los brazos y empezó a llorar con la cara hundida en mi cuello.

-Ma... regresa a la casa, yo hago lo que tú quieras, todo lo que quieras.

No había podido aún conciliar el sueño, cuando oí pasos que se acercaban, cerré fuertemente los ojos, pero supe que era Roxana, la que con mucho cuidado extendía sobre mi cuerpo otro cobertor. Antes de que saliera, vislumbré su carita fina entre los montones de cabello rizado. Me di vuelta en la cama. En la boca sentía un grato sabor terroso...

Hoy tampoco quise salir, oí los ruidos de los automóviles, a mis hijos; me pareció que la voz de Ducio chico estaba muy ronca, y pensé si se habría resfriado, y también si Guido habría tomado sus vitamainas... "Mañana se tiene que pedir el gas".

Todo el día estuve escribiendo estas hojas, escribiendo y leyendo también. Ya oscurecido salí. Adentro tenía sensación de frío, pero en el jardín la noche era suave, tibia y en la calle sobraba vida. Los automóviles se acercaban y desaparecían en la oscuridad. Van de prisa, como de prisa veo caminar a algunas gentes, como si quisieran anticipar el momento de llegar a su casa.

De pronto vi a Ducio. Estaba apoyado en el mismo árbol en que su hijo se apoyara. Desde la suave ondulación de la hamaca, observé su desasosiego, su incomodidad.

Empezó a hablar con voz ligeramente alterada; habló de hijos, de deberes, de razones, de la Razón, de que si la casa y yo, pero la voz se fue achicando, no, no fue la voz, él se fue achicando, y yo descubro, maldita, ¡maldita sea! que lo único que quiero es que me rodee con sus brazos. Nada más. No hay en mi mente lugar para más. Eso es todo. E-s-o e-s t-o-d-o.

Cuando entramos a la casa vi las flores y a mis tres hijos expectantes. Guido, ansioso, con los ojitos brillantes, me señaló el pequeño televisor con un moño.

-Es para ti, ma, para ti sola.

Apreté los labios. Con esfuerzo logré que las lágrimas retrocedieran a la región honda y oscura a donde pertenecen.

Los jóvenes

RAÚL RANGEL FRÍAS

La juventud es un estado de ánimo o un tono sensible al tiempo, al presente y a la actualidad. Funde en un sentimiento de universal compañía la multiplicidad, neoromántica. Desprecia la unidad de tiempo y de lugar y siente avidez por rescatar la emoción que tienen guardadas las palabras, las imágenes y toda especie de moldes, incluso los espejos. Su éxtasis es lo menos serio del mundo y pura broma o burla de sí misma, con mayor razón de los demás.

Todo lo que está hecho, comenzar de nuevo a vivir. Temeridad o ingenuidad de urgar en basureros buscando nidos de palomas o descubrir perversidades en los arrullo de las tórtolas. Hacer canciones y danzas con bocinas de coche, pistolas de aire y parches neumáticos. Inventar modos de decir al contrario lo mismo de siempre y al diablo la solemnidad. El sentido de asistir al nacimiento de los significados originales. Amor absurdo sin tembolres ni arrobos y también de la sencillez. Provocación de una comedia, jugando a los adultos para curarse en salud y seguir de niños en la vida.

Gustar de todo a sabiendas de que la cultura es imperfecta y que los clásicos nunca existieron. Propósito de no llorar ninguna ausencia de dar un sentido a la inteligencia, como de juego en pedazos rotos de estatuas. Nada patético, tomar con humor desmontar el mundo o la historia como se hace con el automóvil y sustituir los juguetes por máquinas biológicas.

¿De dónde vienen los jóvenes, muchachas y muchachos? Algunos son por naturaleza como los animales, conforme a la edad de su crecimiento. Juventud sana, inocente y amena que entre otras cosas, trepa a la moto, hace jazz y se mofa de los mayores. Pero ha de llegar a ser como éstos hasta tomar a su cuidado los empleos. Las máquinas y las mayorías proceden del cine y están inspirados por las escenas del Far West, las aventuras del agente 007 y los placeres de la Vía Veneto. No representan otra cuestión, que por ellos se mantiene la continuidad de la historia universal.

Otros aprendieron a vivir de espaldas a la esperanza, son descendientes de las desgracias morales y físicas del mundo, en que los excesos de lágrimas agotaron los buenos sentimientos. Maduros a golpes responden a su vez a puntapiés o disparan fuego contra sí mismos y al otro hombre que refleja la imagen frustrada de su amor y odio a la vez. Son rebeldes y pendencieros, están irritados o tienen humor negro por lo menos vociferan o aniquilan la vida, muerden o ironizan.

Hay los que proponen resarcirse de las negociaciones circundantes agregando a ellas la suya propia, bajo el estímulo de llegar por el fondo al otro agujero de la vida. Son los que se sienten perdidos y obran en consecuencia al encuentro de la extinción por embriaguez psicológica o física, de lo suyo o con los ritmos orgánicos que les presta la magia del sueño y de los estupefacientes.

Una nota parece común a los grupos de los irritados y de los perdidos. Es la que identifica su "anegamiento", que proviene de una sustentación en el mundo por el dolor y la tortura, con una experiencia religiosa que ofrece a esta contradicción un modelo de pensamiento liberador en la vía mística. Una esponja llena de agrio vino de la vida para apagar la sed o cerrar la herida por donde escurre la sangre. Lo cierto es que hay jóvenes felices. Aquellos primeros del cine y también los hay silenciosos, calmados y hasta heroicos; pero abundan los que por no gemir se burlan y ciñen su rostro de muecas e ironía. ni unos ni otros inventaron la dispersión, la multiplicidad y el extravío bajo cuyo singo nacieron. Son compañeros y en cierto modo se entienden. Es de esperarse por lo menos que brote un modo de vivir más generoso y alegre de la compañía que los obliga a vivir la misma inminencia del desastre.

La juventud como trascendencia positiva o negativa de una época y modo mundial, es algo más que un rejuvenecimiento o renacimiento de otra imagen anterior del hombre, cualquiera que sea.

Los personajes que más se parecen en su situación a los jóvenes de hoy tienen algo que ver con el Cid Campeador, Raskolnikoff y Chaplin. También con Don Quijote y algo más con el Lazarillo del Tormes. Nada sin embargo autoriza a desconocer que aparece al centro mismo de sus contradicciones, la imagen del cristo de la Agonía y de la Resurrección.

Están por último los escritores, los poetas y los ejecutantes de las varias artes humanas, todos a la manera o modo de sentir de los jóvenes. Algunos en diálogo con ellos dentro del mismo campo o por encima de la barda de los años.

Un coro de voces universales hace sentir a los astros una música diferente a la que produce el rodar de sus esferas parece una orquesta de cigarras que acuña el sueño estival del hombre, hay en el aire una seca lucidez, la aventura y la pasión de la inteligencia.

RAÚL RANGEL FRÍAS

Nació en Monterrey, N.L. en 1913. Intelectual, historiador, escritor, abogado, político y maestro universitario. Su vida se puede analizar bajo la perspectiva de su actividad cultural, de su trayectoria política y de su labor editorial.

En mayo de 1949 fue nombrado rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Al término de su gestión académica fue ratificado en su puesto para un período más (1951-1955).

En 1955 fue electo gobernador constitucional del estado de Nuevo León para el período 1955-1961.

Fundó y dirigió las revistas *Armas y letras* y *Universidad*. Sus principales obras son: *Testimonios* (1961), *Jerónimo Treviño: Héroes y epígonos* (1983)

Claro amor

Me pides que te dé
un pedazo de mi alma
y yo te ofrezco
en cambio
el cofre de mi vida
en donde enmarañados
sueños sobreviven
a mi propia historia
señales de caminos
ya borrados
por el aire del tiempo
pero está
el anaquel de mis fantasmas
favoritos
en donde mis amigos
permanecen niños
y la nostalgia se vuelve
cotidiana agua cristalina y
soy como el avaro
muy egoísta
y no quiero dar señales ni nombres
que descompongan mi mundo
tango también
como un fetiche muy amado
la clara luz de los ojos
de mi primer amor
también la bola de cristal
de donde emergen los sueños
y desde mi soledad
el amor ilumina las estancias
y me da esa paz pertinente
para poder amar
y celebrar religiosamente
el acto de vivir
desde el fondo de mi alma
que tú quieres
y en cambio yo te doy
la soledad de mi piedra
y el ancho mar de toda mi pena
todo lo demás es tuyo
el mar la estrella la fruta
y del beso que te guarda
mi silencio.

Los libros

ANDRÉS HUERTA

Los libros aparte de ser memorias vivas imparten la enseñanza del paisaje la vida de la patria los laberintos de la historia de la vida también nos hablan del vaivén de los relojes y los trenes del nombre de los mares y de las vidas de los hombres ilustres y mujeres célebres hay libros para todos los gustos algunos vienen bellamente ilustrados por pintores famosos
yo amo mis libros ellos han sugrido como yo los azares de la vida y han vivido en inciertos domicilios algunos de ellos se han perdido en mi peregrinaje por la vida unos los he prestado y no han vuelto otros son compañeros leales
hay libros que nos hablan de la moral otros del amor y el sexo o manuales de zootecnia otros sobre la esperanza y la guerra los hay de recetas de cocina otros de viajes y conquistas
amo mis libros sobre todo aquellos que me enseñaron la palabra para pronunciar las cosas que amo...

ANDRÉS HUERTA

Nació en Doctor Arroyo, Nuevo León. Escritor autodidacta. Ha publicado en las principales revistas y suplementos culturales de Monterrey desde los años sesenta: *Apodionis*, *Salamandra*, *Armas y Letras*, *Cathedra*, *Deslinda*, *Aquí vamos*, etc. Es autor de ocho libros de poesía incluidos en el volumen, *Poesía* (1967-1989) publicado en 1993. En 1991 la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L. publicó una antología de sus poemas, *Afuera llueve el polvo*, preparada por Minerva Margarita Villarreal.

Bibliografía

ALBERONI, Francesco

Valores

Ed. Gedisa, México, 1994.

AMOROS, Andrés

Introducción a la literatura,

España, Editorial Castalia, 1982.

BAJTIN, Mijail

Teoría y Estética de la Novela

Trad. Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra

España, Edit. Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

BLAUBERG, I.

Diccionario de Filosofía

Ed. Quinto Sol, México, México, 1992.

DE LA TORRE, Francisco y Silvia Deufó

Taller de Lectura y redacción I y II,

México, McGraw-Hill, 1991.

DENEVI, Marco

Rosaura a la diez

Argentina, Ediciones

Colihue

s/a

ESCOBAR V., Gustavo

Ética

Ed. MacGraw-Hill, México, 1992.

FRANCO B., María de Lourdes

Literatura Hispanoamericana

México, Ed. Limusa Noriega, 1989.

FRONDIZI, Risieri

¿Qué son los valores?

Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

GARCIA ALONSO, Luz

Ética o Filosofía Moral

Ed. Diana, México, 1990.

GUTIERREZ SAENZ, Raúl

Introducción a la Ética

Ed. Esfinge, México, 1992.

HARTMAN, Robert S.

La estructura del valor

Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

HICKEY, Leo

Realidad y experiencia de la novela,

España, Cupsa Editorial,

1977.

MONTEFORTE TOLEDO, Mario, et, al:

Literatura Ideología y lenguaje

México, D.F. Edit. Grijalbo,

1976.

ROA BASTOS, Augusto

Augusto Roa Bastos

Ed. Anthropos, Ministerio de Cultura, España, 1990.

SANABRIA, José Rubén

Ética

Ed. Porrúa, México, 1969.

SANCHEZ VAZQUEZ, Adolfo

Ética

Ed. Grijalbo, México, 1969.

WELLEK, René y Austin Warren

Teoría Literaria

España, Edit. Gredos, S.A.

1966.





U A N

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTE